LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN RUSA

EL TREN DE LENIN

CATHERINE MERRIDALE

CRÍTICA

Índice

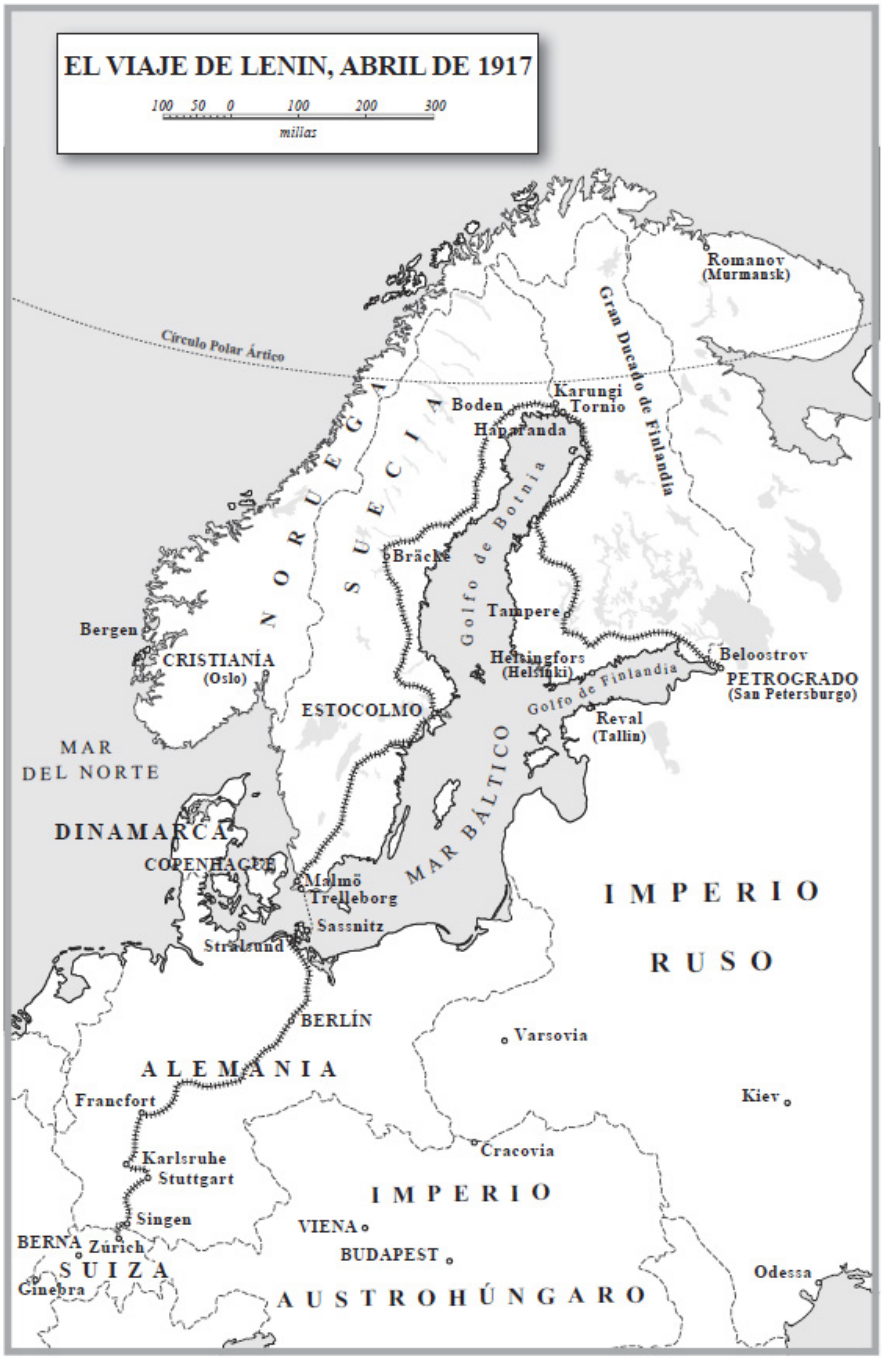
Portada
Una nota sobre el texto
Lista de ilustraciones
Introducción
1. Fuerzas oscuras
2. Mercados negros
3. Lago rojo
4. Cintas escarlatas
5. Mapas y planes
6. El tren sellado
7. Falta de liderazgo
8. Lenin en Laponia
9. Desde la estación de Finlandia
10. Oro
11. Compañeros de viaje
Otras lecturas recomendadas
Agradecimientos
Galería de imágenes
Notas
Créditos

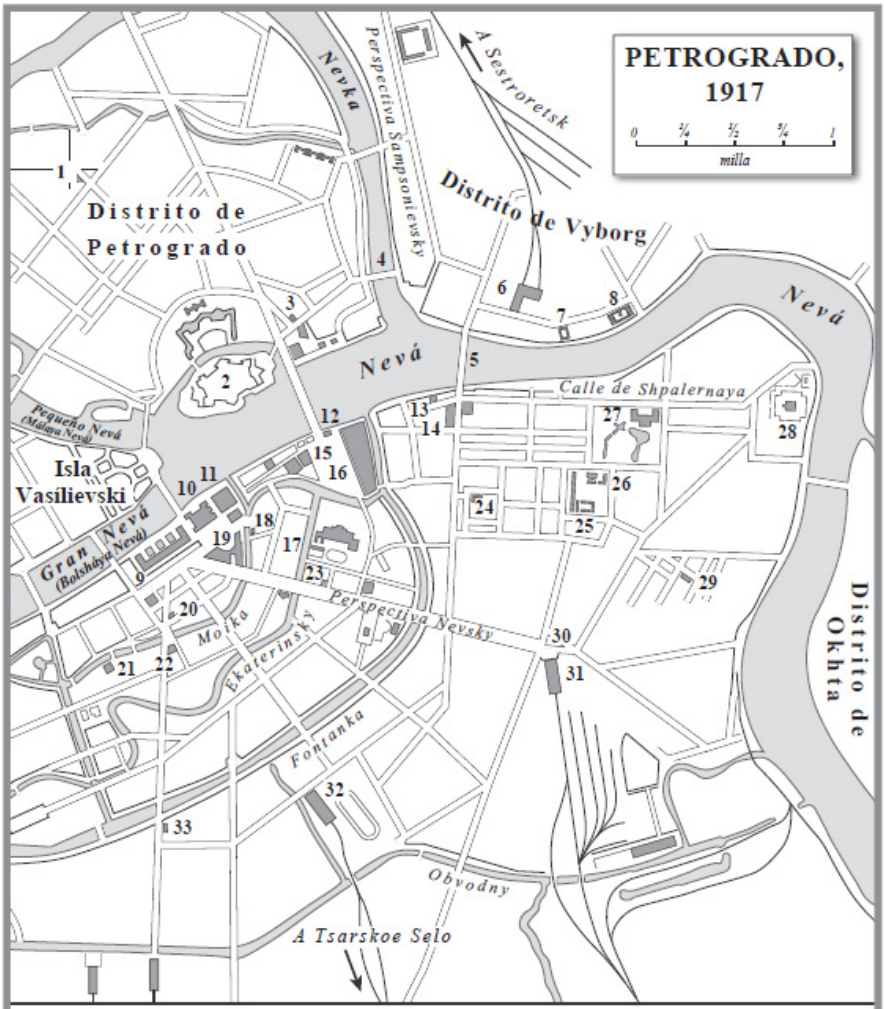
Una nota sobre el texto

Dos posibles complicaciones amenazan con confundir a cualquier individuo de habla inglesa que escriba sobre la Rusia de 1917. La primera es el alfabeto ruso, que se escapa a toda transliteración que pretenda ser coherente. En mi texto, he optado por utilizar las versiones más simples y habituales de los nombres rusos cuando me ha resultado posible (razón por la cual al final me he decantado por Trotski en vez de Trotskii o Trockij), pero las notas siguen los preceptos de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, que continúa siendo el mejor sistema para buscar y encontrar material ruso en los catálogos *online*.

Sin embargo, surgen problemas añadidos cuando hablamos de las fechas. En 1917, Rusia utilizaba todavía el calendario juliano, que prácticamente siempre presentaba un desfase de trece días respecto al utilizado por el resto de Europa y Estados Unidos (y la mayor parte del planeta). Como he tenido que estudiar telegramas (y personas) que viajaban entre los dos mundos, a menudo me he visto obligada a indicar simultáneamente las dos fechas.

Por otro lado, como era de esperar, hay dos Pascuas en el presente relato, pues Lenin abandonó Zúrich la tarde del Lunes de Pascua de la Europa católica (el día 9 de abril) y llegó a Petrogrado una semana después, la noche del Lunes de Pascua de la Rusia ortodoxa (el día 3 de abril para sus partidarios que lo esperaban).


EL VIAJE DE LENIN, ABRIL DE 1917
100 50 0 100 200 300
millas
Círculo Polar Ártico
NORUEGA
SUECIA
Romanov
(Murmansk)
Gran Ducado de Finlandia
Karungi
Tornio
Boden
Haparanda
Golfo de Bolnia
Bräcke
Tampere
Bergen
CRISTIANÍA
(Oslo)
Helsingfors
(Helsinki)
Beloostrov
PETROGRADO
(San Petersburgo)
Golfo de Finlandia
ESTOCOLMO
Reval
(Tallin)
MAR
DEL NORTE
MAR BÁLTICO
DINAMARCA
COPENHAGUE
Malmö
Trelleborg
Sassnitz
Stralsund
IMPERIO
RUSO
BERLÍN
Varsovia
ALEMANIA
Francfort
Kiev
Karlsruhe
Stuttgart
Cracovia
IMPERIO
Singen
VIENA
BERNA
Zurich
SUIZA
BUDAPEST
Odessa
Ginebra
AUSTROHÚNGARO



1. Apartamento Elizarov.
2. Fortaleza de Pedro y Pablo.
3. Mansión de la Kshesinskaya.
4. Puenta Sampson.
5. Puente Liteiny.
6. Estación de Finlandia.
7. Prisión Kresty.
8. Arsenal.
9. Edificio del Almirantazgo.
10. Palacio de Invierno.
11. Hermitage.
12. Embajada de Gran Bretaña.
13. Embajada de Francia.
14. Departamento de Artillería.
15. Cuarteles Pavlovsky.
16. Campo de Marte.
17. Teatro de Miguel.
18. Oficinas de *Pravda*.
19. Edificio del Estado Mayor General.
20. Hotel Astoria.
21. Palacio Yusupov.
22. Palacio Mariinsky.
23. Hotel Europa.
24. Cuarteles Litovsky.
25. Cuarteles Volhynsky.
26. Cuarteles Preobrazhensky.
27. Palacio Táuride.
28. Instituto Smolny.
29. Apartamento Alliluev.
30. Plaza Znamenskaya.
31. Estación de Nicolás.
32. Estación de Tsarskoe Selo.
33. Cuarteles Izmailovsky.

Lista de ilustraciones

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de reproducción de las distintas imágenes. Los editores estarían encantados de corregir cualquier error u omisión que se les indique.

1. Sir Samuel Hoare en 1917. (Cambridge University Library, Manuscripts & University Archives —MS Templewood III:1—, reproducido con la amable autorización de los síndicos de la Cambridge University Library.)

2. General de división sir William Fortescue Knox. (Fotografía: Hulton Archive/Getty Images.)

3. Sir George William Buchanan, fotografiado por Walter Stoneman en 1918. (Copyright © National Portrait Gallery, Londres.)

4. El embajador francés Maurice Paléologue. (Copyright © Bibliothèque Nationale, París.)

5. Barricadas en Petrogrado: Perspectiva Liteiny, 27 de febrero/12 de marzo de 1917. (Fotografía: adoc-photos/Lebrecht Collection.)

6. El Comité Ejecutivo Provisional de la Duma Estatal, febrero de 1917. (Library of Congress Prints and Photographics Division, Washington, D. C.)

7. Aglomeración de revolucionarios delante del palacio Táuride el 1/ 14 de marzo de 1917. (Fotografía: Photo12/UIG/Getty Images.)

8. El palacio Táuride en la actualidad. (Fotografía: Frank Payne.)

9. Una multitud de soldados y marineros reunidos en el palacio Táuride para escuchar a Mijaíl Rodzianko. (Fotografía: Photo12/Alamy.)

10. El solemne funeral celebrado en Petrogrado por las víctimas de la revolución el 10/23 de marzo de 1917. Cortejo pasando por la Perspectiva Nevsky. (Fotografía: Sputnik/akg-images.)

11. Aleksandr Helphand, más conocido como «Parvus», fotografiado en 1906. (Fotografía: Ullstein bild/Getty Images.)

12. Arthur Zimmermann, fotografiado durante los últimos años de paz. (Fotografía: Popperfoto/Getty Images.)

13. Fritz Platten, fotografiado alrededor de 1920. (Schweizerisches Sozialarchiv: Sozarch_F_Fb-0004-41.)

14. Karl Radek, fotografiado en Berlín, diciembre de 1919. (Fotografía: akg-images.)

15. Lenin paseando con su esposa, Nadezhda Krúpskaya. (Fotografía: Kharbine-Tapabor.)

16. Vista de la Spiegelgasse de Zúrich, donde vivían los Lenin cuando estalló la revolución de febrero de 1917. (Fotografía: Frank Payne.)

17. Lista definitiva de las condiciones de los viajeros rusos, dirigida al Estado Mayor del ejército alemán, con fecha 9 de abril/27 de marzo de 1917. (Fotografía: akg-images.)

18. Lenin en Estocolmo, 31 de marzo/13 de abril de 1917. (Archivos y biblioteca del movimiento laborista, Huddinge, Suecia. Fotografía: Axel Malmström.)

19. El río Tornionjoki entre Suecia y Finlandia, fotografiado por Mia Green en 1915. (Museo del Valle del Torne, Finlandia.)

20. Barriles a la espera de ser transportados a través de Haparanda-Tornio durante la primera guerra mundial. (Fotógrafo de la reproducción: Reino Kainulainen;

Museo del Valle del Torne, Finlandia.)

21. Sacos de correo internacional en Tornio durante la primera guerra mundial. (Fotógrafo: Einar Reuter; Museo del Valle del Torne, Finlandia.)

22. Lenin camino de Petrogrado en el tren sellado. Visión romántica del pintor soviético P. V. Vasiliev (1899-1975). (Fotografía: De Agostini/Getty Images.)

23. La aduana de Tornio durante la primera guerra mundial. (Fotógrafa: Mia Green; Museo del Valle del Torne, Finlandia.)

24. Llegada de Lenin a la estación de Finlandia, abril de 1917, en un cuadro de M. G. Sokolov (1875-1953). (Fotografía: Frank Payne; Museo-apartamento Alliluev, San Petersburgo.)

25. La estación de Finlandia en la década de 1910. (Fotografía: Chronicle/Alamy.)

26. Lenin hablando desde el balcón de la mansión de la Kshesinskaya la noche del 3/16 al 4/17 de abril de 1917. Cuadro de A. M. Lyubimov (1879-1955). (Fotografía: Frank Payne; Museo de Historia Política, San Petersburgo.)

27. La mansión de Mathilde Kshesinskaya y su balcón en la actualidad. (Fotografía: Frank Payne.)

28. El salón en forma de proa del piso de los Elizarov en San Petersburgo, posteriormente convertido en museo. (Fotografía: Frank Payne.)

29. Aleksandr Fedorovich Kerensky en 1917. (Fotografía: UIG/ akg-images.)

30. La muerte disfrazada de caballero inglés: portada de la revista satírica alemana *Kladderadatsch* para el número del 8 de abril de 1917. (Fotografía: copyright © Universitätsbibliothek, Heidelberg.)

31. Cuadro del pintor de época soviética Isaak Brodsky (1883-1939) en el que aparece Lenin hablando a los obreros de la fábrica Putilov de Petrogrado en mayo de 1917. (Fotografía: Bettmann/ Getty Images.)

32. Petrogrado el 1 de mayo de 1917. (Fotografía: akg-images.)

33. Despacho de Lenin en el cuartel general de *Pravda*, abril-julio de 1917. (Fotografía: Frank Payne; Museo de la Prensa, San Petersburgo.)

34. Locomotora de vapor de los Ferrocarriles Finlandeses n.º 293, fotografiada en 1961. (Fotografía: Sputnik/Topfoto.)

35. Cubierta de las memorias de Fritz Platten sobre el viaje del tren sellado, publicadas en 1924. (Colección privada.)

36. Sassnitz: el Vagón de la emperatriz, construido en 1912. (Fotografía: copyright © K. Henning Kurth.)

37. Modelo en yeso de la cabeza de Lenin, posteriormente descartado, para el proyecto de una estatua del líder revolucionario, que se conserva en el Museo del Taller del escultor M. K. Anikushin, San Petersburgo. (Fotografía: Frank Payne.)

38. Lenin desnudo: modelo en yeso realizado para inspirar y guiar la obra del escultor M. K. Anikushin; Museo del Taller del escultor M. K. Anikushin, San Petersburgo. (Fotografía: Frank Payne.)

39. Estatua de Lenin de 1926, obra de Sergei Evseev; estación de Finlandia. (Fotografía: Frank Payne.)

> A las masas hay que decirles siempre toda la verdad, la verdad lisa y llana, sin temor a que esa verdad las ahuyente.
>
> N. K. Krúpskaya

Lo dijo Thomas Cook. Hay tres lugares en el mundo que debe conocer todo aquel que pretenda ser un verdadero viajero global. Tombuctú, la ciudadela del desierto, es uno de ellos, y otro la antigua ciudad de Samarcanda. El tercero es una pequeña localidad de Suecia. Hace ciento cincuenta años, probablemente fuera la aurora boreal la que condujo a Cook hasta Haparanda. La población local se jactaba de la presencia de piratas, pero lo cierto es que todos los puertos de aquella costa afirmaban tener corsarios. Tal vez lo que realmente bastó fuera el informe de un hombre enfundado en un grueso abrigo, un curandero mágico, con conocimientos de las plantas, que por las noches sobrevolaba el Ártico cual ave colosal.

La pequeña localidad no solo se erigía en un lugar simplemente remoto, sino en un sitio que también era emocionante, peligroso, situado justo en el límite del mundo conocido. Haparanda se halla en el extremo interior del golfo de Botnia, el mar que separa los territorios del norte sueco de Finlandia. La zona está dominada por el delta de un río, y en otros tiempos la pequeña ciudad comprendía una serie de islas bajas, así como unas tierras más firmes y sólidas que se extendían hacia el oeste. Otros emplazamientos salpicaban la franja costera, como, por ejemplo, una ciudad de dimensiones mayores llamada Tornio, pero lo cierto es que para todos los habitantes de la región la vida consistía en compartir: cazar los animales característicos de la zona, llevar el

ganado a pastar a los montes colindantes y adentrarse en las aguas durante los breves períodos de deshielo para atrapar las anguilas que serpenteaban entre las balsas de junco.

La población de la zona no tenía prácticamente nada en común con la de Estocolmo (la mayoría de la gente hablaba un dialecto local), pero todo el territorio formó parte de Suecia hasta comienzos del siglo XIX. En 1809, sin embargo, un tratado firmado al término de una de las muchas guerras entre rusos y suecos estipuló que la margen oriental del río, incluida la isla central con mayor actividad, fuera transferida al Gran Ducado de Finlandia, territorio que los rusos habían anexionado a su imperio. Aislada en la margen sueca, Haparanda contemplaría a su hermana mayor, Tornio, desde el otro lado del río. Las dos ciudades habían quedado separadas.

Desde el momento de su creación, aquella franja limítrofe nunca fue considerada una frontera completamente segura. El gobierno sueco no podía olvidar las ambiciones expansionistas de Rusia. Cuando tuvo lugar el descubrimiento de grandes reservas de hierro en Kiruna, localidad situada en el noroeste, a menos de trescientos kilómetros, los inversores de Estocolmo se vieron obligados a frenar sus planes para la construcción de una nueva línea ferroviaria por miedo a que Haparanda pudiera convertirse en una vía de acceso para posibles hordas invasoras rusas. La época de la máquina de vapor se encontraba en su momento de máximo apogeo en Suecia; sin embargo, aunque las líneas férreas iban avanzando, como ramificaciones nerviosas, hacia el norte, no se montaba vía alguna en dirección a Haparanda. En el verano, cuando los trineos de los cazadores ya no podían cruzar las extensiones de hielo, el único camino sólido que permitía acceder a Finlandia era un puente de madera.

Lo que vendría a cambiar las cosas sería el estallido de la primera guerra mundial. Las grandes potencias de la costa atlántica de Europa, Gran Bretaña y Francia, eran en aquellos momentos aliadas de Rusia. Se veían obligadas a enviar y a traer gente, y también habían acordado suministrar a los rusos material de guerra sumamente importante, como, por ejemplo, espoletas y miras de precisión, pero el contacto directo entre oeste y este se encontraba bloqueado. Ni que decir tiene que era imposible utilizar cualquier paso a través de Alemania, y las rutas marítimas del mar del Norte y el mar Báltico estaban patrulladas por submarinos cuando no infestadas de minas. Solo la ruta terrestre a través del norte de Suecia resultaba viable, aunque extenuante y lejana. Thomas Cook murió en 1892. Si alguna vez pensó que Haparanda era una localidad exótica, habría tenido que verla en 1917.

La conexión ferroviaria fue completada en 1915. Se trataba de un simple ramal, de una sola vía, y las locomotoras de vapor se veían obligadas a bajar desde Karungi, localidad situada algo más al norte. Aunque la ruta ya constituía una verdadera arteria comercial de la mayor importancia en aquellos tiempos de guerra, la línea férrea seguía interrumpiéndose antes de llegar a Finlandia, cuyos trenes (al igual que los que Rusia controlaba) utilizaban, en cualquier caso, un ancho de vía distinto. Como los dos bandos seguían desconfiando tanto el uno del otro, todo (incluido el pasaje) debía bajar del tren en la estación de Haparanda, cruzar el río en embarcaciones y alcanzar la otra orilla para volver a ser cargado en convoyes rusos. En el invierno, los trineos tirados por renos o por pequeños caballos sumamente robustos cubrían la ruta; en el verano, todas las embarcaciones disponibles se utilizaban para este menester.

El embudo que se formaba era difícil de gestionar, resultaba agotador y suponía una gran pérdida de tiempo, pero Haparanda estaba a punto de experimentar un gran auge. Junto con su hermana del lado finlandés, no tardaría en convertirse en el paso fronterizo comercial con más ajetreo de Europa. Las cantinas de la pequeña ciudad, en las que en otros tiempos los únicos clientes habían sido los pastores locales, comenzaron a llenarse de buscavidas, truhanes y agentes de la policía secreta cuyas vidas transcurrían ante la mirada atenta de la población nativa. Las habitaciones del único hotel estaban reservadas para diplomáticos y políticos, principalmente británicos, franceses y rusos, que de repente empezaron a visitar la ciudad. Les disgustaba el clima de la región y la tediosa lentitud de los trenes, pero no tenían otras alternativas.

Tantas inconveniencias también dieron lugar a la llegada de una de las visitas más inesperadas. La emperatriz viuda de Rusia, María Fiódorovna, se encontraba en Europa occidental cuando estalló la guerra. Quiso regresar a su país por su cuenta y riesgo, y lo consiguió, pero su tren imperial se quedó en Dinamarca, y los funcionarios del gobierno alemán se negaron a que el convoy utilizara vías germanas para efectuar el viaje de vuelta a Rusia. La situación era sumamente delicada, pero la solución llegó con la helada récord de enero de 1917. Cuando el espesor del hielo llegó a un punto máximo, un ejército de trabajadores se presentó para instalar vías temporales a través del río Tornionjoki, entre Haparanda y la estación ferroviaria de Tornio. De dos en dos, los vagones del tren imperial (con su *boudoir*, su salón del trono, sus cocinas y su generador de electricidad transportable) fueron trasladados hasta la margen opuesta del río, donde fueron acoplados a una locomotora finlandesa. Se utilizaron unas ruedas especiales para ajustar el convoy al

ancho de vía. Mientras el tren desaparecía de su vista adentrándose en Finlandia, los hombres empezaron a arrancar con palancas las vías que acababan de instalar.[1]

En el museo local hay fotografías de los tiempos de la guerra en las que aparecen unas criaturas que bien podrían ser de otro mundo. Tiesas, agarrotadas y extrañas, adquieren una apariencia estrafalaria enfundadas en sus uniformes, con sus galones dorados y una variedad de sombreros emplumados. Actualmente no queda en ese paisaje ni rastro de sus fantasmas. Las ciudades gemelas a orillas del Tornionjoki se han unido: las guías turísticas hablan de «Ha-To», y uno puede ir de Suecia a Finlandia, y a la inversa, cruzando la plaza que se encuentra frente al centro comercial.[2] La zona finlandesa vive permanentemente una hora por delante de la sueca, lo cual complica los horarios de los autobuses, pero lo cierto es que las típicas molestias que supone una frontera —control de pasaportes, aduanas, embotellamientos de tráfico— se han suavizado como billetes de euro nuevos recién salidos del banco. El único monumento de envergadura es una enorme caja de color azul oscuro: la tienda de Ikea más grande del mundo. En abril, se encuentra rodeada por un páramo lleno de charcos grasientos e inmundos montones de nieve, que cuando se funden permiten que el aparcamiento se llene de automóviles. Los rusos siguen acudiendo, pues, al igual que los finlandeses y los pastores de renos de Laponia. El hombre cuya historia voy a relatar en estas páginas lo habría comprendido perfectamente. Escribió mucho sobre comercio internacional. También cruzó este río helado. Fue un viaje que cambió el mundo.

En abril de 1917, en plena Gran Guerra, el líder exiliado de los bolcheviques, Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, viajó de regreso a Rusia en tren. Antes de finalizar el año, pasaría a ser el amo y señor de un nuevo estado revolucionario. El

principal logro de Lenin fue convertir una serie de ideas que Karl Marx había esbozado en un documento cuarenta años antes en una ideología de gobierno. Creó un sistema soviético que llevaría las riendas de un país en nombre de la clase trabajadora, estableciendo la redistribución de la riqueza y promoviendo diversas transformaciones igualmente radicales tanto en el campo de la cultura como en el de las relaciones sociales. El programa de Lenin ofrecía esperanza y dignidad a mucha gente humilde de su país, además de conceder una igualdad sin precedente a las mujeres. Entre los costes que ello supuso, figura una cantidad ingente de vidas humanas, empezando por las decenas de miles de personas que fueron asesinadas en vida de Lenin. Algunas murieron por el simple delito de sentirse dueñas de un par de lentes. A lo largo de las siete décadas de existencia de la Unión Soviética, el número de sus víctimas inocentes se elevaría a varios millones. Al mismo tiempo, su defensa práctica y fría de los desposeídos estableció el leninismo como el anteproyecto ideal para los partidos revolucionarios del mundo, desde China y Vietnam hasta el Caribe, pasando por el subcontinente indio. El punto de partida de todos estos fenómenos, desde el estado Soviético bisoño hasta la guerra fría a escala mundial, fue ese viaje trascendental en tiempos de la Gran Guerra.

Lenin se encontraba en Suiza en el comienzo de este relato. Condenado al exilio por los tribunales zaristas, el líder bolchevique estaba a salvo en su nuevo hogar, pero tenía muchísima impaciencia por ver convertida en una realidad aquella revolución que había estado pronosticando durante más de veinte años. Al igual que muchos socialistas, esperaba que estallara en algún lugar de Europa occidental, pero los primeros meses de 1917 trajeron a sus oídos noticias que hablaban de manifestaciones a gran escala en la capital ru-

sa, Petrogrado. La conmoción que ello le supuso apenas había pasado cuando el mundo se enteró de la abdicación del zar. En vísperas de la estación del año de campañas militares, con planes para emprender una gran ofensiva en el oeste, el futuro del imperio ruso pasó a ser de repente incierto. En Petrogrado, el pueblo estallaba de júbilo. Su país se había convertido en una república, al menos hasta la aprobación de una constitución.

Como prácticamente cualquier ruso exiliado, Lenin se llenó de alborozo con las nuevas noticias. En su calidad de líder del partido revolucionario más militante de Rusia, su principal prioridad era regresar a la patria lo antes posible. El problema residía en que se encontraba realmente aislado. Ni Gran Bretaña ni Francia estaban dispuestas a prestarle ayuda en sus planes de viaje. Lo consideraban un feroz opositor a la guerra, y todo su esfuerzo diplomático se centraba en convencer a Rusia, libre o no, de seguir en pie de guerra para poder alcanzar la victoria. Esta postura tan poco conveniente para él lo obligaba a efectuar su viaje siguiendo forzosamente un camino, el cual comportaba cruzar Alemania en tren, pasar a Suecia en barco y continuar hacia el norte hasta llegar a la frontera en Haparanda. El problema era la propia Alemania, cuyo ejército había matado a cientos de miles de soldados rusos en el Frente Oriental desde que estallara la guerra en 1914. El dilema de Lenin parecía irresoluble. Cruzar Alemania constituía una traición, permanecer en Suiza representaba ignorar la llamada que llevaba toda la vida esperando.

Lenin, por supuesto, se decantó por la primera opción. Lo que facilitó sus planes fue la cooperación inesperada del Alto Mando alemán. El estancamiento en las trincheras había obligado a todas las grandes potencias de Europa a buscar maneras de obtener alguna ventaja al margen de los campos

de batalla. En 1917, un grupo reducido de oficiales del Ministerio de Exteriores alemán había empezado a apostar por la idea de recurrir a elementos insurgentes para desestabilizar al enemigo. Financiaba amotinamientos militares en Francia, armaba a los nacionalistas irlandeses y soñaba con desencadenar una rebelión en las fronteras de la India. Cuando le fue recomendada la figura de Lenin, enseguida se mostró dispuesto a aprovechar el potencial del revolucionario bolchevique para alterar el esfuerzo de guerra de Rusia. Si todo salía bien, y el ejército germano no dejaba pasar la oportunidad de propinar un golpe realmente decisivo a británicos y franceses, Alemania no necesitaría la ayuda de Lenin durante mucho tiempo.

Con esa perspectiva tan halagüeña en mente, los oficiales alemanes no tuvieron inconveniente en disponer lo necesario para que el líder bolchevique pudiera atravesar su país sin problema, accediendo incluso a la petición de Lenin de que el vagón en el que iba a desplazarse su grupo fuera considerado una entidad extraterritorial cerrada al mundo exterior y, por lo tanto, inocente de cualquier contacto con la población enemiga. De manera más controvertida, también ofrecieron respaldo financiero —el infame «oro alemán»— para algunas de las operaciones revolucionarias del líder ruso. Franceses y británicos estaban al corriente del viaje; y, aunque les costaba separar los rumores de los hechos, lo cierto es que la reputación de Lenin ya era de por sí suficiente como para causar una gran alarma entre ellos. Algunos incluso propusieron con firmeza cortarle el paso al líder bolchevique y acabar con él, tal vez en los bosques árticos de Suecia. Cuando llegó el momento, sin embargo, nadie estuvo dispuesto a aceptar la responsabilidad de liquidarlo.

Era un relato que fácilmente habría podido surgir de la pluma de John Buchan. De hecho, apenas unos pocos meses antes Buchan había publicado una novela de intriga y espionaje, *Greenmantle*, cuyo villano epónimo también predicaba contra los británicos en tiempos de la guerra y sus amigos. El hogar de Greenmantle no era Rusia (Buchan optó por utilizar Oriente Medio), pero la trama se basaba en la disposición de un agente especial de cruzar toda Alemania para llegar hasta él. «Esperaba encontrarme una gran barricada y alambre de espino con muchas trincheras —cuenta el héroe de la novela, Richard Hannay—. Pero en el lado alemán no había más que media docena de centinelas… de color gris militar. Todos fuimos conducidos a una enorme sala de espera vacía en la que había una gran estufa encendida. De dos en dos, nos fueron llevando a una dependencia interior para registrarnos … Nos hicieron quitar toda la ropa … Los encargados de esta tarea fueron bastante corteses, pero sumamente minuciosos.»[3] Lenin sufriría en sus carnes esta experiencia; el lugar fue el control de aduanas de Tornio. Es más, mientras un grupo de escépticos guardias fronterizos rusos cumplía con su obligación, la persona que se veía sometida a un cacheo exhaustivo ostentaba las credenciales de oficial británico.

El viaje concluyó en la denominada estación de Finlandia de Petrogrado. Un Lenin victorioso, sin apenas dar muestras de agotamiento tras un largo viaje de ocho días, bajó del tren, desfiló entre una multitud de seguidores devotos y luego empezó a cambiar el curso de la historia de Rusia de una manera definitiva. Los bolcheviques crearon un mito admirable basado en un cuento, pero el veredicto más memorable fue el que emitió Winston Churchill: «Hay que entender plenamente las apuestas desesperadas que ya habían efectuado los líderes militares alemanes —comentó en un análi-

sis retrospectivo de la época—. No obstante, fue con cierta sensación de pavor que volvieron contra Rusia el arma más terrorífica de todas. Transportaron a Lenin en un vagón de tren sellado herméticamente, cual bacilo de la peste, desde Suiza hasta Rusia».[4]

El «vagón», en realidad, no estaba cerrado tan herméticamente; las puertas laterales raras veces estaban cerradas, y la gente subía y bajaba del tren. El viaje fue también bastante más duro que lo que las palabras de Churchill puedan sugerir. Los rusos tardaron tres días enteros en cruzar Alemania, tiempo durante el cual no pudieron comprar alimento alguno, por no hablar de descender del vagón a estirar las piernas un poco. Si consiguieron dormir, tuvieron que hacerlo en sus compartimentos de tercera clase atestados de gente, con la cabeza recostada en el hombro del vecino y perfumando sus sueños con esencias de pan rancio y calcetines sucios. La idea de un bacilo, sin embargo, es algo que reconocí de inmediato. Del mismo modo que la primera guerra mundial dio lugar a grandes intrigas, he podido presenciar muchos juegos globales —diplomáticos, económicos y militares— a lo largo de mi vida.

Hoy día, hay en el mundo prácticamente tanta inestabilidad como en tiempos de Lenin, y una colección de grandes potencias ligeramente distinta sigue esforzándose con ahínco por mantenerse en la cima. Una de las técnicas que utilizan en los conflictos regionales —pues las intervenciones militares directas suelen costar demasiado dinero— consiste en ayudar y financiar a rebeldes locales. A veces, estos elementos se encuentran sobre el terreno, pero hay ocasiones en las que deben ser introducidos en el territorio de interés del mismo modo que lo fue Lenin. Me viene a la cabeza Sudamérica en la década de los ochenta, así como todas las guerras sucias que ha sufrido Asia central desde entonces.

Me estremezco ante los conflictos actuales en el mundo árabe. La historia del tren de Lenin no es de propiedad exclusiva de los soviéticos. En parte, es una parábola sobre intrigas de grandes potencias, y hay una regla que dice que las grandes potencias casi siempre se equivocan.

Supe que tendría que hacer aquel recorrido en tren por mí misma. Un viaje no es solo lugares, distancias y horarios, aunque estas son cosas que deben conocerse. La primera tarea consistió en asegurarme de que el itinerario fuera el correcto. Los historiadores han ofrecido numerosos relatos y versiones, pero aún tengo que ver el mapa en el que se indique la ruta que Lenin siguió realmente. La mayoría de los expertos lo envían al norte, por una línea ferroviaria que ni siquiera estaba construida en 1917, y al menos un libro —todo un clásico que ha sido reeditado muchas veces— habla de un viaje equivocado en más de mil quinientos kilómetros.[5] La ruta no es una cuestión baladí. Hay una diferencia entre tomar un barco para cruzar el Báltico y realizar un largo recorrido por la nevada Laponia. Una pista a través de bosques solitarios sin luz y sin carreteras a la vista constituye una propuesta mucho más peligrosa que navegar en un barco pasando frente a una serie de localidades costeras.

Continental Railway Gate, el grueso y espléndido volumen de Bradshaw publicado en 1913 con vistosas cubiertas, no resulta de mucha ayuda. Los horarios de los trenes en tiempos de la guerra cambiaban de semana en semana, y en 1916 aún había muchas vías por instalar. Tras colocar de nuevo el libro de Bradshaw en la estantería, decidí recurrir a los archivos en busca de horarios de tren de 1917 y empecé a trabajar también con las notas que había tomado de los cincuenta y cinco volúmenes de las obras completas de Lenin y con un gran mapa. Además de un cuaderno y un bolígrafo, metí en mi bolso una pequeña grabadora digital de

sonido. Cuando la escucho en mi despacho hoy día, lo que oigo es el canto de Europa en movimiento: un coro de lenguas, el rugido del tráfico procedente de las calles adyacentes, luego motores, ruidos de altavoces, frenos y puertas que chirrían. Si el aparato en cuestión hubiera seguido grabando después, habría registrado horas de conversación; conversaciones sordas, aburridas, en tono de confianza, sonoras, pero raras veces con las voces alzándose muy por encima del ruido de fondo: el monótono triquitraque del tren en movimiento.

Me propuse seguir el programa de viaje de Lenin y la ruta exacta que este tomó. Partiría de Zúrich el 9 de abril y llegaría a San Petersburgo ocho días después, tras recorrer más de tres mil doscientos kilómetros. El plan prometía ser una carrera precipitada, incluso utilizando los trenes más rápidos de Europa, pero a Lenin le movía la impaciencia, y yo estaba dispuesta a seguir su ejemplo. Aunque los tiempos entre todas las conexiones eran ajustadísimos, también quería disfrutar de lo que parecían horas interminables de esparcimiento, como hizo Lenin, contemplando los paisajes cambiantes. Han transcurrido cien años desde que el gran revolucionario ruso hizo este viaje. Los pueblecitos alemanes que vio, apiñados pulcramente como juguetitos de madera, se encuentran en la actualidad unidos por naves comerciales y autopistas. El paisaje urbano se extiende kilómetros y kilómetros, más allá de los viejos barrios residenciales. Lo más sorprendente de todo, sin embargo, es la ausencia de cualquier sensación de peligro. Cuando mi tren pasó de Suiza a Alemania, ni siquiera se detuvo, pero la frontera estaba plagada de cañones en tiempos de Lenin, y el territorio que se extendía al otro lado era considerado un país criminal. Mi viaje fue tranquilo, rápido y seguro; sin

embargo, Lenin, rodeado por una Europa enzarzada en una guerra cada vez más virulenta, no tuvo tanta suerte, y el suyo fue un viaje duro y lleno de peligros.

Tal vez a Lenin también le costara identificar los pueblos y las ciudades en las que me detuve. En Zúrich, antes de ponerme en marcha, di una vuelta por la estrecha calle en la que el líder ruso había vivido. Mientras paseaba en dirección al lago, visité los cafés en los que solían reunirse los exiliados rusos. El distrito era por aquel entonces una zona pobre de la ciudad, pero ahora incluso la corta caminata hasta la biblioteca en la que a Lenin le gustaba trabajar se ve amenizada por un sinfín de tiendas, y lo único que sobresalta son los precios de los zapatos hechos a medida y las pinturas de importación. Las clases trabajadoras han desaparecido, lo mismo que las fábricas. El suntuoso Baur au Lac, el hotel más lujoso de la ciudad, es uno de los lugares emblemáticos que sigue más o menos igual que en 1915, cuando «Parvus», el enigmático intermediario que manejaba parte de los fondos alemanes de Lenin, se instaló en una de sus *suites*. Después de un siglo, los ricos tienen al menos algunas cosas exactamente como las desean.

Después de meditar sobre todo eso, resultó reconfortante encontrar una industria casera que por alguna razón había conseguido sobrevivir. Arrullada por el suave movimiento de los ferrocarriles ultramodernos de Alemania, me había olvidado de ella, pero la vía marítima que comunica Sassnitz con el puerto sueco de Trelleborg ha sido utilizada durante siglos por los contrabandistas. Cuando crucé la puerta metálica tirando de mi maleta, los asientos de avión del trasbordador, con sus respaldos en posición vertical como los bancos de una iglesia presbiteriana, habían sido ocupados todos por familias y por hombres con parpadeantes ordenadores portátiles, pero el salón, una feria de palmeras de

plástico y banquetas azules, recordaba más a Tirana o a Bucarest, especialmente cuando todo el mundo comenzó a hablar a gritos. Estábamos todavía en el puerto de Sassnitz cuando empezaron a oírse maldiciones y palabrotas. La cosa tenía que ver con una monstruosa plataforma extensible cargada de latas de cerveza, un bulto tan voluminoso como el refrigerador de un restaurante, que un grupo de hombres trataba de subir por un escalón. Estaba sedienta desde que me había bajado del último tren, y también me sentía sumamente cansada y hecha una piltrafa, de modo que mi instinto fue seguirla hasta el bar de pasajeros más próximo, pero en cuanto entró la décima carretilla con una caja, y luego la vigésima, todas ellas cargadas de latas de cerveza alemana, comprendí que estaba efectuando la misma travesía que hacían las bebidas libres de impuestos. El contrabando —amontonado bajo una cubierta de tela aislante y atado con cuerdas— creaba amenazadores muros alrededor de los grupos de traficantes mientras estos repartían sus cartas y echaban un vistazo a sus teléfonos.

Aquellos contrabandistas —por supuesto, hombres de negocios— eran los herederos de un linaje impresionante. Sus predecesores trabajaron esa ruta durante toda la primera guerra mundial, unas veces llevando suministros farmacéuticos, y otras cartas codificadas y escritas con una tinta secreta primitiva. Sin embargo, lo que convertía al grupo de individuos actual en algo muy singular era una ironía de la historia, pues todos esos magnates de la cerveza de poca monta pertenecían a sociedades en las que otrora había sido prohibido por un régimen comunista el comercio privado. Ese repentino giro radical ayuda a explicar por qué los paisanos de Lenin han dejado de venerarlo recientemente. Lo han embalsamado dejándolo como un muñeco de goma, y han llevado a cabo estudios exhaustivos de su cerebro, pero

nadie lo quiere realmente ahora; sí, el cuerpo del líder ha sido preservado, pero sin apego. La reputación de Lenin no puede ser peor en los lugares en los que el poder soviético fue impuesto a la fuerza. En uno de ellos, el oeste de Ucrania, se ha abominado tanto de sus ideas que un nuevo término, «Leninnapad», tuvo que ser acuñado cuando los manifestantes de Maidan provocaron una oleada de derribos de estatuas del líder bolchevique en 2014.

Resultó que una de mis compañeras de viaje era de Sofía. Mientras charlábamos rodeadas de cajas de cerveza, se acordó del comunismo búlgaro y chascó la lengua. Ella estaba muy sorprendida de que yo no llevara ningún tipo de mercancía. Si le hubiera hablado de mi aventura, la búsqueda de Lenin, probablemente me habría tomado por una imbécil. Lo que ese hombre ya difunto ha pasado a simbolizar en países como el de ella —corrupción, penurias, engaños y abuso de poder— es un sistema tan putrefacto que ni siquiera serviría para ser calificado de fósil. Pero yo sabía que en otro tiempo había estado vivo. Como cualquier buscador de fósiles, soñaba con poder retroceder a aquel mundo en el que otrora había respirado.

Hacía seis días que había partido de Zúrich, dejando atrás un tiempo primaveral. En Tornio, con sus ventiscas de nieve, hace un frío mortal. La estación de esta ciudad, otra reliquia de la Gran Guerra, es un edificio de ladrillos que actualmente se encuentra abandonado en un terraplén próximo al río. Al otro lado de este río, aunque no exactamente enfrente (como es normal, nadie quería correr ese riesgo), la estación de Haparanda era una construcción más elaborada, pero actualmente una y otra están vacías, y hace años que las líneas ferroviarias ya no son utilizadas por trenes de pasajeros. De hecho, para llegar a la estación de Haparanda, tuve que pasar por delante de la cárcel de la región. El lado

finlandés es más bonito, al menos hoy día, y sin duda menos inhóspito. La estación también cuenta con una placa conmemorativa del famoso viaje de Lenin; es la única que he encontrado en Haparanda-Tornio. Debieron de ser los soviéticos los que hicieron que los finlandeses la colocaran allí. En los años sesenta del siglo pasado, cuando se celebraban los cincuenta años de dictadura del proletariado, los diplomáticos de la Unión Soviética en Europa intentaron convencer a sus anfitriones en el continente de que clavaran una placa de metal como esa en todos los lugares por los que Lenin había pasado.

El problema que tienen los distintivos conmemorativos es que la gente no se percata de su presencia. Hacía dos días que yo había buscado en el hotel Savoy de Malmö una de esas placas metálicas. Lenin y sus hambrientos camaradas habían cenado allí después de su travesía en transbordador desde Alemania, y yo había leído algo sobre una espléndida sala y un personal famoso por su eficiencia. La recepcionista del establecimiento se quedó perpleja: «¿Lenin? —exclamó al final—. ¿No querrá decir John Lennon?». Resultó que sí que había una placa al otro lado del vestíbulo, y cuando la encontré enseguida supe por qué a la joven de la recepción no se le había ocurrido el nombre de Lenin (a pesar de una sorprendente revelación: era una muchacha rusa). La placa está bien pulida y tiene lustre, pero la zona en la que aparece el nombre de Lenin carece de brillo, y el líder bolchevique se ve eclipsado por unas estrellas de una magnitud bastante distinta: Judy Garland y Brigitte Bardot, Abba y Henning Mankell.

Al menos hubo alguien en Estocolmo que sí conocía la historia de Lenin. Yo disponía solo de un día para visitar Estocolmo (al igual que Lenin), y varias personas me preguntaron por qué tenía que irme tan pronto. «¿Está siguiendo a

Lenin? —exclamó ese tendero—. ¿No lo sabe? ¡Ha llegado con unos cien años de retraso!» Los dos nos echamos a reír, pero en realidad este era el verdadero meollo de la cuestión. Yo no estaba allí simplemente para contar de nuevo una vieja historia. Independientemente de los nuevos detalles que hubieran podido salir a la luz recientemente gracias a las investigaciones en los archivos rusos, quería hacer algo más que llenar algunas lagunas de la historia. Cogí el tren para recrear un viaje de hacía un siglo, pero he escrito este libro porque todos vivimos en un mundo distinto.

La guerra fría solía ejercer un dominio completo en la imaginación de todos. Lo disponía todo a lo largo de una línea entre dos polos —a favor o en contra, derecha o izquierda— y al final borraba los colores y matices de la historia. Muchos de nosotros optábamos por recurrir a libros sobre los Romanov y hermosas princesas vestidas de blanco. Sin embargo, cuando yo pensaba en la Europa de 1917, e intentaba situar en ella a Lenin, seguía observando reflexiones propias de los tiempos en los que vivimos actualmente. A menudo se trata el legado de Lenin como algo abstracto, una lista de textos y discursos de carácter oficial. El volumen de todos esos escritos hace que resulte difícil percibir sus aspectos vivos, los que realmente importan a la luz de los últimos acontecimientos ocurridos en el mundo. La lista es larga, pero incluye la nueva alineación del poder global, el espionaje y las jugadas sucias, el fanatismo y las múltiples y complejas insurgencias.

La manera que tienen los libros antiguos de contar una historia es la que resulta más conveniente para su época. En 1940, Edmund Wilson utilizó el viaje de Lenin hasta la estación de Finlandia para escribir sobre el socialismo, esforzándose durante décadas por construir un relato clásico de esperanzas frustradas.[6] En los años cincuenta del siglo pasa-

do, Alan Moorehead elaboró una versión más sobria, financiada en parte por la revista *Life*, cuyo objetivo era investigar la verdad que escondía el oro alemán que supuestamente había recibido Lenin.[7] Michael Pearson retomó este tema en la década de los setenta, pero pensando más en su carga dramática.[8] Su trabajo fue bueno en lo concerniente a los trenes alemanes y los cotilleos británicos, pero flojo, de hecho evasivo, en lo tocante a la política. Para el aspecto político, hay que leer al socialista Marcel Liebman, para quien la historia de Lenin (al igual que el conjunto de sus escritos) constituía «una de las antorchas que mejor nos iluminan para comprender los fenómenos políticos de nuestros tiempos».[9] Las visiones como las de Liebman parecen anticuadas hoy día, y prácticamente nadie recurre a Lenin para que le ilustre. Pero sigue habiendo revoluciones, y los líderes siguen hablando de rabia e ira, de beligerancia y conflicto armado, a las masas receptivas.

El universo de Marx y de Lenin solía ser el mío. Visité Rusia por primera vez cuando su gobierno era soviético, y sus ciudades eran grises; unas ciudades en las que no había café y en las que por las noches la iluminación prácticamente brillaba por su ausencia. Como una peregrina, fui a la tumba de Lenin, y me maravilló la veneración que realmente sentían algunos por el líder revolucionario. Posteriormente, cuando Moscú comenzó a convertirse en la Dubái del norte, pasaba mi tiempo en medio del polvo y las reliquias del pasado. Gracias a la amabilidad del pueblo ruso, me enteré de los gravosos costes y las penurias que habían supuesto los años de régimen soviético, como si estuviera efectuando una investigación sobre mi propia familia. Mientras escuchaba los recuerdos de la gente que me hablaba de detenciones y de destierros en campos de trabajo, o mientras visitaba las fosas comunes de los tiempos de Stalin, iba

convirtiéndome en testigo de algunas de las tragedias que el comunismo había hecho vivir a sus ciudadanos. Yo no era una de esas personas que pensaba que en la Unión Soviética todo era malo, falso o equivocado, pero lo cierto es que los efectos de su régimen fueron de todas formas catastróficos. Entendí fácilmente por qué su final fue celebrado en toda Europa, en Norteamérica y en todos los países ricos del mundo. También fue celebrado en Rusia. Pero, aunque todos lloráramos de alegría cuando fue derribado el Muro de Berlín, lo cierto es que la autocomplacencia triunfalista de los extranjeros estaba condenada a dejar un regusto amargo.

La verdad, que tardó un poco en vislumbrarse, es que no todos acabarían sintiéndose tan encantados con los valores del llamado «Occidente» como algunos líderes del mundo libre consideraban que debían sentirse. Es demasiado pronto para hablar de victoria; el término es tan engañoso como poco aconsejable. Los diplomáticos británicos en Rusia cometieron el mismo error en tiempos de Lenin cuando dieron por hecho que todas las personas del mundo aspiraban a ser gente decente igual a ellos. Nunca llegaron a comprender realmente que Lenin no era una especie de demonio importado que quería desviar a los rusos de su destino de convertirse en versiones sumisas del ciudadano inglés. Como iba a averiguar por mí misma, los británicos financiaron a sus propios exiliados rusos, escoltándolos hasta Petrogrado para que predicaran a las masas que los esperaban. Fracasaron, mientras que el éxito coronó la misión de Lenin porque el líder revolucionario prometió una serie de cosas que importaban mucho más que la decencia británica y las armas para la guerra.

El dogma del marxismo-leninismo-estalinismo era un cascarón vacío cuando estuve estudiando en la Universidad Estatal de Moscú allá por los años ochenta del siglo pasado (y un liderazgo perspicaz había eliminado la parte estalinista), pero sabía que había habido una época en la que había estado vivo. Sus momentos más brillante tuvieron lugar en 1917. La primavera y el verano de ese año fueron testigos del Lenin más creativo. Independientemente de lo que ocurriera cuando ostentó el poder, lo cierto es que el hombre que regresó en un tren sellado gozó de gran popularidad porque ofrecía claridad y esperanza. Su mensaje iba dirigido a un amplio sector del pueblo ruso, la gente que quería más que lo que sus líderes pensaban que tenía derecho a pedir de la vida. Aunque la ruta que yo había estado siguiendo es un hecho geográfico, también había estado viajando en el tiempo, dirigiéndome hacia el norte en busca de un paisaje de posibilidades olvidadas.

El viaje finaliza en la mágica ciudad de San Petersburgo, la Petrogrado de Lenin en tiempos de la Gran Guerra, la segunda capital rusa. Treinta años después de la caída del comunismo, el rastro del fatídico viaje del líder bolchevique está desapareciendo incluso en esta ciudad. Envuelta en pan de oro y pintada en nuevos tonos pastel, San Petersburgo ha decidido revivir su esplendorosa época imperial. Sin embargo, ya son pocos los lugares en los que se permite que la llama de la revolución siga ardiendo de manera controlada. Uno de ellos se encuentra en una calle tranquila del distrito de Petrogrado, no muy lejos de la estación de metro de Chkalovskaya. Como ocurre en muchos edificios de apartamentos viejos, su deteriorado vestíbulo impresiona al visitante por el olor a perro, a humo rancio y a cerveza. Los cochecitos de paseo aparcados a lo largo de la pared son todos nuevos y de marcas caras, pero nadie se encarga de reunir

el dinero necesario para instalar un ascensor del tamaño suficiente para subir los pequeños vehículos. Como los grafitis de las paredes del exterior de los edificios, este hecho pone de manifiesto la opinión de la nación en lo concerniente al colectivismo. En las distintas plantas del inmueble, las puertas de los apartamentos privados son de una envergadura que normalmente suele asociarse a las cámaras acorazadas de los bancos. Las paredes de la casa son endebles, con grietas enormes, pero si algún día el edificio se derrumba, esas puertas seguirán en su sitio.

Cuando llego al piso superior, el retrato de Vladímir Putin en la pared de la oficina me revela qué versión de Lenin me voy a encontrar hoy. El personal aquí es más entusiasta del que consideran un gran líder y maestro que del revolucionario cuyo objetivo era emprender una guerra civil global. La mujer que me saluda extendiéndome su mano es pulcra, meticulosa e impecable. Sin embargo, también se muestra generosa, y cuando queda claro que realmente estoy dispuesta a escuchar, y que también necesito ver y comprender, se transforma en la guía ideal. El hecho de que, como ella, yo también estuve viviendo en el mundo soviético, sirve de ayuda. Tenemos un lenguaje en común, un lenguaje que los jóvenes rusos ni siquiera conocen.

El lugar del que se encarga es el Museo Elizarov, los apartamentos en los que vivieron las hermanas y el cuñado de Lenin y, durante un breve período de tiempo, ya al final de su vida, la madre del líder bolchevique. En abril de 1917, en plena madrugada, Lenin se presentó aquí después de la recepción de bienvenida con la que había sido agasajado a su llegada a la estación de Finlandia. Cuando me asomo al dormitorio, puedo imaginármelo dejando su chaqueta sobre la cama mientras Nadezhda Krúpskaya, su esposa durante casi veinte años, va quitándose los alfileres del sombrero y se

desliza de un lado a otro, con unas zapatillas prestadas, organizando la habitación. La pareja iba a vivir aquí durante las seis semanas siguientes, desplazando a las dos hermanas y compartiendo su té.

Decir que se ha querido preservar todo es quedarse corto. La plancha sigue estando apoyada en la cocina económica, la bañera de cobre espera. Las dos camas en las que durmió la pareja están debidamente hechas, y tienen las sábanas que a Mariya, hermana de Lenin, le encantaba decorar con vistosos bordados. Las cosas de su madre se hallan en el dormitorio principal, pero con ellas hay un maletín de viaje que permanece abierto para mostrar los cepillos, los utensilios para el afeitado y las botellas de colonia. La piel que lo recubre, ya maltrecha, viene a recordarnos que Lenin pasó los mejores años de su vida preparando un maletín así y viajando, y que sus domicilios no eran más que unos cuartos alquilados en ciudades extranjeras. Aunque este neceser es espléndido a su modo, su objetivo aquí en el museo es representar la vida de una especie de asceta, de un nómada, de aquel Lenin que formaba parte del mito soviético.

Lo que no me había esperado encontrar era aquella formalidad un tanto remilgada, aquella atmósfera tan sofocante como la de cualquier salita de las novelas de Dickens. Por todas partes se han colocado (aunque siempre de una manera muy ordenada) almohadones con volantes y cojines con bordados, y en las fotografías enmarcadas no hay ni una mota de polvo. Junto a la cabecera de una cama hay una cinta ribeteada de puntillas de la que quien durmiera en ella podía colgar su reloj. La habitación de enfrente es masculina (la ocupaba Mark Elizarov, el cuñado de Lenin, que labró su fortuna con la navegación comercial), pero esto solo significa que las paredes están pintadas en una tonalidad de marrón, y que las puntillas han sido sustituidas por las pie-

zas de un juego de ajedrez. El desorden llega a confundir, pero de repente mis ojos se fijan en un coco. «Elizarov tenía contactos en el extranjero —cuenta la conservadora del museo—. Se trajo esto a casa; era un tesoro.» Cojo el coco entre mis manos y lo agito, y este me responde con un ruido sordo. El fruto, completamente seco, ha estado aquí durante más de cien años. Si en aquellos momentos hubiera tenido cabida un instante de frivolidad, probablemente me habría sentido tentada a soltar una carcajada.

De ahí, pasamos al salón. El edificio en el que vivían los Elizarov había sido diseñado en forma de proa, y el salón es la dependencia que se encuentra en la punta. Si alguna vez hubieran sido subidas sus cortinas de muselina, este espacio triangular se habría visto inundado rápidamente por la luz del día. Sin embargo, hay muchas bombillas. Lenin las veía especialmente con agrado. «El comunismo —dijo en cierta ocasión— es el poder del sóviet sumado a la electrificación de todo el país.» Pero sus hermanas seguramente no estarían tan convencidas de ello, pues todas las lámparas están cubiertas de unos adornos en forma de flecos hechos de abalorios. «Los hizo Anna —explica la conservadora del museo—, porque no quería que su hermano se viera perjudicado por insanos rayos eléctricos.»

A Lenin le encantaba este lugar. Resulta fácil olvidar que era un hombre respetable y relativamente acaudalado, miembro de la burguesía de comienzos del siglo xx, esa cuyos varones vestían trajes con chaleco y en cuyas casas se ponían antimacasares en el respaldo de las butacas y los sofás. El cuaderno de dibujo de su esposa está sobre la mesa del comedor. Hecho una mirada a sus páginas, asombrada de que le quedara algún tiempo para dibujar. La pareja no tuvo hijos, y Krúpskaya se dedicaba prácticamente en cuerpo y alma a la causa de la revolución, pero cogía ese cua-

derno de dibujo cuando tenía un rato para distraerse. Sus páginas muestran niños de cara rolliza con lazos en sus caballos rizados; aquí unos pequeñines con perritos, y allí una niña con un gato. Nos hemos perdido algo del mundo del revolucionario de éxito, al menos eso parece. Estos agitadores procedían de hogares tranquilos, e incluso sofocantes. No vivían fuera de su tiempo; se hallaban cómodamente instalados en él.

Sigo reflexionando sobre todo esto cuando la conservadora del museo me indica con un gesto que me siente. Levanta la tapa del inevitable piano vertical (candelabros, caja de resonancia alemana, letras góticas) y flexiona sus brazos de maestra. Y entonces, mientras permanezco sentada en el salón en el que Lenin solía tomarse un descanso, rodeado de sus fruslerías y los delicados bordados de sus hermanas, mi guía empieza a tocar. El piano está desafinado, pero estoy demasiado extasiada para poner peros. Los ruidos callejeros de San Petersburgo se desvanecen en cuanto mi anfitriona arranca del instrumento las primeras notas de la famosa sonata *Claro de luna* de Beethoven. La toca bien, aunque flota en el aire un ligerísimo olor a sacarina en medio de almohadones asfixiantes.

Lenin amaba la música, especialmente las piezas para piano. Es un hecho en el que solían hacer hincapié todos los libros de texto en los relatos que hablaban de su debilidad por los niños y los gatos. El Lenin que estoy buscando no es tan dulce. Quiero encontrar al hombre con aquella energía arrolladora, fría e implacable. No fue con lazos y cocos como se cambió el mundo. Puedo verlo ahora, deambulando por el cuarto, perdiendo la paciencia con las notas relajantes. Al igual que el ajedrez, al que también le gustaba jugar, la música lo distraía de su misión: la revolución. «No conozco nada que supere a la *Appassionata* —comentó en cierta

ocasión—. Me gustaría escucharla todos los días. Pero no puedo oír música con tanta frecuencia. Afecta a los nervios, hace que quieras decir cosas bonitas y estúpidas y acariciar la cabeza a todo el mundo … No debes acariciar la cabeza de nadie; podrías acabar con la mano mordida. Has de pegar a la gente en la cabeza sin piedad alguna.»[10]

1

Fuerzas oscuras

> Hoy ministro y mañana banquero; hoy banquero y mañana ministro. Un puñado de banqueros, que tiene el mundo entero en sus manos, está haciendo una fortuna con la guerra.
>
> V. I. Lenin

En marzo de 1916, un oficial británico llamado Samuel Hoare puso rumbo a Rusia. La última cosa en la que pensaba era en socialismo revolucionario. Si alguien le hubiera preguntado, probablemente habría comentado que quería ser soldado —tras el estallido de la guerra con Alemania, había sido uno de los primeros en alistarse en el Norfolk Yeomanry—, pero su fragilidad física lo había hecho inútil para el servicio activo en combate. No obstante, a sus treinta y seis años, había sido reclutado por sir Mansfield Smith-Cumming, el legendario «C», para trabajar en los servicios secretos de inteligencia británicos en la capital rusa, Petrogrado.[1] Mientras otros coetáneos suyos luchaban en las trincheras, él se convirtió en un maestro del espionaje, la censura y la codificación. Es probable que también experimentara con disfraces. Su nuevo jefe era adicto a ellos, y los encargaba en la tienda de vestuario teatral que tenía William Berry Clarkson en el Soho, en Wardour Street.[2]

La misión que había sido asignada a Hoare era compleja. Debía averiguar si los aliados rusos de su país cumplían con el embargo comercial impuesto a Alemania durante la guerra. Los británicos tenían un interés particular en ello; esperaban entrar en el mercado ruso después de ganar la guerra. Mientras tanto, también temían que los lazos comerciales que quedaban entre Rusia y Alemania pudieran servir como

tapadera de operaciones de espionaje y quizá de sabotaje. Como trabajaba con el azaroso Comité para las Restricciones de Suministros al Enemigo de Rusia, Hoare tendría que supervisar los sistemas de importación rusos, a sus comerciantes, sus mercados y cualquier queja relativa a posibles escaseces.[3] Su otra tarea consistiría en vigilar atenta y minuciosamente la labor de la misión de inteligencia británica en la capital rusa. Aunque pudiera parecer un asunto más propio de militares, se suponía que Hoare debía tener muy presente el lado comercial incluso en este trabajo. Como Frank Stagg, el encargado de la sección rusa en Londres, le explicó antes de su partida, «una empresa con un pie en Rusia» podía producir» «información suficiente para servir una serie de platos tentadores no solo al gobierno británico, sino también a los grandes intereses financieros y comerciales de la City».[4]

Se trataba de un trabajo que exigía mucho tacto. Por una razón: los franceses eran los que realmente tenían experiencia con los rusos. Durante décadas, habían ido estableciéndose en la corte zarista en calidad de socios comerciales e inversores, árbitros de la moda y proveedores de champán. Los oficiales franceses tenían los mejores contactos en los servicios secretos rusos. En cierta medida, esta circunstancia resultaba de ayuda, pues Gran Bretaña y Francia eran aliadas, unidas la una a la otra y a Rusia por medio de un sistema de tratados denominado la Triple Entente, pero en 1916 el entendimiento entre estas potencias ya no era lo suficientemente bueno. Al fin y al cabo, cuando llegara el momento de que los exportadores británicos entrasen en un imperio zarista de posguerra, aquellos mismos franceses representarían la competencia.

En primer lugar, «C» tenía una serie de problemas en Rusia. Había habido tensiones desde un principio entre sus agentes y el coronel Alfred Knox, el agregado militar británico, y el oficial al que «C «había confiado inicialmente la cuestión rusa, el comandante Archibald Campbell, había sido llamado de vuelta a Inglaterra tras recibir un sinfín de quejas.[5] Para colmo de colmos, el embajador, sir George Buchanan, era un hombre de la vieja escuela que siempre ponía buena cara al mal tiempo, es decir, era, en principio, un individuo al que no le gustaban en absoluto las operaciones encubiertas. «Han surgido dificultades», como decía Hoare, debido a «desencuentros entre los distintos departamentos en lo concerniente al lugar exacto en el que hay que colocar a los Servicios Secretos en la jerarquía oficial.»[6] La frase era un claro ejemplo del típico comedimiento británico. Como miembro de un Parlamento y en su calidad de barón, Hoare era el hombre perfecto para resolver los problemas.

El nuevo espía tuvo que arreglárselas para llegar a su destino. Hoare reservó un camarote en un vapor noruego llamado *Jupiter* que partió de Newcastle. Entre los pasajeros, acurrucados en medio de la niebla como un montón de aves exóticas, había un grupo de modistos franceses que se dirigían a Rusia con su séquito de modelos. El suyo era un negocio arriesgado, pues la ruta marítima constituía un imán para los submarinos germanos. Cuando el *Jupiter* dejó atrás el río Tyne, todo el mundo se puso a vigilar atentamente cualquier movimiento extraño que pudiera producirse entre las olas. Sin embargo, en esta ocasión, la travesía discurrió tranquilamente, y Hoare pudo desembarcar sano y salvo en el puerto de Bergen, entre los oficiales vestidos con uniformes grises y los hombres de negocios, entre los

contrabandistas y las maniquíes. Desde allí, el viaje continuó hasta llegar a Cristianía (Oslo), la capital de Noruega, para luego seguir en tren, en coche cama, hasta Estocolmo.

Hoare tuvo que atravesar los países escandinavos «de paisano … ocultando mi espada en una caja de paraguas».[7] Como oficial al servicio de una potencia beligerante, habría podido ir a la cárcel si la policía lo hubiera cogido en un país neutral como Suecia. Al menos era así en teoría. De hecho, descubrió que Suecia estaba llena de espías, aunque parecía que este país solo se mostraba tolerante con los alemanes. Cuando efectuó una visita a sir Esmé Howard, el embajador británico en Estocolmo, Hoare tuvo conocimiento de la volatilidad con la que estaba actuando Suecia. La prohibición de comerciar con Alemania todo tipo de material relacionado con la guerra había supuesto un duro golpe; los alimentos y los puestos de trabajo se habían visto seriamente afectados cuando los barcos británicos comenzaron a reivindicar el derecho a controlar los cargamentos de las naves de los países neutrales al igual que las de los estados beligerantes. Los niños estaban quedándose sin medicamentos, los hombres de negocios sin sus cheques y los comerciantes sin mercados para su madera, su grano y su hierro. Buena parte de la élite dirigente sueca era partidaria de la idea de que se alcanzara un acuerdo, incluso una alianza, con Alemania.[8] El Báltico, al fin y al cabo, más que dividir a los dos países, los unía. Cuando se dejó caer por el Grand Hotel de Estocolmo, Hoare, tras colgar su abrigo de pieles en una percha, pudo entretenerse contemplando cómo aparecía inmediatamente un agente alemán para escudriñar en los bolsillos de la prenda.

Hoare tendría cada vez más necesidad de ese abrigo a medida que fuera adentrándose en el norte. Desde Estocolmo puso rumbo a la remota región sueca de Norrland, una

zona prácticamente deshabitada que los cazadores sami compartían con los alces y con los zorros y osos árticos. Como había observado el escritor Arthur Ransome cuando tomó esa misma ruta, «la cosa promete ser interesante, pero fría».[9] Hoare era, sin embargo, diputado por Chelsea, e hizo todo el viaje en primera clase. «El viaje —escribiría— fue tranquilo y monótono. Llegado un punto, el tren no podía superar los ocho kilómetros por hora, y se daba mucho tiempo para adquirir excelentes platos de comida caliente en las estaciones en las que tenía parada.»[10] Una de esas paradas, a casi mil kilómetros al norte de Estocolmo, era un puerto en el golfo de Botnia, Luleå, cuyos muelles eran utilizados para cargar el hierro procedente de las minas de Kiruna y Gallivare. El otoño anterior, como bien sabía Hoare, el capitán Cromie, comandante de un submarino británico, había hundido frente a ese puerto un gran número de barcos suecos, todos ellos cargados de hierro —material prohibido por el bloqueo— con destino a Alemania, enviando al fondo del mar miles de toneladas de este metal.[11]

La región constituía un territorio peligroso para cualquier oficial británico, y Hoare estaba dirigiéndose a su centro habitado más recóndito. Ninguna guía u horario anterior a la guerra marcaría su itinerario, pues no fue hasta el verano de 1915 cuando llegó a la zona el ferrocarril. Arthur Ransome, que viajó hasta Rusia cuando el tren seguía teniendo Karungi como fin de trayecto, recordaría que los últimos kilómetros en suelo sueco habían requerido desplazarse «en trineo en medio de la breve luz invernal, tumbado en el trineo, con el calor que proporcionaba el guía lapón que amablemente se sentó en mi estómago mientras recorríamos la pista de nieve y bajábamos por un río helado hasta Tornio, la localidad fronteriza finlandesa».[12] Quince meses después, Samuel Hoare podía respirar con relativa

comodidad mientras su tren avanzaba subiendo entre paredes de nieve ennegrecida y se adivinaba la presencia de árboles entre el humo de la locomotora. Los últimos kilómetros se vieron marcados por la visión de un sinfín de cajas de madera, enormes montones de ellas en cada parada. Luego vinieron los trineos tirados por renos y los hombres canosos vestidos con abrigos de ciudad. Hoare había llegado a Haparanda, la ciudad fronteriza que controlaba la importantísima ruta terrestre que unía a Europa con Rusia, y más allá con Shanghái.

No se detuvo a contemplar el panorama. Habría podido explorar los pantanos helados, donde mercancías empaquetadas procedentes de Estados Unidos y de Gran Bretaña, Dinamarca, Francia y Suecia habían sido amontonadas en calles y patios improvisados, como si se tratara de una segunda ciudad. Habría podido dejarse caer por el bar local. En él, mientras observaba a los pescadores y a los conductores de trineo fuera de servicio, habría podido enterarse de diversas noticias de tres continentes a la vez. Unos meses más tarde, un político ruso llamado Pável Miliukov, que pasó por Haparanda en la dirección opuesta en su viaje oficial a Londres, tomó varias fotografías del sol de medianoche con su cámara Kodak.[13] Un activista revolucionario llamado Aleksandr Shlyapnikov, que cruzaba con tanta frecuencia la frontera que conocía todas las casas seguras existentes en un radio de varios kilómetros, quedaría extasiado ante la visión de la aurora boreal en el cielo de invierno. Pero lo que impresionó realmente a Hoare, un verdadero inglés de nacimiento, fue el clima: «Todo era de un blanco deslumbrante bajo el sol abrasador —recordaría—. La nieve estaba inmaculada, y los gorros blancos de piel de oveja de los soldados de la guarnición sueca parecían de color amarillo en medio de aquella luz rutilante».[14]

El puesto fronterizo ruso en Tornio resultaba sumamente inhóspito después de haber visitado Haparanda. La mayoría de los recién llegados pasaban mucho tiempo sentados en las cabañas utilizadas como puestos de control por la guardia fronteriza zarista. Hoare viajaba a Rusia por asuntos comerciales oficiales, y es muy probable que por allí anduviera algún agente clandestino de los servicios de inteligencia británicos, pero el nuevo espía de «C» no podía permitirse atraer la atención de nadie aprovechándose de su rango superior. Tras varios encuentros desafortunados, Arthur Ransome había aprendido a blandir una carta escrita en papel con ostentosos membretes en relieve, y aunque se trataba en realidad de un requerimiento de la Biblioteca de Londres solicitando la devolución de unos libros cuyo préstamo ya había expirado, la firma del bibliotecario, el Dr. Chales Theodore Hagberg Wright, era tan vistosa y llamativa que dejaba reducido al servilismo más empalagoso incluso al más severo de los burócratas.[15] Sin recursos como el de Ransome, los demás viajeros recordarían, en su mayoría, el interior de las construcciones fronterizas con cierto escalofrío. La espera de Hoare fue tan larga que un grupo de soldados rusos se puso a bailar, con la esperanza de conseguir unas cuantas monedas del público que los contemplaba. Pareció como si hubiera pasado toda una etapa de su vida antes de que los papeles fueran por fin sellados oficialmente, el equipaje vuelto a colocar torpemente en las maletas y Hoare pudiera subirse al tren finlandés con dirección al sur.[16]

La línea ferroviaria volvía a ser de una sola vía. El tren avanzaba lentamente, provocando mucha suciedad, pues desde el estallido de la guerra las locomotoras que hacían ese trayecto utilizaban madera en vez de carbón como combustible. Nubes de ceniza entraban en el interior del vagón

por cualquier ventana que estuviera abierta. El vapor y un humo gris impedían que el pasaje pudiera admirar los famosos lagos de Finlandia. Los días cada vez eran más largos, pero ya había caído la noche cuando el tren de Hoare llegó por fin a la estación fronteriza de Beloostrov. Allí, cruzando a Rusia propiamente dicha desde la provincia imperial de Finlandia, Hoare tuvo que soportar otra tanda de control de documentos y una serie de preguntas totalmente incomprensibles. Tan aturdido y desconcertado como un campesino, el británico llegó a la principal estación del norte de Petrogrado, la estación de Finlandia, a la medianoche. Los andenes y la sala de llegadas estaban apenas iluminados y prácticamente desiertos.[17] Por un momento Hoare fue presa del pánico, sobre todo debido al agotamiento, hasta que por fin divisó un uniforme británico que le resultaba familiar: era su chófer oficial. En pocos minutos, y con todo su equipaje debidamente cargado en el maletero, Samuel Hoare subió a un automóvil, de nuevo a salvo tras su breve contacto con la barbarie.

El coche no tardó en dejar atrás el barrio de clase trabajadora que se levantaba junto a la estación. Tras cruzar el río (ancho y aún medio helado), Hoare se dirigió hacia el distrito del palacio para alojarse en un hotel. Lo más aconsejable para un diplomático era evitar las calles en las que vivía y trabajaba la gente corriente. Esta sería una lección que iba a aprender durante los días siguientes junto con las reglas de etiqueta de la corte y lo difícil que resultaba encontrar una doncella de confianza. El diputado británico había llegado a Petrogrado, y estaba a punto de comenzar su labor para unos servicios de inteligencia británicos «nuevos, secretos y aún muy poco definidos».

En 1916, Petrogrado tenía más de dos millones de habitantes, una población que había aumentado desde el estallido de la guerra por la llegada en tropel de trabajadores emigrantes y refugiados.[18] Construida en el delta del río Nevá, la ciudad se prestó a las subdivisiones sociales. Los pobres solían vivir en barriadas de fábricas que habían ido creándose alrededor de las nuevas grandes empresas metalúrgicas y armamentísticas. Las calles situadas detrás de la estación de Finlandia conducían a patios estrechos con ventanas falsas, pues se trataba del distrito de Víborg, sede de la fábrica de maquinaria y metal Erikson, de la Nobel y la Nueva Lessner (ambas especializadas en armamento y explosivos), de la Antigua Sampson de hilados y tejidos y de varias grandes plantas industriales dedicadas al acero. Al sur del río, hacia el este, el distrito de Okhta contaba con una fábrica de explosivos gubernamental y otra para la producción de pólvora, y en el suroeste se alzaban las colosales instalaciones de la Putilov, empresa que daba empleo a decenas de miles de trabajadores, y cuya actividad era la producción de vías ferroviarias y material rodante, así como piezas de artillería. Antes del estallido de la guerra, la industria ya se había convertido en una mina de oro para los especuladores, pero la construcción de viviendas destinadas a los hombres y mujeres necesarios para su funcionamiento no había resultado tan atractiva para los inversores.[19] A pesar de las penurias, sin embargo, continuaron llegando de las aldeas multitud de personas en busca de trabajo.

Los otros habitantes de Petrogrado, los que poseían un carruaje y ocupaban palcos en los teatros, residían en la franja meridional de la isla de Vasílievski, a lo largo de los muelles del lado de Petrogrado y en los mejores distritos próximos al Palacio de Invierno. Las casas altas situadas junto a los canales de la ciudad ofrecían espaciosos pisos en las

primeras plantas para los más acomodados, aunque los sótanos y los áticos estaban disponibles, a un alquiler más bajo, para todo tipo de personas, desde individuos dedicados a actividades comerciales hasta escritores de poca monta. En general, sin embargo, la principal vía de contacto de la gente adinerada con el lado más crudo de la ciudad era la que constituían sus criados, chóferes y porteros. La espléndida Perspectiva Nevsky, la avenida más importante de Petrogrado, era un lugar que pisaba muy poco la gente humilde y sin derecho a voto. En épocas de turbulencias (y había estallado una revolución en 1905), el gobernador de la ciudad podía ordenar el levantamiento de los puentes, convirtiendo el Nevá en un enorme foso de seguridad y cortando las vías de comunicación con prácticamente todos los suburbios más conocidos. Era una pena que tuviera que haber una estación ferroviaria principal cerca de la Perspectiva Nevsky y realmente lamentable la visión de fábricas detrás de los palacios. Pero los elementos desestabilizadores siempre podían ser recluidos en las celdas de cárceles como la Fortaleza de Pedro y Pablo y la prisión de Kresty, dos edificaciones características de una ciudad portuaria deslumbrante.

La embajada británica ocupaba buena parte del palacio de Saltykov, edificación que también se conocía como el Muelle del Palacio n.º 4. Su ubicación era magnífica, pues bastaba un corto paseo junto a la orilla del río para llegar al Palacio de Invierno, y desde sus ventanales podía admirarse la Fortaleza de Pedro y Pablo con su esbelta torre dorada. La embajada «era un edificio enorme, espacioso y sin duda confortable, pero en absoluto bonito», escribiría más tarde la hija del embajador, Meriel Buchanan.[20] Sus características más notables eran la gran escalinata y la sala de baile, cuyas ventanas daban al río. Pero las oficinas resultaban poco prácticas, y el edificio era compartido con una antigua prin-

cesa, Anna Sergeyevna Saltykova, que seguía residiendo en la parte trasera junto con sus criados y un locuaz loro ya muy viejo.[21]

Hoare necesitaría conocer pronto a sus hombres, pero la parte diplomática de su misión, la pacificación entre departamentos, requería una primera llamada al embajador. Sir George Buchanan había sido el hombre de Londres en Rusia desde 1910 y se había labrado una reputación como el diplomático más de fiar y experimentado en Petrogrado. Hoare no tardaría en sentirse atraído por su carisma. «Si tuviera que hacer un retrato de un embajador británico —recordaría el espía—, habría tenido que dibujar a sir George Buchanan. Distinguido, distante, más bien tímido en sus modales, y con esa apostura que tanto se estilaba hace veinte años.»[22] Robert Bruce Lockhart, que ayudaba a sir George desde una oficina en Moscú, tenía la misma opinión y comentaba que «su monóculo, sus facciones perfectamente marcadas y su espléndido cabello gris plata le daban un aire de actor representando el papel de un diplomático».[23] En *Ashenden*, la colección de relatos que escribió basándose en sus propias misiones de espionaje durante la guerra, Somerset Maugham convirtió a sir George Buchanan en sir Herbert Witherspoon y lo presentó presidiendo una cena como un barón en una de las grandes mansiones campestres de Inglaterra. Un visitante menos amable, sin embargo, recordaría una «frigidez que habría hecho que un escalofrío recorriera la espina dorsal de un oso polar».[24]

Es probable que Buchanan viera a los espías con malos ojos, pero estaba firmemente convencido de que Rusia debía seguir combatiendo para poder conseguir la victoria de los Aliados en la Gran Guerra.[25] Para asegurar la participación rusa, estaba dispuesto a cenar con prácticamente cualquier diablo enviado por Londres, y fue así como Hoare se convir-

tió en un invitado habitual de la embajada. Hoare era agasajado por lady Georgina, la esposa del embajador, por su hija Meriel y al menos por un gato siamés de muy mal carácter. También compartía mesa con algunas de las estrellas de la diplomacia europea, como, por ejemplo, el embajador de Francia, Maurice Paléologue, y el de Italia, el marqués Andrea Carlotti Di Ripabella. El de Estados Unidos, David Rowland Francis, anteponía sus partidas de póquer a los manteles y el vino de Burdeos de Buchanan, pero a pesar de ello seguía habiendo toda una serie de funcionarios británicos que podían resultar de gran ayuda para Hoare.[26] El lugar para encontrarlos era el departamento de cancillería situado en el primer rellano de la escalinata de la embajada. Allí, unos hombres jóvenes vestidos con trajes de estambre dedicaban muchísimas horas del día a mecanografiar, codificar o descifrar información. No había ni un secretario de origen ruso, pues la confidencialidad era importantísima, incluso entre países aliados. «Parecía —recordaría Lockhart— un servicio de mecanografía y telégrafos dirigido por licenciados de Eton.»[27]

Para ir al despacho de Hoare había que hacer una buena caminata por el Muelle del Palacio en dirección oeste. Se giraba a la derecha al llegar al Palacio de Invierno, un enorme complejo de mil quinientas habitaciones cuyo estuco había sido pintado de un triste color oscuro. Detrás de este colosal edificio, al otro lado de la plaza del Palacio, se extendía un conjunto de construcciones muy similares, también pintadas de color carne roja, sede de los principales departamentos gubernamentales, incluido el Estado Mayor General del Ejército. Allí, encajonada en uno de los pisos altos, se encontraba la oficina del Servicio de Inteligencia Militar de Gran Bretaña, cuyo establecimiento en la capital rusa fue posterior al de la de Francia, situada en la misma planta. Tal

vez resultara conveniente, pero lo cierto es que no fue un lugar al que Hoare logró acostumbrarse: «Fiel al estilo ruso —comentaría con desagrado—, la fachada era lo mejor de aquel edificio. Detrás de donde se encontraba el Estado Mayor había una serie de patios malolientes y pasajes enfangados que dificultaban la entrada y eran nocivos para la salud».[28]

Pero Hoare no se encontraba en la capital rusa para admirar los palacios de Rastrelli. En cuanto se puso a trabajar en aquel cuarto falto de ventilación, tuvo que empezar a asimilar cuán diferente era Rusia. A pesar de su puritano origen británico, el gran ceremonial de la capital le resultaba sofocante. Menos mal que los suecos no habían dado con su espada, pues se esperaba que la llevase al trabajo. Tuvo otra sorpresa poco grata cuando descubrió que los rusos carecían de unos servicios secretos unificados con los que poder colaborar. El Estado Mayor, el jefe de cada Grupo de Ejércitos y el ministro de la Marina tenían cada uno sus propios agentes de inteligencia, pero la competición entre ellos era tan feroz que nadie podía reservarse un poco de energía para cooperar con él. Había una red de espionaje más eficiente que dependía del Ministerio del Interior, y otra del Santo Sínodo, pero ni la una ni la otra estaban dispuestas a compartir su información con un extranjero. «Nadie hacía la guerra como la hacíamos nosotros», observaría el británico lleno de decepción. «Los de Londres … proyectaron Whitehall en la plaza del Palacio de Invierno», pero el esfuerzo de guerra de Rusia era increíblemente caótico y muy impopular.[29]

Se habría enterado de muchas más cosas de haber prestado mayor atención a los que llevaban un tiempo trabajando en aquel cuarto encajonado que daba al Moika. Por aquel entonces, el jefe de inteligencia en funciones era el comandante Cudbert Thornhill, un veterano de la India, «bueno

con el fusil, la catapulta, la escopeta y la cerbatana».[30] En el verano de 1916, sin embargo, cuando Hoare se puso personalmente al mando de la misión de inteligencia secreta británica, Thornhill fue nombrado agregado militar adjunto. Este traslado dejó, en teoría, a las órdenes de Hoare a un reducido grupo de individuos muy dedicados a su trabajo. Los tenientes Stephen Alley y Oswald Rayner hablaban ruso con fluidez y contaban con buenos contactos en la capital. El capitán Leo Steveni, colaborador de Thornhill, ayudaba a reunir información secreta de los campos de batalla, incluida la relacionada con la estrategia naval de Alemania.[31]

Los conflictos con el agregado militar, el coronel Alfred Knox, fueron inevitables desde un principio. En opinión de uno de los funcionarios de la embajada, Knox constituía, al fin y al cabo, el «verdadero nexo de unión [de Gran Bretaña] con el país».[32] Era una visión que el propio Knox compartía plenamente, pues siempre actuaba como si conociera Rusia mejor que toda la colonia británica junta. Como era originario de Úlster, sin embargo, estaba considerado inapropiado para ser destinado al cuartel general militar del zar, la Stavka, trabajo encomendado a un individuo sumamente incompetente llamado sir John Hanbury-Williams.[33] La tensión podía mascarse, pero, a pesar de ello, ese grupo reducido de hombres había sido capaz de dejar a un lado sus diferencias durante un tiempo suficiente como para reunir muchísima información vital a lo largo de los meses anteriores a la llegada de Hoare, incluidos (afirmaría más tarde Steveni) los informes de inteligencia que habían permitido a los barcos británicos interceptar parte de la Flota de Alta Mar de Alemania junto al banco Dogger en 1915.[34]

Como descubriría Hoare, el resto de la colonia británica en Petrogrado tenía todas las características de un *college* de Oxford que sin darse cuenta se había visto desplazado. Ha-

bía unos cuantos académicos y un grupo más locuaz de escritores, muchos de los cuales se ganaban la vida enviando artículos a la prensa británica. Arthur Ransome era uno de ellos, pero el más pintoresco era Harold Williams, lingüista, ensayista y corresponsal de tres periódicos, que había contraído matrimonio con una destacada activista liberal. A través de su esposa, Ariadna Tyrkova («una mujer de ideas avanzadas», sentenciaría Buchanan), Williams había entrado en contacto con prácticamente todas las personalidades políticas de Petrogrado: «Era un hombre muy callado —recordaría Arthur Ransome— y extraordinariamente amable. Creo que es imposible que tuviera algún enemigo».[35] Si Knox era el nexo de unión de la embajada con Rusia, y especialmente con su ejército, Williams lo era con la clase política emergente de Petrogrado, los críticos y los reformistas que anhelaban la llegada de un gobierno constitucional moderno.

La oscuridad no tardaría en comenzar a cernirse sobre Hoare. Mientras Alley y sus amigos seguían con su labor secreta, Hoare fue abordado por un representante de la iglesia Ortodoxa que quería que lo ayudara a resolver un problema de escasez de cera para velas. Antes del bloqueo comercial iniciado con el estallido de la guerra, una firma alemana, Stumpf, se había encargado de suministrar anualmente 13,5 toneladas de ese material a las iglesias de Rusia; los políticos podían cortar dicho suministro, pero los creyentes seguían necesitándolo para iluminar sus oraciones. El bloqueo (e, indirectamente, Gran Bretaña) también era considerado responsable de otro tipo de oscuridades en la vida cotidiana de los rusos. A su debido tiempo, Hoare organizó la llegada de cargamentos de cera al puerto de Arcángel, pero no pudo iluminar a una sociedad entera. Los teatros de Petrogrado estaban medio vacíos, las tiendas tenían un aspecto gris y

las conversaciones giraban en torno a las malas noticias y a unas perspectivas todavía peores. «La mayoría de los hombres y las mujeres que habían hecho de la capital rusa un lugar tan brillante durante los años anteriores a la guerra se encontraban en aquellos momentos en el frente —comentaría Hoare—, y para aquellos cuya familia y fortuna tenían sus límites, el entretenimiento resultaba prácticamente imposible.»[36]

Hoare también tenía sus problemas, pues los alquileres habían subido vertiginosamente en los últimos meses. Incluso sir George Buchanan estaba preocupado porque varios miembros de su personal, entre los que figuraban hombres casados con familia, habían optado por alojarse en la habitación de un hotel por no poder satisfacer el pago del arrendamiento de su antigua casa. Los precios de productos básicos habían subido tanto, y en tan poco tiempo, que los diplomáticos se veían obligados a estirar sus salarios; en septiembre de 1916, Maurice Paléologue escribiría en su diario que la madera y los huevos ya costaban cuatro veces más que hacía dos años, y la mantequilla cinco veces más.[37] Cómo se suponía que los trabajadores rusos hicieran frente a todo ello, seguía siendo un misterio. Las largas colas —Hoare hablaría de «mujeres grises»— a las puertas de las tiendas de alimentación habían pasado a formar parte del paisaje en 1916; reinaba tanta hostilidad en el ambiente en general que corrían rumores de que había agentes alemanes encargados de avivar sentimientos antibelicistas entre la multitud.[38] Todo el mundo tenía que aguantarse y conformarse. Hoare contrató a un criado inglés que trabajaba para él todos los días, pero el individuo en cuestión tenía a mano dos libreas para poder ayudar, en noches alternas, en las recepciones organizadas por la embajada británica y la embajada francesa.

Ni que decir tiene que todos los países sufrieron durante la guerra, pero parecía que Rusia lo pasaba aún peor. Mientras Londres imaginaba que las dificultades podían superarse con el envío de más armas y el ofrecimiento de un poco más de crédito a la Bolsa de Rusia, en Petrogrado no hubo nadie que tardara mucho en darse cuenta de que la buena voluntad y las importaciones no eran suficiente. No había nada que funcionara como debía, ni el transporte ni el Estado Mayor del Ejército, ni la política rusa ni la entrega de provisiones de carbón. La maquinaria política se había estancado por completo, saboteada por el zar, por su esposa, la zarina, y por lo que algunos empezaban a considerar una compleja conspiración alemana para socavar los cimientos de la propia Rusia. «No había ninguna voluntad directriz —comentaría un destacado político de la época—, ningún plan, ningún entramado, y no podía haberlo … La autoridad suprema … era prisionera de influencias muy dañinas.»[39]

Hoare seguramente se enterara de todo ello a través de los elitistas liberales y los empresarios adinerados que constituían la clase política de Rusia. Como el embajador británico era muy escrupuloso y no solía entrometerse, tuvo que conocerlos con la ayuda de Harold Williams, que se relacionaba con todo tipo de personalidades, desde Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma (el Parlamento ruso), hasta reformistas como Pável Miliukov y Aleksandr Guchkov.[40] Todos contaban básicamente la misma historia. Rusia se dirigía al desastre como un automóvil acelerado dirigiéndose a un precipicio. Tal vez fueran necesarias dos copas de *brandy* para conseguir que un ruso lo dijera claramente, pero lo cierto es que el problema fundamental del país era el zar.

Desde que había asumido personalmente el mando del ejército en agosto de 1915, pasando cada vez más tiempo en su cuartel general cerca del frente, Nicolás II había perdido cualquier aptitud que pudiera haber tenido para ejercer un liderazgo. Ignoraba o despreciaba constantemente a la Duma mientras llenaba la Cámara Alta, el Consejo de Ministros, con gente tan carente de talento que resultaba casi cómica.[41] Hoare sabía de primera mano cómo era el Consejo, pues hacía poco que había asistido a una recepción celebrada en sus dependencias del palacio Mariinsky. Este lugar olía a naftalina y a desesperación, y en un cierto momento, mientras tomaba el té, Hoare se vio arrinconado por un oficial, cuya sordera era tan exagerada, que entendió que el oficial británico era un alemán y empezó a denunciar la perfidia inglesa y a criticar las maneras democráticas de los británicos.[42]

La lista de errores de Nicolás se hacía cada vez más larga. En enero de 1916, el zar había destituido a su primer ministro, Iván Goremkyn, de setenta y seis años. Pero el sustituto de Goremykin, Boris Stürmer, era tan reaccionario como su predecesor, e incluso menos eficiente. Stürmer no era del agrado de nadie, ni siquiera de Harold Williams, que lanzó un guante cuando comentó que «sería difícil encontrar en Rusia a un funcionario más corrupto, cínico, incompetente y embustero».[43] «No tenía ni idea de nada de lo que emprendía», recordaría Pável Miliukov.[44] Sin importarle las críticas (o el recelo que provocaría inevitablemente la resonancia alemana de un apellido como Stürmer), el zar puso en manos de su flamante primer ministro las carteras de Asuntos Exteriores e Interior en el verano de 1916. La única cualificación que este individuo parecía tener para el desempeño de esas funciones tan importantes era haber sabi-

do adular a la familia imperial durante su viaje por Rusia con motivo del tricentenario de los Romanov celebrado unos años antes.

La Duma se reunía en el otro extremo de la ciudad, en el palacio Táuride, célebre por sus corrientes de aire. Creada como una concesión tras las revueltas de 1905, seguía pareciendo el ensayo general de un verdadero Parlamento. Su sala de reuniones estaba presidida por un retrato del zar, en el que el emperador aparecía en el curso de un viaje por Italia (ni siquiera por Rusia) y con una especie de sonrisa de desprecio ante un concepto tan «vulgar» como el de democracia. Hoare pudo comprobar que los miembros de la Duma estaban «evidentemente decepcionados y resentidos por lo desesperado de su situación».[45] Se tomaban la política muy seriamente, pero el zar disolvía la Asamblea en cuanto detectaba posturas desafiantes o disidencias. Las últimas elecciones, celebradas en 1912, habían supuesto el regreso de unos pocos marxistas, principalmente miembros del partido menchevique, pero, en su mayoría, fueron rápidamente detenidos o enviados al exilio. Aparte de este grupo, los únicos verdaderamente radicales pertenecían al Partido Democrático Constitucional, los llamados «kadetes» (por las siglas de su partido en lengua rusa, KD).[46] Sus ideas, según el profesor Bernard Pares (un académico que había venido a la ciudad, como sobrino de «C», para efectuar una serie de labores de espionaje extraordinarias), «nunca me parecieron muy distintas de las que cualquiera podía escuchar normalmente en el Club Liberal Nacional de Londres». El objetivo de Miliukov era conducir a Rusia hacia un régimen monárquico constitucional. En la Petrogrado de 1916, semejante pretensión lo convertía en un agitador.

El número de demandas de la Duma había ido aumentando durante la guerra.[47] En 1915, un grupo de parlamentarios, incluidos los kadetes, había creado un Bloque Progresista en defensa del honor militar de Rusia y de los frágiles derechos constitucionales de su pueblo.[48] En el ala izquierda de la coalición, Miliukov consideraba que Rusia no podía seguir forzando su gobierno en naciones sometidas como los países del Báltico y Polonia. Autonomía e igualdad de derechos, en vez de plena independencia, podían constituir un compromiso aceptable, y en Rusia, por otro lado, había que poner fin a la discriminación que sufrían las minorías religiosas, incluida la judía. Otros kadetes eran partidarios de abordar cuestiones como el sindicalismo y los derechos laborales, la amnistía política y la abolición de la censura cuya actividad impedía incluso que se pronunciaran determinados discursos en la propia Duma.

En su conjunto, sin embargo, el Bloque había sido formado para ganar la guerra y fomentar el comercio, seduciendo a los mercados europeos y proponiendo una regulación más flexible para un sistema saturado de papeleo burocrático. La promoción de la industria y el comercio de su país fue la razón por la cual Miliukov, que siempre había mostrado un interés especial por los Balcanes, decidió abogar por el control ruso de Constantinopla y el estrecho del Bósforo y el de los Dardanelos que conectaban el mar Negro con el Mediterráneo. Sus esperanzas en ese sentido vinieron a inspirar un compromiso obsesivo con la guerra, pero Miliukov sabía perfectamente que la victoria tenía un precio: un año antes, su hijo pequeño había caído en combate en el frente austríaco.

Sin embargo, no era de reformas liberales, y ni siquiera del número increíble de bajas que estaba sufriendo el ejército, de lo que se hablaba en Petrogrado cuando empezaron a

caer los primeros copos de nieve en el Nevá en el otoño de 1916. La ciudad vivía atemorizada por lo que se denominaba simplemente «Fuerzas Oscuras». Los alemanes, se rumoreaba, tenían un pie dentro de la corte; y abrigaban una esperanza: convencer a Rusia de que se retirara de la guerra. Si lo lograban, Berlín podía concentrar a todas sus tropas a lo largo de un único frente y aplastar como moscas a franceses y británicos. Para Rusia, la tentación era, entre otras, poder poner fin al dolor que suponía tanta muerte, aunque el sector de la extrema derecha también veía en todo ello una oportunidad para restaurar un gobierno apropiado (esto es, reaccionario) con la ayuda de oficiales prusianos, ejemplo de disciplina y de orden jerárquico. Las conversaciones iban desarrollándose en secreto, unas veces en Estocolmo y otras en Copenhague.[49] Un hombre de negocios británico llamado Stinton Jones indicó que ese juego era muchos más tenebroso que lo que podían imaginarse los rusos. Los conspiradores, decía, pondrían en marcha una revuelta popular para que Rusia pareciera un país ingobernable. Según lo planeado, semejante crisis serviría de pretexto para la firma de una paz separada con Alemania. A partir de ese momento, sin embargo, Rusia se convertiría en «una nación despreciable a los ojos del mundo», y «cuando llegara la hora de que Alemania despedazara a Rusia, nadie acudiría en su ayuda, de modo que Alemania daría un paso más en su plan de dominar el mundo».[50]

Todos los rumores apuntaban directamente a la emperatriz. Alejandra había nacido con un nombre muy distinto, Alix de Hesse y el Rin, y muchos estaban convencidos de que era una agente de los alemanes. Sir George Buchanan lo descartaba: «No es —escribiría en febrero de 1917— una alemana trabajando para los intereses de Alemania, sino una reaccionaria, que aspira a legar la autocracia intacta a su hi-

jo». Sus intromisiones en los nombramientos de ministros, no obstante, habían convertido a la zarina en lo que Buchanan calificaba de «instrumento inconsciente de otros, que son realmente agentes alemanes».[51] Las voces críticas de los liberales la acusaban de estar detrás del nombramiento de Stürmer, pues no había otra explicación posible. Cuando el halagador Aleksandr Protopopov, otro de los favoritos de Alejandra, fue nombrado ministro de Interior en septiembre de 1916, las sospechas parecieron confirmarse. Protopopov, de quien corrían rumores sobre su salud mental (sufría un desorden nervioso de tipo degenerativo relacionado con una sífilis en estado avanzado), había sido visto conversando con un agente alemán en el curso de una visita reciente a Estocolmo.[52]

En realidad, antes que tramar una conspiración, era más fácil que Protopopov tuviera una visión de Cristo crucificado. Pero había otros agentes del káiser en las dependencias de la zarina. Maurice Paléologue creía que en el movimiento en la sombra había representantes del Santo Sínodo, miembros de la nobleza báltica, grandes financieros y empresarios progermanos. «La razón fundamental —escribiría— es el miedo, el miedo en el que el partido reaccionario se inspira para ver a Rusia en una asociación muy estrecha y prolongada con las potencias de Occidente.»[53] En octubre, el embajador francés pasó una velada con un «funcionario de la corte» que proporcionó más detalles del contubernio que estaba urdiéndose en la corte. «Esa pandilla no se detendrá ante nada —advertía—. Fomentarán las huelgas, los tumultos y los pogromos; tratarán de provocar más agitación social y carestía hasta conseguir que haya tanta miseria y desaliento que la continuación de la guerra sea totalmente im-

posible.»[54] El informador se había sentido tan atemorizado que no quiso hacer confidencia alguna a Paléologue hasta que se marchó toda la servidumbre.

Parecía que por todas partes había espías. Era casi un reflejo culpar de todos los males a los judíos, un prejuicio ante el que los británicos se mostraban condescendientes al menos con la misma frecuencia con la que lo hacían los rusos. En palabras de George Buchanan, «como grupo, los judíos son progermanos, y resulta fácil atribuirles todos esos rumores que corren con el objetivo de extender los sentimientos de desafección y desconfianza hacia la propia Rusia y sus aliados».[55] Pero no había nada más sobre las continuas conspiraciones convertidas ya en rutina. Como informaba Samuel Hoare a los servicios de inteligencia militar en diciembre de 1916, «la peculiaridad más destacable, única en la historia de Rusia, es que todos los sectores de la sociedad están unidos contra el pequeño grupo, mitad cortesano, mitad burócrata, que está intentando mantener el pleno control del gobierno en sus manos».[56] «Se hablaba abiertamente de un golpe de estado desde palacio —recordaría Buchanan—, y en el curso de una cena celebrada en la embajada, un amigo mío ruso … afirmó que la cuestión era simplemente si el emperador y la emperatriz iban a ser asesinados, o solo lo sería esta última.»[57]

La prioridad principal de Buchanan era que Rusia no se retirara de la guerra. Durante las críticas semanas que estaban por venir, cada movimiento sería juzgado por lo que pudiera significar para la campaña de la primavera siguiente, cada nuevo ministro y cada huelga popular valorados en términos de moral militar. Y el panorama cambiaba realmente con mucha rapidez. Primero tuvo lugar la nueva sesión de la Duma, inaugurada el 1 de noviembre de 1916. El ambiente ya estaba muy caldeado, pero los discursos pro-

nunciados en su apertura habrían causado sensación en cualquier época. Aunque no pudo hablarse de él (los periódicos, en protesta, dejaron en blanco el espacio destinado a su contenido), el ataque de Miliukov a la administración zarista no tardó en aparecer citado en todas partes. El líder kadete había enumerado las muchas tropelías cometidas en los últimos meses, haciendo una pausa cada vez que terminaba de hablar de una para preguntar, con repetición teatral, si la Asamblea la consideraba un caso de «estupidez o traición».[58] La respuesta era irrefutable («las consecuencias son las mismas», concluía Miliukov), y el discurso en cuestión provocó la destitución de Stürmer. Como informaría a regañadientes la Okhrana, esto es, la policía secreta imperial, «el héroe del momento es Miliukov».[59]

A pesar de los gestos heroicos que pudieran tener lugar en la Duma, lo cierto es que la inmensa mayoría del pueblo pasaba muchas penurias y se resentía cada vez más del gobierno y del conflicto armado. El invierno de 1916-1917 fue el más duro desde el estallido de la guerra, provocando una grave escasez de alimentos. Primero la inquietud, y luego la rabia, se apoderaron de los obreros de las fábricas que se veían obligados a hacer colas interminables para conseguir productos básicos y tenían que trabajar en medio de un frío gélido: no tardaron en encontrar en la emperatriz y en la guerra la causa de sus males. En una época de inflación, algunos vieron cómo bajaba su salario mientras aumentaba la mano de obra con la llegada de mujeres inexpertas procedentes de las zonas rurales, unas trabajadoras que no pensaban en negociaciones como habían hecho los delegados de los obreros. Aunque un huelguista podía enfrentarse a una deportación al frente (o a años de trabajos forzados en campos de castigo), el número de huelgas aumentaba a medida que subían los precios, y en muchos casos entre las reivindi-

caciones figuraban demandas directamente políticas. En octubre, durante una huelga en la planta de la Renault, algunos de los soldados que habían sido llamados para dispersar a los manifestantes cambiaron de bando y abrieron fuego contra sus oficiales. El ambiente estaba tan envenenado que muchos oficiales de caballería, reticentes a disparar contra su propia gente, empezaron a solicitar su traslado al frente para evitar un destino en la guarnición de Petrogrado.[60]

El 26 de diciembre de 1916, Hoare telegrafió un sombrío mensaje a Londres: «Probablemente sea correcto decir que una gran mayoría de la población civil de Rusia está a favor de la paz —decía—. Las condiciones de vida se han hecho tan insoportables, las bajas rusas han sido tan elevadas, las edades y las clases de los individuos obligados a prestar servicio militar se han extendido tanto, la desorganización y la falta de confianza en el gobierno se han hecho tan evidentes que no sería una sorpresa que la mayoría de la gente corriente se aferrara a cualquier acuerdo de paz». En su última frase quiso hacer un énfasis especial: «*Personalmente, estoy convencido de que Rusia no seguirá en guerra durante otro invierno más*».[61]

Antes de que transcurriera una semana, sin embargo, esos pensamientos se vieron interrumpidos por el asesinato de un famoso monje. Rasputín compartía con su protectora y admiradora, la emperatriz Alejandra, el mismo odio del pueblo. Muchos consideraban que el santón simpatizaba con la causa alemana, favorecía la tiranía y permitía que agentes germanos se acercaran a la zarina. También era considerado un tipo disoluto, sucio, manipulador y vulgar. Su asesinato a manos de un pequeño grupo de nobles patriotas, pues, bastó para distraer la atención de cualquier otro asunto por penoso y duro que fuera durante las fiestas del Año Nuevo. Hoare comenzaría su propio informe de

diez páginas con una nota de advertencia: «Si parece escrito siguiendo el estilo del Daily Mail —decía—, mi respuesta es que todo el asunto es tan sensacional que resulta imposible describirlo como se haría normalmente si se tratara de un episodio más de la guerra».[62] Ni que decir tiene que esas cosas no le habrían ocurrido a un pastor anglicano en Chelsea.

Al amanecer del primer día de 1917, la policía de Petrogrado había encontrado el chanclo de un hombre, de pie muy grande, en medio de la nieve a orillas de un ramal del Nevá. El rastro condujo a los agentes del orden a buscar en el río helado, donde hallaron un cuerpo mutilado. Cuando lo sacaron del hielo, descubrieron que el cadáver, enorme y difícil de mover, era con toda seguridad el de Rasputín. El santón había sido envenenado con cianuro, golpeado y había recibido al menos dos tiros antes de que cubrieran su cuerpo de cadenas y lo arrojaran a las aguas heladas. Alejandra, desolada, se puso de luto en cuanto tuvo conocimiento de la noticia. Para el resto de Petrogrado el suceso supuso, a decir de todos, un gran regocijo: «La gente se alegraba mucho cuando se enteraba de la muerte de Rasputín —escribiría Paléologue—. Se besaban unos a otros en las calles, y muchos fueron a encender cirios a Nuestra Señora de Kazán».[63] «Aunque no se puede hablar bien de este suceso —comentaría Hoare en su informe—, al menos en lo que se refiere a la muerte puede decirse que ha sido algo "más que bueno".»[64]

Lo que Hoare parecía no querer decir era que probablemente sus hombres ayudaran a planear y ejecutar el asesinato del santón. Incluso tal vez fuera Oswald Rayner el que disparó el tiro fatal, matando a Rasputín después de haberlo torturado durante horas para sonsacarle lo que supiera acerca de la influencia alemana en la corte zarista. Se preparó una historia para ocultar la verdad, y el asesinato pasó a

ser visto como un acto patriótico exclusivamente ruso, pero hasta Hoare se había dado cuenta recientemente de que miembros de su equipo habían empezado a utilizar el término «liquidar» con una frecuencia alarmante.[65] Como él mismo reconocería, el asesinato ponía de manifiesto lo que podía hacerse, aunque lo que se hubiera logrado con él fuera cuestionable.

En la capital rusa enseguida volvió a respirarse ese ambiente habitual de desaliento e inquietud. En un acto de pura inquina, un puñado de ministros impenitentes prohibió una conferencia del gobierno local y organizaciones caritativas que había sido programada para el nuevo año. Las elecciones para el consejo municipal de la ciudad de Moscú fueron descaradamente amañadas. Durante una visita a Petrogrado en enero de 1917, Robert Bruce Lockhart observaría que «el ambiente en la capital era más deprimente que nunca. El champán corría como el agua. El Astoria y el Europa, los dos mejores hoteles de la ciudad, se encontraban llenos de oficiales que habrían debido estar en el frente … Incluso en la embajada se había perdido toda esperanza, y los ánimos estaban por los suelos. El propio sir George parecía agotado y enfermo».[66]

Después de tener un conflicto con su conciencia, y desacatando las normas, Buchanan decidió romper el protocolo e intentó avisar al zar. El 12 de enero, día del Año Nuevo ruso, se dirigió al palacio de Tsarkoe Selo. Anticipándose tal vez a las malas noticias, el zar lo recibió sin la cordialidad habitual. Los dos permanecieron de pie mientras sir George le dijo lo que había venido a decirle: «Le expliqué —escribiría el embajador británico— que no bastaba la coordinación de nuestros esfuerzos si no había en cada uno de los países aliados una solidaridad absoluta entre todas las clases de la población». Nicolás lo escuchó, no dijo prácticamente nada

en respuesta y despidió a su visita antes de dejarse llevar por una furia estremecedora.[67] Probablemente la zarina acudiera de inmediato a consolarlo, pues Paléologue se enteró de que Alejandra lo había oído todo a través de una puerta entreabierta.

Sin embargo, Rusia seguía siendo un aliado, y los aliados siempre tienen que hablar. Ya en diciembre, el Estado Mayor de Gran Bretaña, el de Francia y el de Italia se habían reunido en Chantilly para preparar las campañas de la nueva temporada. Por razones logísticas, los rusos no habían podido desplazarse hasta allí, de modo que se acordó que una delegación de las tres potencias occidentales viajara a Petrogrado para mantener las debidas conversaciones.[68] Lord Kitchener, secretario de Estado para la Guerra, habría sido normalmente el encargado de dirigir el programa, y, de hecho, había partido para Rusia el verano anterior, pero pereció en el camino cuando su crucero blindado chocó con una mina cerca de Scapa Flow. Su liderazgo se echó de menos cuando se formó una legación presidida por lord Milner y el general Castelnau, ninguno de los cuales estaba familiarizado en absoluto con Rusia. La que Hoare denominaría «el arca de Noé aliada» zarpó rumbo al puerto de Romanov (cerca de Múrmansk) en enero de 1917. Tras navegar entre submarinos sin sufrir contratiempo alguno, los miembros de la legación fueron de los primeros en coger el ferrocarril de Murman para llegar a Petrogrado, un viaje de cuatro días de duración.

Lockhart estaba desesperado: «Pocas veces en la historia de las grandes guerras —escribiría— tantos ministros y generales importantes han podido dejar sus respectivos países para cumplir un encargo tan inútil».[69] Con el fin de evitar cualquier posibilidad de que la misión de Milner acabara resultando perjudicial, contaría Hoare, los rusos decidieron

impedir que los legados pudieran hacer su trabajo, táctica que comportó una sucesión de cenas, almuerzos, conciertos y bailes: «Carruajes de la corte con caballos hermosamente engalanados y el rojo carmesí y el oro de las libreas imperiales iban arriba y abajo por las calles de la ciudad —recordaría Meriel Buchanan—. Había una fila interminable de automóviles a todas horas del día frente al hotel Europa, donde se habían alojado las legaciones». Hoare convenció al gobernador de Petrogrado de que autorizara a un restaurante llamado El oso a permanecer abierto toda la noche para que los legados pudieran agasajar a sus estrellas favoritas del *ballet* y la ópera: «Los rusos estaban dispuestos a seguir con su hospitalidad hasta agotar el caviar y el vodka».[70] Aunque hubo conversaciones sobre la financiación, las provisiones y los planes para la campaña de la primavera siguiente, lord Milner sería de la opinión de que se hizo muy poco. Los grupos eran demasiado numerosos, el ruido excesivo y en todas las salas de reuniones había habido muchos espías controlando y vigilando.

En febrero, las legaciones extranjeras se habían ido de Rusia. Con el fin de mantener en el más absoluto secreto su partida, se pidió a los delegados que sacrificaran sus zapatos, y los dejaran como de costumbre frente a las puertas de sus habitaciones, en los pasillos del hotel, para que el personal del establecimiento (o los sicarios alemanes) pensaran que seguían allí.[71] Tal vez reconociendo que los acontecimientos lo habían superado, sir Samuel Hoare había preparado también su equipaje. Afirmaba haber puesto en pie la misión de espionaje —estaba integrada por diecisiete individuos en el momento de su marcha—, pero una vez más decidió recurrir a su mala salud para poder librarse de una situación que le resultaba difícil e incómoda.[72] Se unió a la legación de Milner en el tren que habría de llevarlos a todos

hasta Port Romanov, donde aguardaba un barco de guerra británico llamado *Kildonan Castle*. En el viaje de vuelta a la patria hubo tiempo para pensar. Durante las noches, muchos sufrían sobresaltos provocados por explosiones fantasmas, de modo que preferían distraerse con la preparación de informes. Cuando fueron divisados los promontorios de las Orcadas, la mayoría de los delegados había completado al menos el borrador de un memorándum. El 6 de marzo, lord Milner informó al Gabinete británico de que los rusos eran «de hecho, orientales en gran medida —muy recelosos y a veces de miras estrechas—, pero dispuestos a dejarse guiar por un liderazgo competente».[73] Ese liderazgo podía ser un problema, pero como Milner había garantizado a Lockhart, «en general, por lo que he podido comprobar, la opinión pública informada, tanto aliada como rusa, coincide en que no habrá ninguna revolución hasta después de la guerra».[74]

La partida de la legación dejó a Meriel Buchanan, que se había quedado en Petrogrado, con la sensación de que la escarcha se convertía en helada negra. Sin la distracción (y el champán), resultaba imposible ignorar la tensión social existente. Se decía que Protopopov había ordenado, tal vez después de una de sus visiones religiosas, la colocación de ametralladoras en los tejados de los grandes edificios de la ciudad para sofocar cualquier tumulto popular.[75] Las colas frente a las tiendas eran cada vez más largas, y el número de huelgas parecía aumentar de una semana a otra. En 1916 se habían registrado 243 huelgas políticas en las ciudades de Rusia, pero solo en los meses de enero y febrero de 1917 hubo más de un millar.[76] Desde Moscú, Lockhart informaría de que una gran fábrica de granadas de mano había recibido la cancelación de sus pedidos, «teóricamente porque no iban a necesitarse más granadas de mano, pero en realidad porque el gobierno temía que las organizaciones populares se hicie-

ran con el control de unos artículos tan peligrosos como las granadas de mano para emprender una revolución».[77] Por el momento, sin embargo, un frío glacial, excepcional incluso para Rusia, parecía haberlo paralizado todo. Con los termómetros marcando 38º bajo cero, nadie se movía para lanzar un explosivo.

En la cálida Londres, mientras empezaban a brotar los narcisos, el comandante y miembro del Parlamento David Davies, otro de los integrantes de la legación de Milner, entregaba su informe al Gabinete británico: «No se cree —decía Davies— que una sublevación popular pueda tener posibilidades de éxito. Lo que puede estallar es una revolución en palacio que desemboque en el derrocamiento del emperador y la emperatriz». El esfuerzo de guerra de Rusia no se vería perjudicado, pues era «probable que un hecho consumado sea aceptado pacíficamente por el país». Eso significaba que los Aliados iban a ganar la guerra; lo que importaba en aquellos momentos era decidir cuál debía ser el siguiente paso. Como advertía Davies, «no cabe la menor duda de que después del conflicto armado los alemanes se esforzarán al máximo para recuperar el dominio del comercio ruso que han perdido temporalmente, y será nuestra obligación hacer las debidas previsiones para desarrollar nuestro propio comercio, y para ejercer la suficiente influencia en los asuntos internos del país … El progreso del mundo depende en gran medida de que sepamos sembrar las ideas y principios británicos en suelo ruso».[78]

2

Mercados negros

> A veces un canalla resulta útil para nuestro partido precisamente porque es un canalla.
>
> V. I. Lenin

Los alemanes tuvieron sus propios planes para extender una red de influencias en Rusia. Sin embargo, primero hubo que reparar los numerosos daños sufridos, pues con el estallido de la guerra sus diplomáticos habían sido expulsados y muchos de sus hombres de negocios e ingenieros habían sido deportados. El ministro de Exteriores germano había visto cómo iba recortándose su lista de contactos rusos, y los pocos que le quedaban apenas contaban con verdaderos amigos en la corte: «¿Podemos enviar una paloma … con una discreta rama de olivo?», preguntó en las Navidades de 1914 el canciller alemán Bethmann-Hollweg.[1] Creía que un empresario llamado Albert Ballin tal vez pudiera aún intentar acercarse a su viejo amigo Sergei Witte, que había ostentado el cargo de ministro de Finanzas de Rusia hacía unos pocos años. El hecho de que el único ruso afecto en el que podía pensar Bethmann-Hollweg fuera un moribundo que ya había perdido toda su influencia pone de manifiesto hasta qué punto estaba desesperado el canciller germano.

Como todos los alemanes eran sospechosos a ojos de los rusos, la siguiente mejor opción fue buscar un país neutral que estuviera en la línea de Alemania. Suecia seguía siendo una fuente provechosa de voluntarios. Pero Dinamarca también resultó serlo. El embajador de Copenhague en Petrogrado era Harald Scavenius, un individuo que, en varias ocasiones a lo largo de la guerra, no dudaría en utilizar la valija diplomática para pasar información a Berlín.[2] Los di-

plomáticos alemanes también cortejaron al monarca danés, Christian X, cuyos lazos familiares le daban acceso al zar.[3] El oficial encargado de esos acercamientos fue el ministro plenipotenciario de Berlín en Copenhague, el conde Von Brockdorff-Rantzau, cuyo linaje estaba emparentado con la casa real danesa. Todas esas acciones fueron tímidas tentativas llevadas a cabo en secreto (los líderes alemanes no querían que pudiera pensarse que eran unos cobardes o que tenían miedo al campo de batalla), pero lo cierto es que durante los dos primeros años de guerra, el despacho de Rantzau fue utilizado para negociar varias iniciativas de paz con el imperio ruso.[4]

En cierto momento, como sospecharon los liberales de Petrogrado, había habido algún que otro movimiento para explotar la lealtad familiar de la emperatriz Alejandra. El hijo del káiser, el príncipe heredero Guillermo de Prusia, pidió ayuda al hermano de Alejandra, el gran duque de Hesse, en febrero de 1915. Dos meses después, el ministro de Exteriores alemán, Gottlieb von Jagow, tuvo una ocurrencia. Sugirió que el gran duque debía recordar a su hermana el poderío abrumador de las armas alemanas, y también el sufrimiento innecesario del que tan fácilmente podrían librarse los soldados rusos.[5] Jagow acertó eligiendo el camino sentimental para llegar al corazón de Alejandra, pero había subestimado el alcance de su lealtad a Rusia. La zarina se sentiría realmente triste ante tanta sangre derramada, pero no hizo nada para que su imperio se retirara de la guerra. A finales de 1916, el ejército ruso había sufrido más de cinco millones de bajas —entre muertos, desaparecidos y heridos —, pero el zar seguía siendo un pilar de la Triple Entente.[6] Ni siquiera la campaña de Rumanía de 1916, que estuvo a punto de acabar con uno de los aliados más pequeños de Rusia, hizo que el zar se lo repensara. El asesinato de Ras-

putín supuso otro duro golpe para los intereses de Alemania, pues cerró una vía de acceso a la corte y representó un gran alivio para la facción contraria a Berlín.

Sin embargo, las posibilidades de que se produjera un golpe de estado en palacio inspirado por Alemania habían sido muchas, y mientras calculaban las opciones de alterar la campaña militar de Rusia, los expertos del Ministerio de Exteriores en la Wilhelmstrasse de Berlín estaban dispuestos a considerar una alternativa: fomentar el descontento social. Se trataba de una política muy arriesgada que exigía un asesoramiento muy preciso. El Ministerio contaba con expertos muy inteligentes, como Kurt Riezler y Carl-Ludwig Diego von Bergen, que tenían conocimientos de Rusia, pero su estrategia general también fue concebida por personajes como el anciano Theodor Schiemann, un miembro de la aristocracia báltica muy descontento y con un interés particular en el futuro de naciones pequeñas.[7] Schiemann señalaba que durante décadas habían estado cociéndose movimientos nacionalistas en los límites del imperio ruso. Había un gran número de organizaciones secretas y de sociedades clandestinas entre las que elegir; el problema era cómo evitar que se malgastaran los pocos recursos disponibles en unos locos románticos. Los alemanes empezaron a tender puentes con grupos nacionalistas del Cáucaso, Finlandia, Ucrania y los territorios polacos, pero siempre había más cimientos que sentar. Como observaría posteriormente un crítico, «no parecían darse cuenta de que era imposible promover una guerra santa musulmana en el Cáucaso y apoyar de manera efectiva a la vez las inclinaciones separatistas [cristianas] de Georgia».[8]

Los mejores resultados fueron los obtenidos con su trabajo en el Gran Ducado de Finlandia, región que había conservado buena parte de su autonomía (y su histórico corpus le-

gal) dentro del imperio ruso. Durante generaciones, los grupos revolucionarios antizaristas habían permanecido activos en esos territorios, pero raras veces sus esperanzas habían aumentado tanto. En el invierno de 1915-1916, unos dos mil finlandeses fueron evacuados del país clandestinamente para ser adiestrados en el 27.º Batallón Jäger y, tras graduarse, combatir al lado de los alemanes en el Frente Oriental.[9] Más al sur, la brutalidad de las fuerzas de ocupación rusas llevó a la población local de otro límite del imperio a aceptar un estado marioneta alemán, el Reino de Polonia, creado en 1915. Pero costaría mucho más que Ucrania, buena parte de cuyos habitantes se encontraba directamente bajo el dominio ruso, se planteara una opción semejante. Alemania no pudo impedir que su aliado, el Imperio Austrohúngaro, fomentara la denominada Unión para la Liberación de Ucrania (en parte con base en Constantinopla). Entre sus defensores germanos figuraba Gisbert von Romberg, ministro plenipotenciario en Berna, cuya base en la Suiza neutral era un centro de conversaciones clandestinas. En Berlín, sin embargo, los escépticos dudaban de que una revolución en nombre de una población tan difusa pudiera dejar de ser nunca una fantasía. La opinión de Diego von Bergen era especialmente condescendiente: «Los ucranianos solo se sublevarán —afirmaba— en caso de que avancemos».[10]

La facción nacionalista no cejó en su empeño. Se trataba de un momento en el que la imagen de Alemania en el mundo se había visto empañada por su reputación de militarismo agresivo. Si podía patrocinar algunos países pequeños (a los que podía dominar cuando acabara la guerra), podían volverse las tornas, y Alemania adquirir un barniz de Estado liberador —romántico, visionario y enérgico—, en contraste con la tiranía de Rusia en el este y con lo que Riezler denominaba la «vana estupidez sin sentido angloameri-

cana» en el oeste.[11] Además, la Rusia zarista no era el único imperio que los alemanes soñaban con deshacer. Debido a su tamaño descomunal, el británico resultaba mucho más vulnerable. En efecto, fue una sucesión de planes alemanes para subvertir el imperio británico lo que hizo que esta guerra mundial se extendiera hasta lugares del planeta tan alejados.

Antes incluso de que estallara la guerra, desde Irlanda hasta Afganistán, los agentes secretos alemanes habían trabajado afanosamente instigando a la sublevación.[12] Por las estrechas calles de El Cairo corrían rumores sobre la existencia de una hermandad musulmana rebelde. En 1915, una misión germana llegó a Kabul, donde se produjeron muchas conspiraciones para desencadenar una guerra santa. Un plan todavía más disparatado comportaría el adiestramiento de una legión republicana irlandesa para su despliegue contra los británicos en Egipto.[13] Aunque esta idea nunca llegó a materializarse, el temor a una insurrección obligó a Londres a destinar decenas de miles de soldados a la región de Suez, una diversión de fuerzas que por sí misma los estrategas alemanes considerarían un éxito. A veces, en el curso de la primera guerra mundial, el nacionalismo llegó a parecer una amenaza tan grave para el imperio británico que el Gabinete de Guerra prácticamente tuvo que olvidarse de Rusia, de los golpes de estado desde palacio y de todo lo demás.[14]

Los soldados de infantería reconocerían cuatro centros principales de esta lúgubre guerra global. Constantinopla era el más exótico, la capital del imperio otomano y puerta de acceso a Oriente Medio. El vertiginoso hundimiento del régimen otomano llevaba un siglo asombrando a Europa; cuando comenzó a desgarrarse este imperio, prácticamente todas las potencias del Viejo Continente empezaron a tener

las miras puestas en regiones de su territorio. La atención de Gran Bretaña se centró en Suez y en los territorios árabes. Para Rusia, el objetivo era la mismísima Constantinopla, pues la expansión económica experimentada antes de la guerra en Ucrania y el sur de Rusia había sido posible solo gracias a la utilización de la ruta marítima que unía el mar Negro y el Mediterráneo a través del Bósforo y los Dardanelos. A corto plazo, sin embargo, lo que quedaría de Turquía se alinearía con Alemania y Austria. Constantinopla estaba plagada de asesores militares, y el espléndido hotel Pera Palace se había convertido en una especie de club germano. En la margen opuesta, en las estrechas calles de la antigua Estambul, los espías que se dirigían a Medina o a Alepo se pasaban información fragmentada entre sorbos furtivos de té de menta dulce.[15]

Todos los otros círculos que aparecían en el mapa de cualquier agente secreto rodeaban ciudades de Europa. Como país neutral fronterizo con Alemania, Suiza había sido considerado suficientemente importante como para que en 1914 los servicios de inteligencia británicos intentaran dirigir una base permanente allí. La «empresa de transportistas» fue una decepción, pero los trabajadores por cuenta propia siguieron operando en Ginebra, Lausana y Berna. En 1915, los británicos reclutaron a Somerset Maugham para que se encargara de ello; primero fue enviado a Lucerna, y luego a Ginebra utilizando la tapadera de dramaturgo.[16] Durante varios meses permaneció en la habitación de un hotel, cruzando de vez en cuando en lago Lemán para informar a sus encargados en Francia, pero el aire que se respiraba junto al lago perjudicaba sus pulmones, y aquella vigilancia resultaba tediosa. Como León Trotski, que pasó un tiempo en Suiza en 1914 y llegó a la conclusión de que los lugareños «se preocupaban principalmente del excedente de queso y

la escasez de patatas»,[17] Maugham consideraba que Suiza era aburrida. Parece que ignoraba por completo el potencial agitador de la colonia rusa presente en el pequeño país alpino, por no hablar de los compañeros espías que habían llegado en tropel para espiarla.[18] En Berna, el cuerpo diplomático vería cómo su número pasaba de los setenta y un elementos en tiempos de paz a más de doscientos al final de la guerra, y buena parte de este personal extraordinario estaría especializado en tareas semisecretas.[19]

De haber podido elegir, Maugham probablemente habría encontrado Copenhague mucho más interesante. Al igual que Suiza, Dinamarca, otro país neutral, era un país relativamente barato en el que vivir durante la guerra, circunstancia que había atraído a especuladores de todo el mundo. El puerto de la capital danesa también estaba lleno de antiguos prisioneros desplazados y de exiliados de las zonas de combate del frente ruso. El activista bolchevique Aleksandr Shlyapnikov llegó a la ciudad en 1914, y más tarde recordaría Copenhague como un lugar «repleto de espías y periodistas de todos los países. Fue allí donde se originaron durante la guerra todos los cotilleos mundanos, todas las invenciones y todos los globos sonda … Era, en general, una escena desagradabilísima».[20] Desde allí, las redes de espionaje seguían rutas clandestinas para entrar en Noruega y Suecia, y algunos de los personajes que aparecían en los restaurantes del pintoresco centro antiguo de Estocolmo, y que afirmaban ser agentes de compras y consumían cajas y cajas de champán gran reserva, eran, en realidad, miembros de la policía secreta zarista.[21]

El resultado menos siniestro de todas ese escuchar y tomar nota era el desarrollo de propaganda para ser utilizada en estados enemigos. Los alemanes fueron pioneros en este sentido, pues treinta años antes el «Canciller de Hierro»,

Otto von Bismarck, en persona había proporcionado los recursos para una cosa que denominó «fondo de réptiles».[22] Se cuenta que, en la primavera de 1917, el ministro de Exteriores alemán se gastó 382 millones de marcos en propaganda pacifista destinada a sus enemigos. Sus esfuerzos habían fracasado en Rumanía e Italia (ambos países habían entrado en la guerra en el bando contrario), pero lo cierto es que el fondo secreto alemán siguió siendo utilizado para cuatro periódicos de Francia.[23] En Rusia, el objetivo era fomentar la preocupación y la duda, especialmente después de que la gente empezara a lamentarse de que «Gran Bretaña seguirá combatiendo hasta la última gota de sangre rusa». Había comenzado una carrera armamentística intelectual, y en consecuencia los británicos se vieron obligados a crear su propia oficina de propaganda para intentar que Rusia no se retirara de la guerra. Al frente de este nuevo departamento había un novelista, Hugh Walpole, asistido desde Moscú por el secretario del Teatro de las Artes, el anglófilo «Lyki» Lykiardopoulos. El capitán Bromhead, futuro director de Gaumont Cinémas, se encargaba de las pantallas móviles utilizadas para la proyección de los filmados. En solo un mes, abril-mayo de 1916, tres mil oficiales rusos y cien mil de sus hombres vieron las películas sobre el esfuerzo de guerra británico que este equipo propagandístico reproducía.[24]

El problema era que la propaganda podía ser lenta. Mientras Berlín calibraba el caso ruso, unos cuantos oficiales empezaron a considerar algo más espectacular. Durante años, como habrían sabido incluso los jóvenes administrativos más inocentes, había habido partidos revolucionarios en Rusia (al fin y al cabo, las ideas que los inspiraban habían tenido su origen en Alemania). La revuelta de 1905 había puesto de manifiesto los estragos que podía hacer la clase

trabajadora rusa. En esa ocasión, las huelgas y los disturbios habían obligado al zar a poner también fin a una guerra; en ese caso concreto contra Japón. Aunque fomentar la revolución fuera una idea peligrosa (Alemania tenía a sus propios socialistas), lo cierto es que la perspectiva de provocar un poco de continuo caos civil resultaba sin duda muy tentadora. Rusia tenía una red de revolucionarios autóctonos, agitadores conocidos que se encargarían de hacer el trabajo. El ardid consistiría en entrar en contacto con ellos y tener la seguridad de que se supiera diferenciar perfectamente entre criminales rusos predispuestos y los informadores zaristas que los vigilaban.

Con la ayuda de simpatizantes locales y agentes dobles con misiones estratégicas (varios de ellos nacionalistas de las regiones del Báltico y de Ucrania), los oficiales del Ministerio de Exteriores germano comenzaron a crear un retrato del movimiento revolucionario ruso, y sobre todo de su sector desterrado, los exiliados que habían huido del imperio zarista en los años anteriores al estallido de la Gran Guerra. Entre estos últimos, el grupo que parecía más prometedor era el que tenía su base en Suiza. El hecho de que el ministro plenipotenciario de Berlín en Berna, Gisbert von Romberg, hubiera tenido siempre un gran interés en Rusia y los eslavos resultaría de gran ayuda. Romberg recelaba de los socialistas (prefería colaborar con aristócratas) y dedicaba buena parte de su energía a su red de nacionalistas. Por todo ello, sin embargo, sabía muchas más cosas de la clandestinidad revolucionaria rusa que sus homólogos británicos y franceses, que parecían pensar que todos los exiliados rusos que conocían eran por fuerza agentes alemanes.[25] Como Romberg observaba, la mayoría de los socialistas estarían contentos con poder residir en Suiza de manera indefinida, y seguir hablando del carácter burgués de su gobierno

y el valor moral de la religión. Era consciente de que se suponía la existencia de un grupo de línea dura oculto en alguna parte, pero podía resultar perfectamente que se tratara de una banda de aparentes sicarios.[26]

Ese escepticismo hacía que se contuviera, pero Romberg estaba dispuesto a dejar sus dudas de lado en aras de la causa de Alemania. Otra cosa muy distinta, y mucho más seria, era el hecho de que los rusos en cuestión estuvieran todos desperdigados por Europa occidental. Además, si la idea era aprovechar su hostilidad al zarismo, era necesario evitar que pudieran imaginarse hasta qué punto Alemania estaba dispuesta a prestarles ayuda. Cualquier revolucionario se habría considerado enemigo de todos los imperios, pero lo cierto es que seguía siendo propenso a los prejuicios nacionalistas de la época. Incluso para un internacionalista, para alguien que quería ver la disolución de todos los estados-nación, la clara aceptación de ayuda de un gobierno cuyos ejércitos estaban llevando a cabo una matanza de rusos habría podido constituir un suicidio político.

Las dificultades se materializaron en el caso de Victor Chernov, antiguo miembro de la Duma y líder del partido revolucionario más grande de Rusia, el Social-Revolucionario. Como todos sus homólogos rusos, Chernov había intentado dirigir un periódico de partido, en su caso con base en Francia. Cuando las presiones de los censores franceses (y la falta de dinero) amenazaron con su cierre en 1915, se acreditó a un agente de los alemanes cuyo alias era «Weis» (en realidad un agente doble ruso llamado Zivin)[27] para establecer una primera toma de contacto. Por lo que concernía a Chernov, Weis era un camarada pacifista que buscaba un socio para una nueva empresa editora, de modo que las conversaciones se desarrollaron con gran cordialidad. Pero Chernov se encontraba en Italia, atrapado por la geografía

de unos tiempos de guerra, y Weis había propuesto que el periódico en cuestión tuviera su sede en Noruega, desde donde, con facilidad, los ejemplares podían entrar clandestinamente en Rusia a través de Tornio. Lo cierto es que para el pobre Chernov las oficinas del periódico habrían podido encontrarse también en la Luna. Los británicos no permitirían que un revolucionario ruso viajara hasta Escandinavia pasando por Newcastle o Escocia, y era evidente que los ciudadanos rusos no conseguirían nunca de Alemania un visado para viajar.

El Ministerio de Exteriores alemán estudió las alternativas. Habría estado encantado de conceder a Chernov su visado (habría hecho que viajara en el vagón de primera clase del tren), pero había que impedir que el ruso sospechara de la participación de las autoridades germanas. Se preguntó a Weis si creía que el líder revolucionario estaría dispuesto a aceptar un visado si se le contaba que los alemanes habían sido engañados con la triquiñuela de que se trataba de conceder un visado por razones humanitarias, permitiéndole un viaje excepcional de tres semanas al norte por el bien de sus pulmones. Como ni siquiera Chernov era un ingenuo sin remedio, esa idea fue finalmente descartada. En su lugar, se dejó que los meses fueran transcurriendo mientras el agente secreto lo convencía de la conveniencia de utilizar un pasaporte suizo falso, aliviando sus temores con la promesa de que la guardia fronteriza alemana era famosa por no prestar ninguna atención a los viajeros suizos y dejarlos pasar sin dificultad. Chernov viajó a Noruega en enero de 1916, pero los fondos para el proyecto se esfumaron, y Weis, abatido, se vio relegado a reunir rumores y chismes de refugiados rusos.[28]

Berlín no podía permitirse comienzos fallidos como este; el tiempo apremiaba. De modo que supuso un cierto alivio que sus oficiales redoblaran sus esfuerzos en otra dirección. El primer rayo de luz se atisbó en enero de 1915, cuando el Ministerio de Exteriores alemán recibió un telegrama de su embajador en Constantinopla, Hans von Wangenheim. Al parecer, un hombre de negocios llamado Aleksandr Helphand tenía un plan para acabar con el zarismo. Como había contado a Wangenheim, «los intereses del gobierno alemán son idénticos a los de los revolucionarios rusos». Helphand creía en una actuación rápida, «contaminando» a las tropas rusas con propaganda antizarista antes de ser enviadas al frente. También proponía convocar un congreso de los revolucionaros rusos exiliados con el objetivo de conseguir que funcionaran como un grupo: «Se mostraba dispuesto a dar los primeros pasos necesarios para este fin —escribiría Wangenheim al Ministerio de Exteriores—, pero necesitaría sumas considerables de dinero para el proyecto».[29]

Lo que Wangenheim no sabía era que tratar con «sumas considerables de dinero» no resultaba extraño cuando se hablaba de Helphand. Este era un verdadero mago de las finanzas. De haber habido un actor capaz de interpretar este personaje en la ficción, este habría sido sin duda un maduro Orson Welles. Como *El tercer hombre*, Helphand se sentía como pez en el agua entre el humo y las sombras de la guerra, y también al igual que su homólogo en la película, en él se combinaba un carisma visionario con una codicia personal insaciable. Nacido en 1867, había venido al mundo como el hijo ambicioso e impaciente de un artesano judío que había huido de Bielorrusia para dirigirse a la ciudad portuaria de Odessa. Al cumplir los veinte años, el muchacho ya se había convertido en todo un socialista, elección que lo obli-

gó a marchar. Su primera residencia, en calidad de estudiante, estuvo en Suiza (país que le desagradaba); luego trabajó como periodista revolucionario en las ciudades alemanas de Stuttgart y Múnich. Alemania fue un país que adoró desde un principio, y sería allí donde se encontraría a gusto y bien. Incluso el gran Karl Kautsky, líder del movimiento socialista germano, aceptó a Helphand y luego llegó a sentir una gran admiración por él. Con una corpulencia que lo asemejaba más a una foca que a un hombre, Helphand adoptó el apodo de «Parvus» («pequeño») en 1894. Los hijos de Kautsky lo llamaban «Dr. Elefante», pero Parvus sería el nombre con el que pasaría a la historia.[30]

Helphand-Parvus era muy amable y cordial, y muchos exiliados rusos que llegaban a Alemania fatigados por el viaje utilizaban su piso de Múnich como cámara de descompresión cultural, un espacio en el que acostumbrarse al mundo de la política europea. Prácticamente todo el mundo llegaba hasta la puerta de su residencia tarde o temprano, incluido Lenin, que lo visitó por primera vez en 1899: «Parvus era incuestionablemente uno de los marxistas más importantes a comienzos de siglo». Sobre él, Trotski escribiría más tarde atribuyéndole «un pensamiento valiente … una visión amplia … y un estilo musculoso viril».[31] Estas cualidades distinguían a Parvus de los chupatintas cretinos de la época, pero no serían solo sus palabras lo destacable de él. Como hombre de negocios, sabía también cómo se hacía un periódico; ocho ejemplares de la revista revolucionaria ilegal rusa *Iskra* eran editados en una habitación cerrada de su residencia, donde se convirtió en anfitrión de la junta editorial hasta la primavera de 1902. Ya en época tan temprana, algunos camaradas alemanes lo consideraban un bruto, pero

Lenin y sus amigos admiraban la contundencia y dureza que adoptaba su voz cuando se empezaba a hablar de huelgas y bombas.[32]

Trotski llegó al piso de Parvus en enero de 1905. Unos pocos días antes, en la plaza del Palacio de San Petersburgo, se había producido la matanza que desencadenaría la primera revolución rusa.[33] Mientras se preparaban para unirse a la causa de los trabajadores, Trotski y su esposa se convirtieron en inquilinos no oficiales del apartamento del hombre corpulento, compartiendo con Parvus todas las últimas noticias y empapándose de sus teorías sobre la revolución entre sorbo y sorbo de su fuerte café y de su delicioso vino hasta altas horas de la noche. Los dos socialistas hablaban sobre el potencial revolucionario de la huelga general, pulían su idea de una revolución mundial (pues siempre se consideró que Rusia iba a ser un punto de partida) y se retaban a adquirir un billete para el siguiente tren que partiera en dirección al este. En la primavera de 1905, Trotski entró en Ucrania. Parvus lo siguió en octubre, poniendo rumbo a San Petersburgo. Aquel invierno, durante unos meses, los dos revolucionarios hicieron acto de aparición casi todas las noches en las reuniones del Sóviet, o consejo, de los trabajadores celebradas en el espléndido Instituto Tecnológico de San Petersburgo. También colaboraron a producir y promover un periódico revolucionario, *Russkaya Gazeta*. Parvus solía resultar más espectacular que efectivo, pero nadie podía acusarlo de hacer política de salón.

Las esperanzas surgidas en la primavera de 1905 se esfumaron en buena medida al cabo de un año. Parvus fue detenido en abril de 1906 y acabó dando vueltas en una celda sombría de la Fortaleza de Pedro y Pablo. «El gordo ha perdido peso», comentaría una socialista polaca del ala más izquierdista, Rosa Luxemburg, que lo visitó en la fortaleza la

noche antes de que Parvus partiera para cumplir la pena de destierro a la que había sido condenado. Como era de esperar, sin embargo, Parvus consiguió burlar a sus guardias en una de las estaciones más remotas de la línea ferroviaria que conducía a oriente. Pudo disponer de un pasaporte falso y de cierta cantidad de dinero en metálico, así como de las direcciones de diversos agentes locales del partido a los que recurrir en caso de necesitar ayuda.[34] En medio del barro y de un frío gélido, se dirigió hacia el oeste y en noviembre de 1906 cruzó la frontera rusa. No regresaría nunca más. A partir de entonces, independientemente de su postura teórica, su odio hacia el zarismo sería una cuestión personal.

«Los detalles exactos de cómo Helphand se convirtió en un individuo acaudalado —escriben sus biógrafos—; seguirá siendo tema de muchas conjeturas.»[35] Al menos parte de su dinero fue robado a compañeros revolucionarios. Parvus empezó a publicar libros, aprovechándose de la laxitud de las leyes de derechos de autor de Rusia para poner a la venta traducciones al alemán de obras de autores rusos. La más provechosa de ellas fue *Los bajos fondos*, pieza teatral de Maxim Gorki, cuyos derechos había obtenido con la condición de que parte de las ganancias fueran a parar a fondos del Partido Socialista. Pero Parvus prefirió gastar la mayor parte de lo recaudado en un viaje a Italia acompañado de una dama («tuvo que ser un viaje inolvidable», comentaría Gorki).[36] El dinero se había esfumado, y Parvus no tardaría en esfumarse con él, dejando abandonado con un montón de deudas a su socio editor en Múnich. Se había hartado de la rígida corrección de la socialdemocracia alemana y se había hartado de los escándalos. Desapareció para ir a los Balcanes, donde hizo numerosos contactos en Sofía y Bucarest antes de aparecer en Constantinopla en noviembre de 1910. Por aquel entonces era tan pobre que tenía que ocultar los

agujeros de sus zapatos, pero al cabo de un par de años o tres, comerciando y haciendo tratos primero con agentes turcos, y luego con alemanes, se había convertido en un verdadero magnate.[37]

Tras revisar todo lo que sabía del caso, el subsecretario de Estado en el Ministerio de Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, aconsejó a su jefe que lo más prudente sería convocar a Parvus a Berlín.[38] En marzo de 1915, el hombre corpulento se entrevistó con Kurt Riezler, y al mismo tiempo redactó un informe, «Preparativos para una huelga masiva política en Rusia», que equivalía a un anteproyecto para una revolución. Como método de persuasión, era magnífico, pues prometía de todo, desde sublevaciones separatistas (en Ucrania y Finlandia especialmente) hasta una oleada de huelgas de marineros rusos que debía ser impulsada desde Constantinopla. La propia «huelga masiva», una empresa épica que iba a paralizar la guerra, sería organizada bajo una consigna: «Libertad y Paz». Como contaba Parvus, utilizando un lenguaje muy del gusto de los románticos germanos, el objetivo era, nada más y nada menos, «hacer tambalear la colosal centralización política que es la personificación del imperio zarista, y que constituirá un peligro para la paz mundial durante el tiempo que se le permita sobrevivir».[39]

El precio que tenía en mente era «un millón de marcos, sin contar las pérdidas debidas al cambio de divisas … y otros gastos». El 11 de marzo de 1915, el Tesoro Imperial alemán aprobó en debida forma una concesión de dos millones de marcos «para apoyar la propaganda revolucionaria rusa».[40] Era una suma colosal, y la generosidad siguió manifestándose con la concesión de otros cinco millones de marcos en el mes de julio. Pero Wilhelmstrasse no perdía de vista a Parvus. El magnate había liquidado sus negocios en

Constantinopla, trasladándose a Dinamarca, donde Brockdorff-Rantzau, en su calidad de ministro plenipotenciario en Copenhague, podía entrevistarse con él y luego informar debidamente. El 14 de agosto, Rantzau comunicó a Berlín que Parvus era «un hombre extraordinariamente importante cuyo insólito potencial considero que debemos utilizar durante lo que quede de guerra … tanto si compartimos personalmente sus convicciones como si no».[41]

La campaña prometida para unir la clandestinidad rusa se puso en marcha en marzo de 1915. Como siempre, Parvus actuó a lo grande. Cuando reservó una *suite* en el Baur au Lac de Zúrich, no cupo la menor duda de que estaba dispuesto a disfrutar. Sin pensar en la guerra, había elegido el mejor hotel de la ciudad. Entre sus muchas reivindicaciones de gloria, el Baur au Lac se había ganado una especie de inmortalidad en octubre de 1865, cuando Richard Wagner, acompañado al piano por su gran admirador Franz Liszt, representó en el salón de su restaurante la *première* mundial de la escena de la Anunciación de la Muerte de la ópera *La valquiria*.[42] Cuando Parvus firmó en el libro de huéspedes, el hotel ya había alojado al káiser y a la comitiva imperial rusa. «Helphand no se limitó a trasladarse al Baur au Lac —escribirían sus biógrafos—, sino que estableció allí su corte. Vivía como un potentado oriental, rodeado de una ostentosa exhibición de riqueza y lujo. Había normalmente un séquito de rubias exuberantes; su afición a fumar puros enormes era equiparable a su falta de moderación en la bebida cuando se trataba de champán: preferiblemente una botella entera en el desayuno.»[43] Desde esa absurda base a orillas del lago, el hombre corpulento esperaba contactar con compañeros exiliados. Probablemente no se le pasara por la cabeza que la mayoría de ellos estaban en la miseria.

Su plan de unir a las diversas facciones también pecaba de optimismo. En 1903, el partido marxista ruso, que solo tenía seis años de antigüedad, había sufrido una escisión, fundamentalmente por cuestiones organizativas. Las disputas se habían alargado durante días, y aunque buena parte de los delegados apoyaba al afable Yuly Martov y a sus aliados, fue Lenin, el revolucionario implacable, quien aprovechó uno de los pocos momentos en los que estuvo al frente de una mayoría para bautizar a su facción con el nombre de «bolcheviques» («miembros de la mayoría»). Los demás, los «mencheviques» (o «miembros de la minoría», aunque, de hecho, habían sido el grupo más numeroso en prácticamente todas las votaciones), se vieron obligados a cargar con ese estigma de inferioridad. Pocos sufrieron tanto como Martov, un periodista encantador y de trato fácil cuya trayectoria —activismo, cárcel y destierro— había sido similar a la de Lenin. Martov quedó horrorizado ante la calculada violencia verbal de su antiguo aliado. Los días de camaradería sana e ingeniosa ya eran historia; resultaba muy duro comprobar cómo los otrora amigos no podrían reconciliarse nunca. La guerra los había atrapado a los dos en Suiza, y como marxistas revolucionarios tenían muchas más cosas en común que lo que eran capaces de reconocer, pero el enfrentamiento seguiría, y con frecuencia estaría a punto de desembocar en violencia pura y dura.

No obstante, Parvus estaba convencido de que al final se sentarían a hablar: «Hasta ahora han sido principalmente los radicales los que han impedido la unificación —indicaría a los alemanes en marzo de 1915—. Sin embargo, hace unas dos semanas, su propio líder, Lenin, abrió a todos el asunto de la unificación con la minoría».[44] No tenía ningún fundamento para decir semejante cosa, pero Parvus no era uno de esos que arruinan el sueño de una vida por una serie de

simples detalles. En mayo de ese mismo año, siguió a su presa hasta un modesto restaurante. Cuando Lenin terminó de almorzar, junto con su esposa llevó a Parvus al lugar que habían alquilado para vivir. La historia cuenta que luego hicieron sentar la enorme corpulencia de su visita en una pieza inapropiada de mobiliario y lo sometieron a una lluvia de inventivas: no podía haber trato alguno con chovinistas sociales, no podía haber ningún compromiso, Parvus se había revelado todo un renegado, un verdadero embustero, no muy distinto a Kautsky, aquel golfo burgués alemán. Esta es, al menos, una versión de lo ocurrido.[45] Los registros oficiales de la era soviética, época en la que Lenin era prácticamente un dios, y Parvus un oportunista relegado al olvido, ni siquiera citan esa reunión. La crónica soviética de las actividades del líder durante aquel mes de mayo cuenta que Lenin tomó prestado un libro de la biblioteca pública de Berna (titulado *La influencia en el hombre del clima de alta montaña y las excursiones al monte*), pero sobre Parvus, ni una palabra.[46] En el mes de noviembre, el líder bolchevique lanzó una diatriba contra su otrora amigo en la que calificaba el periódico socialista que publicaba Parvus por aquel entonces, *Die Glocke*, de «cloaca de chovinismo alemán», y a su editor de «mezquino cobarde».[47]

La verdad, sin embargo, era que Parvus se había hecho muy importante como para que Lenin pudiera permitirse el lujo de ignorarlo. Ningún revolucionario de la época se habría arriesgado a perderle el rastro. Su publicación iba bastante bien —*Die Glocke* adquiriría mucha popularidad entre los maestros—, pero Parvus tenía unos planes más ambiciosos. Estuvo especialmente ocupado en el verano de 1915, pues fue entonces cuando regresó a Copenhague para fundar un instituto de investigación dedicado al estudio de las consecuencias de la guerra en la sociedad. Dicho instituto

daba empleo a numerosos exiliados rusos, suscitando en la policía danesa muchos recelos de manera casi obsesiva, pero nadie pudo demostrar que en el centro se hiciera otra cosa que compilar y cotejar estadísticas y redactar documentos. En el mes de agosto, un individuo llamado Max Zimmer, que había conocido a Parvus durante su etapa en Turquía, informaba a Berlín sobre los progresos del hombre corpulento. La cena que habían compartido tuvo que ser excelente, pues Parvus había convencido a su invitado de que su plan para una revolución estaba madurando espléndidamente. Zimmer llegaba a la conclusión de que Parvus estaba utilizando su asignación alemana «con suma austeridad» y conduciendo operaciones secretas a través de su centro de investigación con tanta discreción «que ni siquiera los caballeros que trabajan [en él] se han percatado de que nuestro gobierno está detrás de todo esto». Parvus había conseguido incluso persuadir a su visitante de que estaba a punto de unir las distintas facciones del movimiento revolucionario ruso.[48]

Mientras tanto, había que hacer más dinero. Con ayuda alemana, Parvus empezó a dedicarse a las importaciones de carbón, embolsándose otra fortuna al tiempo que emprendía una actividad paralela consistente en caldear los ánimos de los estibadores daneses.[49] Pero también colaboraba con una joven compañía de importación y exportación, la Handels og-Eksport Kompagniet, fundada en el verano de 1915, que se dedicaba a transportar productos a Rusia a través de Dinamarca y Suecia, y cuyo director en Copenhague era un exiliado de origen lituano-polaco llamado Yakov Fürstenberg, conocido también por el movimiento revolucionario clandestino con el nombre de «Hanecki». Parece que muy pocos socios de este individuo lo encontraban una persona agradable. Sus principales atractivos eran una capacidad

inagotable para el trabajo y una voluminosa agenda con un sinfín de nombres y direcciones. Pero en unos cuantos meses se había convertido en el principal acólito de Parvus, y aunque estrechaba la mano como una salamandra, no tardó en comenzar a adquirir la apariencia de todo un hombre de negocios, con sus zapatos de piel hechos a mano, sus trajes confeccionados a medida, sus guantes blancos y una flor en el ojal de la solapa.[50]

La Handels og-Eksport Kompagniet funcionaba siguiendo un patrón básico de negocios. Como todos sabían en Europa, era Alemania la que había proporcionado el grueso de las importaciones de Rusia antes del estallido de la guerra. La cera para cirios y velas de Hoare fue solo el principio. La emperatriz Alejandra conducía un Daimler, compañía que tenía en contrato para el suministro a San Petersburgo de los furgones celulares.[51] Desde máquinas de coser y bicicletas, hasta interruptores eléctricos y comida enlatada, todas las tiendas de las ciudades rusas dependían de las marcas alemanas, razón por la cual el embargo durante la guerra había supuesto un duro varapalo para el mercado ruso. En 1915, cuando Fürstenberg estableció su firma danesa, la falta de determinados productos resultaba desesperante. En particular, Rusia tenía una escasez gravísima de los artículos que la gente necesita en tiempos de guerra, sobre todo productos farmacéuticos y vendas, termómetros, jeringuillas y contraceptivos. Estas fueron las carencias que cubría la empresa de Fürstenberg gracias a una red de contactos en la ruta de transporte del norte, satisfaciendo así todos los pedidos hasta el último detalle (los contraceptivos para consumo de los rusos siempre se suministraban, especifican los registros, «con una tetina en la punta»).[52]

El Comité para las Restricciones de Suministros del Enemigo de Rusia era incapaz de controlar el comercio clandestino con el que prosperaba Fürstenberg. Mediante una cadena de contactos en el mercado negro, su compañía importaba a Dinamarca remesas de productos de Alemania (lo cual estaba dentro de la legalidad), y luego volvía a embalarlas para reexportarlas con etiquetaje danés (y esto era lo ilegal). La policía descubrió la estafa en enero de 1917, después de efectuar una redada en el puerto danés de Frederikshaven para encontrar un cargamento destinado a Suecia. Dentro de tres cajas sospechosas, los agentes encontraron 1.150 termómetros clínicos, 114 jeringuillas hipodérmicas y 40 kilos de medicamentos cuyo destino final era Rusia. Ninguno de estos productos contaba con la documentación necesaria para su exportación, y aunque eran de fabricación alemana, la mayoría de ellos había pasado por varias manos antes de llegar al almacén de Fürstenberg.[53]

La policía encerró a su empresario en un calabozo. Lo interrogó durante varios días, pero las respuestas del hombre de negocios siempre acababan por confundirla. Se llegó a la conclusión de que la actividad de Handels og-Eksport Kompagniet era ilegal, y Fürstenberg fue multado y deportado en enero de 1917. Se estableció prácticamente de inmediato en Suecia, donde reanudó sus lucrativos negocios. Por aquel entonces, la compañía ya contaba con un nuevo copropietario, Georg Sklarz, que era también un agente alemán colaborador de Parvus.[54] Pero, en apariencia, Fürstenberg no era más que un hombre de negocios corriente, aunque con mucho éxito, que operaba en el mercado negro.

No obstante, de haber sido más ambiciosos, los daneses habrían podido investigar más detenidamente en el círculo de amistades de Fürstenberg. Él y Parvus habían sido vecinos de la lujosa Vodroffsvej de Copenhague, por lo que ha-

bría resultado fácil vigilar a los dos a la vez. Entre los contactos comerciales de Fürstenberg figuraba un agente alemán, «K», cuya red de espías estaba especializada en pasar caucho de contrabando a Alemania con la ayuda de compañías escandinavas.[55] Un diplomático austrohúngaro llamado Grebing, que se encontraba en Copenhague por aquel entonces, contaría más tarde lo que había oído sobre esas actividades. «Parvus y Fürstenberg-Hanecki efectuaban operaciones comerciales entre Escandinavia y Rusia con ayuda de Alemania», escribió.[56] Parvus recibía las mercancías alemanas, y Fürstenberg las reenviaba, gestionando el negocio con la colaboración de contactos fiables en Petrogrado y una cuenta corriente abierta en un respetable banco sueco. Según algunos, la cooperación con Berlín se llevaba a cabo a través de un departamento secreto cuyo nombre en clave era «Estocolmo».[57] Pero el dinero reunido con las actividades comerciales de Fürstenberg no era abonado a los proveedores alemanes, o al menos esto es lo que sostenía Grebing. El último eslabón de la cadena probablemente condujera a Zúrich. Al fin y al cabo, además de ser amigo y socio comercial de Parvus, Fürstenberg-Hanecki era uno de los ayudantes más fieles de Lenin.[58]

Antes del año 1917, los caballeros que dirigían el Ministerio de Exteriores alemán probablemente no supieran valorar quién era Lenin. La idea de fomentar la revolución era compleja en cualquier caso, pero si Rusia se dirigía de hecho hacia una sublevación, entonces Parvus era el hombre que sus expertos habían acordado poner al frente de la misión. Por otro lado, mientras el hombre corpulento preparaba su prometida oleada de huelgas, aquellos mismos expertos tenían otros clientes en su lista. Para la primavera de 1916, los republicanos irlandeses, por ejemplo, tenían planeado un levantamiento que parecía apropiado para socavar al enemigo

con la misma intensidad y a un coste considerablemente inferior. Ese proyecto acabó en decepción, como el proyecto romántico de Parvus. En junio, el apoyo para llevar a cabo operaciones encubiertas empezó a flaquear en Berlín, permitiendo a los militares emprender una campaña renovada de guerra submarina y poner en marcha los planes en los que figuraba la utilización de gas mostaza. En septiembre, la idea de recurrir a insurgentes socialistas como arma de guerra había sido prácticamente descartada, e incluso los estrategas más taimados preferían negociar un acuerdo de paz con el zar.[59] Sin embargo, por todas esas razones, un archivero que prestara atención a todos los papeles que pasaban por sus manos probablemente se hubiera dado cuenta de que el nombre de Lenin había empezado a aparecer en diversos documentos confidenciales. Parvus no era el único agente que lo había mencionado.

Justo al cabo de unos días de que estallara la guerra en 1914, un estonio llamado Aleksandr Kesküla se había presentado en la legación alemana en Berna.[60] Al igual que Parvus, detestaba al imperio ruso. Como nacionalista, su sueño era hacer un hueco a su país nativo en el mapa europeo, y engrandecerlo añadiéndole el territorio que rodeaba Oskov y posiblemente toda la zona de Petrogrado.[61] Kesküla también tenía sus credenciales de socialista revolucionario, pues durante un breve período de tiempo, en 1905, se había unido a los bolcheviques. En la clandestinidad, se hizo rápidamente con una serie de contactos, y se encontró con Lenin por primera vez en septiembre de 1914.[62] Aleksandr Shlyapnikov, uno de los agentes más prácticos de Lenin, recordaba haber tenido sus sospechas. Kesküla «ofrecía proporcionar fondos, armas y todo lo necesario para la misión revolucionaria en Rusia», escribiría, y «todo ello era ofrecido por esos individuos cuyos orígenes habrían podido parecer

fiables. Pero logré averiguar que detrás de esos personajes se escondía una maniobra estratégica impulsada por el militarismo».[63]

Sin embargo, Kesküla, bajo la apariencia de un camarada marxista, andaba siempre alrededor de la colonia de exiliados rusos. Como cualquier otra persona extraña, encontraba sus divisiones desconcertantes. Un grupo (al que denominaba los «patriotas sociales») había imposibilitado cualquier tipo de oposición a su gobierno mientras seguía con su guerra. Esta gente sospechaba que Rusia no estaba preparada para el socialismo, conclusión que le permitía olvidarse de la acción y pasarse las noches conversando. Otros socialistas rusos creían, por lo visto, que el káiser no era mejor que el zar, consideración que también los dejaba libres para poder dedicarse a fumar y dormitar. Solamente un grupo, informaba Kesküla a Romberg en 1915, tenía la voluntad, la capacidad y la disposición para derribar al gobierno imperial de Rusia: «En opinión de Kesküla —escribiría Romberg a Berlín—, es esencial que empecemos a ayudar al movimiento de Lenin en Rusia de inmediato. Notificará en persona a Berlín sobre este asunto. Según sus informadores, el momento actual debería ser favorable para derrocar al gobierno … pero … tendríamos que actuar con celeridad, antes de que los Patriotas Sociales logren imponerse».[64]

Kesküla afirmaba haber discutido con Lenin los términos en los que un nuevo gobierno firmaría la paz con Alemania si la revolución rusa triunfaba. Romberg se mostraba muy escéptico, pues recelaba tanto de las exageradas afirmaciones de Kesküla como de la capacidad de los propios bolcheviques, pero en cuanto leyó el pasaje que hablaba de los términos de la paz separada, comprendió que aquello podía ser en sí mismo un instrumento propagandístico. «Si es distribuido hábilmente», escribiría, el documento «podría resul-

tar especialmente efectivo en Francia, vista la monstruosa ignorancia de los franceses en asuntos extranjeros, y particularmente en los rusos ... Se lo daré a varios agentes confidenciales franceses para que lo distribuyan entre las filas de la oposición ... Considero que deberíamos dotarlo de un aura de gran secretismo, para que se cree la idea de que ya está gestándose un acuerdo con círculos rusos poderosos». De la opinión pública británica no se hablaba. No obstante, si las notas de Kesküla habían conseguido llegar a Londres, sin duda saltaría la alarma en la capital inglesa ante la revelación de que, supuestamente, Lenin había acordado, siempre si la revolución triunfaba en Rusia, reunir un ejército y combatir al lado de los alemanes para ayudar a acabar con el imperio en la India.[65]

Al cabo de cuatro meses de todo esto, con la revolución siendo todavía un premio anhelado, Kesküla se encontraba en Suecia. «Ahora tengo un nuevo colaborador —escribió en enero de 1916 a un agente del Estado Mayor alemán—; y gracias a él, la posibilidad de operar en toda Escandinavia y también en toda Rusia ... A finales de esta semana, mi agente confidencial viajará a Rusia (donde estará unas cuatro semanas) para hablar con los centros revolucionarios sobre el apoyo económico de Europa occidental.» El estonio afirmaba que estaba financiando varios proyectos, incluida una imprenta secreta. «Hoy, o durante los próximos días —continuaba diciendo—, unos interesantísimos documentos revolucionarios de Rusia serán enviados a Lenin. Los leí ayer, pero me ha resultado imposible hacer copias de estos papeles. Podrían tener la amabilidad de devolvérmelos ... y de manejarlos con el máximo cuidado, pues no quisiera que la alegría de Lenin ante su regalo navideño ruso pudiera verse de alguna manera disminuida.»[66]

Al igual que Parvus, Kesküla fue recompensado generosamente. En total, recibió más de doscientos mil marcos por su información y el plan de propaganda que sugería.[67] También al igual que Parvus, y al igual que casi todo el mundo, acabó peleándose con Lenin (supuestamente por sus amadas ideas nacionalistas), y a partir del otoño de 1916 los dos hombres dejaron de estar en contacto. Shlyapnikov diría que nadie había confiado nunca en Kesküla, y que este fue excluido del círculo más representativo de los bolcheviques prácticamente desde el principio. Pero al final de su vida, siendo ya un anciano, el estonio hizo una extravagante confesión. Tal vez no fuera cierta, pero reflejaba algo del mundo de la clandestinidad en tiempos de la guerra, su vanidad y sus proyectos descabellados, los sobres con dinero y el susurro de nombres desconocidos. «Lenin era mi protegido —diría a Michael Futrell—. Yo fui quien lo lanzó.»[68] Era una declaración jactanciosa y hueca, por supuesto, pero conmovedora como epitafio.

3

Lago rojo

> Para los socialistas, no han sido los horrores de la guerra los más difíciles de sobrellevar … sino los horrores de la traición perpetrada por los líderes del socialismo actual.
>
> V. I. Lenin

A diferencia de Parvus, por no hablar de Trotski o de Somerset Maugham, Lenin era un verdadero admirador de Suiza. Disfrutaba de sus lagos, de sus montañas y de las oportunidades que brindaban para lo que describía a su madre como «caminar, nadar y holgazanear».[1] Las grandes ciudades del país helvético, especialmente Zúrich, tenían distritos en los que un refugiado podía alquilar un cuarto. No tenía ningún problema con la cocina suiza porque no sabía realmente lo que comía. En cualquier caso, mientras la Europa azotada por la guerra pasaba hambre, Suiza seguía teniendo su leche, su queso y su esponjoso pan blanco. Las tardes en las que cerraba su amada biblioteca, Lenin y su esposa podían compartir una barra de chocolate con nueces barato («de unos quince centímetros») antes de salir a dar un paseo. Por otro lado, aunque los honorarios de los médicos eran elevados, no había ningún país en el mundo al que prefiriera ir si necesitaba tratamiento médico. Su primer viaje al país alpino, cuando tenía veintitantos años, había sido para recibir asesoramiento en relación a una dolencia estomacal.

Lenin se había establecido en Zúrich en 1916, en parte porque era una ciudad barata. La otra atracción del lugar era su recién inaugurada biblioteca pública, que se encontraba en unas espaciosas dependencias situadas cerca de una iglesia medieval, la Predigerkirche. Allí, y preferible-

mente en la mesa que se había convertido en su favorita, planeaba terminar la investigación para una nueva obra. «Trataba de aprovechar todo el tiempo que estaba abierta la biblioteca —recordaría su esposa, Nadezhda Krúpskaya—. Se plantaba allí exactamente a las 9 de la mañana, se quedaba hasta las 12, llegaba a casa exactamente a las 12 y diez minutos (la biblioteca permanecía cerrada desde las 12 hasta las 13), después del almuerzo regresaba a la biblioteca y se quedaba allí hasta las 18.»[2] Trabajaba con frenesí y con mucha tensión, su pila de libros parecía el muro de una fortaleza, y las puntas de sus lápices estaban perfectamente afiladas. «Solíamos decir entre nosotros —recordaría un amigo de sus tiempos de estudiante— que tenía el cerebro tan grande que hacía que le saliera el cabello.»[3] Durante su período en Zúrich, como sugieren sus notas, Lenin leyó 148 libros y 232 artículos en inglés, francés y alemán, incluidas algunas obras de Aristóteles y de Hegel, de Chéjov y de Feuerbach. En junio de 1916 había redactado la versión ampliada de un ensayo que sería publicado posteriormente con el siguiente título: *El imperialismo, fase superior del capitalismo.*[4]

Otro exiliado probablemente hubiera preferido acudir al Cabaret Voltaire, situado al final de la calle en la que residía Lenin. Poco después de que el líder bolchevique fuera a vivir allí, un coro ruso se había unido de hecho al espectáculo anárquico, que fue el movimiento fundador del dadaísmo.[5] La discordancia y la destrucción empezaban a perder interés, pero Zúrich ofrecía numerosas posibilidades culturales alternativas. Como refugio para evitar el servicio militar obligatorio y las privaciones que suponía la guerra, la ciudad se había convertido en un imán que atraía a artistas y escritores. Al oeste del distrito en el que residía Lenin, en el Limmatquai, se encontraba el Café Odeon, entre cuyos

clientes figuraban Stefan Zweig y James Joyce, Albert Einstein, Erich Maria Remarque y la infame Mata Hari. Lenin no se oponía a sentarse en un local y tomar una o dos tazas de té, pero no olvidaba nunca que su vida estaba dedicada a causas mucho más elevadas que una simple charla. Ninguna diversión lo había distraído nunca; tiempo atrás, en un café de París, se había quedado tan absorto leyendo un periódico que Amedeo Modigliani pudo prenderle fuego a sus páginas mientras el ruso seguía con la lectura.[6] No era por casualidad que el bolchevique hubiera sido conocido durante años como «el Viejo», aunque en 1916 solo tuviera cuarenta y seis.

Como líder de la facción marxista más intratable y extremista, Lenin era un extranjero peligroso en un mundo de exiliados obsesivos y amantes de la controversia. No se había arrepentido de la escisión entre bolcheviques y mencheviques que él mismo había provocado en el movimiento revolucionario ruso en 1903. Yuly Martov contraatacó en 1904, cuando acusó a su torturador de tener «una maldad personal mezquina, a veces sin razón, un narcisismo asombroso [y] una furia ciega, sorda e insensible».[7] Pero arrebatos como ese hacían que el que se dejaba llevar por ellos pareciera un individuo beligerante, y al final servían únicamente para aumentar el carisma de Lenin.[8] Allí donde se reunían los socialistas de Europa, allí estaba Lenin reaccionando con su agresividad característica. En 1907, durante un discurso de apertura pronunciado por el venerable marxista Gueorgui Plekhanov, no paró de moverse y de rascarse, carcajeándose y encogiéndose de hombros todo el tiempo. En un banquete en honor de August Bebel, uno de los socialistas más distinguidos de Alemania, hizo públicamente un desaire a este célebre invitado.[9] Su agresión fue cierta-

mente un síntoma de la importancia que el revolucionario ruso daba a la lucha y a la causa, pero también decía mucho de su personalidad.

En 1916, un marxista rumano llamado Valeriu Marcu, pacifista y refugiado de guerra, decidió que debía conocer al hombre al que denominaba «el Jefe bandolero». Su impulso era romántico y político a la vez, pues Marcu estaba seducido por una fantasía de Rusia, país que nunca había visitado, pero que le evocaba la revolución y la inmensidad desértica de Siberia. «¿Qué realidad —decía— puede ser más fuerte que un ideal preconcebido?» Su búsqueda de la quimera lo llevó hasta las estrechas calles situadas detrás del Limmatquai para encontrar un restaurante dirigido por una cuarentona rubia llamada Frau Prellog. Tras subir a trompicones por una destartalada escalera de madera, llegó al segundo piso del establecimiento, donde descubrió que el lugar consistía exclusivamente en «un pasillo mal iluminado, largo y estrecho con las paredes desnudas y una mesa alargada de madera que ocupaba prácticamente todo el espacio». Olía «como un sótano enmohecido», y resultó que, para comer, allí solo se servían «sopas bastante líquidas, asados resecos y postres corrientes».[10]

Cuando Marcu llegó, Lenin todavía no se había presentado en el restaurante, de modo que el joven pudo seguir dando rienda suelta a sus ideales preconcebidos durante unos minutos más. En el local de Frau Prellog averiguó que a Lenin se le conocía por su verdadero nombre, el señor Uliánov, y que era respetado y apreciado por muchos. Cuando trató de hacerse una imagen del hombre, es muy probable que Marcu imaginara a un individuo alto y apuesto, o al menos con un aspecto imponente, pues eso es lo que la mayoría de la gente esperaba encontrarse si pensaba en los escritos del líder. Marcu seguía sin entender cómo un héroe

semejante podía sentarse en aquel lugar y degustar aquella comida grasienta, aunque los demás hombres que había alrededor de la mesa eran «todos jóvenes, de aspecto audaz y enigmático».[11] Cuando Lenin llegó, sin embargo, la realidad vino a contrastar la imaginación de Marcu. El águila de las izquierdas no era en absoluto un individuo alto («un hombre pelirrojo de complexión robusta y de estatura media», recordaría otro discípulo fascinado), estaba parcialmente calvo, con solo unos mechones de pelo alrededor de su gran cabeza redondeada, y en vez del ceño fruncido que había imaginado el joven rumano, en el rostro de Lenin se dibujaron «enseguida las arrugas provocadas por una sonrisa picarona».[12]

Marcu no sería el único. Casi todo el mundo encontraba a Lenin desconcertante. Robert Bruce Lockhart, que lo conocería posteriormente, consideró que el primer gran socialista del mundo jefe de Estado tenía «el aspecto de un tendero de provincias».[13] Maksim Gorki, quien también pensaba de Lenin que era «en cierta manera corriente», sugería que «le faltaba algo … no daba la impresión de que fuera un líder».[14] Una fotografía policial de 1895 muestra un rostro poco atractivo, con expresión de arrogancia, a un joven lleno de odio. En opinión de Ariadna Tyrkova, esposa del periodista Harold Williams, Lenin «tenía los ojos maliciosos de un lobo».[15] Pero todo el mundo acabaría concediendo a aquel rostro otra apariencia. Había un vigor en su expresión que ninguna fotografía supo transmitir nunca; lo máximo que las imágenes lograron fue captar su mirada. Un compañero bolchevique, Gleb Krzhizhanovsky, recordaría que sus ojos «eran poco corrientes, penetrantes, llenos de fuerza interior y energía, oscuros, marrón oscuro».[16]

Esos ojos brillarían llenos de satisfacción cuando, después de almorzar, Frau Prellog expresara su opinión de que los soldados que combatían en el frente debían disparar contra sus oficiales y regresar a casa. «¡Disparar a los oficiales! ¡Qué magnífica mujer!», exclamaría Lenin. Fue el primero de los muchos sobresaltos que tendría el joven Marcu. Al día siguiente, por invitación de Lenin, visitó al gran revolucionario en sus dependencias del n.º 14 de Spiegelgasse, otro viejo edificio en el laberinto de callejuelas empinadas del casco antiguo de la ciudad. Lenin y su esposa eran los inquilinos de un zapatero («un internacionalista», para el evidente regocijo de Lenin). El lugar era pequeño y mal ventilado, pero resultaba imposible abrir las ventanas debido al olor insoportable de salchichas hirviendo que subía de las calderas que tenía la carnicería en el patio trasero.[17] El interior de la vivienda era poco espacioso y sombrío, y el mobiliario austero («como la celda de una prisión», comentaría otro visitante). Marcu estuvo hablando con el bolchevique de temas tan dispares como las huelgas o la guerra civil europea, y no se dio cuenta de que enseguida pasaron dos horas. Las palabras del líder quedarían grabadas en su memoria para siempre. Incluso sus peculiaridades a la hora de hablar (Lenin no arrastraba sus erres, sino que sus erres eran guturales, de modo que una palabra como «imperialismo» —término que en lengua rusa es muy similar al utilizado en castellano— se transformaba en «imperrrilism»)[18] contribuyeron a que Marcu lo recordara todo.

«Hay una cosa que me sorprende —empezó diciendo Lenin—. Tú y tus amigos queréis transformar el mundo entero, un mundo que por todos los poros apesta a vileza, esclavitud y guerra, y aun así renunciáis de antemano a utilizar la violencia.» El pacifismo se había convertido en una respuesta frecuente a la guerra entre los jóvenes de la izquierda, pe-

ro la línea seguida por Lenin iba por otros derroteros. Metió la mano en un cajón y cogió las notas escritas para un artículo que acababa de terminar y se puso a leerlas en voz alta: «Una clase oprimida que no lucha por aprender el uso de las armas [el término ruso, «oruzhiia», contiene otra maravillosa erre que había que arrastrar], practicar el uso de armas, tener armas, se merece ser maltratada … Las peticiones de desarme en el mundo actual no son más que expresiones de desesperación».[19] La versión publicada de esos pensamientos, aparecida en septiembre de 1916, no era menos vehemente. «Si la guerra actual despierta entre los reaccionarios socialistas cristianos, y entre los jeremías pequeñoburgueses, solo susto y horror, solo aversión a cualquier forma de utilización de las armas, a los derramamientos de sangre, a la muerte, etcétera —había escrito Lenin—, entonces debemos decir: la sociedad capitalista es y ha sido siempre un horror sin fin.»[20] El estruendo de la artillería era un fenómeno muy lejano para poderse oír en Zúrich, pero, aun así, era una extraña respuesta a la agonía más tenebrosa de Europa.

Como descubriría Marcu, la visión del futuro que tenía Lenin era mucho más apocalíptica que una simple lucha. El bolchevique se lo explicaba a grandes rasgos a su invitado, mientras los dos permanecían sentados en medio de aquel ambiente cargado por el humo con olor a salchichas y la humedad propia de aquella zona lacustre, y fue entonces cuando Lenin predijo una revolución a escala mundial, una serie de campañas coordinadas, despiadadas y violentas que acabaría para siempre con la doble opresión que suponían el capitalismo y el imperio. Los burgueses tendrían que morir, los grandes latifundios ser presa de las llamas y los esclavistas del mundo afrontar su propia esclavización. «Lenin no planeaba invasiones desde el exterior —observaría

Marcu—, sino desde el interior ... Todos los revolucionarios deben trabajar para la derrota de su propio país ... La labor principal ... era coordinar a todos los elementos morales, físicos, geográficos y tácticos de la insurrección universal, aunar todos los odios provocados por el imperialismo a lo largo y ancho de los cinco continentes.»[21] Como había dicho Lenin en 1914, «la transformación de la guerra imperialista actual en una guerra civil es la única consigna política correcta».[22]

«Escribía como si miles de personas esperaran su orden —recordaría Marcu—, como si un cajista estuviera aguardando junto a la puerta.»[23] Ese hombre no se contentaría con negociaciones de paz o un plan para la propiedad social de las fábricas: su objetivo era la destrucción del mismísimo sistema que provocaba guerras. Como había dicho años antes Pável Axelrod, menchevique y aliado de Martov: «Lenin es el único hombre que piensa en revolución veinticuatro horas al día, que no tiene más ideas que la revolución y que incluso cuando duerme no sueña con otra cosa más que con la revolución».[24] «No era por casualidad —escribiría Trotski — que las palabras "irreconciliable" e "implacable" figuraran entre las favoritas de Lenin.»[25] La veterana revolucionaria Vera Zasulich había llegado a la misma conclusión años antes, cuando comparó al joven Lenin con Gueorgui Plekhanov, quien por entonces seguía siendo el marxista ruso exiliado más respetado: «Gueorgui es un sabueso —le había dicho—; agarrará y agitará una cosa durante un tiempo, y luego la soltará; mientras que tú eres un bulldog: muerdes y no sueltas nunca». Lenin saborearía esas palabras por lo bajo varias veces, su placer era evidente: «muerdes y no sueltas nunca».[26]

Aunque a Lenin le gustaba Suiza, lo cierto es que había sido la guerra la responsable de que se hubiera establecido en este país. Antes de que comenzaran las hostilidades, él y su esposa habían estado viviendo en Poronin, una tranquila aldea del Imperio Austrohúngaro a los pies de los montes Tatra, en lo que actualmente es el sur de Polonia. Era prácticamente uno de los lugares más cercanos a la patria que podía encontrar un exiliado para vivir, pues Rusia se hallaba a poca distancia de allí, en dirección al norte. Yakov Fürstenberg, el hombre que tenía tantos contactos, había ayudado a Lenin y a Krúpskaya a encontrar un nuevo hogar en aquella localidad, encargándose también de prepararles todos los documentos necesarios. Otro amable camarada, Gueorgui Zinóviev, se había instalado muy cerca junto con su segunda esposa, Zina, lo que significaba que Lenin pudiera declarar que Poronin constituía el cuartel general del Departamento de Exteriores del Comité Central Bolchevique. Aunque estuvo viajando siempre mucho (el líder de un partido debía asistir a las reuniones importantes de la élite socialista de Europa), había vivido feliz en aquel remanso de paz, trabajando en cuestiones teóricas y entreteniéndose con largos paseos en los bosques colindantes en busca de setas. Las jaquecas nerviosas que lo habían martirizado durante años empezaron a perder intensidad. En cuanto a las noticias procedentes de Rusia, eran bastante buenas. El verano de 1914 había sido muy amargo para el zarismo; se habían producido huelgas en Bakú y se habían erigido barricadas en San Petersburgo.[27] El 6 de agosto, sin embargo, cuando Austria declaró la guerra a Rusia, aquella situación idílica se acabó de la noche a la mañana.

Por toda Europa, miles de personas se encontraron de repente en el lugar equivocado. Como rusos, Lenin y su esposa se habían convertido en unos extranjeros hostiles en

Austria. Los gendarmes llamaron a su puerta poco después del amanecer. Irrumpieron en el interior de la vivienda y lo registraron todo, descubriendo un montón de papeles en poder del líder, impaciente y tenso, en su mayoría estadísticas y notas relacionadas con la economía agraria. Luego uno de los agentes encontró la pistola, una Browning cargada. Un ruso en la zona fronteriza habría resultado siempre sospechoso en tiempos de guerra, pero en aquel momento los gendarmes tenían su prueba de que Lenin estaba en Austria en calidad de espía. Se lo llevaron, y al anochecer el revolucionario ya estaba encerrado en una celda de la prisión de la ciudad de Novy Targ. Una vez más, fue Fürstenberg quien dirigió la campaña para liberarlo.[28] El asunto requirió muchos telegramas y negociaciones, pero las autoridades accedieron a poner a su prisionero en libertad cuando se convencieron de que no había ningún austríaco vivo que odiara al gobierno ruso con tanta intensidad como él: «No es un verdadero socialista —diría Lenin a un amigo a su llegada a Berna unos días más tarde— aquel que no desea, en tiempos de guerra imperialista, la derrota de su propio país».[29]

Los Lenin debían marchar, de eso no cabía la menor duda. Llegado un punto, aquel verano, antes de que estallaran las primeras bombas, habían considerado la posibilidad de trasladarse a Suecia, pero en aquellos momentos ya no podían cruzar Alemania para llegar a ese país. En cualquier caso, a Lenin le gustaba Suiza, donde tenía una buena red de contactos, y aunque la guerra hacía que los precios no pararan de subir, el revolucionario podía hacer frente a los gastos de alojamiento y de comida en el país helvético. Su elección tendría unas consecuencias impredecibles por aquel entonces. No obstante, mientras Krúpskaya hacía las maletas, su principal preocupación era llevar todos los do-

cumentos necesarios y comprobar los horarios de los trenes en tiempo de guerra. De una manera aleatoria y abstracta, Lenin se ocupaba de todo, pero de los detalles se encargaba Krúpskaya. El gran hombre estaba más dedicado a la tarea de redactar su primera respuesta formal a la guerra mundial.

Lenin había empezado a escribir antes de que el tren llegara a Viena. Cuando él y su esposa se encontraban de camino a Berna, su manuscrito ya estaba prácticamente acabado. Preocupado por no perder su permiso para residir en Suiza, tuvo sus dudas a la hora de firmar el trabajo hecho, y al final dejó que fuera publicado anónimamente como si se tratara de una «copia de un llamamiento emitido en Dinamarca».[30] Pero cualquiera que conociera su estilo habría visto más allá de esa estratagema. La opinión que tenía Lenin de aquellas hostilidades estaba más clara que el agua. La guerra equivalía a «una lucha por los mercados y por la libertad de saquear países extranjeros». Los líderes de Europa habían revelado «su intención de engañar, desunir y matar brutalmente a los proletarios de todos los países poniendo a los esclavos del trabajo de una nación contra los de otra para beneficio de los burgueses».[31] A decir verdad, nada de todo eso era realmente una novedad. Lo escandaloso, lo perverso, lo delictivo contra la clase trabajadora era que los cobardes chaqueteros de la socialdemocracia europea, los mismos elementos que se suponía que debían guiar a las masas en su lucha, habían abandonado la política de clases en beneficio del nacionalismo «chovinista-burgués». Los socialistas alemanes, todos ellos pacifistas apenas unos días antes, habían concedido al káiser el dinero que este necesitaba para comprar grandes cantidades de armamento: «A partir de hoy —se cuenta que exclamó Lenin al enterarse de la traición— ya no soy socialdemócrata; soy comunista».[32]

Los socialdemócratas que habían excitado los ánimos de Lenin eran miembros de una red a escala europea, la Segunda Internacional, a la que pertenecían todos los partidos socialistas importantes. En teoría, su oposición colectiva a la idea de una guerra general debía ser tan inflexible como su rechazo al imperialismo o a la esclavización. En su congreso celebrado en Stuttgart en 1907, los líderes socialistas de varios países europeos se habían comprometido a emprender una campaña activa contra la guerra; al cabo de cinco años, en 1912, una nueva resolución amenazó a las grandes potencias con una serie de huelgas e incluso con la revolución si se seguía el camino de intensificar las hostilidades.[33] Pero en 1914, las crecientes tensiones diplomáticas habían convertido a muchos camaradas de Europa en patriotas inesperados, incluida una mayoría de los miembros de la enorme e influyente SPD, el Partido Socialdemócrata de Alemania. Abandonando el lenguaje de fraternidad y de paz, el grupo parlamentario de la SPD había reaccionado a las presiones militares del verano con la aprobación de una ley para la concesión de créditos de guerra al gobierno. Aunque su líder, Karl Kautsky, se había opuesto a la idea, cuando llegó el momento de la votación se sometió a la voluntad del partido: «Kautsky resulta ahora más pernicioso que todos ellos —escribiría Lenin a Aleksandr Shlyapnikov en octubre de 1914—. No hay palabras para describir cuán peligroso y vil…».[34]

A nadie sorprendió que los británicos también abandonaran sus ideales de los tiempos de paz. Los Lenin habían visitado Londres unos años antes, y se habían quedado impresionados por la apatía de los socialistas locales, apatía que Krúpskaya consideró una prueba de «la insondable inanidad de la vida pequeñoburguesa de los ingleses».[35] No obstante, la sección internacional del Partido Laborista (el ILP)

había organizado varias concentraciones contra la guerra en 1912 y 1913. El 2 de agosto de 1914, nada menos que un lugar emblemático como Trafalgar Square se había llenado de dignos manifestantes de la izquierda que clamaban contra la deriva militarista. Estuvieron dirigidos por el veterano pacifista Keir Hardie y por parlamentarios de relevancia como Arthur Henderson. Al cabo de pocos días, sin embargo, el Partido Laborista acordó votar en el Parlamento a favor de la concesión de créditos de guerra como habían hecho sus homólogos alemanes. Keir Hardie murió de un derrame cerebral en septiembre del año siguiente, pero Henderson siguió con la política de guerra, uniéndose al gobierno de coalición cuando este se formó en mayo de 1915, y apoyó prácticamente todas las decisiones adoptadas durante la guerra, desde el control de precios hasta la prestación obligatoria del servicio militar.[36]

La historia habría podido ser distinta en Francia, donde el líder socialista Jean Jaurès había encabezado la oposición al militarismo. Para mantener vivo el espíritu de la Segunda Internacional, había intentado organizar varias huelgas generales en Alemania, así como en Francia, en protesta por la amenaza de la guerra. Pero Jaurès había sido asesinado en julio de 1914 por un patriota que decidió erigirse en salvador del honor de Francia. Sin Jaurès, incluso antiguos defensores de la paz como Edouard Vaillant se vieron arrastrados a firmar una tregua con el gobierno que sus admiradores denominaron la «Union sacrée».[37] La opinión pública estaba de su lado, pues los franceses anhelaban recuperar Alsacia y Lorena, las provincias que habían perdido en un tratado de 1871 en beneficio de Alemania. Como si se hubieran dejado contagiar por el ambiente que reinaba entre sus anfitriones, muchos de los exiliados rusos que residían en Francia se vieron también tentados a alistarse, deseosos de com-

batir a un enemigo que amenazaba a su país adoptivo así como a la lejana Rusia. Incluso algunos de los bolcheviques residentes en París quisieron empuñar las armas, al menos hasta que leyeron las opiniones de Lenin al respecto.[38]

También había un gran número de patrioteros en la propia Rusia: «Independientemente de cuál sea nuestra postura ante la política interior del gobierno —había escrito Pável Miliukov cuando la caballería partía hacia el frente—, nuestra primera obligación es preservar la unidad y la integridad de nuestro país, y defender su posición como potencia mundial, una posición que actualmente peligra por culpa del enemigo».[39] Durante unas cuantas semanas, la idea de una unión sagrada concentró el interés de la gente, que dejó de prestar atención a las deficiencias del gobierno zarista. «Todos mis amigos rusos melenudos —escribiría Arthur Ransome— se han afeitado la cabeza y se han puesto el uniforme [militar].»[40] En el extranjero, el gran Gueorgui Plekhanov se negaba a condenar tanto a los patriotas franceses como a los rusos, aduciendo que la defensa de la nación era razón suficiente para justificar el apoyo a la guerra.[41]

Pero otros socialistas rusos se mantenían firmes en su oposición a la tendencia reinante en Europa. La facción izquierdista de la Duma era prácticamente el único grupo parlamentario de todo el continente en oponerse desde un principio a acordar la concesión de créditos de guerra (el otro grupo estaba en Serbia).[42] En París, Martov hacía campaña en pro de una paz inmediata, instando a todos los países beligerantes a que renunciaran a sus planes de anexión territorial. Cuando Trotski se unió a él desde Suiza, los dos recurrieron a su periódico, *Nashe Slovo*, para contribuir a la creación de una facción contra la guerra en Francia, atrayendo a izquierdistas galos como Henri Guilbeaux, así como a muchos disidentes rusos.[43]

Cuando la gente empezó a darse cuenta de la verdadera naturaleza de la guerra, empezaron a crecer los movimientos que reclamaban el cese de las hostilidades. Es cierto que los primeros pasos fueron vacilantes. Fue programada la celebración de una conferencia de socialistas en Londres para febrero de 1915, pero los franceses se negaron a asistir si acudían delegados alemanes. Como no tenía el pasaporte necesario para entrar en Inglaterra, Martov también se perdió las conversaciones. Pero, en la primavera, la presión para que se celebrara una conferencia de socialistas contrarios a la guerra iba en aumento tanto en Berlín como en Bruselas, tanto en París como en Turín. Solo Lenin se mantuvo a un lado, negándose a unirse a algo tan anodino y carente de contundencia como un movimiento pacifista. En febrero, el mes de la celebración de la conferencia de Londres (a la que le habría resultado imposible asistir), convocó su propia asamblea en Berna: «En el momento actual —dijo a sus más fieles seguidores— la propaganda pacifista no acompañada de una acción colectiva revolucionaria solo puede sembrar falsas ilusiones … pues hace que el proletariado crea que el burgués es humano, y lo convierte en un juguete en manos de la diplomacia secreta de los países beligerantes. En concreto, la idea de que es posible la llamada paz democrática sin emprender una serie de revoluciones es totalmente equivocada».[44]

Esta sería la línea en la que Lenin insistiría, independientemente de lo que dictara cualquier congreso de sus compañeros socialistas. En mayo de 1915, arremetió contra los autores de un ensayo contra la guerra aparecido en *The Economist* («un semanario que habla por los millonarios británicos»), porque consideraba que su publicación «aboga por la paz simplemente porque tiene miedo de la revolución».[45] En el mes de julio, cuando socialistas de centroizquierda co-

mo Karl Kautsky y el suizo Robert Grimm empezaban a presionar en pro de unas conversaciones de paz en toda Europa, Lenin invocaba un derramamiento de sangre, pues «consideramos la guerra civil … plenamente legítima, progresista y necesaria».[46] «No hay nada más pueril, deleznable y dañino —añadiría en septiembre— que la idea que actualmente defienden los revolucionarios filisteos, a saber, que las diferencias deben ser "olvidadas" teniendo en cuenta el objetivo común inmediato.» Muy al contrario, «la vida avanza hacia … una guerra civil en Europa».[47] En cuanto a Martov y a la «pandilla» del *Nashe Slovo*, sus posibilidades de formar una coalición con él se habían esfumado en mayo: «Después de doscientos días de propaganda —escribiría Lenin—, *Nashe Slovo* ha reconocido su total bancarrota … Esa gente hablaba de unir a los internacionalistas, y lo que se encontraron es que no son capaces de unir a nadie, ni siquiera a ellos mismos».[48]

Los peligros que acechaban a Lenin durante la guerra no provenían de los cañones. Mucho más mortal (al menos desde su característico punto de vista) era la posibilidad de que el resto de la izquierda europea llegara a unirse en una plataforma por la paz. El movimiento alcanzaría gran popularidad, pero eso no le parecía lo peor del asunto. Lo más grave era que probablemente nunca podría llegar a controlarlo, pues Kautsky era un candidato más distinguido, y aparte de él, había también otras figuras, como, por ejemplo, Émile Vandervelde de Bélgica. Mientras la guerra entraba en su segundo verano, el movimiento antibelicista empezaba a encontrar partidarios en prácticamente todos los partidos socialistas de Europa. Para evitar lo que solo podía calificar de desastre inminente, Lenin se vio obligado a incidir en la brecha que él mismo estaba abriendo entre aquellos pacifistas y su propio grupo de seguidores. Cada vez que compa-

ñeros socialistas se reunían para hablar de la cuestión, aprovechaba la oportunidad para hacer hincapié en la división existente. Así pues, cuando Robert Grimm convocó una asamblea de los principales internacionalistas socialistas en septiembre de 1915, con el objetivo de relanzar la Internacional en una plataforma contra la guerra, Lenin pasó a la acción recurriendo a una ofensiva verbal y táctica.

Los treinta y ocho delegados se reunieron en el Volkshaus de Berna. Grimm sabía que el lugar estaba lleno de espías, de modo que cuando sus invitados empezaban a saborear su primer trago de cerveza suiza, recibieron unos vales para coger un coche de caballos que los iba a trasladar a las montañas del Oberland bernés. Fueron tan pocos los vehículos que se necesitaron (únicamente cuatro) que la situación le pareció a Trotski una escena tragicómica de la debilidad del internacionalismo europeo.[49] Para no revelar la verdadera naturaleza de la asamblea, se dijo que aquella congregación de individuos suizos, alemanes, suecos, rusos y de otras regiones del este de Europa se debía a la excursión que organizaba anualmente una sociedad ornitológica.[50] El grupo se dirigió a Zimmerwald, una localidad con veintiuna casitas de montaña en un mar de hierba otoñal cada vez menos verde. Durante su estancia, los delegados no se alejaron de su hotel, y los cantos tiroleses de Grimm fueron su único entretenimiento.[51] Pero se trataba de un sacrificio por una causa noble, pues casi todos veían la reunión como una oportunidad para refundar la Internacional, como un comienzo nuevo sin el lastre de los patriotas pequeñoburgueses. Además, llegado a un punto, lo lograron. El 8 de septiembre, todos los presentes (incluido Lenin) acordaron y firmaron un manifiesto, y durante los tres años

siguientes cualquier socialista que se opusiera a la guerra o presionara a su gobierno para entablar conversaciones de paz sería identificado como un «zimmerwaldista».

Para Lenin, sin embargo, la reunión supuso una oportunidad de reivindicarse como líder de la verdadera izquierda europea. El izquierdista suizo Fritz Platten recordaría que el gran bolchevique fue el que prestó más atención a todas las intervenciones efectuadas en Zimmerwald, pero que cuando tomaba la palabra sus discursos tenían el impacto de una ducha cáustica. Una y otra vez, Lenin instó a adherirse a la causa de una acción común para acabar con toda la estructura del imperialismo. Si bien los gobiernos burgueses podían valorar la posibilidad de alzarse con la victoria o perder la guerra, la clase trabajadora europea solo podía vencer cuando destruyera los sistemas que la oprimían: «La fuerza de Lenin —concluiría Platten— consistía en el hecho de que entendía las leyes del progreso histórico con una claridad extraordinaria».[52] En todas las fases, la facción de Lenin fue una pequeña minoría (a veces incluso daba la impresión de que él era el único miembro), pero consiguió marcar las pautas en la mayor parte de las discusiones, despellejando a Grimm y a los mencheviques en el proceso.[53]

Al final, ocho delegados constituyeron un sector izquierdista, entre ellos Fritz Platten, que desafió a su propio partido a ponerse del lado de Lenin. Los representantes de Suecia, Ture Nerman y Zeth Höglund, también eran hombres de Lenin, al igual que el siempre fiel Grigori Zinóviev, pero Lenin quedó sorprendido por el apoyo de un recién llegado, el veleidoso Karl Radek. Este personaje locuaz y con mala fama era un refugiado en varios sentidos del término. Como ciudadano austríaco (había nacido en Lviv), había huido a las montañas suizas para librarse del servicio militar obligatorio. Pero también estaba buscando un nuevo hogar políti-

co después de haber sido expulsado de dos en incómodas y difíciles circunstancias (corrían rumores que hablaban de la desaparición de importantes cantidades de dinero).[54] Con un estilo vivaz y desenvuelto, había escrito para el periódico de Grimm, pero encontraría su verdadero lugar en Zimmerwald junto a los incendiarios de Lenin. Tal vez fuera un hombre muy poco agraciado con un pasado sumamente azaroso, pero Radek, con su aspecto simiesco y sus gafas, ejercía siempre un gran magnetismo, sus carcajadas resultaban contagiosas, y su pasión por la lectura y su afición al chismorreo no tenían límites. Como era de esperar, mantenía contacto con Parvus, y aprovechaba cualquier oportunidad para visitarlo en el instituto de Copenhague.[55]

La lealtad de este disidente con gran talento (aunque no resultaría constante) demostraría lo que la reunión de Zimmerwald había supuesto para Lenin. El gran bolchevique se había transformado en un verdadero líder en la escena internacional, en la inspiración para una tendencia política distinta, el movimiento europeo de los socialistas radicales que sería conocido como la Izquierda de Zimmerwald. En los meses que estaban por venir, él y su red de seguidores se esforzaron por convencer a más socialistas de que se unieran a su causa. En Francia, esta tarea recayó en una vieja amiga de Lenin (y quizá antigua amante), Inessa Armand. A pesar de la contundente oposición de Trotski, que seguía siendo aliado político de Martov, esta mujer pasó el invierno de 1915-1916 despertando el entusiasmo por las ideas de Lenin entre los socialistas de París.[56] En abril de 1916, cuando el grupo de Zimmerwald volvió a reunirse (esta vez en la localidad helvética de Kienthal), el ambiente estuvo más caldeado. Era evidente que el núcleo a favor de la paz se había hecho más vulnerable, y los confederados de Lenin, especialmente Radek, atacaron como era de espe-

rar.[57] La izquierda crecía, estaba más segura de sí misma, y Lenin consideró todo el proceso un presagio de su futura victoria.

Tenía a los socialistas atrapados con los dientes y no estaba dispuesto a «soltarlos», pero tampoco podía relajarse. Cuando no estaba entre sus pilas de libros en la biblioteca de Zúrich, mantenía viva una campaña implacable para conservar la línea distintiva de su facción. El 1903 había escindido en dos el partido ruso, y en aquellos momentos escindiría en dos al suizo: «Una escisión siempre es dolorosa —admitiría—, pero a veces resulta necesaria, y en esas circunstancias cualquier debilidad, cualquier indicio de "sentimentalismo" constituye un crimen».[58] Cuando a finales de 1916 llegó a Zúrich la noticia de una posible paz entre el zar y el káiser, Marcu recordaría que Lenin «rugía como un león».[59] Al fin y al cabo, si Rusia se retiraba de la guerra, sus esperanzas de propagar la revolución en Rusia se esfumarían, y con ellas su capacidad para ejercer el dominio de la izquierda europea: «Una guerra imperialista no puede acabar de otra manera que no sea con una paz imperialista —escribiría en noviembre de 1916—, a no ser que se transforme en una guerra civil del proletariado contra la burguesía por el socialismo».[60] O, como dijo en otra arenga, «únicamente cuando hayamos derrocado, finalmente vencido, y erradicado a la burguesía del mundo entero, y no solo de un país, será imposible que haya guerras».[61]

Sin embargo, una cosa era escandalizar a los pacifistas de Europa y otra muy distinta contar con un grupo de seguidores de cualquier tipo entre los obreros, los campesinos y los soldados en el mismísimo imperio ruso. Por muy solemnes que fueran las reuniones europeas, por muy mordaz e incisiva que resultara su prosa, Lenin seguía siendo un líder ruso, y Rusia era el lugar en el que era necesario que arraiga-

ran mejor sus ideas. El peligro era que estaba perdiendo contacto con la realidad de su país. Desde 1914, sus conocimientos de lo que ocurría en Rusia se habían basado cada vez más en la información ofrecida por la prensa suiza, enterándose siempre dos días después de los sucesos acaecidos en Petrogrado. La tensión a la que se veía sometido repercutía en su salud y en su carácter: «Estoy mal de los nervios —escribiría en la cancelación de una aparición pública en 1916—. Me asusta dar conferencias».[62] Probablemente no lo reconociera, pero lo cierto es que estaba convirtiéndose en un exiliado institucionalizado, desconectado de la realidad rusa, y sin apenas relevancia en ella. Es probable que Valeriu Marcu expresara los profundos temores del propio Lenin cuando escribió en 1916 que «el partido bolchevique entero … consistía en unos cuantos amigos que mantenían correspondencia [con Lenin] desde Estocolmo, Londres, Nueva York y París».[63]

Ni Marcu ni Lenin podían saber con seguridad cómo le estaba yendo al bolchevismo en Rusia (a diferencia de la red personal de contactos de Lenin). El panorama no era tan malo como probablemente imaginaran. Aunque la policía secreta zarista, la Okhrana, había causado estragos entre los movimientos clandestinos rusos durante años, la mayoría de los observadores sobre el terreno consideraba que los bolcheviques formaban la facción socialista mejor organizada y más decidida de las que existían.[64] Nacido en los sindicatos y las mutualidades, el partido contaba con unos afiliados predominantemente jóvenes y relativamente instruidos. Y lo que había sido aún mejor, una red de activistas había sobrevivido a la represión después de 1906 y había seguido reclutando a nuevos seguidores a pesar de un ambiente político cada vez más sombrío. Los organizadores locales ejercían su labor asiduamente entre los trabajadores, y no solo

conocían las teorías de Karl Marx, sino que también trataban cuestiones prácticas como los subsidios por enfermedad, los seguros y los pormenores de la ley laboral.[65] En consecuencia, los bolcheviques habían conservado un nutrido grupo de seguidores comprometidos en el sector de la industria pesada y entre los marineros y los trabajadores ferroviarios. Petrogrado era su principal plaza fuerte, y a finales de 1916, según una estimación de Aleksandr Shlyapnikov, había tres mil bolcheviques entre trabajadores de la capital.[66] El fervor de estas bases no se había desvanecido en el ardor de la guerra patriótica. Pero se había sufrido una serie de reveses que habían provocado que el partido tuviera graves problemas de liquidez y se quedara más o menos sin un liderazgo definido.

La Okhrana contaba con al menos doce informadores muy bien posicionados entre los integrantes del estado mayor bolchevique.[67] Uno de ellos, Román Malinovsky, había sido el tema a tratar en un proceso a tres bandas del partido mientras Lenin se encontraba en Poronin. Las acusaciones habían sido muy graves. «Es una absoluta bacanal de detenciones, de registros y de redadas», declaró Stalin en 1913, justo unos días antes de ser él mismo víctima de la gran traición del informador.[68] Pero Lenin seguía sin estar convencido, e hizo venir a Zinóviev y a Fürstenberg hasta Poronin para que lo ayudaran a valorar las pruebas. Los tres juntos estudiaron una serie de informes de un grupo de furibundos camaradas que se encontraban en Rusia, pero al final decidieron que Malinovsky no podía ser culpable. El traidor no tardaría en ser el único bolchevique veterano de Petrogrado que estaba en libertad, y la información que pasaba a la policía seguiría haciendo estragos hasta unos extremos insostenibles. La confección y el seguimiento del directorio del partido, una lista de los principales contactos,

eran responsabilidad de Krúpskaya. En 1916, había solo ciento treinta nombres en su agenda, y como mucho veintiséis de ellos eran agentes políticos que se encontraban en el imperio ruso. En 1917, el número de sus organizadores activos sobre el terreno había quedado reducido a diez.[69]

La policía había estado observándolo todo. Otro informador, Miron Chernomazov, había sido nombrado miembro del consejo de redacción del periódico bolchevique, *Pravda*, que venía publicándose en Rusia desde 1912. El diario fue clausurado en julio de 1914, y buena parte de su personal acabó entre rejas. Con este cierre, el partido perdió algo más que su instrumento de propaganda más popular, pues *Pravda* había sido una fuente de ingresos, y a partir de ese momento los bolcheviques se verían obligados a buscar fondos.[70] Pero en diciembre de 1914 ocurriría un hecho mucho más grave cuando el Comité Central del partido bolchevique se reuniera para celebrar una asamblea secreta en las afueras de Petrogrado. Entre los asistentes estaban los cinco bolcheviques miembros de la Duma, incluido Lev Kámenev, viejo amigo y antiguo ayudante de Lenin. La policía estaba esperando, y todo el grupo fue detenido.[71] Durante su juicio en febrero de 1915, Kámenev perjudicó aún más al partido con una traición, negando públicamente que hubiera apoyado alguna vez la línea antiimperialista y contraria a la guerra que sus líderes extranjeros defendían. No obstante, fue condenado a un largo exilio en Siberia como el resto de los acusados.

Las detenciones continuaron mientras la guerra seguía haciendo estragos. Cuando Shlyapnikov llegó a Petrogrado en 1916 se encontró con una organización política bolchevique que había quedado debilitada, por no decir completamente trastornada, por las sucesivas redadas policiales. El Comité Central, que se suponía que debía guiar todo el mo-

vimiento, había sido prácticamente destruido por los arrestos de los últimos meses. Los miembros del órgano que seguían libres solo se reunían ocasionalmente. También tenían miedo de guardar protocolos escritos, evitaban lugares de reunión fijos y celebraban a menudo sus sesiones mientras paseaban por Lesnoi, el frondoso suburbio de la ciudad.[72] La situación resultaba inaceptable a ojos de Shlyapnikov, cuya solución consistió en convocar un nuevo Buró Ruso para supervisar los asuntos cotidianos de los camaradas. Entre los miembros de este órgano figuraba un joven activista radical que se hacía llamar Mólotov, así como un grupo de incondicionales de la clandestinidad local. Simultáneamente, los bolcheviques de Petrogrado tenían su propia organización, el Comité de Petersburgo (se habían negado a adoptar el nombre de Petrogrado, mucho más antialemán), que era más activo que el Buró. Este órgano sufrió una redada en diciembre de 1916. Algunos de sus miembros fueron detenidos, pero el verdadero golpe fue la pérdida de su imprenta, un instrumento valiosísimo y muy costoso, además de esencial desde el punto de vista estratégico.[73]

La falta de una imprenta resultaría desastrosa. Al no disponer de una prensa local, el suministro de información al movimiento ruso quedó reducido prácticamente a cero. De mano en mano, iban pasando las noticias en recortes de papel, manoseados y sobados, con información ya caduca. En enero de 1917 los bolcheviques de Petrogrado pudieron comprobar que ni siquiera eran capaces de preparar unos panfletos con motivo del aniversario del Domingo Rojo, la matanza que había desencadenado una revolución en 1905.[74] Siembre había costado llevar al día la publicación de noticias, e incluso de manifiestos y de convocatorias de huelga. La censura zarista era feroz, y los cambios provocados por la guerra la hacían más dura y severa. Durante

años, a modo de alternativa, los activistas habían introducido clandestinamente documentos del extranjero, cosiéndolos debajo del forro de los abrigos, ocultándolos en corsés o colocándolos en el fondo de sus propias cajas de libros. La guerra lo había complicado todo, y en los controles fronterizos en Tornio los registros eran estrictos.

La respuesta de Lenin sería la habitual: escribir más ensayos. La punta de lanza de su propaganda era una publicación llamada *Sotsial-Demokrat*, que, tras llegar a Suiza, él mismo había reactivado con la ayuda de Vyacheslav Karpinsky, un bibliotecario residente en Ginebra. El primer número de la nueva etapa apareció en noviembre de 1914. Aunque diversos miembros del partido la valoraban, la revista no hacía ninguna concesión para atraer al gran público, y su principal colaborador (y normalmente el único) era Lenin. La guerra conllevó el encarecimiento del papel y la impresión, y los socialistas andaban escasos de fondos, de modo que *Sotsial-Demokrat* salía de manera irregular y raras veces contaba con más de una hoja llena de texto.[75] Pero el verdadero problema era el transporte. El material era enviado por correo a Escandinavia, desde donde se suponía que debían introducirlo en Rusia dos agentes, Aleksandra Kollontai y el ingenioso Shlyapnikov. Este último utilizaba sus contactos sindicalistas con los pescadores de la costa báltica, y lentamente hacía llegar a Finlandia los rollos de papel pasando por una sucesión de pequeñas islas. También había un zapatero en Haparanda que podía esconder las preciosas hojas impresas entre el forro y la suela de cuero del calzado que fabricaba.[76] Pero esa red era sumamente frágil, y con frecuencia la única gente de Petrogrado que tenía la oportunidad de juzgar los escritos de Lenin eran los agentes de la Okhrana.

Sin embargo, la mismísima debilidad del liderazgo oficial del partido sería la que permitiría a los seguidores de base desarrollar sus propias ideas. En Petrogrado, la organización del distrito de Vyborg, con sus aproximadamente quinientos miembros, era especialmente radical.[77] En agosto de 1914, el grupo de Vyborg había aplaudido la tesis de Lenin sobre la guerra. Sus integrantes fueron pasándose los primeros ejemplares de *Sotsial-Demokrat* hasta dejarlos completamente deshechos. Como recordaría un entusiasta, las ideas de Lenin «nos insuflaban nuevos ánimos, nos reivindicaban y nos inspiraban, encendían nuestros corazones con un deseo irrefrenable de seguir adelante, de no detenernos ante nada».[78] Pero por muy peculiar y genuinamente leninista que fuera el Comité de Vyborg, lo cierto es que el partido bolchevique en su conjunto tenía aún que convencer a la masa trabajadora de Rusia, por no hablar de los militares. Lo máximo que podía decirse es que el bolchevismo había empezado a ser identificado con una militancia muscular (y masculina). Mientras tanto, la mayor parte de los escritos de Lenin —verdaderas invectivas, a veces con tono académico, y salpicados de nombres completamente desconocidos y con resonancias extranjeras— seguían siendo difíciles de conseguir y fundamentalmente complejos.

En cualquier caso, lo cierto es que a comienzos de 1917 la distancia que separaba a los bolcheviques en el exilio de sus seguidores en Rusia era cada vez mayor. Esta circunstancia despertó el interés del embajador francés en Petrogrado, Maurice Paléologue, cuando en diciembre de 1916 recibió a uno de sus informadores mejor relacionados para mantener con él una conversación. «Le pregunté si la doctrina derrotista del famoso Lenin, que se encuentra actualmente refugiado en Ginebra, está haciendo mella en el ejército», recordaría el embajador, que en aquellos momentos seguramente

pensaba en todos los franceses que iban a morir si se torcía el esfuerzo de guerra de Rusia. Su invitado enseguida lo tranquilizó: «No —dijo—, los únicos defensores de esa doctrina aquí son unos cuantos lunáticos que se supone que están al servicio de Alemania, o de la Okhrana. Los derrotistas … son únicamente una minoría insignificante en el partido socialdemócrata».[79]

Era una visión que habría suscitado los improperios del propio Lenin. Por fortuna, sin embargo, el líder bolchevique estaba acostumbrado a reconstruir su facción después de haber sufrido un duro revés; el hecho de que contara con un número reducido de miembros permitía reforzar la disciplina. Lo que realmente le habría preocupado a Lenin era la evidencia de una coalición emergente entre las diversas células del Partido Socialista en las ciudades rusas. Incluso cuando el gran revolucionario daba un puñetazo en la mesa por las diferencias que debían separar a los bolcheviques de los miembros de cualquier otro partido en el exilio, algunos de sus seguidores en Rusia estaban acercándose a sus compañeros socialistas, ya fueran mencheviques o no alineados.[80] Para esos camaradas, el enemigo a batir no era su compañero socialista, sino el empresario, la policía o el detestado zar. De haber entendido también todos los detalles, habrían contemplado la visión de Lenin de una guerra civil europea (la verdadera razón de la escisión del partido) como la antesala del infierno. El agotamiento, los salarios bajos y la escasez de pan eran las cosas que importaban en los sótanos iluminados con lámparas de queroseno en los que esos individuos se reunían, y todos estaban hartos de luchar. Para cambiar todo eso, para poder sentir un poco de alivio, se requería un esfuerzo conjunto. En Rusia, especialmente en Petrogrado, no era Lenin, sino la Okhrana, con sus falsos

rumores venenosos y las redadas esporádicas con detenciones en masa, la que tenía más éxito a la hora de mantener a las distintas facciones divididas.[81]

Algunos bolcheviques seguirían firmemente determinados a preservar esa separación, pero en las bases, eran muchos los que veían con buenos ojos la idea de una campaña conjunta. En el ala izquierda del partido menchevique había también internacionalistas, así como un pequeño movimiento social-revolucionarios de izquierdas. En octubre de 1913, se había creado en la capital rusa una nueva formación combinada, el denominado Comité Interdistrito, o Mezhraionka, para unir a los socialistas locales.[82] Dos de sus miembros fundadores habían sido bolcheviques, y aunque sus seguidores continuarían siendo pocos (unos ciento cincuenta en 1917), el grupo estaba bien organizado y ejercía una notable influencia. Como había escrito en *Pravda* en 1912 un joven trabajador infatigable llamado Stalin, «la identidad completa de intereses solo puede existir en el cementerio. Pero ello no significa que las discrepancias vayan a ser más significativas que los puntos de acuerdo … Paz y cooperación en el seno del movimiento: esta será la directriz por la que se guiará *Pravda* en su labor cotidiana».[83] Lenin se puso hecho una furia, pero también estaba lejos. La Mezhraionka siguió con su campaña de agitación en los distritos industriales, armada con una utilísima imprenta. Cuando en las primeras semanas de 1917 se multiplicaron las huelgas, en un gesto de protesta motivado por la exasperación que producía la guerra, los camaradas que sabían imprimir panfletos se pusieron enseguida a trabajar contra reloj.

4

Cintas escarlatas

> Las condiciones de la democracia burguesa muy a menudo nos obligan a adoptar una u otra posición respecto a un sinfín de pequeñas reformas insignificantes, pero debemos ser capaces de … adoptar esa posición respecto a dichas reformas de tal modo que en cualquier discurso de una media hora, cinco minutos estén dedicados a las reformas, y veinticinco a la revolución venidera.
>
> V. I. Lenin

El 14 de febrero de 1917, tras una prolongada pausa navideña, la Duma volvió a reunirse para inaugurar un nuevo año. En un momento en el que la agitación popular iba en aumento, y con varios de sus miembros entregados a conspiraciones secretas para echar al zar, la sesión habría tenido que ser muy intensa. Sin embargo, como observaría un partidario incondicional del Bloque Progresista, los parlamentarios parecían deambular sin rumbo fijo, «como escuálidas moscas». «Nadie piensa nada … Todos sienten su impotencia, y son conscientes de ella. El silencio es desesperanzador.»[1] El presidente de la Duma, Mijaíl Rodzianko, reconoció que los diputados estaban alicaídos, y los discursos carecían de brillo.[2] Ya fueran progresistas, liberales o monárquicos, los intelectuales se esforzaban por encontrar una flamante salida para aquella situación de desesperación que compartían. No eran los únicos que se sentían impotentes. Fuera de la pomposa sala de asambleas, entre los líderes de la clandestinidad revolucionaria, el ambiente reinante no era más positivo: «Ni un solo partido estaba preparándose para la gran sublevación —recordaría Nikolai Sukhanov, que

por aquel entonces tenía treinta y cinco años y ejercía de socialista y escritor, aunque rozando la ilegalidad—. Todo el mundo soñaba, rumiaba, lleno de presentimientos, andando a tientas».[3]

El ambiente era muy distinto al otro lado del río, donde vivían los trabajadores. Allí, poca gente tenía tiempo para ponderar sus sueños reveladores. La crisis de alimentos era gravísima. La gente acaudalada podía seguir disfrutando del pan blanco recién hecho en cualquier restaurante, pero las familias de los distritos industriales empezaban a pasar hambre. No se trataba exclusivamente de una cuestión de inflación, aunque los precios de todos los artículos y productos, desde el queroseno hasta los huevos, se hubieran multiplicado y fueran más allá de lo que la gente humilde podía permitirse. En Petrogrado, el verdadero problema, exacerbado por una crisis de los transportes en las provincias, era la escasez de grano. Las reservas de trigo y de harina de la ciudad, ya muy mermadas, habían bajado más de un 30 % en enero, dejando a una gran parte de la población sin nada de pan. Antes de la guerra, como informaba un agente de la Okhrana, una panadería podía vender diez mil panecillos a lo largo de una mañana, pero en aquellos momentos los ocho mil que producía en una jornada buena se vendían en menos de un par de horas.[4] No era raro que una mujer que lograba hacerse con dos hogazas de pan se santiguara emocionada dando las gracias a Dios. «El resentimiento es peor entre las familias numerosas —informaba un agente a la policía secreta— en las que los niños se mueren de hambre y entre las que no se oyen otras palabras que no sean "paz, una paz inmediata, paz a cualquier precio".»[5]

La respuesta del gobierno habría podido encuadrarse en un guión escrito para una María Antonieta moderna. Para tratar de conservar las escasas reservas de harina, el comi-

sionado de suministros de alimentos prohibió la preparación y venta de pasteles, por no hablar de bollos, tartas y galletas. También se impusieron nuevas restricciones al suministro de harina a las fábricas, a las cocinas y a las cantinas de trabajadores.[6] Estas decisiones tenían pocos efectos en el suministro de pan, pero la gente trabajadora las recibió con enfado. Como muchos no se sentían legalmente vinculados al gobierno (pocos eran los que tenían derecho a voto), la única cosa que podían hacer era unirse en una protesta, normalmente una huelga. El ambiente se caldeó tanto (según Pável Miliukov, era como vivir en un volcán) que algunos comenzaron a sospechar que aquella escasez había sido amañada. Los más histéricos imaginaban una exótica conspiración germana, y otros presentían que se trataba de un plan para provocar disturbios y allanar de ese modo el camino para imponer la tiranía y llevar a cabo detenciones en masa.[7] Pero consolaba pensar que la razón más evidente de aquel descontento era de carácter económico. La víspera de la sesión inaugural de la Duma, en un telegrama para tranquilizar al Gabinete de Guerra británico, sir George Buchanan decía que las huelgas que podían producirse «serían fundamentalmente por la falta de suministros de alimentos … pero no se consideraba probable que tuvieran lugar disturbios graves».[8]

Lo que sir George no había sabido comprender es que el mismísimo pan había adquirido un carácter político. En las fábricas y en las cocheras de los ferrocarriles, en los astilleros y en los barracones de los trabajadores, los activistas socialistas estaban utilizando el hambre como un medio para entablar una conversación con el pueblo. Sus opúsculos, sus discursos y sus eslóganes vinculaban la escasez de alimentos con la guerra y la autocracia. Probablemente el pan fuera su reivindicación original, pero en cuanto se unía a una

huelga, el pueblo se dejaba arrastrar por cánticos exaltantes y lemas revolucionarios. El 9 de enero de 1917, aniversario de la matanza del Domingo Sangriento de 1905, las huelgas fueron explícitamente políticas. Cuando la Duma se reunió el 14 de febrero, la Mezhraionka y sus aliados volvieron a convocar a los trabajadores, en esta ocasión con eslóganes sobre la paz, la democracia e incluso una república.[9] Anteriormente había habido huelgas a gran escala, pero las de aquellos momentos tenían un cariz nuevo y esperaban conseguir del gobierno algo más que pasteles y bollos. Incluso un extranjero de clase acomodada podía captar el cambio que se había producido en el ánimo de la gente. «Esta mañana, en una panadería de la Liteiny —escribiría Paléologue en su diario el 6 de marzo (o 21 de febrero del calendario ruso)—, me he sentido turbado ante la expresión siniestra de los rostros de las pobres personas que hacían cola, muchas de las cuales habían pasado la noche entera allí.»[10]

La paz de Petrogrado dependía de su gobernador civil, el general A. P. Balk, de la policía (una fuerza de tres mil quinientos agentes para una ciudad de dos millones y medio de habitantes) y del gobernador del distrito militar, el general S. S. Khabalov. El encargado de la coordinación de todos ellos era Protopopov, ministro del Interior, cuya primera ocurrencia cuando empezó a agravarse la crisis fue consultar al fantasma de Rasputín.[11] Su equipo estaba dividido por la desconfianza. Era Balk, por ejemplo, quien consideraba a Khabalov «incapaz de dirigir a sus propios subordinados».[12] Nadie confiaba en el jefe de la policía, A. T. Vasiliev, cuyo ascenso se debía exclusivamente a la amistad que lo unía a Protopopov, y lo mejor que podía decirse de Balk es que era bueno en el desempeño de sus tareas administrativas.[13]

Tal vez nada de todo esto habría importado —los incompetentes no eran una novedad en el gobierno ruso— si los soldados a las órdenes de Khabalov hubieran sido los hombres apropiados para el trabajo que efectuaban. Había alrededor de doscientos mil soldados en la guarnición de Petrogrado, distribuidos en cuarteles por todo el centro de la ciudad. Muchos vivían en unas condiciones parecidas a las de aquella servidumbre de la gleba de la que sus padres se habían librado.[14] «Las únicas tropas en la capital —recordaría Alfred Knox— eran los batallones de depósito de la Guardia y algunas unidades de depósito del frente ... la mayoría de cuyos hombres no había entrado nunca en combate. Estaban a las órdenes de unos oficiales que habían caído heridos en el campo de batalla y que consideraban su misión una especie de permiso de convalecencia lejos de las trincheras, o por jóvenes cadetes recién salidos de las academias militares.» La fuente de Paléologue era un general ruso desafecto. «En mi opinión —había comentado este militar en noviembre de 1916—, las tropas encargadas de la capital debían haber sido descartadas mucho tiempo atrás ... ¡Si Dios no nos libra de la revolución, será el ejército, y no el pueblo, quien la desencadene!»[15]

El general se equivocaba. El ejército desempeñaría un papel fundamental, pero solo cuando el pueblo ya hubiera encendido la mecha de la revolución. La revolución comenzó con una celebración, aunque importada y a veces no del todo sentida. La fiesta del Día Internacional de la Mujer había sido creada poco antes del estallido de la guerra por una socialista alemana llamada Clara Zetkin. En Petrogrado, la fecha señalada para su celebración era el 23 de febrero, pocas semanas después de la conmemoración anual del Domingo Sangriento. En sus primeros años, los camaradas del imperio ruso se habían mostrado reacios a efectuar un esfuerzo

especial con motivo de la fiesta inspirada por Zetkin, y en 1917 algunos continuaban poniendo en tela de juicio su valor propagandístico cuando se acercaba la fecha de su celebración. Fue programada una marcha por las calles de la ciudad, pero había peligro de que la asistencia fuera reducida y principalmente femenina. «Hay que enseñar a la gente trabajadora a tomar las calles —escribía Shlyapnikov a Lenin—, pero no hemos tenido tiempo.»[16] Añadía (en varias ocasiones) que también había perdido su imprenta; los bolcheviques no podían guiar a nadie sin un manifiesto y un montón de panfletos. Pero otras facciones veían la oportunidad para una campaña propagandística. Un opúsculo de la Mezhraionka, recogido en las memorias de Shlyapnikov, era claramente inequívoco: «El gobierno es culpable —proclamaba—. Comenzó la guerra, y es incapaz de ponerle fin. Está destruyendo el país, y vuestra hambre es su responsabilidad ... ¡Basta ya! ¡Abajo el gobierno criminal y la banda de ladrones y asesinos! ¡Viva la paz!».[17]

Si el tiempo hubiera continuado siendo inhóspitamente frío, si la ciudad hubiera recibido un suministro de harina suficiente, o incluso si los lavabos de los lugares de trabajo hubieran sido caldeados para descongelar las tuberías, las huelgas probablemente no habrían sido tan masivas. Pero la mañana del jueves, 23 de febrero, las mujeres de las fábricas de algodón de Vyborg no tenían el ánimo para llegar a una solución de compromiso. Sus asambleas con motivo del Día de la Mujer dieron lugar a una manifestación masiva, y mientras juntas se dirigían hacia el Nevá invitaban a otros trabajadores a marchar con ellas, incluidos los hombres de dos importantes fábricas, la Nueva Lessner y la Erikson. A mediodía, unas cincuenta mil personas se habían unido a la manifestación que avanzaba por la avenida principal de Vyborg, la Perspectiva Sampsonievsky.[18] «Estaba sumamente

indignado por el comportamiento de los huelguistas —recordaría un bolchevique de la fábrica Erikson llamado Kayurov—. Ignoraban descaradamente las directrices marcadas por los comités de distrito del partido … pero, de repente, allí había una huelga. Parecía que no tenía ningún objetivo ni razón de ser.»[19]

A apenas dos kilómetros de donde todo esto se producía, en un lugar de la calle Serdobolskaya, Shlyapnikov pasó buena parte del día discutiendo sobre las actividades del partido con compañeros miembros del Buró Bolchevique Ruso. La reunión no era para hablar de huelgas, y los asistentes, que aún dudaban de que el ambiente estuviera maduro para una sublevación, se mostraban cautelosos a la hora de dar su apoyo a la manifestación femenina. Hasta que llegó el momento de irse a su casa, Shlyapnikov no empezó a darse cuenta de todo lo que se había perdido. Su tranvía, el 20, estaba «lleno a rebosar de obreros» que se dirigían al lujoso barrio de Liteiny. Al llegar al puente de Liteiny se toparon con un cordón policial. Los agentes se subieron al tranvía y empezaron a inspeccionar a todos los pasajeros para hacer bajar a aquellos cuyas manos y vestimenta presentaran el desgaste propio de un humilde trabajador. La idea era mantener a la gente pobre en la zona de la ciudad a la que pertenecía y asegurarse de que sus miserables protestas no llegaran a interferir en la vida de los ciudadanos decentes.[20]

Se suponía que los puentes contribuían a proteger las zonas más caras de la ciudad, pero esta vez, debido al frío glacial propio de una temperatura por debajo de los cero grados, levantarlos iba a carecer de sentido. Un manifestante decidido podía simplemente cruzar el río caminando sobre el hielo. En aquella jornada inicial, los primeros grupos se pusieron en marcha desde Vyborg en dirección al centro de

la ciudad cuando el sol empezaba a ponerse en Petrogrado. Luego, aquella misma tarde, cuando se reunió con Alfred Knox (que después de la visita de Milner había sido ascendido a general de división), el empresario y miembro de la Duma Aleksandr Guchkov describiría la escasez de alimentos como la peor catástrofe a la que su gobierno se había enfrentado hasta la fecha, más paralizante y más peligrosa que cualquier derrota en el campo de batalla. Ya podía percibir las graves dificultades que se avecinaban. «Al ser preguntado por la actitud de los obreros de las ciudades respecto a la guerra», escribiría Knox, Guchkov reconocía «que entre un 10 y un 20 % se alegrarían de una derrota porque allanaría el camino para unir sus fuerzas y conseguir derrocar al Gobierno».[21]

El día siguiente fue un viernes, un viernes lluvioso, frío, gris y con bruma. Pero ni el tiempo ni la presencia en las calles de la caballería cosaca, perfectamente armada y con su apariencia displicente, desanimaron a los manifestantes. En opinión de Shlyapnikov, «los acontecimientos se desarrollaban a un ritmo vertiginoso», sobre todo porque todavía no podía entenderlos.[22] A última hora de la mañana, unos setenta y cinco mil trabajadores del distrito de Vyborg (esto es, dos terceras partes de la mano de obra de la zona) se habían unido a la huelga.[23] Cuando los manifestantes empezaban a llegar al puente de Liteiny, los cosacos se desplegaron para cortarles el paso. Las líneas de la caballería y el destello del acero tuvieron que constituir una imagen aterradora, pero resultó que esos agentes del gobierno decidieron compartir la exasperación de aquellos trabajadores. Por primera vez que pudiera recordarse, los cosacos avanzaron a medio galope entre las masas obreras, negándose a blandir sus sables o a hacer uso de sus fustas. Mientras tanto, en el distrito de Petrogrado, más manifestaciones llenaban las

calles. Fue aquí también donde se saquearon las primeras panaderías y tiendas de comestibles. En poco tiempo, los disturbios se habían extendido por el oeste hacia los astilleros y la planta de ingeniería naval de la isla de Vasílievski. Los ministros seguían sin reaccionar a los acontecimientos. En el palacio Táuride, sin embargo, los miembros de la Duma exigían asumir el control del suministro de alimentos de la ciudad en un último intento desesperado de hacer frente a las tribulaciones económicas más inmediatas.[24]

El sábado, comenzó una huelga general de tres días. Entre sus líderes figuraban miembros de la Mezhraionka y activistas de base de los diversos grupos de izquierdas, incluido (en un claro desafío al Buró Ruso de Shlyapnikov) el mismísimo Comité de Vyborg de los bolcheviques. Todos habían trabajado a lo largo de la noche para difundir el mensaje y hacer que la gente se echara a la calle: aquella mañana parecía el comienzo de una fiesta. Desde localidades industriales vecinas, como, por ejemplo, Sestroretsk, trenes llenos de personas, incluso familias enteras con niños, llegaban a la ciudad. En la propia Petrogrado, los barrios de clase obrera se animaban con los preparativos, conscientes de la importancia del acontecimiento. En las fábricas reinaba el más absoluto silencio, y no circulaban los tranvías, pero a las diez de la mañana empezaron a resonar en las calles de la ciudad las pisadas de los manifestantes que entonaban cánticos revolucionarios.[25] En total, más de doscientas mil personas se echaron a las calles de Petrogrado aquel día. Oficinistas, maestros y estudiantes se unieron a la convocatoria, y mientras pasaban por delante de las casas de gente acomodada, a veces los manifestantes veían unas manos pálidas que los saludaban desde una ventana de los pisos superiores. A la protesta se habían sumado individuos de casi todos los sectores de la sociedad de Petrogrado, pero serían los

obreros, con sus abrigos de piel de cordero acolchados, armados algunos de ellos con cuchillos o bolsas de clavos, los que tomarían la iniciativa cuando llegara el momento de cruzar el río helado.

Su objetivo era la plaza Znamenskaya, en la que se había reunido una gran multitud a primera hora de la tarde. Por encima de un sinfín de cabezas ondeaban banderas rojas, muchas con eslóganes a favor de la paz, de una paz inmediata muy anhelada. Entre discurso y discurso, algunos entusiastas se ponían a cantar «La Marsellesa». En aquella Rusia en guerra, semejante acto constituía una traición, una violación de la ley marcial. Varios manifestantes se habían preparado para las posibles consecuencias que ello fácilmente acarrearía, y habían revestido sus sombreros con placas de metal de confección casera y también habían acolchado sus chaquetas para amortiguar los golpes que pudieran propinarles los cosacos. En general, sin embargo, la multitud se sentía protegida por sí misma, por un sentido de justicia y comunidad que constituía un escudo por propio derecho.

Poco después de las tres de la tarde, un oficial de la policía montada llamado Krylov ordenó a sus hombres que prepararan sus armas y dispersaran a las masas. Se produjo una gran confusión, y la caballería cosaca cargó contra la multitud, pero cuando se replegó para reagruparse se comprobó que había utilizado sus sables contra la policía, y no contra los manifestantes. El propio Krylov yacía muerto. Durante más o menos una hora, al menos si se daba cuenta de lo que acababa de ocurrir, la gente pudo creer en una futura victoria.[26] Pero aquel día se produjeron otros enfrentamientos entre las masas y las tropas, en el curso de los cuales perdieron la vida numerosos manifestantes y algunos transeúntes. Nadie sabía con certeza cómo se habían ido su-

cediendo los acontecimientos, pues no había prensa escrita ni teléfonos públicos.[27] Cuando Sukhanov y sus amigos mencheviques se reunieron en el piso de Gorki aquella noche, un encuentro que sería habitual hasta la caída del Antiguo Régimen, responsabilizaron a los líderes bolcheviques de lo ocurrido. «Su torpeza —escribiría Sukhanov—, o mejor dicho, su incapacidad para reflexionar cómo deben abordar el problema político y plantearlo, tiene un efecto devastador en nosotros.»[28]

El siguiente día resultaría aún más inquietante para los intelectuales y los escritores que formaban parte del círculo de Sukhanov. Por la noche, Khabalov había dado órdenes de convertir la ciudad en un campamento militar. Al amanecer, fueron levantados los puentes. En los principales cruces y plazas se habían congregado agentes de policía y soldados armados, y carros de la Cruz Roja, enganchados a los caballos reumáticos descartados por el ejército, aguardaban para trasladar a los posibles heridos a los hospitales improvisados en las inmediaciones. Las instrucciones de Khabalov eran disparar contra cualquier manifestante que desafiara la orden de dispersarse.[29] Un bolchevique llamado Fiódor Raskólnikov, que por aquel entonces estaba a punto de hacer los exámenes de oficial naval, recordaría su caminata hasta los barracones al alba en medio de la escarcha: «El cuartel de nuestra compañía parecía un campamento dispuesto para el combate — escribió—. Las mesas de las oficinas estaban cubiertas de cartucheras, y por todas partes había fusiles con las bayonetas caladas. Vi que los comandantes de las clases habían armado a todos los cadetes».[30]

Los jóvenes de la compañía de Raskólnikov no tardaron en negarse a seguir los planes que sus comandantes habían preparado para ellos. A media mañana, los cadetes se habían unido a las masas que se dirigían a la Perspectiva Ne-

vsky, marchando con alegría y enarbolando sus banderas rojas. Las esperanzas, el cielo despejado de la jornada y la camaradería contrastarían con la cruel decisión del gobierno. La policía y varios integrantes de la guardia de élite obedecieron esta vez a sus oficiales y abrieron fuego. El peor enfrentamiento tuvo lugar en la plaza Znamenskaya, donde al menos cuarenta personas fueron abatidas a tiros y muchas más cayeron heridas. Presa del pánico, una parte de la multitud escapó en dirección norte, y al anochecer reinaba el silencio en la plaza, en la que solo se veían la nieve pisoteada, unos cuantos inquietantes charcos de sangre y un montón de gorras, cintas rotas y chanclos que los manifestantes habían perdido en la huida.[31]

Los líderes de los partidos clandestinos estaban plenamente convencidos de que ya había llegado la hora de interrumpir las huelgas. Shlyapnikov seguía siendo de la opinión de que la clase obrera no podía alzarse ella sola con la victoria. Sin el ejército, los trabajadores se veían impotentes. Incluso el Comité de Vyborg, tan militante llegado este punto, acordó en su reunión de aquella noche que no había más remedio que poner fin a las acciones de los trabajadores. Sin embargo, todos estaban agotados, y la sesión de los camaradas de Vyborg se cerró sin determinar cómo hacer efectiva su decisión.[32] En el piso de Gorki, Sukhanov y sus amigos no lograban entender todo lo que había ocurrido. Un episodio en particular, del que Gorki tuvo conocimiento cuando llamó por teléfono al cantante de ópera Fiódor Chaliapin, un bajo de fama mundial, los dejó totalmente perplejos. Alguien había visto cómo una unidad de infantería disparaba sistemáticamente contra los barracones de un regimiento de élite, el Pavlovsky. Se trataba de una acción que parecía una locura, y Gorki colgó el teléfono frunciendo el ceño, completamente estupefacto.[33]

La verdad habría asombrado al revolucionario más radical, pues lo que se había producido era un motín. En la confusión de aquella tarde, un grupo de trabajadores había informado a los cadetes de los barracones del Pavlovsky que algunos de sus compañeros habían abierto fuego contra civiles rusos. Lleno de indignación, un pequeño grupo de la 4.ª Compañía decidió sublevarse. Esos hombres lanzaron inmediatamente una consigna («No hay ninguna causa que justifique que la sangre de nuestro pueblo manche las guerreras del Pavlovsky»), y luego irrumpieron en un depósito y se hicieron con varios fusiles antes de echarse a las calles. Su amotinamiento fracasó (cuando fueron capturados por la policía militar, Khabalov se encargó personalmente de los castigos), pero vino a indicar un cambio en la actitud de los soldados de la guarnición, un gusto por la rebelión que nada tenía que ver ni con la Duma, ni con el mundo intelectual de los radicales ni con ninguna célula revolucionaria.[34]

El 27 de febrero de 1917, las manifestaciones desembocaron en una verdadera revolución. La deserción vivida en el regimiento Pavlovsky había indicado el camino. Mientras Khabalov se disponía a organizar un segundo día de represión armada, estallaba entre las tropas una rebelión a gran escala. El primero en sublevarse fue el regimiento Volhynsky, una de las unidades desplegadas contra las masas el día anterior. Disgustados por lo que sus compañeros habían sido obligados a llevar a cabo, unos muchachos se rebelaron contra sus oficiales y abandonaron los cuarteles, y varios grupos de los regimientos Litovsky e Izmailovsky no tardaron en unirse a ellos. En poco tiempo, incluso el excelente regimiento Preobrazhensky comenzó a dispersarse por las calles; esta vez, ya no había vuelta atrás, pues, cuando abandonaban los barracones, los amotinados habían disparado contra algunos de sus oficiales. Sukhanov, que permanecía

junto al teléfono en el piso de Gorki, ya sabía que alrededor del mediodía al menos veinticinco mil soldados habían abandonado el acuartelamiento y se habían unido al bando revolucionario. En aquellos momentos, las calles de Petrogrado eran patrulladas por jóvenes con fusiles, algunos de ellos cargando sobre los hombros sacos de alimentos que habían saqueado de los colmados. También pudo comprobarse que los trabajadores no habían seguido el consejo de sus líderes de retirarse. En el curso de la noche había tenido lugar un asalto al arsenal del distrito de Lesnoi, de donde habían sido robados fusiles, pistolas y munición para armar a los integrantes de lo que estaba convirtiéndose en una revuelta total contra el gobierno.[35]

El levantamiento no fue ni desorganizado ni anárquico. Los trabajadores eligieron sus objetivos con lógica, irrumpiendo en la prisión Kresty, en los tribunales de justicia y en el principal depósito de piezas de artillería. Cuando los soldados amotinados de las guarniciones llegaron para liberar a los encarcelados, parecían tan tranquilos y disciplinados que el agregado militar francés, el coronel Lavergne, creyó que estaban actuando cumpliendo órdenes oficiales. Pero la tranquilidad no reinaba en todas partes. «En poco tiempo —escribiría un observador británico, Stinton Jones—, toda la ciudad se iluminó con el destello de edificios en llamas que, junto a la intensidad de los disparos, hacían que la situación pareciera todavía más crítica de lo que era en realidad.» Y añadía:

> las multitud ofrecía un aspecto curioso, casi grotesco. Soldados, obreros, estudiantes, vándalos y delincuentes liberados deambulaban sin rumbo fijo formando grupos independientes, todos armados, pero con una insólita variedad de armas ... Un estudiante con dos fusiles y una cartuchera de proyectiles de ametralladora alrededor de la cintura caminaba junto a otro con una bayoneta atada al extremo de un palo. A un soldado bebido solo le quedaba el cañón del fusil, pues había roto la culata cuando forzaba la puerta de una tienda.[36]

Desde su ventana de un piso alto, el general Knox pudo observar cómo los manifestantes se dirigían hacia el departamento de artillería: «Estirando el cuello», cuenta

> vimos primero a dos soldados —una especie de avanzadilla— que corrían por el medio de la calle, apuntando con sus fusiles a los rezagados para despejar el camino. Uno de ellos efectuó dos disparos contra un desafortunado conductor. Luego llegó una gran multitud desordenada de soldados, que ocupaba toda la calzada y las dos aceras. Al frente de ellos iba un estudiante pequeñito, pero con aspecto sumamente solemne. No había ningún oficial. Todos estaban armados, y muchos llevaban banderas rojas atadas a las bayonetas.[37]

Esas «banderas rojas», en su mayoría pedazos o trozos de cinta, no tardarían en engalanar todos los sombreros y todas las culatas de fusil. «No llevar una —recordaría Stinton Jones— equivalía a lo siguiente: es un policía o un espía, dispárale.»[38] El miedo de la multitud a la policía estaba justificado, pues a lo largo de aquella jornada y durante parte del día siguiente se abrió fuego en diversas ocasiones contra los manifestantes con consecuencias fatales. «Cuando las calles empezaron a despejarse —escribiría Jones—, pequeños montones de personas, algunas inmóviles, otras retorciéndose de dolor, ponían de manifiesto las acciones de las ametralladoras.»[39]

En el distrito obrero de Vyborg, los bolcheviques locales empezaron a planear cómo hacerse con el poder del Estado con la ayuda de las armas, el preludio del establecimiento de una organización de transición a la que propusieron denominar Gobierno Provisional Revolucionario.[40] Sus líderes esperaban crear un cuartel general en la estación de Finlandia, el centro estratégico más evidente de Vyborg. Sin embargo, mientras la extrema izquierda se quedaba en Vyborg, prácticamente todos los demás parecían dirigirse hacia el palacio Táuride, sede de la Duma. No estaba muy claro lo que se esperaba conseguir allí, pero el palacio de Táuride era un núcleo de autoridad política y un objetivo lógico de

las ambiciones revolucionarias. El zar, en su centro de mando cerca del frente, se había alarmado tanto por los mensajes enviados desde Petrogrado que en plena madrugada había ordenado la prorrogación de la Duma. Cuando los soldados, los estudiantes y los trabajadores empezaron a llegar al palacio de Táuride, muchos de ellos en automóviles que previamente habían requisado, ya no había institución legal alguna que representara la voluntad de la democracia. El único símbolo que quedaba era este palacio, pura evocación de los tiempos del príncipe Potemkin y la emperatriz Catalina la Grande.

A los intrusos no les costó nada superar las puertas de hierro del Táuride. Para su sorpresa, sin embargo, en cuanto dejaron atrás el viento y la nieve y accedieron al interior del palacio, pudieron comprobar que estaba desierto. Aquella sensación de vacío era engañosa, el efecto de una grandiosidad a una escala nunca vista. Costaba muchísimo que ese palacio, una extravagancia del hombre más rico de la Rusia del siglo XVIII, pareciera lleno. El salón principal, por ejemplo, había sido diseñado para acoger a cinco mil personas, todas ellas bailando. Otras estancias eran un poco más pequeñas, pero con espacio suficiente para albergar un circo, con sus elefantes y todo lo demás. Sukhanov llegó a media tarde, y enseguida se percató de cómo el personal del Táuride, con sus pecheras o sus sotanas negras, se distinguían de los intrusos, con sus abrigos y sus sombreros de piel.[41] El palacio se distribuía en dos enormes alas, unidas en el centro por un atrio abovedado y una galería de columnas, detrás de la cual (en lo que había sido un jardín de invierno en tiempos de Catalina la Grande) tenía la Duma su cámara de debates. La mayoría de los funcionarios de la Duma también tenían a su disposición despachos en el ala derecha del edificio, y fue en uno de ellos donde se habían reunido algunos

de los principales miembros del Parlamento disuelto para hablar después de que la muchedumbre irrumpiera en el salón principal.

Aquellos caballeros no sabían qué hacer. Seguir reuniéndose una vez clausurado el Parlamento constituía un acto de traición, pero olvidaron rápidamente la majestad de la Constitución en cuanto vieron a aquella multitud que ocupaba el gran salón palacial. Estuvieron discutiendo durante horas, dudando incluso de su derecho de llamar al orden en una ciudad en la que había estallado una revolución. Aquella tarde, con cierta reluctancia, un grupo de esos políticos se autoproclamó «el Comité Provisional de miembros de la Duma estatal para la restauración del orden en la capital y el establecimiento de relaciones con organizaciones e instituciones públicas».[42] Como había indicado un parlamentario de la derecha llamado Vasily Shulgin, al fin y al cabo, si no tomaban la iniciativa, lo habrían hecho «los canallas de las fábricas».[43] El Comité de la Duma carecía de estatus legal, un hecho que preocupaba a los abogados que había entre sus bases, pero sus integrantes eran figuras públicas nacionales, y entre ellos figuraban hombres como Mijaíl Rodzianko (su presidente), Vasily Shulgin, Pável Miliukov y un socialista llamado Aleksandr Kerensky.

Por suerte, en el despacho en el que se habían reunido reinaba la tranquilidad. El espectáculo que se vivía en el salón principal era suficientemente dramático para aterrorizar a cualquier representante distinguido de la élite política. Pável Miliukov no olvidaría nunca la visión de unos intrusos violentos dirigiéndose impetuosamente hacia el salón de baile, con paso firme sobre aquel suelo santificado de madera y las alfombras persas que lo cubrían. «Al caer la noche —escribiría— el Táuride había quedado convertido en un campamento armado. Los soldados traían consigo cajas con

cintas de municiones de ametralladora y granadas de mano; y creo que también trajeron a rastras un cañón. Cuando se oyeron disparos en los alrededores del palacio, algunos de los soldados echaron a correr, rompieron las ventanas de la sala semicircular y saltaron al exterior.»[44] «Amontonados contra la pared, había toda clase de objetos que acababan de ser expoliados —cuenta una versión clásica de estos acontecimientos—. Sobre una pila de sacos de cebada y harina había un cerdo muerto. El ruido era increíble. Los miembros de la Duma estaban horrorizados ante la visión de aquel enorme gentío que había irrumpido en [el] palacio Táuride y que se comportaba como si aquel fuera el emplazamiento de una gran fiesta.»[45]

Lo que estaba ocurriendo en el Táuride había empezado a atraer a toda la ciudad a las puertas del palacio. «Si bien la calzada de la calle Shpalernaya estaba ocupada por los manifestantes —recordaría el cadete naval Raskólnikov—, en sus aceras había una multitud de miembros de la vida intelectual y empresarial de la ciudad. En aquellos días, todos los filisteos consideraban que era su deber colocarse un espléndido lazo de seda o de calicó rojo en el pecho.»[46] Algunos de esos personajes habían venido a mirar (Raskólnikov identificó a un gendarme con «un lazo rojo de tamaño colosal»), pero otros, vestidos también con traje y camisa blanca, llevaban toda la vida soñando con una revolución. «Haría lo que fuera —prometió Sukhanov mientras se dirigía a toda prisa hacia el este en medio de la oscuridad— siempre y cuando fuese algo efectivo, algo que sirviera de engranaje en todos estos acontecimientos.»[47]

El lunes, al anochecer, el palacio Táuride estaba atestado de figuras públicas, incluidos diversos líderes del movimiento obrero que acababan de ser liberados de la prisión Kresty. En su mayoría, los socialistas creían que su misión debía ser

convocar un Sóviet de Diputados de Obreros, un organismo verdaderamente democrático que encarnara a la revolución y pudiera empezar a administrar la vida de la ciudad. La oprimida población de Petrogrado comprendía perfectamente lo que se pretendía. El Sóviet original (en el que otrora habían brillado Parvus y Trotski) había sido creado por los propios trabajadores en el momento de mayor clímax de la revolución de 1905. Como se había hecho entonces, el pueblo empezó a elegir a nuevos representantes entre sus propias bases, y quedó establecido que los primeros de ellos se reunieran aquella tarde, a las siete, en el palacio Táuride.[48] Pero había que encontrar una sala para esa reunión. Los salones principales del Táuride estaban llenos de gente, el ruido resultaba insoportable, aunque seguía habiendo algunos despachos libres en el ala izquierda del palacio. Rodzianko era reacio a permitir que semejante chusma pudiera reunirse allí, pero Kerensky lo convenció de que dejara que utilizasen la Sala 12, haciendo hincapié en que era necesario que «alguien se haga cargo de esos obreros».[49]

Aquella misma noche, el famoso Sóviet de Petrogrado nació en el palacio de Potemkin —convertido en una especie de absurdo establo—, e inmediatamente se puso manos a la obra. Hubo un sinfín de saludos de bienvenida y muchísimos aplausos, pero también había numerosos problemas que resolver. Desde la crisis de alimentos hasta la dispersión incontrolada de explosivos, los temas a tratar eran muy urgentes y requerían medidas prácticas, incluida la formación de un tipo de milicia que velara por la seguridad de la capital. Uno de los primeros actos del Sóviet fue elegir un Comité Ejecutivo que se encargara de los asuntos cotidianos, grupo que enseguida sería conocido como «Ispolkom» (abreviación en ruso de *Ispolnitelniy Komitet*, esto es, Comité Ejecutivo). Mientras los delegados de los trabajadores iban lle-

gando uno tras otro para unirse a la muchedumbre, este pequeño grupo, formado en su mayoría por hombres de letras, empezó a asumir el mando. El nuevo presidente, Nikolai Chkheidze, era un abogado menchevique de Georgia y antiguo miembro de la Duma, aunque no destacaba precisamente por tener un carácter decidido. Era un hombre respetado, pero no resultaba una elección que infundiera entusiasmo: la mejor que podía hacerse, comentó alguien, pues todos los verdaderos pesos pesados seguían viviendo en el exilio o residiendo en el extranjero. Entre los otros abogados del equipo figuraba Matvei Skobelev, otro menchevique, mientras que Sukhanov fue elegido por su profesión de periodista. Los bolcheviques estaban representados en el Ispolkom por Aleksandr Shlyapnikov y otro activista proveniente del mundo obrero llamado P. A. Zalutsky.

El miembro más extravagante del grupo, su vicepresidente electo, era nada más y nada menos que Aleksandr Kerensky, el individuo que ya estaba muy involucrado con el Comité de la Duma en la otra ala del palacio. Oriundo de Simbirsk (donde su padre había sido uno de los maestros de escuela de Lenin, y Protopopov uno de sus vecinos), Kerensky era un abogado con un estilo florido de oratoria y un gran atractivo personal (Sukhanov, que lo conocía desde hacía unos cuantos años, recordaba su curioso par de zapatillas de seda y su largo caftán). En febrero de 1917 todavía tenía el rostro empalidecido y el cuerpo debilitado tras sufrir una operación para extirparle uno de sus riñones, pero se entregaba a la revolución con una energía impresionante, aceptando todos los llamamientos a prestar sus servicios a la causa cual diva rodeada de un montón de ramilletes de flores insólitamente espléndido. Esta espectacularidad sería el distintivo de su estilo personal. «Parece como si siempre le doliera algo —comentaría Robert Bruce Lockhart—, pero la

boca es firme, y el cabello, muy corto y a cepillo, le da un aspecto general de energía.»[50] Antes del estallido de la guerra, cuando era un revolucionario en la clandestinidad, el apodo de Kerensky era «el Rápido», en clara alusión a su costumbre de subir y bajar de un salto de los tranvías en movimiento para escapar de la policía.[51] Aquel lunes por la noche, sin embargo, sus pies ligeros no hicieron aparición en la reunión del Sóviet. Marchando en procesión, los delegados tendrían que cruzar el gran salón para ir en su busca, pues Kerensky estaba mucho más interesado en sus perspectivas de futuro en el Comité de la Duma que en los planes que pudieran tener los trabajadores.

En efecto, los acontecimientos iban sucediéndose a una velocidad vertiginosa. El Sóviet aún no se había reunido cuando un estudiante irrumpió en el salón circular del palacio Táuride al frente de un pequeño grupo formado por dos soldados y un ministro zarista tembloroso que acababa de ser capturado. El gobierno imperial estaba disolviéndose. Sus miembros habían buscado refugio en armarios y sótanos cuando empezó el tiroteo, pero en aquellos momentos comenzaban a rendirse. A lo largo de toda la tarde, los revolucionarios efectuaron detenciones, conduciendo, uno tras otro, a ancianos y venerables caballeros aterrorizados hasta el caótico salón del Táuride. Al anochecer, el único lugar en el que los sublevados podían custodiar a todos sus prisioneros era la sala de reuniones de la Duma, opción que tenía la ventaja (desde el punto de vista del Comité de la Duma) de mantener fuera de ella a las masas socialistas.[52] Pero ni los inconvenientes ni las distracciones supusieron un obstáculo para el Ispolkom, que se puso manos a la obra empezando a estudiar diversas cuestiones como la crisis de alimentos, la guarnición militar y la manera de restablecer los servicios más esenciales. En una ciudad privada de información fia-

ble, también comenzó a hacer planes para editar un periódico, *Izvestia*, cuyo primer número apareció a la mañana siguiente.

Al otro lado del salón, sentados mucho más cómodamente pero sin evidente fervor del Sóviet, Rodzianko y sus colegas también estuvieron hablando hasta bien entrada la noche. La detención de los ministros no había sido una iniciativa suya (cuando tuvo lugar el arresto de la primera víctima, Rodzianko intentó rescatarla),[53] y en aquellos momentos se enfrentaban a grandes incertidumbres e incluso a la ruina. «¡Dios sabe qué ha ocurrido en la ciudad! —exclamaría Rodzianko suspirando—. Se ha detenido toda actividad. ¡Y se supone que tenemos que ganar una guerra!»[54] Había miles de soldados en el frente, y nadie podía predecir cómo iban a reaccionar ante las noticias llegadas de Petrogrado. La cuestión que había que aclarar —rápidamente— era quién debía estar en último término al mando.

Al final, la primera sesión del Sóviet terminó muy tarde aquella noche, pues Shlyapnikov recordaría que el palacio Táuride seguía «zumbando como una colmena» a las cuatro de la madrugada del 28 de febrero.[55] Sukhanov era uno de los que permanecía allí. Tras abrirse camino entre los incómodos asientos y mesas clavados al suelo, el exhausto revolucionario encontró un rincón tranquilo en la sala de reuniones de la Duma y se puso a descansar enfundado en su abrigo. A través del techo de cristal podía ver el resplandor producido por numerosos incendios, y de vez en cuando oía el ruido de un disparo lejano. Se durmió con el susurro de las conversaciones de grupos de soldados, en medio de un olor a lana húmeda y al arenque en conserva con el que sus vecinos estaban preparándose un tentempié de madrugada. Mientras en el Táuride los soldados lamían el aceite de pescado de sus cuchillos, en su cuartel general en el frente el

zar firmaba la orden de aplastar aquella revuelta a cualquier precio. A la luz del fracaso evidente de Khabalov, Nicolás II encargó esa misión a un hombre nuevo, el general Ivanov. Nadie tenía la más mínima idea de lo que podía ocurrir si este oficial zarista cumplía su cometido con éxito.

Sin embargo, Sukhanov, como casi todo el mundo en Petrogrado, seguía mostrándose eufórico. Agarrotado y exhausto tras pasar la noche vestido, se despertó el martes en lo que denominó «la ciudad libre de una nueva Rusia». Aún no había abierto completamente los ojos cuando se dio cuenta de que un grupo de soldados arrancaba el odiado retrato de Nicolás II de su marco.[56] Más tarde, mientras daba un paseo al aire libre, su mente «se llenó de luminosos rayos de inmensa felicidad, de jubiloso orgullo y de una especie de maravilla ante los ilimitados, radiantes e incomprensibles logros de esos días».[57] La victoria pertenecía al pueblo, pero serían los Sukhanov y los Kerensky los que, a corto plazo, iban a decidir las consecuencias que tendrían aquellas hazañas.

Los temas eran urgentes. El pueblo detestaba a la emperatriz y a su camarilla, pero Nicolás seguía siendo el zar. El ejército en el frente había jurado lealtad al emperador, aunque no estaba muy claro hasta cuándo estaban dispuestos los soldados a ser fieles a su palabra. Mientras tanto, independientemente de lo que pudiera estar preparando Ivanov, alguien debía hacer de Petrogrado una ciudad segura para sus habitantes. Aunque el Ispolkom ya estaba creando milicias con este fin, el Comité de la Duma había tomado la firme decisión de actuar por su cuenta. El 28 de febrero, Rodzianko emitió la orden de que los soldados de la capital entregaran sus armas, con la intención de poner fin a su revuelta y de sacar a flote la ciudad. Aquella acción no hizo más que empeorar la situación de caos reinante, pues los

soldados temían un proceso ante un tribunal militar y una condena en la horca. Nerviosos y hambrientos, empezaron a planear más actos de resistencia armada en las calles de la capital. Contaban con el apoyo del Sóviet, sobre todo porque en aquellos momentos los representantes de las tropas superaban en número a los delegados de las fábricas en sus reuniones plenarias. No quedaba claro qué ala del palacio Táuride ejercía el control de la guarnición. Como indicaría el 28 de febrero un horrorizado Miliukov, «¡No puede haber un poder dual!».[58]

Para esto, el Comité Bolchevique de Vyborg tenía su propia respuesta. Convencido de que la burguesía revocaría los nuevos derechos ganados con tanto esfuerzo, seguía sosteniendo que el pueblo debía formar un gobierno revolucionario provisional pluripartidista por medio de los mecanismos que ofrecían sus propios sóviets, o consejos basados en el lugar de trabajo. Este tipo de órganos ya estaban creándose por toda la ciudad y en otros sitios, pero el obstáculo era el Ispolkom, cuyos líderes se negaban a tomar las riendas del Estado. El Comité de Vyborg contaba con unos pocos simpatizantes en el Táuride, pero en opinión de Sukhanov «se limitaban a hablar de manera inaudible y a hacer unos cuantos garabatos … ni siquiera pensaban en entablar una verdadera lucha por sus principios».[59] También resultaba evidente que el Sóviet de Petrogrado no quería el poder. Los titubeos de sus miembros eran en parte ideológicos, pues en su mayoría eran marxistas que creían que las revoluciones se desarrollaban en una serie determinada de etapas. Lo que había comenzado Petrogrado, sostenían, era el proceso para introducir un tipo de democracia parlamentaria, sistema que ellos denominaban la fase burguesa. El gobierno de los trabajadores, por no hablar del socialismo pleno, solo podía llegar más tarde, cuando el pueblo ya co-

nociese lo que era un gobierno democrático. Como había señalado años antes un menchevique, Aleksandr Potresov, «en el momento de la revolución burguesa, la clase mejor preparada, social y psicológicamente, para resolver los problemas nacionales es la burguesía».[60]

Como nadie que se lo pensara dos veces se habría atrevido a asumir el poder, la teoría en este caso venía como anillo al dedo y resultaba muy bonita. La perspectiva de un cargo ministerial no podía ser en absoluto atractiva mientras Ivanov estaba rodeando Petrogrado con sus mejores tropas. El resto del ejército —uniformado y armado— podía ponerse del lado de cualquiera. Incluso los soldados amotinados podían volverse contra la revolución que habían iniciado, razón por la cual el Sóviet animaba a los representantes de los soldados a fijar sus propias condiciones para restaurar el orden entre las tropas de la guarnición de la capital. Como decía Sukhanov, «era necesario tratar a la guarnición con la mayor delicadeza, y era imprescindible crear a toda costa una autoridad innegable que la considerara propia y que, por lo tanto, fuera obedecida».[61] La famosa Orden N.º 1, emitida en medio de la confusión reinante el 1 de marzo, contribuyó a disminuir el número de tiroteos aleatorios en las calles de la ciudad. Los soldados regresaron a sus barracones, conservando sus armas, pero observando la disciplina en sus funciones. A largo plazo, sin embargo, Sukhanov y sus amigos consideraban que el Sóviet debía «confiar el poder a los elementos acaudalados, sus enemigos de clase», pues era la única manera de proteger y desarrollar los logros de la revolución. Para él, «el quid de la cuestión era si los ricos de Rusia iban a estar dispuestos a asumir el poder en semejantes condiciones».[62]

El Comité de la Duma, sin embargo, tenía miedo al poder al igual que el Sóviet. Aunque prácticamente todos sus miembros habían luchado durante largo tiempo por un cambio, no habían imaginado nunca un caos como aquel, y no llegaban a un acuerdo sobre el tipo de gobierno que esperaban conseguir. Algunos izquierdistas como Kerensky anhelaban una administración de corte socialdemócrata, pero había otros (incluido Miliukov) cuyo ideal era una monarquía constitucional similar a la británica. El único punto en el que coincidían era que la posición en la que se encontraban en aquellos momentos era ilegal y también peligrosa. Se habían visto forzados a cargar con responsabilidades, pero muchos deseaban soltar semejante lastre. Los dos bandos estaban atrapados, y la única manera de salir de esa situación era encontrar algún tipo de acuerdo.

Las conversaciones empezaron a entablarse en serio la noche del 1 de marzo. En realidad, como había percibido Sukhanov, el objetivo era cortejar a los miembros de la Duma y convencerlos de que asumieran el poder a pesar de sus reticencias. Procedente del ala derechista del Parlamento ruso, Miliukov era el portavoz principal del Comité de la Duma. Ni que decir tiene que lo que más le preocupaba era que el Sóviet pusiera como condición que Rusia se retirara de la guerra, pues la paz había sido en todo momento la primera demanda de los trabajadores. Aquella noche, sin embargo, para gran alivio de Miliukov, esa idea perturbadora se dejó de lado, al menos por el momento. Los dos grupos también acordaron que cualquier gobierno sería provisional, pues todos estaban convencidos de que una solución permanente solo podría ser alcanzada mediante unas elecciones libres y la convocación de una Asamblea Constituyente, para la cual tendrían que prepararse. El Sóviet era consciente de que Miliukov planeaba una restauración de la

monarquía, pero esa era una cuestión que los elegidos para redactar la Constitución podrían determinar. Una de las pocas líneas rojas puestas por el Ispolkom era la siguiente: ninguno de sus miembros serviría como ministro en el gobierno burgués de transición, pues este organismo tenía previsto promover los plenos derechos de los trabajadores. Las conversaciones se prolongaron durante horas, y al final prácticamente todos, incluidos Chkheidze y Kerensky, acabaron agotados.[63]

Parecía que los dos bandos estuvieran debatiendo las condiciones de un duelo. Cuando el 2 de marzo alcanzaron por fin un acuerdo, fue en gran medida porque el Ispolkom del Sóviet había querido siempre un pretexto para capitular. El pacto daba lugar a un Gobierno Provisional con extensos poderes, concebido como una asamblea de ciudadanos respetables que gobernaría hasta que pudieran ser convocadas unas elecciones y se acordara un régimen más permanente. Su presidente iba a ser el príncipe Gueorgui Lvov, un afable filántropo moscovita conocido por su espléndido trabajo como defensor de la educación, de la sanidad pública y de unos servicios públicos sólidos. Resultó muy conveniente que el príncipe no se encontrara en Petrogrado para consultarle el asunto personalmente, pero su disposición a aceptar el encargo fue confirmada por telegrama. Pável Miliukov, que iba a ser el ministro de Exteriores del país, fue elegido para anunciar la noticia a la gran multitud que aguardaba en el salón de baile.

Miliukov había preparado meticulosamente su discurso, pero buena parte de sus palabras se perdieron entre los murmullos de los allí presentes. Les dijo a todos que Lvov había sido elegido líder de su gobierno, describiendo al príncipe como un «representante de la sociedad rusa». Cuando una voz hostil lo interrumpió gritando que Lvov no

representaba nada más que a la «sociedad acaudalada», el antiguo profesor de historia se sintió ofendido: «La sociedad acaudalada —remarcó Miliukov— es la única sociedad organizada que puede permitir que otros estratos de la sociedad rusa aprendan a organizarse».[64] Y su contestación dio pie a una pregunta desagradable, pero lógica: «¿Quién os ha elegido a vosotros?». «Habría podido escribir toda una disertación», cuenta Miliukov en sus memorias, pero en un alarde de audacia optó por soltar una mentira: «¡Fuimos elegidos —exclamó— por la revolución rusa!».[65]

La multitud no quedó plenamente convencida, y en el futuro se producirían más episodios cargados de efectismo. El grupo de Miliukov había pretendido que dos miembros del Ispolkom —Chkheidze y Kerensky— sirvieran como ministros. Chkheidze se había negado inmediatamente, aferrándose a la condición impuesta por el Sóviet en el sentido de que los representantes de los trabajadores no podían ser ministros y manifestando su intención de dedicarse en cuerpo y alma al Sóviet, verdadera punta de lanza de la revolución. Pero Kerensky decidió aceptar el cargo de ministro de Justicia, jurando servir al pueblo hasta exhalar su último suspiro: «Os hablo, camaradas —dijo a un audiencia embelesada —, con toda mi alma, desde lo más profundo de mi corazón, y si os lo tengo que demostrar, si no me creéis, aquí y en este momento, ante vuestros ojos, estoy dispuesto a morir».[66] Sus palabras fueron recibidas con una gran ovación, que él interpretó como un beneplácito a su decisión. A continuación, desapareció de escena y entró en la sala de reuniones del Comité de la Duma, dejando a los líderes del Ispolkom «abochornados, decepcionados y furiosos».[67] Como escribiría más tarde Alfred Knox, Kerensky «tenía todas las cualidades teatrales de un Napoleón, pero ni una pizca de su valentía moral».[68]

Por otro lado, un corrillo de monárquicos burgueses del Comité de la Duma tenía sus planes en lo concerniente al zar. Mientras todos los ojos tenían la mirada fija en el Táuride, el nuevo ministro de la Guerra, Guchkov, acompañado de Shulgin, visitó en secreto al zar en su cuartel general. La propuesta que llevaba Guchkov, que contaba con la ferviente aprobación de Miliukov, era que el zar abdicara a favor de su hermano menor, el gran duque Miguel. Aturdido, Nicolás accedió, aunque para proteger a su único hijo varón, un muchacho de salud siempre frágil, lo dejó fuera de la línea sucesoria en su misma carta de abdicación. El 2 de marzo de 1917, el reinado de Nicolás II llegó a su fin. Si el gran duque Miguel no hubiera rechazado el trono (Kerensky calificó este acto de «máximo patriotismo»), probablemente Rusia habría tenido que elegir entre una monarquía constitucional y una crisis de consecuencias letales. En aquellos momentos, la revolución aún no había madurado lo suficiente como para decidir con precisión qué forma debía adoptar el gobierno de Rusia, pero lo que era evidente es que muchísimos ciudadanos no querían saber nada de ningún zar.

El embajador británico aplaudió a Kerensky por haber intentado calmar la furia de los republicanos del Sóviet cuando al final se filtró la noticia de la misión de Guchkov.[69] Los conservadores y los monárquicos, sin embargo, se sentían sumamente contrariados. Como confesaría en su diario Paléologue, sin entender muy bien qué estaba ocurriendo, «el miedo a los criminales reincidentes que están al mando en la estación de Finlandia y en la Fortaleza ha llevado a los representantes de la Duma a ceder. El Sóviet es ahora el amo y señor».[70] El diagnóstico más acertado era que la pesadilla de Miliukov estaba haciéndose realidad. El pueblo permanecía leal al Sóviet, mientras un Gobierno Provisional reacio y no elegido ostentaba una autoridad que aún no había sido

puesta a prueba, pero que en teoría no tenía límites.[71] Rusia se enfrentaba a la perspectiva de un poder dual durante mucho tiempo.

La abdicación daba paso a una república. En las calles de Petrogrado, el sentimiento de alborozo ahogaba los murmullos que hablaban de incertidumbre y de miedo. Pero nadie sabía cómo el conjunto del ejército iba a contemplar el nuevo régimen, ni cuál sería la reacción en muchas ciudades y pueblos del imperio. Ni siquiera los que habían hecho la revolución —los obreros de las fábricas con las manos encallecidas, las mujeres con abrigos remendados y mugrientas bufandas invernales— estaban seguros de quién había ganado realmente. Cuando a eso de las seis del 2 de marzo Sukhanov salió del palacio Táuride, se vio rodeado por una multitud pidiéndole que le dirigiera algunas palabras. «La gente quería noticias —contaría, reconociendo que el orador al que todos buscaban era Kerensky—. Me agarraron por los brazos y me arrastraron hasta la calle. Desde la escalinata … vi a un enorme gentío, tanta gente junta como no había visto nunca en toda mi vida. Un sinfín de cabezas y rostros se volvieron hacia mí: llenaban completamente el patio, y a continuación la calle, enarbolando banderas, pancartas y pequeñas enseñas.» Estaba nevando y la luz ya había empezado a perder intensidad, la gente estaba agotada, y la voz cansada de Sukhanov tenía un tono aflautado, pero «hasta donde alcanzaban a ver mis ojos, todos se esforzaban por oírme en medio de un tenso silencio mortal».[72]

5

Mapas y planes

> La dignidad humana es algo que uno no necesita buscar en el mundo de los capitalistas.
>
> V. I. Lenin

Todas aquellas emociones no pudieron ser percibidas por sir George Buchanan. A ello contribuyó el hecho de que se perdiera el acto inicial del espectáculo. El embajador había preparado unas breves vacaciones en Finlandia, y abandonó el país justo antes de que comenzaran las primeras huelgas. A su regreso encontró Petrogrado envuelta en el caos. Los tribunales de justicia y las comisarías de policía eran pasto de las llamas y en las calles resonaban los gritos de hombres jóvenes y el ruido de disparos de fusil, mientras que por el terraplén al que daban sus ventanales circulaban coches descubiertos descontrolados, muchos de ellos llenos de muchachos bebidos agitando banderas. Cuando el tren en el que viajaba su hija Meriel llegó a la estación de Finlandia, el general Knox fue a recogerla conduciendo él mismo su automóvil, pues en la capital habían dejado de funcionar todos los transportes públicos. Los inconvenientes derivados de aquella situación eran increíbles, los peligros evidentes. Aquella tarde, la esposa de sir George se había sentido suficientemente alarmada como para enviar a casa a las damas de su grupo de costura mientras aún fuera de día.[1]

El 1 de marzo (14 de marzo según el calendario utilizado en Londres), sir George consideró razonable tranquilizar a la opinión pública de Inglaterra. En uno de los muchos telegramas de aquel día, solicitó la publicación de una noticia informando de que los dos mil ciudadanos británicos residentes en Petrogrado estaban todos bien. Ignoraba que Lon-

dres había optado por tratar las noticias procedentes de Rusia con una delicadeza reservada normalmente a las bombas sin estallar. «Como el Gabinete de Guerra ha decidido que en la prensa no debe hablarse de los acontecimientos de Petrogrado —dice con claridad la nota escrita en el expediente —, semejante anuncio requerirá, si es publicado, un "aderezo" concienzudo.»[2] Los Aliados veían el levantamiento como una traición. Su problema no era tanto que las banderas rojas acabaran animando a otros elementos agitadores más cerca de su país, pues ya había llegado la hora de que los rusos tuvieran una democracia sensata.[3] Lo que realmente les preocupaba era la idea de que todos aquellos obreros grises vestidos con abrigos de piel de oveja, tan lejanos y a la vez tan cruciales, de repente, en contra de los planes de Europa, fueran muy en serio con su exigencia de paz.

No podían permitir que la revolución tomara el curso que quisiera, pero los británicos eran suficientemente prudentes como para empezar con una pequeña dosis de encanto anglosajón. El 3/16 de marzo, cuando ya resultaba evidente que el zarismo se había venido abajo, Buchanan recibió una copia del saludo que los líderes del patriótico movimiento obrero británico habían preparado, con la ayuda del Ministerio de Exteriores, para «*Messieurs* Kerensky & Chkheidze»: «La organización de obreros de Gran Bretaña observa con absoluta solidaridad los esfuerzos del pueblo ruso por librarse de … elementos reaccionarios que obstaculizan su avance hacia la victoria», empezaba diciendo.

> Los obreros de Inglaterra y de Francia hace tiempo que se han dado cuenta de que hay que acabar con el despotismo de Alemania si se quiere dar paso a un desarrollo libre y pacífico de los países de Europa. Esta convicción los ha inspirado a la hora de hacer unos esfuerzos y unos sacrificios sin precedente, y llenos de confianza esperamos con impaciencia la ayuda de los obreros de Rusia para conseguir el objetivo al que nos hemos dedicado con fervor. Sinceramente confiamos en que convencerán a sus seguidores de que cualquier remisión en los esfuerzos significa el desastre.[4]

El mensaje no habría podido ser más claro: por mucha retórica que quisieran utilizar los británicos, lo cierto es que pretendían que los rusos siguieran en la guerra hasta que los otros miembros del grupo acordaran lo contrario. En privado, además, los mandarines del Foreign Office tenían sus dudas en lo concerniente a un gobierno del pueblo, del tipo que fuera. El Sóviet, advertía Buchanan, «está por la paz a cualquier precio y … su ascensión al poder significará un desastre desde el punto de vista militar». Las instrucciones de Londres, recibidas el 4/17 de marzo, eran inequívocas. Para decidir si Gran Bretaña debía reconocer o no al nuevo régimen por parte de Gran Bretaña, Buchanan tenía que guiarse exclusivamente por «la postura del nuevo gobierno respecto a la guerra. Toda su influencia debe ser colocada en la balanza para contrarrestar el peso de cualquier administración que no esté decidida a combatir hasta el final».[5] «La verdadera dificultad aquí —escribiría el 7/20 de marzo desde Petrogrado Frank Lindley, asesor de la embajada británica— es que tenemos dos gobiernos: el verdadero, presidido por el príncipe Lvov, y un comité de representantes de los trabajadores y de los soldados sin cuyas órdenes ningún hombre hará nada. La colonia británica está, por supuesto, bastante nerviosa, pues todos los rusos coinciden en que bajo la superficie existe un terrible odio de clases y que, si llegara a aflorar, las consecuencias serían espantosas.»[6]

Lo único que podía decirse era que el gobierno «verdadero» parecía serio y formal, compuesto en su totalidad por unos hombres que sabían perfectamente lo que significaba un servicio honorable. El 9/22 de marzo, con una idea ilusoria que tenía muy poco en cuenta los acontecimientos, el ministro de Hacienda británico, Andrew Bonar Law, saludó al nuevo gobierno de Rusia en nombre del Parlamento: «Esta Cámara envía a la Duma sus saludos más fraternales —di-

jo (aunque a quien habría tenido que dar la bienvenida era al Gobierno Provisional)— y hace llegar al pueblo ruso sus más sinceras felicitaciones por el establecimiento de unas instituciones libres».[7] Probablemente imaginara una Asamblea parlamentaria llena de caballeros exactamente iguales a él. El académico y experto eslavista Bernard Pares era sin duda un ferviente admirador de aquel flamante gobierno. «Eran mis amigos —escribiría más tarde—. De los doce ministros nuevos, siete eran precisamente colaboradores de mi *Russian Review* en Liverpool.»[8] Y lo que todavía era mejor: Miliukov había conocido a Jorge V, y aunque había sido marxista en su juventud, había declarado recientemente (en Londres) que «pertenecía a la Oposición de Su Majestad, no a la Oposición a Su Majestad».[9]

Para evidente alivio de Londres, parecía que ese Miliukov era la fuerza impulsora que se escondía detrás del gobierno recién estrenado, aunque oficialmente solo fuera el ministro de Exteriores. El que había sido designado primer ministro, el príncipe Gueorgui Lvov, tardó unos cuantos días en llegar a Petrogrado desde su residencia en Moscú. «Por fin nos sentimos *au complet*», escribiría Miliukov a la llegada de Lvov al palacio Táuride. Por desgracia, el talento de Lvov no sería suficiente para ejercer un liderazgo nacional decisivo: «El príncipe se mostraba evasivo y cauto —contaría Miliukov—, reaccionaba a los acontecimientos con una actitud moderada y defensiva, y se justificaba con frases amables». «Ocupaba el puesto del cochero —reconocería Vladímir Nabokov (padre del famoso novelista)—, pero ni siquiera intentaba coger las riendas.»[10] Como observador desde Gran Bretaña, Samuel Hoare llegó a la conclusión de que Lvov era «un hombre más cualificado para ser Presidente del Consejo del Condado de Londres que para ser el jefe de un gobierno inestable en medio de una gran revolución».[11]

En Petrogrado, Buchanan había tenido sus dudas acerca del nuevo régimen desde un principio. «Si el actual gobierno lograra controlar bien la situación —informaba el 5/18 de marzo de 1917—, la mejor solución sería que tuviera continuidad como gobierno provisional durante todo el tiempo que durase la guerra.»[12] En privado, sin embargo, sir George consideraba que los ministros «no eran de esos que inspiran una gran confianza para el futuro. Muchos de ellos ya mostraban signos de cansancio, y me sorprende que hubieran emprendido una tarea que iba más allá de sus posibilidades».[13] El embajador francés era más franco y directo, y opinaba sobre el estado revolucionario con el discernimiento de un experto. Su conclusión sería que Rusia necesitaba realmente a un Danton (por no decir un Robespierre); en cambio, parecía que se había visto obligada a cargar con un comité que habría tenido problemas para gestionar incluso un club privado con servicio de restaurante.[14] «Tendremos que enfrentarnos a problemas económicos, sociales, religiosos y éticos —escribió Paléologue a Alexandre Ribot, primer ministro de Francia—. Estos problemas son formidables desde el punto de vista de la guerra; pues la imaginación eslava, lejos de ser constructiva como la latina o la anglosajona, es esencialmente anárquica y dispersiva.» Su predicción era muy lúgubre: «En la fase actual de la revolución, Rusia no puede ni establecer la paz ni hacer la guerra».[15]

El único rayo de luz, como no tardarían en reconocer todos los forasteros, era Alexandr Kerensky («el Rápido»): «Es evidentemente la figura más original del Gobierno Provisional —observaría Paléologue—, y parece destinado a convertirse en su principal resorte». Buchanan lo consideraba el «único hombre al que podíamos recurrir para mantener a Rusia en la guerra».[16] El ministro de Justicia estaba

en todas partes, yendo y viniendo de un lugar a otro, celebrando entrevistas con el embajador británico o con el gobernador militar de Petrogrado, desplazándose desde el palacio Táuride hasta la sede de su logia masónica.[17] Aunque conservaba su posición en el Sóviet, sus simpatías estaban con el gobierno burgués. A mediados de marzo, aseguraría a Alfred Knox que «la posición actual con dos gobiernos resulta imposible» y que «el sovyet [sic] está perdiendo terreno».[18] El irlandés escribiría debidamente que «solo hay un hombre que puede salvar al país, y ese hombre es Kerensky ... pues todavía cuenta con la confianza de las masas de Petrogrado, que no tienen pelos en la lengua ... El Gobierno Provisional no podría existir en Petrogrado si no fuera por Kerensky».[19] El propio Kerensky recordaría más tarde esas primeras y apasionantes semanas, considerándolas «entre las más felices de mi carrera política».[20]

No obstante, por muy feliz que pudiera sentirse un ministro recién ascendido, lo cierto es que el Sóviet seguía vivo. Cuando el 11/24 de marzo, los embajadores de Gran Bretaña, Francia e Italia reconocieron formalmente al Gobierno Provisional (el embajador de Estados Unidos, el extravagante David R. Francis, lo había hecho dos días antes), la presencia del Sóviet amenazaba desde el otro lado de los ventanales iluminados como un monstruo de los pantanos bálticos. El nuevo ministro de la Guerra, Aleksandr Guchkov, tal vez tuviera un aspecto suficientemente sereno con su monóculo y su traje confeccionado a medida, pero apenas unos días antes había expresado sus dudas y su inquietud al jefe del Estado Mayor del Ejército: «El Gobierno Provisional no tiene ningún poder real —se había lamentado—, y sus directivas solo se cumplen siempre y cuando lo permita el Sóviet de Diputados, de Obreros y Soldados, que disfruta de todos los elementos esenciales del poder efectivo, pues las tropas,

los ferrocarriles, el correo y el telégrafo están en sus manos. Uno puede decir llanamente que el Gobierno Provisional existe en la medida en que lo permite el Sóviet».[21]

La sola idea bastaba para amargarles el champán a los ministros. Sin embargo, como confiaría Guchkov al general Knox, habían empezado a surgir problemas incluso de mayor envergadura: «Hoy mantuve una breve entrevista de unos cuantos minutos con el ministro de la Guerra», informaba a Londres el agregado apenas dos semanas después.

> Está ... preocupado por la caída de la producción en los astilleros. Las fábricas de Petrogrado apenas producen entre el 30 y el 60 % de lo que producían antes de la revolución ... Hasta el Consejo de representantes de Trabajadores y Soldados fue incapaz de enfrentarse a elementos extremos, esto es, judíos e imbéciles. Coincide en que [este organismo], tarde o temprano, tendrá que medir sus fuerzas con extremistas, pero dice que el Gobierno carecía todavía de poder físico del que poder depender, y me pidió que mantenga en secreto este hecho. El Consejo tiene las claves de todos los códigos del Gobierno y el control de las emisoras».[22]

La última cosa que necesitaban Guchkov y sus amigos era la llegada masiva desde el extranjero de elementos aún más extremistas. Era el Sóviet, armado con todas esas emisoras radiotelegráficas, el que parecía firmemente decidido a congregar en Petrogrado hasta el último agitador de las provincias de Rusia y más allá. Los primeros exiliados internos empezaron a llegar aquella misma semana, procedentes de las aldeas en la que habían estado languideciendo bajo el régimen zarista. Con ellos también llegó el recuerdo de un problema latente y general que había lejos de la capital: el de los campesinos y su hambre secular de tierras de cultivo. El problema de la tierra constituía el desafío final para cualquier gobierno que creyera en el derecho de propiedad, pues no podía ser afrontado sin desposeer a los terratenientes de sus fincas. Y lo que era aún peor, pesaba mucho sobre Petrogrado, pues el ejército era clave para cualquier acuer-

do revolucionario, y el ejército, como el conjunto de la población, estaba compuesto fundamentalmente de campesinos.

En comparación con semejantes preocupaciones, los Aliados y sus demandas cotidianas probablemente parecieran problemas nimios al nuevo gobierno, como un enjambre de mosquitos, pero no podían ser ignorados. Lo que ocurría era que el Antiguo Régimen había quedado estrechamente vinculado a Francia y Gran Bretaña con múltiples tratados ocultos y complacientes promesas. Los pactos secretos más importantes databan de 1915, cuando los predecesores de Miliukov en el Ministerio de Exteriores habían cedido los intereses que le quedaban a su país en la costa adriática (un miembro bastante voluble del Gobierno Provisional saltó de su silla cuando se enteró de este hecho, y exclamó: «No podemos, no podemos aceptar nunca esos tratados»).[23] Sin embargo, el quid pro quo igualmente secreto era que, al menos en caso de victoria, Rusia recibiría Constantinopla y los Dardanelos.

Para Miliukov, que desde hacía muchísimo tiempo tenía un gran interés por los Balcanes, aquel cebo lo significaba todo. Tal vez imaginara incluso una ciudad rusa en el Cuerno de Oro cuando preparaba una declaración oficial sobre política exterior, publicada el 7/20 de marzo de 1917: «El Gobierno —anunció— cumplirá sagradamente los pactos que nos unen a otras potencias y permanecerá inquebrantablemente fiel a las alianzas firmadas con los Aliados».[24] Cuando esta declaración apareció publicada por primera vez, pocos sabían exactamente cuáles eran esos compromisos «sagrados». Cuando dichos compromisos fueron revelados, incluso los colegas más próximos a Miliukov, sentados alrededor de una mesa en su nuevo despacho del palacio Mariinsky, se mostraron sumamente escépticos: «Saqué los

“tratados” de los archivos ministeriales —recordaría el titular de Exteriores— e ilustré mi informe con mapas detallados». Para su consternación, el mismísimo Lvov calificó la anexión del estrecho del Bósforo y el de los Dardanelos de puro «saqueo», y exigió que Rusia repudiara aquella cláusula, a la que catalogó de verdadera «estafa».[25]

El alboroto que se armó en el Ispolkom fue aún mayor. El Sóviet había crecido, y a mediados de marzo contaba con unos tres mil delegados, la mayoría de ellos de grupos de soldados. Ni siquiera cabían en el Táuride (Kerensky diría que el palacio «parecía crujir y tambalearse por la presión ejercida por aquellas imponentes oleadas humanas»),[26] y al final todo ese espectáculo tendría que ser trasladado, primero al teatro Miguel y luego a la Academia Naval de la isla de Vasílievski. Sin embargo, independientemente del lugar en el que se reuniera, el Sóviet parecía estar ocupado en una única sesión, turbulenta y verbosa, que iba prolongándose en el tiempo, sin que nunca pareciera que llegaba la hora de interrumpirla para ir a dormir. Para todo aquel que vivió esa experiencia, el recuerdo de aquel primer mes estaría envuelto, como un sueño confuso y turbulento, de humo de tabaco barato y de la sensación de haber tenido el deseo frustrado de poder dormir bien al menos una noche.

En el Sóviet, la principal fisura ya no era entre la extrema izquierda y los demás. La afluencia masiva de delegados de soldados, muchos de ellos pertenecientes a unidades próximas al frente, había creado nuevas tensiones y un nuevo programa político. Aunque Petrogrado seguía anhelando la paz, esos soldados en activo no querían que los sacrificios de sus compañeros en el frente —sus esfuerzos y sufrimientos, su muerte— fueran menospreciados. De hecho, cuando el Sóviet aún se reunía en el Táuride, una agitadora (en opinión de Sukhanov, una bolchevique) había sido «práctica-

mente despedazada» por gritar «¡Abajo la guerra!».[27] El ejército constituía una fuerza de más de siete millones de hombres procedentes de todos los rincones del imperio. Su ánimo seguía siendo inconmensurable.

El Ispolkom (que se quedó en el Táuride y al final necesitó utilizar una flota de automóviles para ir y venir del centro de reuniones del Sóviet) estaba sumamente preocupado ante la amenaza de que se produjera una brecha fatal en el seno del movimiento revolucionario. Aparte de una breve sesión celebrada el 3/16 de marzo, sus miembros habían evitado hablar mucho de la guerra; en los primeros días, sus objetivos habían sido más locales e inmediatos. Los obreros, como diría Sukhanov (queriendo decir realmente su propio grupo), «sentían instintivamente» que toda la cuestión «podría resultar extremadamente complicada, además de estar repleta de obstáculos sumergidos».[28] Pero en la segunda semana de marzo quedó claro que alguien tenía que hablar en nombre del Sóviet. No podía permitirse que Miliukov y la prensa de derechas tuvieran carta blanca para hacer y deshacer a su antojo. El 12/25 de marzo, como si se tratara de una piña, el regimiento Volhynsky, que apenas dos semanas antes había sido uno de los primeros en unirse a la revolución, se presentó en el Táuride en formación completa, con todos sus oficiales, para instar a los delegados del Sóviet a no olvidarse de sus hermanos en las trincheras y a apoyar la guerra hasta la victoria final.[29]

El Ispolkom se había enzarzado en una pelea por las formas de las palabras. Para sus miembros socialistas, los objetivos de la revolución habían incluido siempre la paz de Europa. La mayoría, como mínimo, conocía la fórmula acordada en Zimmerwald, que el líder suizo Robert Grimm reiteró a mediados de marzo: «En este momento, la misión más importante y más justa de la revolución rusa —dijo— es luchar

por una paz sin anexiones ni indemnizaciones, partiendo de la base de la autodeterminación nacional».[30] Sin anexiones significaba quedarse sin los Dardanelos. Significaba que Rusia no podía aventurarse en los territorios divididos de Ucrania, significaba oponerse a las exigencias de Francia de recuperar las provincias de Alsacia y Lorena. Si pretendía seguir una línea tan explosiva, el Ispolkom tenía que consensuarla primero con los soldados.

La respuesta del Sóviet, un manifiesto que fue descrito orgullosamente como un «Llamamiento a los Pueblos del Mundo», fue publicada el 14/27 de marzo. Además de esclarecer las ideas de los propios revolucionarios, su finalidad era avergonzar a los gobiernos de Europa para que entablaran conversaciones de paz: «La democracia rusa ha convertido en polvo el despotismo multisecular del zar —anunciaba a todos sus hermanos del mundo—, y entra en vuestra familia de naciones como una igual, y como una fuerza poderosa en la lucha por nuestra liberación común».[31] Esas palabras bastaron para provocar la indignación del embajador francés, quien escribió en su diario que estaba «a la espera de la respuesta del proletariado teutónico».[32] Pero el manifiesto no imponía plazo alguno para entablar negociaciones de paz, ni pedía a los soldados rusos que depusieran las armas. El Sóviet condenaba la guerra y pedía que se luchara «con firmeza contra las ambiciones y la codicia de los gobiernos de todos los países», pero los cañones de Rusia seguían apuntando hacia el oeste y los fusiles de sus soldados llevaban caladas las bayonetas.

«Ha llegado la hora de empezar una lucha decisiva —proponía el Sóviet—. Ha llegado la hora de que el pueblo sea el que decida sobre la cuestión de la guerra o la paz.» Sin embargo, a menos que los Aliados revisaran sus objetivos de guerra, la lucha más inminente tendría lugar en el seno del

propio gobierno de Rusia. Por su parte, a pesar de que el pueblo estaba cansado de la guerra, el Sóviet solo podía prometer que iba a «oponerse a la política de conquista de sus clases dirigentes». No tenía poder para imponer la paz, y no podía traicionar ni al ejército ni a los delegados de los soldados. Para apaciguarlos, ofrecía una garantía de que «la revolución rusa no retrocederá ante las bayonetas de los agresores, y no permitirá que la aplasten fuerzas militares extranjeras». El presidente del Sóviet, Nikolai Chkheidze, haría hincapié en estos mismos principios en un editorial publicado en *Izvestia* el 16 de marzo, confirmando a los lectores que «cuando nos dirigimos a los alemanes, no estamos soltando los fusiles».[33]

«¡Es sencillamente una mierda! —exclamó Lenin tras leer un informe de los últimos discursos en el Sóviet—. ¡Repito: una mierda!»[34] Cada vez que cogía una pluma aquel mes de marzo, habría podido tirar también de la espoleta de una granada. Antes de que llegara la noticia de la revolución, su esposa lo había comparado con el lobo blanco del Zoo de Londres, la única criatura entre los tigres y los osos que nunca se acostumbró a su confinamiento. Pero en aquellos momentos la frustración de Lenin resultaba intolerable. Había sido un revolucionario polaco llamado Bronsky el primero en traerle la noticia del levantamiento en Petrogrado, presentándose en su casa cuando Lenin y su esposa estaban a punto de salir para ir a la biblioteca. El efecto había sido como el de una descarga eléctrica: el líder se alteró y se puso colorado, empezó a dar puñetazos al aire: «¡Portentoso! —exclamó volviéndose a Krúpskaya—. ¡Vaya sorpresa! Tenemos que ir a casa. Es una noticia increíble e inesperada».[35] Pero el único viaje que podía efectuar a corto plazo era hasta la orilla del lago de Zúrich, donde había quioscos con una gran variedad de prensa suiza y extranjera.[36]

La camarada a la que de repente echó de menos fue a su vieja amiga Inessa Armand: «Hay un telegrama en la *Züricher Post* … del 15 de marzo … en Rusia ha triunfado la revolución después de tres días de lucha —escribió a su amiga aquel día—. Si los alemanes no mienten, es un hecho real».[37]En aquellos momentos, Inessa residía en Baugy-sur-Clarens, otro centro de la colonia rusa en Suiza, de modo que la intención de Lenin era, en parte, mantenerla informada. Sin embargo, lo cierto es que necesitaba su ayuda. «Me encantaría que pudieras averiguar discretamente en Inglaterra si me concederían un pasaje», le escribió Lenin el 18 de marzo para ver si la engatusaba. Estaba «seguro» de que ella «saldría corriendo para Inglaterra» inmediatamente, pero la mujer no dio signos de haber captado el mensaje. Cuando su falta de disposición fue evidente, Lenin confió en que al menos Inessa buscara otras alternativas, lo que incluía tratar de encontrar a un ciudadano ruso o suizo que se encargara de entregar su pasaporte «sin decir que es para mí».[38]

Las noticias de Petrogrado habían conmocionado a toda la colonia rusa de Suiza. El cónsul ruso en Davos organizó una recepción para dar la bienvenida a la nueva era de libertad (no de una manera muy sentida, pues no era precisamente lo que se dice un tipo revolucionario), y en muchas de las pequeñas fundaciones que apoyaban a los refugiados se empezó a hablar de repatriación inminente.[39] Había siete mil ciudadanos rusos residiendo en Suiza, y su presencia ya empezaba a resultar pesada, pero aún no tenían una manera fácil de regresar a su patria.[40] Los británicos no veían ninguna ventaja en ayudar a unos subversivos a efectuar un viaje a través del mar del Norte, y al Gobierno Provisional le horrorizaba, como había indicado Guchkov, cualquier individuo que pudiera pertenecer al grupo de los extremistas,

los judíos y los imbéciles. Atrapados entre esas autoridades insensibles, Lenin y sus amigos vivían atormentados por las noticias de los periódicos que hablaban de rusos exiliados en Escandinavia que empezaban a regresar a Petrogrado efectuando un viaje seguro y libre de ataques de submarinos por ciudades neutrales con buenas conexiones ferroviarias. La buena suerte de aquellos individuos que conseguían volver a Rusia hizo seguramente que Suiza pareciera más que nunca la miserable jaula del lobo blanco londinense.

Los periódicos seguían el drama de la revolución día a día. Kerensky se había erigido en la estrella del nuevo y deslumbrante espectáculo ruso. En efecto, el elegante héroe solo tenía que hacer acto de aparición en un teatro o subirse a un escenario público para que las masas fueran presa de un éxtasis colectivo. Lenin lo llamaba «el pequeño fanfarrón», pero lo cierto es que a Kerensky se le estaba atribuyendo el mérito de haber introducido una serie de reformas importantes. Rusia se convirtió en el país más libre del mundo cuando el nuevo gobierno concedió una amnistía general a los presos políticos, abolió la pena de muerte y disolvió lo que quedaba de la detestada policía secreta.[41] Inspirado por la reacción de los soldados a las promesas liberales de la Orden N.º 1 del Sóviet, creó un comité para estudiar la cuestión relativa a la reforma del ejército.[42] Lenin se negó a celebrarlo, deplorando el hecho de que la burguesía había «conseguido sentar sus posaderas en todos los sillones ministeriales».[43] En cuanto a Kerensky, hizo otro comentario despectivo en el que afirmaba enérgicamente que no era más que «una balalaica que ellos tocan para engatusar a los obreros y a los campesinos».[44]

Su enojo se materializó en una serie de drásticas instrucciones que dio a sus compatriotas que regresaban a Rusia por Tornio. El 6/19 de marzo, Lenin envió un telegrama a

un grupo de afortunados bolcheviques que se preparaban para coger el tren: «No hay que confiar en el Gobierno Provisional, ni prestarle apoyo —decía—. Kerensky especialmente sospechoso; la única garantía es armar al proletariado … ningún acercamiento a otros partidos. Telegrafiad esto a Petrogrado».[45] Unos cuantos días más tarde, empezó a considerar cómo podían hacerse realmente con el poder los sóviets de los trabajadores: «Necesitamos un Estado —escribiría el 11/24 de marzo—, pero no el tipo de Estado que necesita la clase burguesa, con órganos de gobierno en forma de fuerza policial, de ejército y de burocracia … El proletariado debe destruir esta "maquinaria estatal prefabricada" y reemplazarla por una nueva [de] … todo el pueblo armado».[46]

El problema es que seguía siendo el camarada que estaba observando «de lejos» (como diría él mismo): «Puedes imaginar cuán torturador resulta para todos nosotros estar atrapados aquí en un momento como este —se quejaba irritado en una de las muchas cartas que escribió a Yakov Fürstenberg en Suecia—. Tenemos que ir [a Rusia] de alguna manera, aunque sea cruzando el infierno».[47] Como se imaginaba que estaba incluido en una lista negra de los ingleses («Inglaterra *no nos dejará*», comentaría furioso a Inessa),[48] en repetidas ocasiones intentó procurarse un pasaporte falso para poder regresar inadvertidamente a Rusia: «Por favor, consigue a tu nombre la documentación necesaria para viajar a Francia y a Inglaterra —ordenó el 6/19 de marzo a un camarada llamado Vyacheslav Karpinsky que residía en Ginebra—. La utilizaré cuando pase por Inglaterra y Holanda rumbo a Rusia. Puedo ponerme una peluca».[49] Llevado por la desesperación, llegó a concebir un plan que consistía en hacerse con el pasaporte de algún ciudadano sueco sordomudo (aunque sigue sin estar demasiado claro dónde y

cómo pretendía lograrlo). Al final, esa idea fue descartada cuando su esposa le recordó que la treta sería fácilmente descubierta en cualquier tren lleno de gente debido a la costumbre que tenía de hablar a gritos en sueños mientras dormía. En opinión de su mujer, habría despertado a todos los viajeros del vagón hablando de manera inconfundible en ruso en cualquiera de los arranques de cólera que le provocaba la perfidia de Kerensky y Miliukov.[50]

Solo quedaba una opción, aunque parecía absurda. Los exiliados residentes en Suiza podían viajar a través de Alemania hasta la costa del Báltico, y de allí dirigirse a Suecia y luego a Tornio para entrar en Rusia. Radek propuso esta idea, tal vez porque supiera que algunos de los rusos que trabajaban para Parvus en Copenhague habían conseguido que las autoridades de Berlín les concedieran visados de tránsito. Años más tarde, Radek también afirmó que había sido él quien había convencido a un periodista llamado Deinhart para que sondeara al ministro plenipotenciario alemán en Berna y averiguara si esa posibilidad resultaba factible.[51] Sin embargo, independientemente de quién fuera el primero que tuvo esa idea, lo cierto es que en un principio Lenin la descartó. Aceptar la ayuda de un enemigo en tiempos de guerra habría supuesto que se expusiera a ser acusado de alta traición, y eso no era recomendable para ningún revolucionario que se respetara. Su objetivo, al fin y al cabo, no era hacer simplemente el mal, sino una guerra civil global.

Las tensiones de la guerra también se dejaban sentir en el gobierno alemán. Aquel bastión del protocolo, el Ministerio de Exteriores germano, contaba con un nuevo jefe muy poco convencional, pues ya no estaba Jagow, que había sido sustituido por Arthur Zimmermann. El flamante titular de Exteriores era prusiano y diplomático de carrera, pero tam-

bién era un individuo impredecible, amante del vino de la ribera del Mosela (del que solía beber una botella en el almuerzo) y un adicto a las operaciones encubiertas.[52] Poco después de ser ascendido, concibió y puso en marcha un plan relacionado con México, pues era consciente del peligro cada vez mayor de que Estados Unidos entrara en la guerra en el bando contrario. En un telegrama de enero de 1917, propuso a las autoridades mexicanas ayudarles a recuperar los estados perdidos de Nevada, Nuevo México y Arizona a cambio del apoyo de México a Alemania en el Atlántico occidental durante la guerra.[53] Los británicos interceptaron el célebre «Telegrama Zimmermann». No podían creer la suerte que habían tenido. Pasó un poco de tiempo hasta que pudieron encontrar la mejor manera de filtrar su contenido, pues la práctica de descifrar la correspondencia diplomática clasificada de potencias amigas no era precisamente muy honorable. Esperaron hasta comienzos de marzo para desatar el escándalo, aprovechando la ocasión para empujar al gobierno de Estados Unidos a entrar en guerra. Washington declararía formalmente la guerra el 4 de abril.

Con los norteamericanos armándose por fin, la presión sobre Berlín no podía más que aumentar, pero los estrategas militares de Alemania hacía unos meses que eran conscientes de que el tiempo apremiaba. La guerra estaba sometiendo a su país a la máxima tensión. El bloqueo marítimo de la Marina Real británica había dado lugar al desastroso «invierno de los nabos» de 1916-1917, cuando la población civil de diversas ciudades germanas estuvo a punto de sufrir la misma hambruna que llevaría a los rusos a sublevarse. En los centros urbanos de Alemania, las protestas se interrumpieron cuando la población ya estaba a punto de rebelarse, pero muchas personas fueron testigos de actos de violencia

provocados por el descontento general.[54] Las noticias procedentes de Rusia, que llegaron en el mes más lúgubre, antes de que comenzara la primavera, difícilmente habrían podido resultar más explosivas para la moral de la ciudadanía. La monarquía alemana era intolerante y claramente ridícula. Los mensajes de Petrogrado habrían sido sumamente peligrosos para cualquier régimen contrario a las reformas, pero en este caso había un partido socialista perfectamente establecido para desarrollarlos y difundirlos sin pérdida de tiempo.

El ejército alemán, sin embargo, aún guardaba uno o dos ases en la manga. La mismísima hegemonía naval de la Marina de Su Majestad había sido la que había obligado al Alto Mando germano a aprobar una campaña de guerra submarina sin restricciones. El plan consistía en hundir cualquier barco que fuera divisado a partir del 1 de febrero de 1917. Era prácticamente seguro que el caos que iba a producirse impulsaría a Estados Unidos a entrar en guerra (perspectiva que en primer lugar había llevado a Zimmermann a contactar con los mexicanos), pero se podía jugar un poco con el tiempo, porque para que esto ocurriera el Congreso tendría que considerar antes todas sus opciones, y luego pasarían uno o dos meses hasta que Estados Unidos pudiera preparar una fuerza expedicionaria. La esperanza de los alemanes era que ese tiempo fuera suficiente para aplastar a las tropas francesas. En cuanto a la destrucción de los rusos, la última campaña, con importantes victorias en Rumanía, había sido espléndida para Alemania. Si continuaba esta tendencia, el Alto Mando germano podía confiar en firmar una paz separada en Europa oriental que le permitiera concentrar sus fuerzas en el oeste para asestar el golpe definitivo.

Sin embargo, en noviembre de 1916, antes de que llegara la noticia del estallido de una revolución en Rusia, la posibilidad de firmar un acuerdo con Nicolás II había quedado completamente descartada cuando se hizo público un nuevo Manifiesto Imperial alemán sobre el futuro Estado de Polonia (buena parte del cual el zar consideraba de su propiedad). Como después de este hecho habría tenido que producirse una revolución para que Nicolás se sentara en una mesa de negociaciones, las noticias sobre la sublevación en Petrogrado parecieron un regalo de la providencia. Según un pintoresco relato, los servicios de inteligencia se enteraron de lo que estaba ocurriendo cuando en un centro de escucha de la ciudad finlandesa de Helsingfors (la actual Helsinki) fueron interceptados varios mensajes de unidades militares que querían saber a qué autoridad civil se suponía que debían obedecer.[55] En el bando de los alemanes empezó a correr un sinfín de mensajes cifrados, todos ellos con propuestas de distintos planes para aprovechar la situación crítica que vivía Rusia. Pero la intervención del barón Hellmuth Lucius von Stoedten, el legado alemán en Estocolmo, fue decisiva, pues informó adecuadamente a Berlín de que los nuevos dirigentes de Rusia estaban divididos entre ellos. Si Alemania podía resistir la tentación de atacar, los defensores de la paz en Petrogrado acabarían seguramente imponiéndose. Entre los informadores más útiles de Von Stoedten en lo concerniente a este delicado asunto figuraba un socialista alemán, Wilhelm Janson, un individuo con un gran potencial que podía resultar de gran utilidad para Berlín. Conocía personalmente a unos cuantos camaradas rusos. Parecía que había llegado la hora de enviarlo a hablar con ellos.[56]

Mientras tanto, lo primero que debía hacerse era una buena labor propagandística. A los agentes de Alemania les costó mucho abandonar su vieja estrategia de pintar a Gran Bretaña como el villano en una guerra de campesinos rusos. Durante meses habían estado lanzando panfletos informativos sobre las líneas de unos soldados rusos sumamente confundidos por la situación, con la intención de convencerlos de que los únicos vencedores reales de aquella guerra eran los banqueros londinenses. Cuando fue evidente que Nicolás ya no estaba, los alemanes responsabilizaron a los británicos de haber forzado al «Zar por Gracia Divina» de Rusia a «abdicar». En unos nuevos panfletos se instaba a aquellos hombres inquietos a regresar a sus casas para «rescatar a su pueblo y a la Madre Rusia». Después de un par de días, cuando se dieron cuenta de que su estrategia había vuelto a fracasar, los propagandistas alemanes optaron por recurrir al deseo de paz (que era verdadero), mensaje que presentaron con una serie de genuflexiones ante la amada fe ortodoxa de los soldados: «Alemania está dispuesta a firmar la paz —decía un panfleto que llegó a manos de Knox—, aunque no necesite la paz. Esperará pacientemente a ver si la nueva Rusia libre quiere entablar negociaciones de paz con nosotros durante las sagradas festividades de la Resurrección de Cristo».[57]

Mientras Berlín aguardaba el resultado de la nueva estratagema, su ministro plenipotenciario en Copenhague, Brockdorff-Rantzau (también amigo de Zimmermann), permanecía ocupado entre espías. No tardaría mucho en invitar a Parvus a entrar en su despacho. El hombretón seguía teniendo buenos contactos en Petrogrado. Como socialista, tenía sus propios planes para Rusia (como, por ejemplo, llevar a cabo levantamientos armados y una redistribución masiva de la tierra), pero como partidario de Alemania, es-

taba a disposición de Rantzau. Como era habitual, quería dinero (solicitó un adelanto de cinco millones de marcos para la financiación de propaganda revolucionaria). Su mensaje, sin embargo, era que Rantzau debía apoyar a los bolcheviques. En una serie de entrevistas celebradas en Copenhague, convenció al legado alemán de que una financiación de los «elementos extremistas» aceleraría la desintegración de Rusia y traería el final de la guerra en el Frente Oriental en menos de tres meses.[58] Sin embargo, la única manera que iba a tener Lenin de regresar a Rusia sería a través de Alemania.

El ministro de Exteriores germano, Zimmermann, no había visto mermada en lo más mínimo su afición a las conspiraciones: «Como beneficia a nuestros intereses que prevalezca la influencia del ala radical de los revolucionarios rusos —escribiría el 10/23 de marzo a Lersner, oficial de enlace en el cuartel general del ejército—, me parecería aconsejable permitir el tránsito a los revolucionarios».[59] Los militares accedieron, pero convencer a Lenin sería otra cosa muy distinta. Como casi todas las personas que necesitaban ayuda, Parvus empezó a hablar con Fürstenberg, sondeando su disponibilidad a efectuar un acercamiento al líder bolchevique. Sin duda sabía que en aquellos momentos Fürstenberg mantenía un contacto telegráfico diario con Lenin, quien lo consideraba su mano derecha en Suecia. Por entonces, la única persona a la que escribía con mayor frecuencia era a Inessa Armand.[60]

Las credenciales de Fürstenberg como agente de viajes eran formidables. En cuanto llegó a Suecia la noticia de la revolución, se unió a otros rusos residentes en Estocolmo para crear un comité que se encargara de organizar la repatriación de los exiliados políticos.[61] Cuando Lenin buscaba desesperadamente unas rutas legales que condujeran a Tor-

nio, había sido a Fürstenberg a quien había enviado su fotografía (oculta en el interior de un libro) con la esperanza de que el hombre de negocios pudiera conseguirle un pasaporte falso.[62] Fue lógico, pues, que el primer agente que Parvus y sus colegas enviaron a Lenin, Georg Sklarz (que también era socio comercial de la Handels og-Eksport Kompagniet), se presentara al bolchevique como enviado de Fürstenberg. El problema fue que Lenin no era tonto. Cuando Sklarz cometió el error de ofrecerse a pagar el viaje del líder revolucionario, este lo echó inmediatamente de su casa, sospechando acertadamente que todo aquello era una estratagema de los alemanes. Como Gisbert von Romberg, legado alemán en Berna, escribiría a Berlín el 3 de abril (21 de marzo), «Aunque he hecho llegar a los *emigrés* nuestra predisposición a cooperar ... nadie me he contactado todavía, aparentemente porque los *emigrés* temen verse comprometidos en Petrogrado ... No creo que podamos hacer nada, solo esperar».[63]

Habían pasado dos semanas desde la caída del zar. Los exiliados rusos discutían entre ellos y con sus anfitriones locales, varios de los cuales se ofrecían a negociar en su nombre para conseguir la ayuda de los alemanes. La facción menchevique liderada por Martov prefería esperar, a ver si recibía una invitación formal del Gobierno Provisional, los bolcheviques se negaban a colaborar con el grupo de Martov, y Lenin había concebido una lista de condiciones —similar a la que prepara un abogado para llegar a un pacto en un pleito—, cuyo cumplimiento constituía el paso previo para cualquier acuerdo. En Francia, *Le Petit Parisien* publicó una escueta noticia informando sobre el anuncio de Miliukov en el sentido de que cualquier exiliado ruso que aceptara la ayuda de Alemania para regresar a la patria sería detenido en la frontera. Pero no había rutas alternativas.

A finales de marzo, Lenin se entrevistó con un representante de la embajada germana (en presencia de testigos, como, por ejemplo, el periodista francés Henri Guilbeaux). También aceptó la mediación de Robert Grimm, líder socialista suizo.[64] Entre el 29 de marzo y el 2 de abril de 1917 (o 16 y 20 de marzo, según el calendario ruso), Grimm se reunió en cuatro ocasiones con Von Romberg, pero el helvético no era un admirador de Lenin y estaba exasperado por las continuas disputas del resto de los rusos. Al final, el 2 de abril Grimm dejó de intentarlo. Al día siguiente, un acólito de Lenin, el suizo Fritz Platten, fiel al líder bolchevique desde la conferencia de Zimmerwald, fue elegido para encargarse de las conversaciones trilaterales.

El 5 de abril, Von Romberg, sumamente exhausto, entregó a Berlín la lista completa de las condiciones de Lenin.[65] La más asombrosa de ellas era la siguiente: todos los vagones de tren utilizados por los rusos para cruzar Alemania debían tener el estatus de entidad extraterritorial.[66] En su calidad de ciudadano de un país neutral, Fritz Platten actuaría como enlace entre los pasajeros y sus guardias alemanes; además, nadie podría acceder al vagón de los exiliados sin autorización. En la medida de lo posible, el convoy ferroviario haría su recorrido sin detenerse, y se hizo constar expresamente que ningún pasajero podría ser obligado a abandonar el tren. No habría control de pasaportes y tampoco discriminación alguna a los posibles pasajeros por causa de sus opiniones políticas.

Los negociadores alemanes hacían lo imposible por ayudar a un grupo a cuyos líderes consideraban los criminales más viles del mundo, pero aquella arriesgada apuesta demostraba también la confianza de Alemania. Lo que resultaba atractivo de los bolcheviques era que parecían preparados para desmembrar Rusia de una vez por todas, pero para

ver los frutos de sus esfuerzos podrían pasar meses. Una apuesta más segura, aunque prometiera un premio muy inferior, habría consistido en comenzar simplemente a entablar negociaciones con Lvov, o con Guchkov o con Kerensky. Como había indicado Rantzau el 2 de abril, «si no estamos en posición de seguir en guerra hasta el final del presente año con posibilidades de victoria, entonces deberíamos optar por un acercamiento a los partidos moderados que están actualmente en el poder».[67] Con su respaldo a Lenin, Zimmermann estaba haciendo una apuesta más arriesgada, confiando en que valía la pena intentarlo. El juego podía acabar con un resultado de ingobernabilidad de imprevisibles consecuencias (o incluso en nada), pero seguía habiendo la esperanza de que terminara por desactivar para siempre al coloso ruso.

En apenas unas horas, la noticia de que Lenin estaba negociando comenzó a correr como la pólvora por los cafés de Zúrich. James Joyce, que se enteró de todo mientras tomaba una copa, consideró que la propuesta del salvoconducto era una prueba de que los alemanes «debían estar realmente desesperados».[68] El novelista francés Romain Rolland tachó a Lenin y a sus posibles compañeros de viaje de meros instrumentos del enemigo de Europa.[69] El 8 de abril era Domingo de Pascua en Suiza, y las autoridades helvéticas tenían la esperanza de que los rusos hubieran hecho las maletas y subido al tren antes de que comenzara la celebración de la festividad. Sin embargo, aquel fin de semana fue el más frenético de todos. Para hacer las cosas más difíciles, un coro de improperios siguió todos los movimientos de los que iban a viajar. Con muchísimo tiempo a su disposición, los emigrados que continuaban esperando una invitación

formal de Miliukov unieron sus fuerzas con elementos suizos de centroizquierda para gritarle a Lenin que era un traidor.

La mayor presión recayó sobre Romberg y Platten. Los dos tuvieron que solucionar un sinfín de pequeños detalles, los dos detestaban la idea de tener que hablar con el otro bando y los dos eran perfectamente conscientes de que unos jefes muy exigentes podían destruir su trabajo. Para los alemanes, era muy importante que los militares aprobaran el itinerario exacto que los revolucionarios iban a seguir desde la frontera suiza. Había que designar (discretamente) un grupo de guardias alemanes que hablaran ruso para que viajaran en el vagón de tren «por razones de seguridad». Llegado un punto, también se propuso que, en calidad de representante de los sindicatos alemanes, el siempre dispuesto Wilhelm Janson se uniera a la comitiva rusa durante su tránsito por territorio alemán. Romberg quiso poner fin a esta idea, y para ello no dudó en interrumpir su celebración del Domingo de Resurrección con el fin de explicar a Berlín que «los *emigrés* esperan encontrar dificultades extremas, incluso verse perseguidos legalmente, por parte del gobierno ruso debido a que viajaran por territorio enemigo. Es por lo tanto esencial para sus intereses que puedan garantizar que no han intercambiado ni una palabra con ningún alemán en Alemania. Platten se encargará de explicárselo a Janson».[70]

Mientras los cables telegráficos entre Berna y Berlín se ponían al rojo vivo, Lenin viajaba casi todos los días de Zúrich a la capital suiza. Muchos de los posibles miembros de su comitiva eran demasiado pobres para poder sufragar un viaje transcontinental, pero él se negaba a que los alemanes corrieran con esos gastos. El sufrido Robert Grimm aceptó organizar un comité para recaudar fondos entre los socialis-

tas locales. En el último momento, a Platten le encargaron que consiguiera una autorización para que el grupo de exiliados pudiera llevar su propia comida. Hubo peticiones de individuos poco recomendables, algunos de ellos verdaderos gorristas, para unirse al grupo, así como problemas con la lista final de las condiciones que se querían poner a los alemanes.[71] En sus ratos libres, Lenin seguía leyendo ávidamente cualquier noticia relacionada con Rusia, y se pasaba el tiempo compilando, escribiendo y clasificando sus ideas y pensamientos. La mañana antes de su partida, en un último intento desesperado de obtener la bendición de los Aliados, telefoneó al embajador estadounidense en Berna. El joven que se puso al aparato reconoció el nombre del que llamaba, pero era Domingo de Resurrección y el diplomático había salido para ir a jugar una partida de tenis. «Vuelva a llamar el lunes», dijo, tras lo cual se olvidó del asunto. Cuando este funcionario, cuyo nombre era Allen Dulles, se convirtió en uno de los jefes de la CIA más influyentes, contaría siempre esta anécdota a sus nuevos agentes.

Por fin, el 9 de abril, Lunes de Pascua, los viajeros se reunieron en el Zähringerhof, un hotel situado en la plaza de la imponente estación de ferrocarril de Zúrich de estilo neorrenacentista. Iban a viajar treinta y dos adultos, incluidas Nadezhda Krúpskaya e Inessa Armand. Sin duda tuvo que haber muchas miradas subrepticias para tratar de averiguar qué contenían los paquetes de las cestas de los compañeros de viaje, miradas furtivas para calcular la cantidad de pan y de barras de chocolate que llevaba cada uno. Zinóviev se había presentado con su esposa y su hijo de nueve años, pero en el último momento, y seguramente para su desesperación, su primera mujer, la extravagante Olga Ravich (también conocida como Sara Savvich), también decidió unirse al grupo. En la lista figuraban dos georgianos: un joven es-

critor llamado David Souliashvili y el veterano activista Mikha Tskhakaya, cuyo mostacho y cuyo estrafalario gorro de piel de oveja, conservado durante años de exilio en París, le daban un aire de bandido de opereta. Por lo visto, Tskhakaya se había presentado con las manos en los bolsillos, sin ningún equipaje.[72] Pero nadie podía ponerle objeciones. Lenin consideraba a otro pasajero, Grigori Usievich, que viajaba con su esposa Elena, «un estúpido … sin carácter», y al padre de Elena, Feliks Kon, que también formaba parte de la comitiva, «un viejo chalado» al que «no podía soportar».[73] Es probable que también hubiera varios abogados en el grupo, así como dos niños y, al menos, un dentista.

La última cosa que hicieron antes de partir fue almorzar: un ruidoso banquete en el Zähringerhof en el que no faltaron discursos de despedida. Era la última oportunidad de Lenin de acallar las numerosas voces críticas que seguían tratando de impedir aquel viaje. Sin embargo, el líder bolchevique optó por lanzar un ataque frontal. Despidiéndose de Grimm al mismo tiempo que condenaba a los patriotas sociales de derechas, predijo una revolución a escala mundial que acabaría barriendo «la espuma sucia que hay en la superficie del movimiento obrero del mundo». «Las circunstancias objetivas de la guerra imperialista —dijo— confirman que la revolución no se limitará a la primera fase de la revolución rusa, que la revolución no se limitará a Rusia … La transformación de la guerra imperialista en una guerra civil está convirtiéndose en un hecho.»[74] No regresaba a la patria para cerrar un trato con la burguesía de Rusia, ni para discutir sobre tácticas en los asientos posteriores de un automóvil oficial. Ya estaba planeando llevar la revolución un paso más allá, a su segunda fase, y provocar un incendio en la izquierda europea.

Al finalizar la reunión, el líder bolchevique leyó en voz alta una declaración (en francés y en alemán) en nombre de todos los integrantes del grupo. Regresaban a su patria, decía, a pesar de que Miliukov los había amenazado con la cárcel.[75] Cada uno de ellos había firmado las condiciones formales del viaje, entre las que figuraba la aceptación de los riesgos que pudieran derivarse de él.[76] Entre gritos y silbidos, la comitiva cruzó la plaza para coger su primer tren. Se trataba de un ferrocarril local suizo con destino a Schaffhausen y el puesto fronterizo de Gottmadingen, pero los rusos subieron al vagón como si fuera el último tren que iban a coger en su vida. Lenin probablemente habría preferido la metáfora de Fritz Platten, quien sugirió que deberían imaginarse que eran unos gladiadores poniéndose en guardia antes de comenzar su combate final, el más decisivo de todos.[77] Esta imagen pugilística era muy acertada, pues cuando la locomotora por fin se puso en marcha, Lenin vio a un extraño en el tren (cuya presencia estaba, de hecho, perfectamente justificada, pues no se trataba de un convoy especial, y aún menos de un vagón sellado). Un socialista alemán llamado Oscar Blum había decidido darse una oportunidad. Creyendo que se trataba de un espía, el líder bolchevique agarró al intruso por las solapas y lo echó del vagón, arrojándolo literalmente a las vías.[78]

6

El tren sellado

> La experiencia de la guerra, como la experiencia de todas las crisis de la historia, de todas las calamidades y de todos los puntos de inflexión en la vida de un hombre, turba el entendimiento y quebranta el espíritu de algunos, *pero a otros los ilumina y los atempera.*
>
> V. I. Lenin (subrayado/cursiva en el original)

Después de aquel episodio, las dos primeras horas del viaje discurrieron de manera bastante agradable, al menos para los parámetros de un bolchevique. Desde Zúrich, el tren local atravesó un valle salpicado de troncos de vid. La mayoría de los pasajeros descansaba; las granjas de color amarronado y las lejanas laderas de las montañas habían formado parte de su territorio durante años. Cuando el tren aminoró la marcha, justo a las afueras de Neuhausen am Rheinfall, se oyeron exclamaciones de sorpresa mientras todos miraban hacia la derecha; las vías hacían una marcada curva sobre la cascada más grande de Europa. Pero esos breves instantes idílicos quedaron en el olvido en cuanto empezó a divisarse la estación de Neuhausen, pues era una de las últimas antes de llegar a la frontera. Unos pocos kilómetros más adelante, en Schaffhausen, un pelotón de guardias fronterizos helvéticos aguardaba la llegada de la expedición rusa. Los alemanes podían haber prometido un pasaje gratuito a esa banda de exiliados extranjeros, pero en aquellos momentos los suizos querían dejar bien claro que ellos nunca habían acordado nada en ese sentido.

El grupo de Lenin tuvo que apearse del tren. Mientras esperaba (en el andén 3), los agentes de la policía helvética inspeccionaron los cestos llenos de mantas, libros y provisiones que llevaban para el viaje. Salió a relucir que había una normativa en tiempos de guerra relativa a la exportación de alimentos desde Suiza. La comitiva llevaba un exceso de queso y de salchichas, y tendría que renunciar a los huevos duros. Fue una conmoción contemplar cómo el sustento de toda una semana era requisado, y el mismísimo proceso (que solo dejó unos cuantos panecillos, contados minuciosamente, y un resguardo debidamente certificado) bastó para poner a todos al borde del ataque de nervios. En Thayngen, más cerca aún de la frontera, un escuadrón de hombres uniformados repitió la misma operación. Cuando el tren helvético llegó al final de su trayecto, en la estación de Gottmadingen, a unos metros de distancia de Alemania, los pasajeros del convoy estuvieron a punto de ser presa del pánico. Para su desesperación, mientras echaban un vistazo al andén, vieron a dos individuos muy poco sonrientes vestidos con uniforme gris, ese tipo de hombres rígidos y severos que las autoridades suelen enviar cuando pretenden detener a alguien por sorpresa.

Aquellos oficiales alemanes habían sido cuidadosamente seleccionados. El teniente Von Bühring era el más joven de los dos. Los viajeros no debían enterarse, pero lo cierto es que había sido elegido para aquella misión porque entendía el ruso. Junto a su superior, el capitán Von Planetz, había recibido directamente instrucciones del mismísimo jefe de operaciones militares alemán, el general Erich von Ludendorff.[1] Después del episodio con los asépticos burócratas de Suiza, Bühring y Planetz resultaban una pareja aterradora, con sus botas relucientes y sus secos saludos. Los dos alemanes, como arquetipos del malvado en una película de

guerra, ordenaron a los rusos que formaran dos filas en el interior de la sala de espera de tercera clase, los varones a un lado, y las mujeres y los niños a otro. Instintivamente, los hombres rodearon a Lenin como un montón de hormigas se apiña alrededor de su hipertrófica reina.[2] Pasaron varios minutos, y aunque nadie se atrevía ni a decir palabra, la mayoría se preguntaba cómo habían podido caer en aquella trampa alemana.

La espera daría tiempo para que los alemanes contaran el número de sus huéspedes, los observaran o simplemente organizaran su equipaje. Debió de ser un acto sumamente calculado demostrar a los rusos quién mandaba allí. Cuando los oficiales estuvieron satisfechos, sacaron al pequeño grupo del edificio de la estación sin querer dar ninguna explicación. Fuera, la locomotora esperaba, vomitando ya humo blanco. Berlín había cumplido lo acordado al pie de la letra. Era un viaje que iba a resultar tan costoso, tanto en recursos como en un tiempo precioso durante el cual quedaría ocupada una parte de su línea férrea, que los alemanes habrían podido incluir también colchones de plumas y champán gratis, pero los exiliados habían solicitado asientos baratos, y eso era precisamente lo que se les daba. El vagón de madera, pintado de verde, constaba de tres compartimentos de segunda clase y cinco de tercera, dos lavabos y una zona de equipaje para los cestos de los rusos. Se trataba del famoso tren sellado, aunque en lo referente a la seguridad, esta consistía simplemente en que tres de las cuatro puertas del lado del andén quedaban cerradas después de hacer el recuento a bordo de todos los pasajeros.[3]

Hubo un momento de confusión cuando los rusos empezaron a discutir sobre dónde debía sentarse cada uno. Después de mucho insistir, Lenin y su esposa accedieron a ocupar el primero de los tres compartimentos de segunda clase

situados a la cabeza del vagón. Los otros dos fueron ofrecidos a familias con mujeres y niños, empezando por Gueorgui Safarov y su esposa Valentina, Inessa Armand y Olga Ravich. Todas estas personas se instalaron con Radek en el compartimento que se encontraba al lado del de Lenin, y los Zinóviev se unieron a otras dos parejas para ocupar el que había a continuación. Los demás se sentaron en la zona de tercera clase, resignándose a que se les entumecieran las piernas y a respirar aire viciado. Los guardias alemanes se sentaron al fondo. Para preservar la ilusa creencia de que los rusos no tendrían contacto alguno con el enemigo, en el suelo del vagón se había trazado con yeso una línea divisoria para separar su territorio del correspondiente a los demás. La única persona que podía cruzarla era el suizo Fritz Platten, que se había convertido en el intermediario oficial de toda la comitiva.

Mientras el tren se dirigía lentamente hacia el norte, Lenin, una modesta figura enfundada en un traje polvoriento, permanecía de pie, con los pulgares apoyados en los bolsillos de su chaleco, junto a la oscura ventana de su compartimento. Más allá de su propio reflejo en el cristal, podía observar que los bosques de alisos estaban reverdeciendo. Aunque las sombras iban alargándose cada vez más, aún resultaba posible adivinar la presencia de celidonias amarillas y de anémonas blancas, las primeras flores silvestres que anunciaban la llegada de una nueva primavera. El valle se ensanchaba, abriéndose a los prados. Suiza iba desapareciendo en la nube de humo, el rítmico traqueteo del tren favorecía una sensación de dinamismo, de determinación y de avance. El ambiente resultaba balsámico, hipnótico, pero antes de que Lenin pudiera dejarse arrastrar totalmente por él, se activaron los frenos, y aquel estado de trance momentáneo se esfumó. Al parecer, aunque ya no se veía ni una so-

la luz, el tren se había detenido a los pies de un risco descomunal, el Hohentwiel, un volcán inactivo de casi setecientos metros de altitud, una especie de pirámide enorme cuya silueta se dibujaba en la oscuridad más pálida de la noche. Con las ruinas de una fortaleza fronteriza del siglo x en su cima, constituía la única atracción de la ciudad de Singen, que era el lugar en el que los rusos estaban a punto de pernoctar. Como una amenaza que se cernía sobre ellos junto a las vías, una fábrica daba testimonio del poder épico del sistema de producción capitalista. Tan colosal y brutal como cualquier fortaleza, este particular coloso se dedicaba a producir ríos y ríos de la famosa sopa en polvo de la marca Maggi.

Tras dejar el vagón de los rusos aparcado en una vía lateral, los ferroviarios alemanes fueron a acostarse. Como era de noche, la fábrica estaba cerrada, en los prados y bosques que había más allá reinaba el silencio y la pequeña ciudad dormía. Sin embargo, como a modo de contraste con tanta calma, algunos de los viajeros estaban haciendo muchísimo alboroto. Aquel ruido de fondo, esto es, el triquitraque del tren en movimiento, había ocultado el hecho, pero lo cierto es que el grupo que ocupaba el compartimento contiguo al de Lenin era muy estridente. Sus integrantes se habían pasado el tiempo entonando estrofas de «La Marsellesa» desde que habían salido de Suiza. En aquellos momentos, en medio de la noche, las mismísimas paredes del vagón se tambaleaban con sus continuas carcajadas, risas que se alternaban con la potente voz de barítono de Radek y la voz chillona de Olga Ravich. La alegría se veía estimulada por la cerveza alemana que Planetz y Bühring habían adquirido en una tienda de la ciudad y que habían pasado al otro lado de la línea de tiza (junto con un montón de bocadillos) para que cenaran sus huéspedes.[4]

Lenin no era de los que aguantaban que lo molestaran. Refunfuñó y luego dio unos cuantos golpes con el puño en la pared del compartimento. No podía huir de allí; ni siquiera podía bajar del vagón y caminar un poco para estirar las piernas. Fue esa primera noche del viaje, allí en Singen, cuando empezó a formular sus famosas normas en el tren. La regla inicial haría que dormir en horas concretas se convirtiera en un asunto de disciplina comunista; dejaría de ser una opción y pasaría a constituir el deber bolchevique de los camaradas. En aras de su objetivo, Lenin trató también de exiliar a Ravich a un compartimento más alejado. Esa medida era injusta y excesiva, fundamentalmente porque había sido Radek el principal causante de todo el ruido. Ravich fue rescatada de su destierro por sus compañeros de viaje, y Lenin no tuvo más remedio que regresar a su propio compartimento y cerrar la puerta. Cuando desapareció el último bocadillo, el alboroto ya había dado paso a los murmullos y a las risitas contenidas.

También surgió el problema de los cigarrillos. Desde un principio, Lenin había prohibido fumar en los compartimentos y en los pasillos. Como nadie podía apearse del tren para echar unas caladas, lo único que quedaba era el lavabo de la zona rusa (uno solo, pues el otro, situado al fondo del vagón, estaba en territorio alemán). Enseguida se formó una larga cola cuando los pasajeros que necesitaban utilizar de verdad el retrete se vieron obligados a esperar debido a la sucesión de fumadores que lo mantenían continuamente ocupado. La solución del líder bolchevique (llamada por Radek «su trabajo organizativo para el partido») consistió en repartir pases, dando a los fumadores vales de «segunda clase» para el lavabo, mientras que los demás usuarios recibían vales de «primera clase» que tenían preferencia. La estrategia redujo la ruidosa cola que se formaba frente a la

puerta del compartimento del líder, pero Radek y sus camaradas siguieron discutiendo durante horas sobre la importancia relativa, en términos filosóficos, de los dos tipos distintos de imperativo físico.[5] Nadie pudo dormir mucho. El amanecer sorprendió a los rusos exhaustos y con el cuerpo dolorido; agarrotados, con sensación de sofoco y los ojos enrojecidos. Cuando la locomotora se puso en marcha a las cinco de la mañana, ahogando el canto de los mirlos con sus agudos pitidos, el traqueteo y el movimiento seguramente resultaran un alivio.

La ruta de aquella segunda mañana, martes 10 de abril (28 de marzo según el calendario ruso), pasaba por el valle del Neckar, entre la Selva Negra y el Jura de Suabia. Los viajeros dormitaban cuando su convoy dejó atrás la localidad gótica de Rottweil y el antiguo castillo de Horb. Esas tranquilas montañas resultaban relajantes, y estaban salpicadas solo de pequeñas aldeas que parecían juguetitos de madera, cada una de ellas con su iglesia y su apuntado campanario. A los rusos les sorprendió ver a tan poca gente; los campos estaban abandonados y apenas había hombres en edad de trabajar para ocuparse de ellos. Mientras consumían los últimos panecillos, ya correosos, y sacudían las migas de sus bancos de madera, pudieron observar también que la gente parecía muy delgada y cansada. Los aldeanos clavaban su mirada en ellos si el tren ralentizaba la marcha, y fue entonces cuando los rusos se dieron cuenta de que prácticamente ningún alemán había visto un panecillo de pan blanco desde 1914, y comprendieron que pasaban hambre y que los miraran fijamente con hostilidad.[6] La prensa alemana había informado prudentemente sobre la identidad de los pasajeros (Berlín pudo tener por fin una oportunidad de parecer bene-

volente), pero era su condición de seres humanos bien alimentados, no la de socialistas o la de rusos, la que provocaba aquellas miradas poco amigables de los campesinos.

Para los miembros adultos del grupo no había nada de novedoso en los paisajes alemanes y sus grises cascadas, pues conocían suficientemente bien el país después de asistir a las conferencias celebradas en él antes del estallido de la guerra. También conocían la línea del ferrocarril, y sabían identificar sus estaciones: Tuttlingen, Herrenberg, Stuttgart (por las que aún no habían pasado). Incluso Lenin se quedaba mirando pensativo por la ventana, mientras unos dormían y otros charlaban haciendo cola para fumar. Intentaban reprimir un perturbador sentimiento de pérdida que la Alemania devastada provocaba en ellos, pues la habían conocido en toda su grandeza y esplendor y la habían considerado una inspiración para el futuro del mundo.

Cada vez que el tren aminoraba la marcha o se detenía, la mirada de un montón de rostros demacrados y exhaustos se cruzaba con la de los rusos: eran caras pálidas, macilentas y tristes después de años de guerra. Incluso las ciudades parecían huérfanas de hombres, pero en algunas estaciones grupos de mujeres furiosas se apiñaban junto a las ventanas del vagón, levantando y agitando los puños o cubriendo las ventanas con páginas de periódicos alemanes en las que aparecían viñetas del zar deshonrado. Alguien dijo a Elena Usievich que la policía trataba de impedir que esa gente se aproximara al tren, pero lo cierto es que la visión de aquellos rostros espectrales y hambrientos la atormentaría durante décadas.[7] Los rusos más entusiastas preferían interpretar el sufrimiento que podían contemplar como una prueba de que Alemania estaba al borde de una revolución. Esa perspectiva tan positiva exigiría más cánticos de «La Marsellesa». Cuando los compases del himno revoluciona-

rio empezaron a oírse en Baden-Württemberg, los guardias llamaron a Platten para indicarle que aquellos cánticos franceses probablemente no fueran muy del agrado de la población local. Obedientes, los cantores se callaron y se pusieron otra vez a dormir.

A mitad de la jornada hubo un poco de entretenimiento. Todo empezó cuando fue requerida la presencia del encomiable Platten en la zona alemana del vagón. El capitán Von Planetz quería saber si Lenin estaría dispuesto a reunirse con un nuevo huésped: Wilhelm Janson se encontraba en el tren. El plan de incluirlo en el grupo en Gottmadingen «en calidad de representante de los sindicatos alemanes» había sido descartado, pero los germanos habían subido a Janson al tren a hurtadillas en Karlsruhe con la esperanza de poder apretarle las tuercas a Lenin.

Lo primero que había que hacer era ocultar a Radek. Como ciudadano austríaco, difícilmente podía afirmar que era un exiliado ruso de camino a Petrogrado. Individuos hostiles podrían señalar que era susceptible de ser reclutado para prestar servicio militar en el frente, y había miembros del movimiento sindicalista alemán que querían que fuera interrogado en relación con las acusaciones de robo (aquellos libros, aquel abrigo y aquel sombrero) de antes de la guerra, así como sobre la malversación de fondos del partido. Para impedir que Janson pudiera verlo, lo encerraron en el compartimento del equipaje con una gran provisión de periódicos para que estuviera quieto y callado. A continuación, Lenin envió su respuesta oficial a la solicitud del camarada Janson: «Dígale —dijo a Platten— que si entra en [nuestra zona de] el vagón, le daremos una paliza».[8]

El vagón carecía de comodidades, pero Lenin y sus compañeros de viaje disponían al menos de espacio suficiente. En Rusia, donde montones de revolucionarios habían em-

prendido el camino hacia el oeste para llegar a la capital desde su exilio en Siberia, el lujo de aquellos asientos de tercera clase alemanes era inimaginable. En cuanto el Sóviet concedió a los soldados permiso para utilizar transporte civil, los viajes en tren se convirtieron en brutales contiendas por un poco de espacio. Los vagones se llenaban hasta la bandera cuando los soldados con sus pesados abrigos subían en tropel al tren: tropas que regresaban al frente, hombres en su fase de instrucción o que estaban de permiso, e incluso pequeños grupos de desertores que lanzaban ávidas miradas lascivas a las muchachas bien vestidas.[9] En los trayectos más cortos, algunos pasajeros, desesperados, llegaban a viajar colgados de las puertas del tren; las ballestas de los vagones se resentían, y empezaron a romperse por el exceso de peso. Cuando un legado británico con un compartimento reservado para viajar a Bakú llegó a la estación de Petrogrado para coger el tren se encontró con que sus asientos habían sido ocupados por un grupo de soldados y marineros. «El jefe de estación … dijo que intentar echarlos de allí provocaría un derramamiento de sangre», informó a Londres el general Knox. «No tuvo más remedio que resignarse a no viajar aquella noche.» En algunas ciudades, desplazarse en tranvía resultaba imposible, pues todos los vehículos se llenaban de soldados que no pagaban billete.[10]

Ignorando todas las penalidades que les esperaba en su camino, la gente seguía llegando en tropel a Petrogrado. Los inconvenientes y las incomodidades no parecían un obstáculo. Entre los primeros en regresar hubo dos líderes bolcheviques, Lev Kámenev (viejo ayudante de Lenin) y Josef Stalin, que llegaron a la capital el 12/25 de marzo. No obstante, la primera gran estrella de verdad que regresó a Petrogrado llegó a la capital un poco más tarde, el 18/31 de marzo. Iba a desempeñar un papel crucial en la política re-

volucionaria de Rusia. Al igual que el de Lenin, su regreso era aguardado con una especie de reverencia, y al igual que Lenin, no había dejado de reflexionar mientras su tren lo conducía a su destino final.

Irakli Tsereteli era un georgiano con el porte de un príncipe y los gustos de un poeta. A sus treinta y seis años, con su espeso bigote —todavía prácticamente negro—, parecía salido de un cuadro de Pirosmani, pues a este famoso primitivista de Georgia le habría encantado su tez pálida y sus oscuros ojos algo saltones y de mirada conmovedora. En comparación con el rostro lupino y picado de viruelas de Stalin, el de Tsereteli tenía la expresión austera y el refinamiento de un santo medieval. También vestía con pulcritud, lo que lo distinguía como una figura que debía ser tenida en cuenta.

La formación de este georgiano había sido la de un privilegiado, pero ya de muy joven había decidido dedicarse en cuerpo y alma a la revolución. Había sido elegido miembro de la Duma en 1907, pero había sido condenado a prisión y a un largo exilio, razón por la cual había adquirido una autoridad moral entre los miembros de la izquierda rusa que pocos podían igualar. A diferencia de Lenin, había estado toda su vida en el imperio del zar. En 1917, la revolución lo sorprendió en su destierro en una aldea próxima a Irkutsk. Esa circunstancia geográfica, que lo situaba a doble distancia de Petrogrado por el este de la que se encontraba Lenin por el suroeste, vino a marcar su respuesta a la crisis revolucionaria desde un primer momento.

La noticia del estallido de la revolución había llegado a Irkutsk en uno de los últimos trenes correo zaristas.[11] El titular de un periódico que alguien se había preocupado de dejar oportunamente el 2/15 de marzo en una mesa de la oficina del gobernador bastó para desencadenar un alboroto

en la ciudad. La guarnición no tardó en unirse a la revolución, y el Antiguo Régimen se vino abajo. En cuanto la población local se hizo con el control (no quedó más remedio), un comité, en el que figuraba Tsereteli, detuvo al gobernador, abrió las puertas de las cárceles y proclamó la liberación de Irkutsk. Durante unos días, el ambiente era de euforia, sobre todo porque la oposición se mantuvo oculta. Pero incluso en la remota Irkutsk, situada a más de cuatro mil quinientos kilómetros de distancia de cualquier campo de batalla, los revolucionarios tuvieron que enfrentarse al hecho de que Rusia seguía en guerra. Como antiguo miembro de la Duma, y por su pragmatismo, Tsereteli estaba convencido de que Rusia no podía abandonar simplemente el campo de batalla. Al igual que los integrantes del Ispolkom de Chkheidze, también temía al invasor prusiano con la misma intensidad con la que imploraba una paz inmediata. «La revolución tendrá que buscar en su interior la fuerza necesaria para ponerle fin —escribiría en una reflexión sobre el conflicto bélico— sin renunciar a nuestra libertad … Si no, se convertiría en la víctima de un enemigo externo y de una contrarrevolución interna.»[12]

La oportunidad para poner a prueba esas teorías se presentó de repente. Irkutsk era un importante centro de paso de mercancías. Las balas y los fusiles, la harina, el acero, el caucho o las mechas y las espoletas para los explosivos pasaban por la ciudad en el ferrocarril transiberiano que partía del puerto de Vladivostok, en la costa del Pacífico, hacia el lejano frente ruso. Tsereteli no era un belicista; se había opuesto a la guerra desde un principio. Pero una mañana de comienzos de marzo, llegó un mensaje de los ferroviarios de la ciudad solicitando instrucciones en lo concerniente a un envío de pertrechos. Dejar que siguieran su camino significaba colaborar con la guerra, pero Tsereteli no podía conde-

nar a los soldados rusos —los hijos, tal vez, de mujeres que vivían allí mismo, en Irkutsk— a morir por un principio, cualquiera que fuera, relacionado con la paz en Europa.[13] El georgiano recordaría aquel momento como un verdadero punto de inflexión psicológico.[14] Fue también un período agotador, una primera exposición a las dificultades que comportaba reconciliar la teoría marxista con el poder práctico. Después de diez días de fuertes tensiones, la salud de Tsereteli se resintió. Cuando este georgiano subió al tren que debía conducirlo a Petrogrado, vio en las interminables horas de aquel largo viaje una verdadera oportunidad para descansar y recuperarse.

Su viaje fue más rápido que el de Lenin, pero no más tranquilo ni más pacífico. Mientras que Lenin no mantuvo contacto alguno con la población civil de Alemania, los exiliados que volvían a casa en el tren de Tsereteli se vieron obligados a levantarse de sus asientos cada vez que hacían una parada para dirigirse a la multitud de aldeanos que se había congregado en las distintas estaciones. Como había empezado a toser sangre, Tsereteli solo podía mirar, pero el público con el que se encontraban sus camaradas estaba desconcertado, ilusionado, lleno de ideas algo confusas. «Tuve la impresión de que la gente buscaba líderes», recordaría Tsereteli. El prestigio del Sóviet de Petrogrado parecía enorme allí donde se detenían, superando con creces el del Gobierno Provisional, pero nadie parecía comprender exactamente cómo estos dos órganos pensaban compartir el poder. Tsereteli creía que lo sabía. También consideraba que la gente debía ser informada, informada sin concesiones a su inexperiencia política. Como especifican sus extensas anotaciones, se trataba de una revolución burguesa, la primera fase de un proceso más largo, y los trabajadores debían lealtad al nuevo Gobierno Provisional. El Sóviet de Petrogrado,

como los demás pequeños sóviets creados en ciudades de provincia, «no era un órgano concebido para competir con el gobierno por el poder, sino un centro para la unificación y la educación política de las clases trabajadoras, establecido para garantizar la influencia de dichas clases en el devenir de la revolución».[15]

Con esta idea aclarada, se volvió a sentar y se puso a leer el periódico. La sombra de la guerra iba alargándose a medida que su tren se acercaba a la capital. Por lo que había leído, parecía que la posición del Gobierno Provisional estaba endureciéndose. Sus líderes burgueses no estaban de acuerdo en lo concerniente a las obligaciones contraídas por el país con sus aliados, pero todos parecían convencidos de que un pueblo liberado por una revolución tendría fuerzas renovadas para luchar y alzarse con la victoria. Incluso *Izvestia* estaba adoptando una línea más patriótica. Un número reciente contenía el manifiesto del 14/27 de marzo del Sóviet, partes del cual lo llenaban de orgullo en aquellos momentos. «Seguimos defendiendo firmemente nuestra libertad frente a todas las injerencias reaccionarias internas o externas —leyó—. La revolución rusa no se rendirá ante las bayonetas de los agresores y no se doblegará ante ninguna fuerza militar externa.»[16] El número del día siguiente describía una manifestación del batallón de reserva del regimiento Semenovsky, que había sido el último en presentarse con uniforme de gala (y acompañado de una banda militar) al palacio Táuride para hacerse escuchar: «Guerra hasta alzarse con la victoria final —proclamaban sus banderas rojas—. ¡Larga vida a la Rusia libre!» y «Por la defensa de la libertad y la victoria sobre Guillermo».[17] El reportaje no permitía que Tsereteli pudiera hacerse una idea de cuál era el ánimo de la población en general, pero cuando su tren

empezó a aminorar la marcha para efectuar su última parada, estaba plenamente seguro de lo que pensaban los soldados de una paz vergonzosa y precipitada.

Lenin también utilizó su viaje para refinar algunas ideas de suma importancia. Trabajó sin parar, esbozando reflexiones en un cuaderno maltrecho o reuniéndose en un compartimento con colegas de confianza para debatir con ellos.[18] Su estrategia requería que Europa tomara la iniciativa, pues la Rusia a la que regresaba seguía siendo en su mente un país atrasado, con muchas penurias y que tenía que cargar con sus masas campesinas.[19] Cuando meditaba sobre el futuro de su revolución, sin embargo, no veía con claridad que los camaradas alemanes estuvieran preparados para comenzar una revolución. Su único contacto con los locales tuvo lugar de manera accidental. Los rusos se habían detenido en Fráncfort a última hora de la tarde del 28 de marzo/10 de abril. Su vagón habría podido atraer a la multitud de aquella hora punta, por lo que fue conducido a una vía muerta, y los guardias alemanes (y Platten) volvieron a tomarse la noche libre, dirigiéndose a casa de amigos y a tomar unas cervezas, aprovechando aquellos momentos de libertad para estirar las piernas. El vagón aislado fue descubierto cuando allí no había nadie vigilándolo. Un grupo de soldados alemanes irrumpieron en él por las puertas laterales no selladas. «Todos traían una cerveza en cada mano —recordaría Radek—, y se echaron sobre nosotros con un entusiasmo sin precedente, queriendo saber si habría paz, y cuando llegaría esta.»

Las autoridades de Alemania no podían permitir que volviera a repetirse un intercambio de palabras tan escandaloso. En Fráncfort, los rusos habían sufrido un retraso en su viaje. A la mañana siguiente, en Halle, el tren privado del mismísimo príncipe heredero tuvo que detenerse para ceder

el paso al de Lenin.[20] Cuando el 29 de marzo/11 de abril llegó a Berlín, el tren sellado seguía llevando algo más que un pequeño retraso, y después de ser conducido a una vía muerta para pasar otra noche no hubo ni fiesta ni cerveza: el personal alemán trajo unos cuantos platos de croquetas. Incluso Platten fue informado de que no podía salir del vagón sin escolta. Radek comentaría que la única gente que pudo ver en el andén eran todos espías.[21]

Los rusos permanecieron veinticuatro horas en Berlín, y nadie sabe con certeza qué hicieron para pasar el tiempo. En las fuentes, no hay ningún testimonio, sin embargo, que apoye la posterior afirmación de que Lenin mantuvo una reunión con personal del Ministerio de Exteriores alemán.[22] Tanto retraso se debió a que los viajeros habían perdido el miércoles el transbordador que tenía que llevarlos a Suecia. Cuando su tren llegó a Berlín, había dos posibilidades: quedarse allí o seguir la solitaria ruta que conducía a la costa del norte. El puerto de Sassnitz, del que todas las tardes partía para Suecia un transbordador, no constituía una opción muy segura, pues se encontraba en el extremo oriental de la isla de Rügen, una zona de formaciones rocosas vital desde el punto de vista estratégico, pero muy poco poblada, llena de bosques y con muchos recovecos tranquilos en los que desembarcar y un sinfín de cuevas ocultas. En un momento determinado, el personal diplomático alemán reservó un lugar allí, «en una habitación cerrada a cal y canto», para que los rusos pasaran la noche, pero Berlín se convirtió en una apuesta más segura.[23] En la capital, el gobierno podía mantener a sus huéspedes bajo control con mayor facilidad. Mientras los rusos vaciaban aquellos platos de comida grisácea, la reserva de una habitación cerrada a cal y canto en

Sassnitz fue cancelada, y un par de funcionarios del Ministerio de Exteriores fue a toda prisa a comprar tres docenas de billetes para el barco del día siguiente.

Tras un lento viaje de cinco horas, los rusos llegaron por fin a Sassnitz el 12 de abril. Si Lenin estuvo observando el paisaje por su ventana (y no escribiendo con la mirada clavada en las páginas de su cuaderno), probablemente viera las tierras de pasto de la zona, aún amarillentas después de meses de nieve, y los bosques del norte en los que los abedules superaban en número a los robles y los arces del sur de Alemania. En aquellos momentos, la luz resultaba más pálida, de un gris más invernal, y los canales cenagosos que recorrían los campos reflejaban un cielo totalmente nublado. Había cornejas cenicientas, como las de Rusia, y las primeras bandadas de grullas migratorias hambrientas, con sus plumas grises y largas, habían empezado a abrirse camino en los humedales. Las granjas y las aldeas, sin embargo, estaban tan vacías como las que habían visto en el sur, y sus caballos habían sido reclutados por el ejército junto con los hombres.

Era una escena melancólica, pero cualquier sentimiento de nostalgia se desvaneció en cuanto el tren comenzó a aproximarse a Stralsund, uno de los antiguos puertos hanseáticos del Báltico. Los graznidos de las gaviotas constituían una señal de que habían llegado por fin a la costa, pero Stralsund no sería la última parada de los rusos en suelo alemán. No había un puente fijo que uniera el Stralsund y la isla de Rügen, por lo que el vagón tuvo que ser cargado en un transbordador, luego hubo que descargarlo en la orilla opuesta y a continuación fue conducido lentamente hasta Sassnitz y la terminal portuaria en el Báltico. Un día después de lo planeado, Lenin y su comitiva rusa subieron a bordo del vapor *Queen Victoria* para emprender un viaje de

cinco horas con destino a Suecia. Había valido la pena correr aquel riesgo con el enemigo. Los promontorios boscosos de Rügen, que se adentraban en el Báltico como extremidades de anfibios, serían el último pedazo de Alemania que vería la mayoría de aquellos exiliados que regresaban a la patria.

Desde el punto de vista de los gobiernos aliados, el momento no habría podido ser peor. La misma semana en la que Lenin había huido de Zúrich, Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania. En París y en Londres se estaban efectuando los últimos preparativos para emprender una ofensiva en el Aisne. Su comandante supremo, el general francés Nivelle, había convencido a los aliados británicos de que iba a ser la campaña que pondría fin a la guerra. La primera parte de la ofensiva, encomendada al III Ejército británico, empezó el 9 de abril, justo cuando Lenin se reunía con sus camaradas para almorzar en el Zähringerhof. Cuando la comitiva ya se encontraba de camino a Stuttgart, había en pleno proceso un ataque de los franceses contra puestos de observación alemanes en San Quintín. Es evidente que en Flandes y en la cuenca del Rin los espías observaban constantemente el movimiento de los trenes, pero lo que les interesaba era el traslado de tropas y de material, no un grupo de exiliados rusos. Fue gracias a la labor del Servicio de Inteligencia británico como se tuvo constancia de la partida del grupo de Lenin, de la que informó debidamente el agente SW5 en Berna. En opinión de dicho agente, sin embargo, los revolucionarios en cuestión pertenecían a una «minoría de los rusos que hay en Suiza», y sus ideas eran «de una naturaleza que se caracteriza por su fanatismo y su intolerancia. Mi opinión personal —comentaba SW5— es

que esa gente resultaría totalmente inocua si otros rusos hubieran sido autorizados a regresar, lo que, por desgracia, no ha sido el caso».[24]

Unos pocos agentes británicos se manifestaron de manera más inequívoca, pues consideraban que Lenin era peligroso independientemente de cuáles fueran las circunstancias. En vista de la supuesta voluntad de otros agentes de acabar con la vida de Rasputín, resulta asombroso que algún miembro de este último grupo no se pusiera en contacto con Webley para prestar sus servicios y siguiera el consejo que el ficticio jefe de los espías «R» (léase «C») de Somerset Maugham dio a un operativo en un caso similar: «Dispárale, y dispárale lo más rápido que puedas».[25] En general, sin embargo, llegado este punto lo que más sorprende de la correspondencia diplomática y la de los servicios de inteligencia de los británicos es su negativa a aceptar la finalidad (por no hablar de la legitimidad) de la Revolución de Febrero en su conjunto.

Las consecuencias de una negativa como esa pueden rozar a veces lo absurdo. A finales de marzo, cuando León Trotski intentaba regresar a Rusia por mar desde Nueva York, fue detenido por un oficial británico en el puerto de Halifax, Nueva Escocia. «Para el coronel —recordaría Trotski— la revolución rusa simplemente no existía.» Trotski y cinco de sus compañeros fueron conducidos a un campamento en Amherst que era utilizado para prisioneros de guerra alemanes, y allí fueron «sometidos al examen más exhaustivo que haya experimentado nunca, ni siquiera en la Fortaleza de Pedro y Pablo». Delante de otra gente, los desnudaron para registrarlos e interrogarlos, y luego los encerraron en una celda con la promesa de que no iban a soltarlos.[26] Sus carceleros seguían las instrucciones de un agente británico

en Nueva York, que había avisado (erróneamente) a Londres de que León Trotski, «un supuesto socialista ruso», era «en realidad un alemán».[27]

El viaje de Lenin provocó un grado similar de confusión. En Petrogrado, Buchanan habló sobre el tren sellado con Pável Miliukov, pero el nuevo ministro de Exteriores era de la opinión de que, a los ojos de los rusos, Lenin se había condenado él solo al aceptar ayuda alemana. Buchanan no quedó plenamente satisfecho, pero no podía hacer nada más al respecto sin violar su lista personal de reglas diplomáticas. Sir Esmé Howard, legado británico en Estocolmo, era más realista, sobre todo después de que en su oficina se viera a un número tan elevado de emigrados rusos y se oyera una gran variedad de relatos. A Howard le habría encantado haber podido encontrar una manera de parar a Lenin, especialmente antes de que el maldito revolucionario pusiera pie en suelo sueco. La propuesta más ingenua vino de Kesküla, que pretendía la ayuda británica para su amada Estonia libre. En una conversación privada, sugirió que Lenin podría ser detenido para ser puesto en cuarentena como medida preventiva. Al fin y al cabo, el grupo bolchevique llegaría de Alemania, un país en el que, según la prensa sueca, se habían dado recientemente treinta y dos mil casos de viruela.[28] Parecía una idea atractiva, pero nadie podía garantizar que una intervención tan torpe no habría acabado por empeorar el problema.

Mientras los aliados de Rusia valoraban las opciones (y comprobaban el funcionamiento de las pistolas que guardaban en sus escritorios), la Alemania imperial trabajaba con el mismo ahínco en nombre de Lenin. Al parecer, a nadie en el grupo de emigrados se le había ocurrido solicitar a los suecos los documentos de tránsito. Los alemanes tuvieron que encargarse de nuevo. El 10 de abril, mientras el tren de

Lenin atravesaba la región de Hesse en dirección noreste, el ministro de Exteriores germano estaba en comunicación telegráfica permanente con Estocolmo. La autorización del gobierno sueco para la continuación del viaje de los rusos no llegó a Berlín hasta aquella misma tarde, cuando ya se apagaban las luces y los funcionarios ministeriales se secaban el sudor de la frente después de la frenética jornada. Había sido una tarde muy complicada, y durante unas horas había dado la impresión de que el plan para trasladar a Lenin hasta Rusia iba a tener que ser revisado en el último minuto. «En el caso de que a los rusos se les deniegue la entrada en Suecia —decía un memorándum de fecha 12 de abril—, el Alto Mando del Ejército estaría preparado para introducirlos en Rusia a través de las líneas alemanas.»[29]

El llamado «mal de mar» constituiría un grave problema inesperado. Según Radek y Platten, solo unos pocos viajeros no lo sufrieron, entre ellos Lenin, Zinóviev y el propio Radek. Cuando el transbordador zarpó de Sassnitz, los hombres más valientes decidieron quedarse en cubierta. Para combatir el gélido frío se pusieron a entonar sus canciones favoritas (incluida la versión de «No nos casaron en la iglesia» que más gustaba a Lenin). Para ayudar a pasar el rato, Radek no dudó en ponerse a discutir, para lo cual tenía un talento especial que nunca lo abandonaba. Pero los comentarios que afirman que el líder bolchevique y sus amigos permanecieron en cubierta durante toda la travesía son pura fantasía.[30] El Báltico estaba embravecido —aunque las peores tormentas habían amainado una semana antes—, y el frío era implacable. Por estrecho e incómodo que pudiera ser el salón del barco —sin duda lleno de humo ruso—, lo cierto es que era el único lugar en el que uno podía sentarse protegido del viento.

Lenin se resignó a pasar unas cuantas horas de confinamiento; al fin y al cabo, se trataba prácticamente de la última etapa del viaje. Más tarde, todos se conmocionaron cuando oyeron que lo llamaban por su apellido verdadero a través del sistema de megafonía de la embarcación. Los rusos habían rellenado los formularios habituales de pasajeros al embarcar en Sassnitz. Siguiendo instrucciones de Lenin, la mayoría había escrito un nombre falso, manteniendo el anonimato que habían acordado en Zúrich. En aquellos momentos alguien preguntaba si un tal Uliánov se encontraba a bordo, y todos los nervios del cuerpo de Lenin se tensaron como los músculos de un animal acorralado. ¿Acaso los suecos pretendían arrestarlo allí mismo? ¿Acaso los británicos tenían a uno de sus agentes a bordo? Durante unos instantes consideró la posibilidad de esquivar el destino que parecía aguardarle, pero, haciendo de tripas corazón, se abrió paso hasta el puente. Esperaba el suplicio o la muerte; sin embargo, lo que se encontró fue un mensaje de Yakov Fürstenberg. El amigo y agente en la sombra del líder bolchevique había tenido siempre la intención de encontrarse con él en el barco, pero el día anterior había aguardado en vano la llegada del grupo de Lenin en Trelleborg. Ingenioso como siempre, esta vez había decidido comprobar antes si venía en aquella nave y había enviado un mensaje por radio al transbordador para cerciorarse y no perder otra noche.[31]

Aliviado, Lenin estuvo a punto de ponerse a reír a carcajadas, y cuando se divisó Telleborg, su humor era excelente. Fürstenberg estaba allí y había organizado una pequeña recepción en el lugar en el que el barco iba a atracar (lamentablemente, menos ostentosa que la que había preparado la noche anterior). Los marineros estaban seguros de que podían conseguir unas cuantas banderas rojas. El plan original había consistido en incluir al político socialista de izquier-

das, Fredrik Ström, en el comité de bienvenida, pero sus responsabilidades lo retenían en la capital. No obstante, un camarada más joven, Otto Grimlund, se unió a Fürstenberg y al alcalde de Trelleborg en el muelle iluminado por la luz crepuscular. Era un día muy frío, y Grimlund recordaría cómo se elevó el ánimo de los suecos en cuanto identificaron «la fornida figura de Platten» en la cubierta del *Queen Victoria*.[32] Platten enseguida apareció rodeado de un séquito de individuos pálidos, pero entusiasmados. Mientras los rusos, algo mareados tras la travesía, buscaban su equipaje, el alcalde sueco pronunció un breve discurso. Dispuso solo de quince minutos para poner en escena todo el espectáculo, tras lo cual los pasajeros fueron conducidos hasta otro tren. Y en medio de las banderas que ondeaban entre las luces de la estación, el grupo partió por fin.

Su destino era Malmö, y en un primer momento el maravilloso hotel Savoy, que no solo era el más cercano a la estación de tren, sino también el mejor de la ciudad. Con un instinto encomiable para el teatro, Fürstenberg había organizado una cena bufé para los viajeros rusos en el establecimiento hotelero, un entreacto gastronómico a la luz de las grandes lámparas de cristal de estilo *art déco*. El personal del restaurante —legendario por la calidad de su servicio— aguardaba de pie en el salón alrededor de un generoso Smorgasbord sueco. Después de tres días, con sus correspondientes noches, en asientos de tercera clase, y todavía débiles tras su travesía por mar, los rusos se encontraron con un verdadero banquete en el que no faltaba el salmón con pan de centeno, el jamón, la carne ahumada de alce con frutos del bosque, los pepinillos en vinagre al eneldo, el lucioperca, el queso en lonchas, la nata agria y montones de huevas de pescado de color negro azabache y coral. En menos de quince minutos lo devoraron todo. El único que des-

deñó la comida fue Lenin. Desde su llegada a Telleborg no había parado de atosigar a Fürstenberg para enterarse de las últimas noticias, y no tenía tiempo para dejar de hablar y ponerse simplemente a comer.

El interrogatorio se prolongó durante horas en el tren nocturno que partió de Malmö con destino Estocolmo. Grimlund, que estuvo en el compartimento de Lenin y Fürstenberg, lo presenció todo. El líder bolchevique, comentaría, mostró interés por todo. En Suecia, había recibido noticias ilusionantes: el primer ministro, Hjalmar Hammarskjöld, acababa de ser destituido, en parte en castigo por su estricta política en lo concerniente al bloqueo comercial. Su sucesor era un personaje aún más conservador; pero, más allá de la cámara alta del gobierno, y a pesar de las privaciones de la guerra, el triunfo revolucionario de Rusia había dado lugar a un ambiente nuevo pletórico de esperanzas. Como enseguida observaron Fürstenberg y Lenin, el posible beneficiario era Hjalmar Branting, un socialista, un patriota y una de las figuras políticas más inteligentes y perspicaces de Suecia.[33] El problema consistía en que tal vez Branting se negara a contribuir a su causa si las cosas desembocaban en una verdadera lucha. Como parlamentario, el político sueco estaría siempre expuesto a que (como indicaría un agente alemán) se sospechara de él que no era «realmente un socialista, sino un burgués enmascarado, pues tiene mucho dinero, le gusta beber champán y lleva una vida disoluta».[34]

Lenin escuchó con avidez toda la historia. Se sentía impresionado y fascinado por Branting, quien otrora lo había ayudado a escapar de la policía zarista. Pero resultaba esencial para él hacerse una idea lo más precisa posible de la izquierda sueca en su conjunto. Sabía que los internacionalistas, con su postura antipatriótica, habían estado en el ojo del huracán, y que su amigo Zeth Höglund se encontraba en

aquellos momentos en prisión. Como otros hombres de izquierdas de Zimmerwald, Fredrik Ström estaba quedándose aislado del sector de los socialdemócratas parlamentarios de Branting. Lenin quería saber qué estaban planeando hacer sus aliados, y no paraba de preguntar a Fürstenberg sobre los sindicatos y los recursos con los que podría contar. ¿Había movimientos juveniles?, insistía. ¿Y quiénes los dirigían? ¿Qué es lo que había cambiado en los últimos dos meses? ¿Por qué toda esa gente, buenos amigos suyos, eran incapaces de darse cuenta de que la revolución debía ser armada?

Después de aproximadamente una hora de conversación, Grimlund, que era periodista de profesión, no puso resistirse más y cogió su pluma y su cuaderno de notas. El líder bolchevique estaba esbozando su plan para un Buró de Asuntos Exteriores del partido, que tendría su base en Estocolmo, pero en cuanto observó la pluma de Grimlund vio a un nuevo discípulo para su causa. Mientras el tren se dirigía hacia el norte en medio de la noche sueca, Grimlund disfrutó de una clase magistral de política. «Lenin no necesitaba mucho público —recordaría—. Estaba dispuesto a hablar de sus ideas con cualquiera.»

Sin mostrar signos de cansancio, el líder detalló la tesis que había estado repitiendo desde sus días en Zúrich. Su programa ya distaba muchísimo de todo lo que Tsereteli había imaginado una semana antes, mientras atravesaba los campos de Rusia. Para Lenin, el Sóviet no era el subdepartamento del Gobierno Provisional para la educación de los trabajadores, sino el futuro amo y señor de la revolución. No podía haber colaboración alguna con la burguesía (por no hablar de aquel vil gusano de Kerensky). El poder debía pasar a los sóviets de los trabajadores. Lenin no tenía tiempo para la política que Tsereteli había comenzado a denomi-

nar «defensismo revolucionario». En vez de enfrentarse, fusil en mano y con la bayoneta calada, a los alemanes, la gente de todo el mundo debía volver sus armas contra la clase opresora. La guerra era responsabilidad de los imperialistas, que eran los únicos que tenían que pagar por ello. Mientras tanto, solo había un camino válido a corto plazo: exigir una paz inmediata. Paz, pan y tierra para los campesinos.[35] Para Grimlund, aquel mensaje sonaba a música celestial y constituía una afirmación de las esperanzas más sublimes que había suscitado el febrero ruso. De haber habido un espía alemán en el tren, también se habría sentido encantado al oír aquellas palabras, pero todavía quedaba un buen trecho por recorrer.

7

Falta de liderazgo

> Un estadista —Bismarck, si no me equivoco— dijo una vez que aceptar una cosa en principio significa, en el lenguaje de la diplomacia, rechazarla en realidad.
>
> V. I. Lenin

En la primavera de 1917 se produjeron muchas acciones rápidas y decisivas. Desde Berlín y Viena hasta París, Londres y Washington, los subsecretarios trabajaron envueltos en una nube de sudor. En Petrogrado, al final, trescientos años de autocracia de los Romanov acababan de terminar en una semana auténticamente vertiginosa. Pero algunas cosas eran demasiado solemnes para llevarlas a cabo de forma precipitada, y hubo entre ellas una ceremonia importante que destacaría. El 23 de marzo/5 de abril, los habitantes de Petrogrado se reunieron para enterrar a sus muertos. Independientemente de cómo hubieran encontrado la muerte —tiroteados por la policía, víctimas del fuego cruzado, o de alguno de los innumerables accidentes con arma de fuego—, los héroes de la revolución eran ahora mártires de una causa sagrada. Oficialmente hubo 1.382 fallecidos, de los cuales 869 eran soldados.[1] Su muerte tenía sentido más allá de la cotidianeidad. Nada de lo que un político pudiera prometer, y desde luego ninguna palabra escrita, significaba más para los habitantes de Petrogrado que el dolor y el temor reverencial que pudieran sentir ante un sacrificio irrecuperable. Fue debido al carácter extraordinario del funeral por lo que se tardó casi un mes en organizarlo.

Al principio, el plan había sido levantar toda la plaza del Palacio. La cosa habría tenido su dosis de poesía, pues había sido el escenario de la matanza del Domingo Sangriento de

1905. «De hecho empezaron a realizarse algunos trabajos de excavación, obra de aficionados entusiastas —decía Frank Lindley en un informe enviado a Londres—, pero la dureza del terreno helado y la cantidad de tuberías del suministro de agua, gas y electricidad que encontraron los operarios dieron lugar al cambio de planes.»[2] Otra teoría decía que intervino Maxim Gorki; la pasión del escritor por el legado artístico era más conocida incluso que su desdén por los elementos soeces existentes en el seno de la clase obrera. Mientras tanto, informaba Lindley, Lvov y sus ministros liberales abrigaban la esperanza de que la idea acabara desechándose por completo, temerosos de que se produjeran nuevos disturbios en una ciudad que carecía ya de fuerzas de policía. Las discusiones y los retrasos se prolongaron tanto tiempo que muchos siguieron adelante y enterraron a sus seres queridos por su cuenta.

Finalmente, el lugar escogido para la ceremonia fue un espacio abierto (llamado por la gente del lugar el «Sahara de San Petersburgo»), próximo a los cuarteles de Pavolvsky. Cien años antes había sido una plaza de armas del Ejército Imperial, y el nombre que se le había dado por aquel entonces, el Campo de Marte, había cuajado. Más recientemente, había habido planes de construir en él una sede permanente de la Duma, pero no había llegado a hacerse nada antes de que estallara la guerra. En otras palabras, se trataba de un solar vacío, el último que quedaba en el centro de Petrogrado, y encajaba perfectamente con el objetivo. Daba además la casualidad de que la embajada británica lindaba con él, lo que permitía a su personal disponer de unas vistas magníficas.

Los habitantes de Petrogrado fueron sus propios maestros de ceremonias. El Sóviet llevó a cabo parte de las labores de coordinación, utilizando su periódico, *Izvestia*, para

hacer públicos el orden y el horario del cortejo. Pero fueron los ciudadanos los que pintaron las pancartas, los que consolaron a los afligidos, y los que emprendieron la marcha con paso resuelto hacia el campo santo. Cada fábrica y cada distrito tenía su lugar asignado, y cada ataúd tenía su bandera roja. Los cadáveres de los que ya habían sido enterrados en otros sitios fueron representados en la ceremonia por sendos tablones de madera, cada uno de ellos portado con tanto respeto como los féretros de cualquiera de los sagrados difuntos. No se produjo ninguna escena de impaciencia cuando la procesión fue desfilando por los bulevares. El habitual bullicio de la ciudad cesó y el cielo, por una vez, apareció limpio de humo. Desfilaron por las calles novecientas mil personas, el compás de cuyos pasos se vio amortiguado por la pesadez de sus abrigos. Se cantaron los himnos de la revolución, solemnes, pero profanos, y aunque no hubiera director de coro la gente siguió más o menos el compás. Cuando todos los ataúdes fueron depositados en el suelo, los cañones de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo resonaron desde la otra orilla del río, como tambores apocalípticos. Seis reflectores de la Armada iluminaron la ceremonia, que se prolongó hasta después del anochecer. Como diría Harold Williams, «ningún zar recibió nunca unos funerales como aquellos».[3]

«Fue un desfile triunfal de la revolución y de las masas que la habían hecho, magnífico y conmovedor,» escribió Sukhanov. Trotski era de su mismo parecer: «Todo el mundo acudió al entierro —escribiría—. Obreros, soldados, gente humilde de la ciudad, estudiantes, ministros, embajadores, respetables burgueses, periodistas, oradores, los jefes de todos los partidos».[4] En el informe que envió a Londres y que escribió apretando los dientes con fuerza, sir John Hanbury-Williams intentó mostrar una generosidad similar. El acon-

tecimiento, reconocía, «que había sido esperado con vivo temor por muchos, acabó siendo un triunfo de la democracia rusa y un gran estímulo para todos sus amigos». En privado, sin embargo, la interminable repetición de «La Marsellesa» (los rusos cantaban su propia versión del himno, que ellos llamaban «La Marsiliuza») lo había irritado sobremanera y había logrado poner a prueba sus nervios. Resultaba tan monótono, escribió en su diario, que las víctimas de la revolución probablemente «se levantaran de sus tumbas y les pidieran que pararan de una vez. Muy agradable para nuestra embajada, que está al lado».[5] Para el gusto inglés, aquellos rusos enlutados carecían del refinamiento más elemental. En opinión de la hija de Buchanan, Meriel, que nunca fue amiga de los revolucionarios, aquella multitud empapada de lluvia era «una masa furibunda de mujeres, niños, obreros y soldados, todos blandiendo banderas rojas en diversos ángulos, todos cantando «La Marsellesa» cada uno a un ritmo distinto y en un tono distinto».[6]

Era la pura emoción del pueblo lo que había puesto nerviosos a algunos de los presentes. Sentían su fuerza —el sonido de los pies al caminar entonaba un réquiem por el Viejo Mundo—, pero nadie estaba seguro de hasta dónde podía llegar aquello. Había demasiadas divisiones en todas partes: «La ausencia de toda ceremonia religiosa fue una de las características del funeral, debido a los sentimientos decididamente antirreligiosos de los socialdemócratas —observaba Lindley—, y dio lugar a numerosas críticas entre el público en general».[7] Paléologue rechazó los testimonios de conciencia revolucionaria, de una ciudadanía renacida, en estado puro, y dignificada, comentando que «el arte de la puesta en escena es connatural a los rusos».[8] Incluso Tsereteli acabó teniendo dudas. Aunque se compadecía profundamente del dolor de la gente, consideraba que el funeral era el últi-

mo acto de la fase «juvenil» de la revolución: un acto espontáneo, emotivo, pero que necesariamente debía ser sustituido por un liderazgo de tipo profesional.[9]

«Por doquier se sentía una pasión por los discursos —recordaba Knox—. Se acuñó un nuevo término, *mitingovat*, para decir "asistir a mítines". Un hombre podía preguntar a cualquier amigo qué pensaba hacer aquella noche, y recibir la siguiente respuesta: "Asistiré a algunos mítines" (*ya nemnogo mitinguyu*).»[10] Todo el mundo quería discutir las cosas; todo el mundo sentía una nueva responsabilidad, un orgullo por su Estado soberano. Porteros, barrenderos y empleados de la corte (llamados en ruso «lacayos») reclamaban para sus oficios nuevos títulos que reflejaran su estatus de personas libres. El respeto por su dignidad había sido una de las primeras condiciones que la guarnición de Petrogrado incluyó en la Orden N.º 1. Encontrar nuevos nombres —camarada fusilero o supervisor de la higiene viaria— resultó relativamente fácil. Lo que no resultó tan fácil, en un momento de emergencia nacional y de colapso económico, fue encontrar el camino que debía seguir la nueva República. Quizá fuera porque los problemas eran tan graves que la gente hablaba sin parar de teorías o de banalidades.

Aparte de paz y de pan, lo que más anhelaba la gente era algo nuevo: el fin de las viejas maneras, de las mentiras, del gobierno de unos extranjeros vestidos con trajes carísimos. Los días de febrero habían inspirado una sensación de que había posibilidades y todo el mundo, desde el operario lleno de manchas de aceite de Vyborg hasta el labrador de los campos de fértil tierra negra, había podido disfrutar de un momento en el que le habían atribuido algún poder. Y no se equivocaban; su mundo había cambiado para siempre. En Petrogrado, sin embargo, había otro grupo de hombres de negocios y de intelectuales, bienintencionados, pero aleja-

dos de la vida real de la gente, que rápidamente se pusieron a dirigir las cosas. En 1917, durante poco más de ocho meses, los hombres que gestionaron la mayor revolución que había visto el mundo, ensayaron los modales y el vocabulario de un gobierno amable. Debatieron los términos del tratado en el francés de la diplomacia y negociaron acuerdos a puerta cerrada. Se dedicaron a intercambiar concesiones y a maquillar las palabras. En realidad no podían hacer otra cosa, pues lo único que no los dejaba dormir por la noche era el espectro de la agitación social, de la anarquía incluso.

Entre ellos, un sector, los supervivientes de la clandestinidad antizarista de izquierdas, se reunía a diario en el piso de Matvei Skobelev, que era donde había estado viviendo Tsereteli desde que había vuelto a la capital. Solo era invitado un puñado de miembros del Ispolkom. Sukhanov (al que Tsereteli consideraba «seco, frío y atrabiliario») no formaba parte del grupo, y desde luego tampoco ningún bolchevique. A pesar de ser tan pequeña, aquella camarilla en su mayoría menchevique, que no tardaría en recibir el nombre de la Cámara Estrellada, a finales de marzo había asumido el control de las labores del Ispolkom.[11] Es decir, marcó el programa de lo que había que hacer y acuñó una serie de términos pegadizos, pero lo que desde luego se negó a hacer, cuando los ardores de la revolución se enfriaron, fue permitir que el gobierno burgués se retirara. Maniatados por el temor a que se produjeran cambios equivocados, sus miembros dependían de la benevolencia de personajes como el príncipe Lvov.

Como por lo demás no es de extrañar, los problemas más inmediatos eran los mismos que había habido antes de las jornadas de febrero, aunque ahora no había ningún zar al que echar la culpa. La guerra (o tal vez la cuestión de la paz) seguía siendo el asunto más controvertido. Había sido muy

rimbombante y había hecho mucho ruido, pero el «Manifiesto del Sóviet a los Pueblos del Mundo» no había arreglado nada. Aunque el grupo de Tsereteli tenía en aquellos momentos unas ideas muy firmes, el resto del Ispolkom seguía dividido, y las disputas entre las diversas facciones —sobre la defensa armada y la confraternización, sobre la producción de materiales de guerra y los detalles de las próximas campañas de primavera— frustraron cualquier intento de unidad. Entretanto, mientras el Sóviet se enzarzaba en una pelea con su conciencia, el Gobierno Provisional, en su nueva sede del palacio Mariinsky, debatía los mismos asuntos, aunque desde un punto de vista sutilmente distinto.

Con su imperio a punto de sucumbir, el asunto por el que los ministros decidieron pelearse fue el de la usurpación de tierras. El 23 de marzo/5 de abril, el mismo día en que se celebró el gran funeral de Petrogrado, el periódico progubernamental *Rech* publicó una entrevista con Miliukov, cuya fecha se eligió para que coincidiera con la declaración de guerra de Woodrow Wilson. El ministro de Asuntos Exteriores aprovechó la oportunidad para reafirmar su determinación de respetar los tratados que Rusia había firmado. Lo que quería decir (aunque no se atreviera a manifestarlo directamente) era que Rusia necesitaría zamparse varias tajadas de territorio perteneciente a otros países para cumplir con sus obligaciones como auténtica potencia mundial. Miliukov proponía una «unión de la población ucraniana de las regiones pertenecientes a Austria con las poblaciones de nuestras regiones ucranianas», una forma disimulada de presentar la expansión rusa en Galicia. El premio gordo, sin embargo, seguía siendo la franja de territorio perteneciente a Turquía. Miliukov justificaba la anexión de Constantinopla aduciendo que «la nación turca, pese a sus quinientos años de dominación, no ha hundido realmente sus raíces

allí». A los turcos les sorprendería saber que, a su juicio, una maniobra en la zona de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos era una simple medida para «proteger la puerta de casa de la propia Rusia».

El ministro de Asuntos Exteriores no había dudado nunca que tenía razón en lo concerniente a Turquía, y no hizo nada por intentar disimular su impaciencia con el Sóviet. «Una paz sin anexiones», concluía, equivalía a «una fórmula de los alemanes que intentaban hacerla pasar por una norma del socialismo internacional».[12] Como observaba Buchanan, Miliukov se había «negado rotundamente mientras siguió siendo ministro de Asuntos Exteriores a negociar con los Aliados una modificación de los acuerdos ya concluidos».[13] En opinión de Tsereteli, aquello «era como lanzar el guante a toda la democracia revolucionaria».[14] Pero el Ispolkom había caído en su propia trampa, pues Miliukov (a petición del propio Ispolkom) tenía la responsabilidad absoluta sobre las relaciones exteriores.

Fue Kerensky, quien nunca fue capaz de divisar cualquier nueva altura moral sin correr a reclamarla como suya, el que empezó enseguida a armar revuelo. Buchanan redactó un informe a última hora de la tarde acerca de la ola de protestas que se había levantado el 8 de abril, el día que él y otros anglicanos habían celebrado el día de Pascua. Con la mente ocupada en los huevos y los cuentos infantiles propios de la jornada, quizá estuviera pensando en Tweedledum y Tweedledee* cuando se puso a escribir su informe: «Un periódico obrero ha publicado hoy una declaración del ministro de Justicia [Kerensky] en el sentido de que el ministro de Asuntos Exteriores [Miliukov] en una entrevista … ha hablado solo en su propio nombre y no en el del gobierno —empezaba diciendo—. Cuando el ministro de Justicia pasó a verme esta tarde, le pregunté por qué había pu-

blicado esa declaración. Me contestó que lo había hecho porque el ministro de Asuntos Exteriores había hablado sin consultar a sus colegas y que además consideraba una notable falta de tacto por parte del ministro de Asuntos Exteriores realizar una declaración que colocaba al gobierno en una posición muy difícil».[15] No era solo el detalle de la disputa lo que resultaba dañino, por supuesto, sino también lo pueril de las críticas. Mientras las cosas siguieran así, había pocas posibilidades de que el Gobierno Provisional pudiera construirse una base sólida de confianza pública o incluso de que entablara unas negociaciones coherentes con sus aliados militares. Era además muy probable que chocara con la oposición de los izquierdistas del Sóviet. Como observaba descorazonado Buchanan a la mañana siguiente, «el Gobierno [Provisional] no será dueño de la situación hasta que ponga en su sitio al Comité, que es un organismo autoproclamado que representa a una pequeña minoría de extremistas».[16]

Con la cabeza llena más o menos de las mismas preocupaciones, Tsereteli había estado trabajando en el Ispolkom del Sóviet. Seguía siendo internacionalista, afirmaba, pero quería que el Sóviet trabajara al lado de la burguesía, que cooperara con ella, si no quería aliarse con ella, y que ayudara a crear una política exterior común y a ganar la guerra. La reputación de estadista de Tsereteli había continuado aumentando desde su regreso a la capital, y el 22 de marzo/4 de abril el Ispolkom acordó aproximarse al gobierno de Lvov para realizar una declaración franca de sus objetivos de guerra, con la pretensión de utilizarla como base para una campaña común de defensa nacional.[17] Sukhanov se mostraba escéptico. Había insistido en llevar a cabo una «campaña nacional sistemática en pro de la paz» y su objetivo era desenmascarar a los ministros burgueses y luego

hacerlos caer en la trampa, no cooperar con ellos.[18] Al fin y al cabo, los tratos concluidos tras las puertas cerradas de un palacio eran precisamente el tipo de cosas por acabar con las cuales se había hecho la revolución del pueblo.

Con sus dudas en plena efervescencia, pero reservándose para mejor ocasión, Sukhanov se unió a Tsereteli en el equipo negociador del Ispolkom. El 24 de marzo/6 de abril se trasladaron rápidamente en unos coches negros al palacio Mariinsky. Su anfitrión, encargado además de presidir la reunión, era el príncipe Lvov, y asistieron a ella todos los miembros de su Gabinete excepto Kerensky. «Tsereteli intentó resultar convincente a los ministros —escribiría Sukhanov— buscando puntos de partida que les fueran cercanos.» Sin embargo, ni una parte ni otra era favorable a llegar a un compromiso, y «comenzó así una discusión tediosa, larguísima e inútil».[19] También los ministros habían desenvainado las espadas. Corrían rumores acerca de una conspiración masónica en la que estaban implicados Kerensky y el ministro de Finanzas, el millonario Mijaíl Teréshchenko. Mucho después, Miliukov afirmaría haber identificado una conjura contra su persona urdida por una banda sumamente improbable, entre cuyos miembros estarían Tsereteli, el príncipe Lvov, Kerensky y sir George Buchanan.[20] Tras un intercambio de opiniones muy tenso, pero caballeresco, los miembros del Ispolkom se despidieron, dando a los ministros un día de plazo para que formularan una declaración de objetivos de guerra.

El 26 de marzo/8 de abril Lvov convocó de nuevo al palacio a los representantes del Comité Ejecutivo del Sóviet para que escucharan la declaración que se había preparado. Su formulación resultó toda una decepción: pomposa, vaga y condescendiente. «La defensa a toda costa de nuestro legado, y la liberación de nuestro país del enemigo invasor —

empezaba diciendo—, constituyen la tarea más inmediata de nuestros combatientes en defensa de la libertad de la nación.» La declaración insistía en que la Rusia libre no perseguía el objetivo de «dominar a otras naciones, ni usurpar sus posesiones nacionales», pero los ministros habían optado por no emplear la frase del Sóviet «paz sin anexiones ni indemnizaciones». Antes bien, lo que ellos buscaban era «una paz estable basada en la autodeterminación nacional», al tiempo que prometían (Miliukov debió de pelear durante horas) que «las obligaciones asumidas respecto a nuestros aliados serán plenamente respetadas».[21]

La expansión era un objetivo de guerra que el Sóviet no estaba dispuesto a tolerar. El grupo del Ispolkom se resignó a pasar una larga noche de conversaciones. En un momento determinado Teréshchenko se levantó de un salto de su asiento y acusó a Sukhanov de comparar a los actuales ministros con el ex zar destronado. Salió haciendo aspavientos del edificio y estuvo ausente un buen rato, para regresar poco después del anochecer cuando se calmó un poco su cólera. Más tarde, pasada la medianoche, se recibió una llamada telefónica para Chkheidze. Era su esposa que llamaba llena de desesperación: su hijo, de unos quince o dieciséis años por aquel entonces, había resultado herido accidentalmente cuando jugaba con una pistola cargada y no le daban más de una hora de vida. Chkheidze decidió quedarse en la reunión.[22] Cuando llegó a su domicilio, el muchacho había fallecido. En cualquier caso, las conversaciones fracasaron. Lvov parecía apoyar a Miliukov. Sabía que el Ispolkom estaba atrapado.

Los líderes del Sóviet estaban a punto de ceder. A la mañana siguiente, sin embargo, fue Tsereteli el que tuvo que ir precipitadamente a ponerse al aparato. La voz que escuchó en medio del crepitar de la línea telefónica era la del prínci-

pe Lvov. Un paquete que contenía una versión revisada, le explicó, iba de camino al palacio Táuride. El grupo del Ispolkom, reunido ya cuando llegó el documento, descubrió que en el texto del día anterior se habían intercalado seis palabras, subrayadas con lápiz rojo. La importancia de la nueva frase radicaba en que suponía una renuncia a «cualquier apropiación violenta de territorio extranjero».[23] Tsereteli estaba exultante. Había conseguido la declaración que quería y una nueva alianza con el gobierno burgués. Sabía también que con su táctica había superado al numeroso grupo de izquierdistas del Sóviet que pretendían la firma de una paz inmediata. Lo que significaba exactamente aquella fórmula para los soldados de carne y hueso que combatían en las fronteras de verdad era algo que podía dejarse para otro día.

Aquel compromiso no contribuiría en absoluto a reforzar ni a restablecer la reputación de sus firmantes. Tsereteli y sus amigos habían hecho todo lo que habían podido y, como marxistas que eran, consideraban la revolución el fundamento de toda su vida, pero el equipo del Ispolkom había demostrado lo que era: un grupo de políticos con un mandato cuestionable y desesperadamente incapaces de comprender lo que era la vida real. «La historia del comité —recordaría uno de sus integrantes— puede dividirse en dos períodos: antes y después de la llegada de Tsereteli … [Tsereteli] supo dirigir el comité con calma, lleno de confianza y de valor, hasta que de repente aquel batiburrillo aleatorio de gente se transformó en una institución … Pero, extrañamente, en el preciso instante en que el comité se convirtió en una entidad organizada … permitió que se les escapara de las manos el liderazgo de las masas, que volvieron la espalda al comité.»[24]

El 27 de marzo/9 de abril, el mismo día que el tren de Lenin salía de la estación de Zúrich camino de Alemania, la declaración del Gobierno Provisional en materia de guerra, a la que se añadió el respaldo del Sóviet, se hizo pública en Rusia. Los lectores más atentos comprendieron de inmediato que la paz prometida por la revolución, la paz de los sueños más ansiados de la gente, había sido aplazada indefinidamente. Al día siguiente Rodzianko comentaba lleno de alegría al oficial británico: «Mi querido Knox, puedes estar tranquilo. Rusia es un gran país, que puede participar en una guerra y gestionar una revolución al mismo tiempo».[25] Cuando Buchanan pidió al príncipe Lvov una explicación de lo que era la «paz sin anexiones» que tanto deseaba el Sóviet, el aristócrata se mostró igualmente satisfecho: «Si la guerra nos iba bien —sugirió—, los que ahora hablaban de la ocupación permanente de Constantinopla y de Galicia como de una anexión considerarían [semejante actuación] una liberación del yugo del enemigo».[26] Era el tipo de comentario que tenía en mente Lenin cuando observaba que «pedir al Gobierno Provisional que concluya una paz democrática es como predicar la virtud a la encargada de regentar un prostíbulo».[27]

Los soldados eran el obstáculo del que nadie quería hablar. Independientemente de lo que dijera el príncipe Lvov, los planes de Rusia para el exterior dependían del ejército, y nadie sabía exactamente qué era lo que pensaban sus miembros. Las tropas locales no suponían una prueba definitiva, desde luego, aunque la mayor parte de la gente no tenía otra cosa en la que basar sus juicios. «La guarnición de Petrogrado ha publicado una declaración redactada por los oficiales y los soldados en la que se subraya la necesidad de

continuar la guerra hasta que la libertad recientemente conquistada esté asegurada», informaba Buchanan a Londres en un telegrama el 28 de marzo/10 de abril.

> La declaración afirma que hay que seguir luchando en la guerra hasta el éxito final porque el ejército considera que la paz, incluso restaurando las anteriores fronteras de Rusia, sería vergonzosa si se alcanzara sin el acuerdo de los Aliados ... La resolución insta al Comité a poner fin a todas las disputas entre los obreros y el personal técnico de las fábricas de Petrogrado, pues dichas disputas causan un daño incalculable al ejército ... Por último, para incrementar la producción de municiones la jornada de ocho horas debe ser suspendida y el trabajo deberá continuar de manera ininterrumpida a la mayor celeridad teniendo en cuenta que el ejército trabaja día y noche...[28]

En definitiva, la noticia parecía buena. Pero cualquiera que se diera una vuelta por el frente se habría sentido muy intranquilo al ver la fragilidad del ánimo de los soldados.

El Gobierno Provisional había sido el primero en enviar inspectores. En el mes de marzo, dos antiguos diputados de la Duma llamados Yanushkevich y Filonenko fueron enviados de gira por el Frente Norte. Su informe era positivo casi en su totalidad: «La moral es tan buena, hay tanta alegría y tanto júbilo, que da gusto».[29] En otros lugares, otros inspectores veían cómo los soldados se ponían en formación para demostrar lo bien que se suponía que iban las cosas, aunque lo que realmente pasaba por detrás de las sonrisas estereotipadas y de las oraciones públicas seguía siendo un misterio. El comandante en jefe del ejército, el general Alexeyev, que sabía bastante más que lo que hubiera podido saber nunca cualquier político, se lamentaba con Guchkov de las malas condiciones existentes, de la escasez de municiones y de la falta de alimentos. Nadie podía ocultar el hecho de que la disciplina era en el mejor de los casos muy desigual.[30] Por otro lado, el buen humor no era siempre lo ideal. El 1/14 de abril, sir William Robertson, jefe del Estado Mayor Imperial británico envió un telegrama desde Londres a Knox y a

Hanbury-Williams pidiendo información acerca de la disposición de Rusia para el combate: «Denme su opinión ponderada —ordenaba sir William—. Deberían ustedes desnudar su mente de bobadas tales como determinación de vencer y de ansias de luchar por la libertad, etcétera, recordando que sin disciplina y una eficiencia administrativa razonable, un ejército es simplemente una chusma sin liderazgo».[31]

La información que recibió, al menos de Knox, era cuando menos poco concluyente. El agregado militar no estaba dispuesto a perder el tiempo con la guarnición de Petrogrado, mientras que los burócratas que administraban el ejército lo habían sacado de quicio. «Parece que la idea fundamental es hacer el menor trabajo posible —había comunicado a Londres el 18/31 de marzo de 1917—. Los oficiales del Estado Mayor General están cerrados a partir de las 17:00, y el departamento de Artillería echa el cierre una hora antes. Los hombres son como niños. Uno de ellos me dijo en la Duma: "Hemos sido esclavos durante trescientos años. No nos va a escatimar usted unas semanas de diversión, ¿verdad?".»[32] «Naturalmente —comunicaba a sus superiores en Inglaterra el 2/15 de abril—, las tropas de Petrogrado, que han echado a las tres cuartas partes de sus oficiales, no hacen nada y no dan la menor muestra de disciplina ... El Gobno. me parece que ha abandonado cualquier intento de proteger de los agitadores políticos al infortunado ejército.»[33]

Knox se mostraba un poco más animado, aunque no demasiado, después de realizar una gira por las líneas del frente. Visitó los depósitos de la Guardia situados cerca de Petrogrado a finales del marzo, y en el mes de abril se trasladó hasta el Frente Norte. Los descubrimientos que había hecho no eran objetivos, pues su principal tarea había consistido en influir a favor de la causa británica, pero hablaba ruso

(aunque mal) y pudo escuchar las quejas de los soldados. Cuando daba su conferencia («pronunció un discurso —recordaba el académico inglés Bernard Pares—, que llegué a aprenderme de memoria»)[34] y mostraba los mapas y las fotografías del Frente Occidental, a menudo chocaba con cierto recelo hacia Inglaterra. Pero eso pensaba que podía sobrellevarlo; lo único que hacía falta era una conversación enérgica de hombre a hombre. Más graves eran las cosas que contaban los soldados sobre sus oficiales, a algunos de los cuales habían echado o incluso los habían asesinado. «¿Qué pasaría en Inglaterra —preguntó un grupo de reclutas rusos— si un oficial se presentara ante la formación y llamara a sus hombres "montón de animales con cara de cerdos"?»[35] No estaba claro que ninguno de ellos llegara a aguantar una campaña demasiado larga. Las manifestaciones a favor de la guerra en Petrogrado quizá fueran organizadas y sufragadas por la prensa de derechas, pero los soldados del frente seguían mostrándose escépticos. Esos que ondeaban banderas, decían, esos que iban con sus uniformes limpitos exigiendo una «guerra hasta la victoria final», deberían pasarse unas cuantas semanas en las trincheras. De ese modo se enterarían de lo que quería decir realmente luchar, mientras que ellos, «los que hemos estado sufriendo durante casi tres años», podrían irse a casa a disfrutar de un merecido descanso.[36]

No obstante, seguía habiendo cierta esperanza para el frente. La mayor parte de los soldados habían acogido bastante bien el Manifiesto del Sóviet del 14/27 de marzo, especialmente el párrafo acerca de los cañones cargados (la escasez de municiones se dejaba sentir en todas partes), y la campaña intensiva emprendida por los periódicos *Rech* y *Russkaya Volya*, favorables a la guerra, había reforzado la opinión de que debía continuar la lucha en nombre de Rusia

y de su honor militar. Aunque los oficiales estaban nerviosos por la capacidad que pudieran tener de controlar a sus tropas, el furor de los primeros días se había apaciguado. Nadie podía decir con seguridad si los hombres obedecerían o no la orden de atacar, pero al menos afirmaban que querían luchar. Ante todo, la actitud del ejército seguía siendo fuertemente antialemana. «No cabe duda de que los socialistas extremistas y su programa de "Detened la guerra" han perdido fuerza —escribía Knox el 2/15 de abril—. La idea ha encontrado poco apoyo entre las tropas, que tienen experiencia práctica de lo que son los germanos.»[37]

Lo que realmente preocupaba a Knox —y a todos los que confiaban en que el ejército siguiera luchando durante la primavera— era la tasa de deserciones. Ninguna fuerza, y desde luego ningún político, podía detener el flujo constante de hombres que volvían a sus hogares. En abril, llegaban cada día a la estación de ferrocarril de Kiev mil soldados. Según los informes de los servicios secretos facilitados a Knox, en la segunda semana de abril más o menos un millón y medio de hombres habían abandonado su puesto.[38] La reciente campaña de propaganda alemana, utilizando de nuevo octavillas arrojadas por medio de aviones, había empezado ya a empeorar las cosas.[39] La gente había empezado a murmurar que las vacaciones de Pascua iban a traer un decreto de repartición de todas las tierras de Rusia, y muchos soldados anhelaban volver a sus aldeas y asegurarse de que les tocaba algo.[40]

Fue en parte con la finalidad de combatir el pánico por lo que el Sóviet publicó una declaración en el *Izvestia* del 26 de marzo/8 de abril. La tierra, decía, «la tierra que está empapada del sudor de la gente», sería entregada indudablemente a los campesinos a su debido tiempo. Pero mientras tanto, «no será por medio de la violencia, ni de incendios, ni de

asesinatos, ni de medidas arbitrarias, como el pueblo libre hará realidad sus deseos, sino mediante la voz autorizada que será oída desde detrás de los muros de la Asamblea Constituyente, elegida por todo el pueblo».[41] En otras palabras: quedaos donde estáis y en un momento determinado, cuando Rusia tuviera una Constitución y quizá un jefe de Estado, todo saldría bien. El problema era que los hombres que estaban en primera línea de fuego se volvían cada vez más cínicos. «Al fin y al cabo, si para entonces he muerto —bromeaba un soldado—, ya no necesitaré tierras.»[42]

La cuestión de la tierra no haría más que agravarse con la llegada de la primavera, cuando hubiera que sembrar los campos.[43] En un ejército extraído casi en su totalidad de las zonas rurales, siempre cabía la posibilidad de que los hombres salieran pitando a su casa en cualquier momento. El Gobierno Provisional, que había abolido la pena de muerte, casi carecía de medios para impedírselo. Mientras tanto, en Petrogrado, el Sóviet se disponía a acoger una reunión de delegados procedentes de todos los rincones de Rusia. El primer Congreso de Sóviets de Toda Rusia estaba programado para el fin de semana de Pascua. Al margen de los compromisos a los que hubiera podido llegar Tsereteli, el pueblo iba a tener una nueva oportunidad de satisfacer su nuevo gusto por las reuniones públicas.

Los bolcheviques no habían desempeñado un papel demasiado importante en los acontecimientos de aquel mes. Años más tarde, los relatos oficiales comunistas de los acontecimientos de 1917 presentarían al partido como una fuerza unida e inexorablemente favorable al cambio. Naturalmente era mentira, pero aquella no era la peor falsedad del régimen, pues lo cierto es que el bolchevismo tenía un seguimiento sólido entre las bases que otros partidos socialistas no podían más que envidiar. Era la élite de los bolchevi-

ques la que seguía sin poder ponerse de acuerdo en nada. «Hay que confesar —escribiría más tarde un camarada de Petrogrado— que antes de la llegada [de Lenin] había más bien bastante confusión en el partido. No había una línea definida y coherente. La tarea de conquistar el poder del Estado era presentada por la mayoría como una especie de ideal lejano y no, por regla general, como un objetivo cercano, urgente e inmediato. Se consideraba suficiente apoyar al Gobierno Provisional ... La vacilación y la desunión eran habituales.»[44] Desde su retiro, Trotski llegaba a la misma conclusión. Según él decía: «Podrían escribirse páginas muy instructivas acerca de la capacidad de liderazgo de los leninistas sin Lenin. Tan por encima estaba el maestro de sus discípulos más afines, que en su presencia estos se creían relevados en absoluto de la obligación de resolver por su cuenta los problemas teóricos y tácticos. ¡Y qué lamentable desamparo el suyo cuando la fatalidad los separaba de él en los momentos críticos!».[45]

Se habían producido algunos éxitos notables. El 4/17 de marzo, dos días después de la abdicación del zar, un vigoroso grupo de activistas había vuelto a lanzar el periódico bolchevique, *Pravda*. Aunque no tenían imprenta, sabían dónde encontrar una. En la gélida madrugada de aquel sábado, un grupo de hombres armados irrumpió en una casa situada a orillas del Moika. Subieron precipitadamente las escaleras y se dirigieron a los locales del *Selsky Vestnik*, un periódico de propiedad privada que disponía de una oficina espaciosa y de una buena imprenta. Con el apoyo de los tipógrafos del *Selsky Vestnik* (obreros especializados y en su mayoría socialistas), los bolcheviques se hicieron con un espacio en una mesa grande y acercaron a ella unas cuantas sillas ala-

beadas. A partir de aquella noche, obligaron a los inquilinos del local a compartir todo con ellos, desde la enorme rotativa del periódico hasta el calentador de la oficina.[46]

Por desgracia, era mucho más fácil secuestrar una imprenta que adoptar una línea editorial después de una interrupción de tres años. El primer número de *Pravda*, que salió el domingo 5/18 de marzo, dio especial preponderancia a un llamamiento a los militantes para que pagaran sus cuotas.[47] Sin embargo, el periódico no daba a la gente demasiados alicientes para pagar, pues su editorial no iba demasiado lejos y solo decía que «el problema fundamental es establecer una república democrática». Aparte de eso, sus editores se sentían más cómodos publicando la letra de «La Internacional» (y versos ripiosos, a los que tan aficionados serían los editores de *Pravda* en los años venideros) que intentando definir la postura de su partido ante cualquiera de los problemas urgentes del momento. Observando el periódico desde fuera, Sukhanov comentaba que «no había "línea" en absoluto, solo una vaga forma pogromista».[48] La falta de dirección de *Pravda* reflejaba las divisiones existentes en el propio partido bolchevique, cuya organización de Petrogrado (a escala local y nacional) parecía enzarzada en interminables luchas intestinas.

El Comité de Vyborg, de carácter izquierdista, seguía sin estar en sintonía con los líderes nacionales. En particular, sus miembros continuaban creyendo que, hasta la convocatoria de una asamblea para acordar la futura constitución de Rusia, cualquier gobierno de transición tenía que estar formado por sóviets de obreros, y no dominado por la burguesía.[49] Para algunos bolcheviques veteranos, que por cuestión de principio sostenían que el Sóviet no debía oponerse al Gobierno Provisional a menos que este atacara realmente a la clase obrera, semejante teoría era por lo

pronto una herejía. Incluso Shlyapnikov creía que los bolcheviques (o cualquier partido de la clase obrera) no podían asumir la carga del gobierno que Miliukov y el príncipe Lvov habían sido convencidos de que asumieran. A finales de marzo, sin embargo, algunos líderes de segunda fila del partido de Petrogrado habían empezado a sostener que los sóviets, y no un Parlamento del tipo que fuera, debían prepararse para tomar el poder enseguida. No obstante, el proceso llevaría su tiempo y el pueblo tendría que armarse y prepararse para la tarea, lo que implicaría aumentar la milicia que los bolcheviques llamaban Guardia Roja.[50]

Fue en ese punto cuando el 12/25 de marzo Kámenev y Stalin regresaron a la capital procedentes de Siberia. Se produjo la habitual recepción de bienvenida en la estación (aunque Sukhanov había señalado que para ello no sería necesario un regimiento entero), pero entre los camaradas de Petrogrado y aquella pareja había ya una larga historia de conflictos. En el caso de Kámenev, el problema era el juicio por traición de 1915, en el curso del cual había delatado al movimiento y había mostrado una cobardía vergonzosa. En castigo, según los redactores que dirigían por entonces *Pravda*, debía prohibírsele escribir para el periódico y votar qué línea debía seguir este. Los militantes del partido desconfiaban también de Stalin, citando algunas «características personales» sin mayor especificación como motivo para prohibir que, a su regreso, formara parte del Comité Central con derecho a voto.[51] Al cabo de poco tiempo, sin embargo, los dos individuos habían logrado abrirse paso en *Pravda* y habían obligado a cederles el sitio a los redactores que tenía la publicación en aquel momento. El impacto fue inmediato y radical; el primer instinto de Kámenev, declararía él mismo en privado, había sido cerrar el periódico. Por entonces estaba a la caza de escritores elegantes de opiniones diversas.

Pravda, comentó a Sukhanov, «tiene un tono completamente impropio e inadecuado, así que intento atraer a colaboradores y aprovechar algunos artículos de escritores que tengan cierta fama».[52]

La pluralidad de opiniones y la elegancia en la escritura no habían sido una prioridad de los bolcheviques hasta entonces, pero como muchos «siberianos» (incluido Tsereteli) Kámenev simpatizaba con la idea de que los socialistas colaboraran con ellos. Sostenía que tenían el deber a corto plazo de apoyar también a la burguesía, aunque siempre teniendo *in mente* la idea de forzar el cambio democrático. Lo verdaderamente importante era que Kámenev estaba convencido también de que Rusia tendría que seguir luchando y ganar la guerra, aunque fundamentalmente para defender las ganancias de la revolución frente a la tiranía prusiana. Fue este un tema que exploró en su primer artículo serio, aparecido el 15/28 de marzo con el título «Sin diplomacia secreta»: «Cuando un ejército choca con otro —decía Kámenev—, la política más absurda sería proponer que uno de ellos depusiera las armas y se volviera a casa. Esa no sería una política de paz, sino de esclavitud … El pueblo libre permanecerá firme en sus puestos, responderá balas con balas y bombas con bombas».[53]

El ala izquierda del partido estaba horrorizada. «El día de la aparición del primer número del *Pravda* transformado —recordaba Shlyapnikov— fue un día de gozo para los defensistas … En el propio Comité Ejecutivo nos recibieron con una sonrisa venenosa.» Se celebró una reunión furibunda en las oficinas a orillas del Moika (la cocina era el único refugio que habían dejado al personal del *Selsky Vestnik*). Kámenev fue censurado (y Stalin guardó silencio y lo abandonó), pero en cualquier caso la línea del periódico había virado a la derecha.[54] La semana siguiente, *Pravda* publicó una

serie de artículos contradictorios, dando la impresión de haber perdido de vista su verdadero objetivo. Hartos de aquellos debates confusos y quisquillosos, activistas como Shlyapnikov aguardaban el regreso de Lenin «como quien espera la llegada de la artillería pesada».[55]

Como llovido del cielo, un tren a bordo del cual viajaba un distinguido pasajero procedente de Suiza hizo su entrada en Petrogrado. La fecha fue el 31 de marzo/13 de abril, el día en que los ortodoxos celebraban el Viernes Santo. Se había congregado una multitud más numerosa de lo habitual en la estación de Finlandia y en sus alrededores, donde había más banderas rojas que nunca. En consonancia con la costumbre del momento, había una banda militar, y cuando el reloj de la estación marcó más o menos la hora prevista, se reunió un comité de bienvenida, en el que esta vez había algunos extranjeros. Las luces de la locomotora fueron acercándose, el aire de la noche se llenó de vapor y, cuando llegó el momento, el huésped de honor bajó del tren. Era un hombre alto, pero encorvado, de más que mediana edad, que lucía un abrigo de piel y botas negras. Aunque la recepción le produjo un gran placer, también lo cansó un poco. Al fin y al cabo, el viaje desde Ginebra había sido muy azaroso. Volviéndose hacia los pasajeros que lo acompañaban, se dirigió apresuradamente a la gran sala de espera, y desde allí (después de unos cuantos discursos más), el grupo emprendió la marcha hacia la capital.

El recién llegado era Gueorgui Plekhanov. Con las bendiciones y el apoyo de Gran Bretaña, el patriarca de Ginebra había recibido permiso para volver a Rusia. La cuestión era que Plekhanov, aunque marxista, era un hombre de sólidos principios en lo concerniente a la guerra, un patriota capaz de decir a los otros socialistas cuál era exactamente su deber. En agradecimiento, había sido escoltado a lo largo de

una ruta por mar hasta Bergen en vez de sufrir las incomodidades de un tren sellado, y, por si acaso, otros seis socialistas habían hecho el viaje con él. Esta vez eran todos extranjeros, y habían sido escogidos con la esperanza de que hablaran el lenguaje del trabajador corriente. En cualquier caso, esa era la teoría. «Moutet es un abogado —anotó Paléologue en su diario—, Cachin y Lafont son profesores de filosofía; O'Grady es ebanista y Thorne fontanero. El socialismo francés está representado por intelectuales de educación clásica, y el socialismo inglés por trabajadores manuales.»[56]

El diplomático francés exageraba un poco con el fin de causar impresión. Will Thorne no era fontanero, sino un antiguo trabajador de una fábrica de ladrillos que había aprendido a leer en un grupo de debate gracias a las enseñanzas de la hija menor de Karl Marx, Eleanor. En 1917, como líder sindical y diputado por West Ham South, se unió a James O'Grady, diputado por Leeds (aunque Paléologue tenía razón en lo concerniente a su oficio de ebanista) y a William Sanders, secretario de la Sociedad Fabiana, para participar en una misión destinada a hablar con un poco de sentido común en el Sóviet. La idea de enviar la misión había surgido en París, aunque Whitehall la había hecho suya de inmediato.[57] Todos sus integrantes eran oradores experimentados, líderes en sus respectivos países, pero nada había preparado a aquellos personajes —«unos tipos espléndidos», pensaba Buchanan— para la recepción que los aguardaba.

Los discursos pronunciados en la estación habían resultado bastante agotadores, especialmente después de un trayecto en tren más parecido a una condena a muerte que a un viaje desde «A» hasta «B». Y ahora se enteraban, por lo que habían podido captar por unas cuantas palabras sueltas, de que su llegada había coincidido con un acto masivo, una

cosa importante, y de que no tenían más remedio que asistir a él. El acto en cuestión era el Congreso de Sóviets de Toda Rusia, y la élite socialista de Petrogrado ya había cogido sitio en una sala gigantesca llena de obreros, soldados y campesinos venidos de todos los rincones del imperio. Plekhanov fue subido al escenario como si fuera un toro de casta aturdido. Según Sukhanov, «permaneció de pie, inmóvil, con su abrigo de piel, y no dijo ni una palabra».[58] Los extranjeros no podían hacer otra cosa más que mirar a su alrededor y guardar silencio, deseosos de meterse en la cama cuanto antes.

Al día siguiente las cosas no fueron mucho mejor. Los diplomáticos aliados de Petrogrado condujeron a sus socialistas domesticados al Congreso, pero nadie más se relacionó con ellos. «Por honorables y bienintencionados que fueran como ciudadanos —señalaba Sukhanov—, en realidad eran delegados de los gobiernos aliados y agentes del imperialismo anglo-francés.»[59] Desde el primer momento, recordaría Robert Bruce Lockhart, «el resultado de todo aquello fue una farsa», con el trío de ingleses y franceses «completamente perdido en la selva de la fraseología revolucionaria rusa».[60] Aquella noche, al echarse un poco de agua en el *whisky*, Thorne dijo a Buchanan que no había visto ni un solo diputado del Sóviet que diera la impresión de haber realizado alguna vez una jornada de trabajo con sus propias manos. El embajador británico llegó la conclusión de que «los socialistas extremos no son muy dados a aceptar la influencia extranjera».[61]

La sesión de clausura del Congreso, celebrada el Domingo de Resurrección según el calendario ortodoxo ruso, fue la más gratificante. Una vez más, los visitantes fueron conducidos como cabestros a la sala de reunión, pero Plekhanov, que apareció a su lado en el escenario, se había fortale-

cido gracias a un buen sueño nocturno y una sesión informativa. Empezó pronunciando un vigoroso discurso que fue acogido con aplausos por todos los diputados provinciales, señalando a sus distinguidos invitados extranjeros como si fueran la encarnación misma de la solidaridad internacional. Pero cuando los extranjeros tomaron la palabra, fue el timbre de sus voces lo que impresionó a la multitud, más que lo que dijeron. Según el periodista Harold Williams (simpatizante de la causa), el público respondió a las dramáticas inflexiones y los gestos de Cachin antes de tener la menor idea de lo que significaban sus palabras, mientras que O'Grady «alzó su voz a las dimensiones de Trafalgar Square», soltando una ola de «sonidos estruendosos ... sobre las masas de soldados y obreros, incapaces de entender nada».[62] El éxtasis continuó cuando Plekhanov salió a saludar por última vez en compañía de los invitados, «ofreciendo un símbolo realmente emocionante de la democracia aliada». Incluso Sukhanov admitía que «la atmósfera era festiva y amistosa».[63] Quizá fuera también por mor del ambiente festivo por lo que nadie habló en absoluto de la guerra.

Más tarde, en las sesiones privadas, cuando la conversación versó por fin sobre cañones y sobre las obligaciones del tratado, a las visitantes se les acabó la suerte. Cachin encontró al Sóviet tan poco receptivo, que fue presa del pánico, abandonó el guión que se había preparado y empezó a decir a todo el mundo que Francia estaba dispuesta a retirar sus demandas sobre Alsacia y Lorena.[64] Probablemente fuera una afirmación que ningún francés en su sano juicio habría hecho nunca, y el discurso (como el propio Cachin) fue ridiculizado. Tampoco Thorne ni O'Grady salieron mejor parados. No es muy probable que la prudencia de unos ingleses bienintencionados (por no hablar de un par de teóri-

cos franceses) pudiera contribuir a reavivar el esfuerzo bélico de Rusia. «Si los ingleses … dejaran de dar consejos a Rusia y a los rusos —se lamentaba un traductor de la embajada británica—, y comprendieran que … los revolucionarios no son una turba harapienta de inútiles melenudos y más o menos sórdidos, y de estudiantes con gafas y estrechos de pecho, sino que de ellos forma parte lo mejor que hay en el país, tal vez seríamos más populares. Es como quien dice: ¡Dios nos libre de nuestros amigos!»[65]

8

Lenin en Laponia

> El gobierno británico decidió impedir que los internacionalistas emigrados regresaran a su país natal y participaran en la lucha contra la guerra imperialista.
>
> V. I. Lenin

Lenin les había dicho que ignoraran a los periodistas; como siempre, él sería el que se encargara de la prensa. El problema era que había decenas de individuos nuevos en el tren; habían entrado a empujones en los vagones de los rusos, y los acribillaban a preguntas. Aquella gente, cuyo vocerío parecía un coro desafinado cantando en distintas lenguas del norte de Europa, había subido junta al tren cuando el lento convoy procedente de Malmö se había detenido, justo después del amanecer, en una estación suburbana de las afueras de Estocolmo. Era viernes, 13 de abril (el mismo día en el que Plekhanov y sus amigos llegaban a Rusia), y algunos compañeros de viaje de Lenin empezaban a echar de menos el tren sellado y la silenciosa llanura alemana. No deseaban la celebridad a esas horas tan intempestivas. Tenían los nervios de punta, habían dormido mal, llevaban la ropa pegada al cuerpo y habían pasado cuatro días desde la última vez que habían podido disfrutar de los reparadores beneficios del agua caliente corriente, una toalla limpia y cinco minutos de intimidad.

Ese era el ánimo que tenían cuando, exhaustos y malhumorados, bajaron del tren en Estocolmo y se encontraron con un grupo de personas que se habían reunido en la estación para darles la bienvenida. Aunque no había podido ir a Trelleborg la noche anterior, Fredrik Ström, el socialista de izquierdas, estaba aguardándolos en el andén. Con él había

algunos representantes del Riksdag sueco y el poderoso burgomaestre de Estocolmo, Carl Lindhagen. Una pequeña multitud los acompañaba, incluidos al menos dos agentes de la policía secreta sueca y varios espías extranjeros.[1] Los rusos iban a pasar buena parte del día en la capital sueca. Alguno de ellos escribiría una nota contando todo lo que hicieron.

Lenin tal vez habría preferido seguir el viaje, pero lo cierto es que hasta última hora de la tarde no había ningún tren que se dirigiera al norte de Norrland. Para sacar provecho de aquella espera, había preparado una agenda muy apretada, buena parte de ella centrada en asegurarse la aprobación explícita de los suecos en lo concerniente a su decisión de atravesar territorio alemán en aquel tren sellado. Aparte de esto, quería sondear qué pensaban de la guerra, la paz y la revolución los camaradas suecos, necesitaba dinero y esperaba establecer una oficina bolchevique permanente —un Buró de Asuntos Exteriores para su campaña internacional — con personal y sede en Estocolmo. Si después de haber hecho todo lo que se había propuesto le quedaba tiempo, tenía la intención de visitar a su antiguo camarada de Zimmerwald, Zeth Höglund, en la vecina cárcel de Långholmen.

Era una mañana primaveral en Estocolmo, gris pero tranquila, y el tiempo resultaba ideal para la labor de los fotógrafos. La fotografía que tomó uno de ellos, donde aparece un Lenin pletórico, constituye una de las imágenes más famosas de todo este relato. El líder bolchevique tiene la cabeza girada, pero camina rápidamente, ya entregado al cumplimiento del primer objetivo que se había puesto aquel día. Calza unas pesadas botas de montaña, y aunque su aspecto parece respetable, viste una selección de prendas urbanas propias de un espantapájaros, como, por ejemplo, un abrigo de lana mal ajustado. Con la mano derecha sujeta un para-

guas enrollado que recuerda un bastón de montaña, y mantiene oculta la izquierda, resguardándola del frío. Lo cierto es que da la impresión de que no es consciente de la presencia de fotógrafos, pues lo vemos concentrado en la conversación que mantiene con otro conocido de Zimmerwald, el sueco Ture Nerman, para quien no parece que se trate de una cháchara inútil. Nerman le saca una cabeza, y viste claramente de manera más elegante, pero es Lenin, un hervidero de energía, quien sobresale y destaca en la fotografía con la misma intensidad con la que lo hacía en la vida real.

Detrás de él, en una fila desordenada, aparecen su esposa y otros camaradas. Fredrik Ström tiene que correr para no quedarse atrás. Los suecos habían reservado seis habitaciones para sus visitantes en el hotel Regina, en Drottninggatan. «Agua fría y caliente en todas las habitaciones —decía con orgullo este establecimiento en su anuncio de 1913 en la guía ferroviaria de Bradshaw—. Reformado recientemente, máximo confort.»[2] «Puede decirse que Lenin prácticamente corrió para llegar al hotel —recordaría Ström—. Su único pensamiento era llegar a casa.» Sin embargo, las botas con tachuelas, que habían sido hechas a mano para Lenin por su zapatero y casero de Zúrich, parecían fuera de lugar en los pies de un futuro líder mundial. Para Ström, más acostumbrado a los salones de Suecia, Lenin habría podido ser «un trabajador de excursión un domingo por la tarde con tiempo inestable».[3] El personal del Regina echó una ojeada al grupo, consideró que aquellos nuevos huéspedes parecían una manada de individuos andrajosos e indeseables y no les permitió entrar. Cuando por fin Ström pudo confirmar que las habitaciones habían sido pagadas por adelantado, los rusos recibieron las llaves, y lo que fue aún mejor: tuvieron la ansiada oportunidad de disfrutar de aquella maravillosa agua caliente.

Los otros tal vez se lavaran y descansaran, pero lo cierto es que el día apenas había comenzado para Lenin. Antes de que la mayoría de sus compañeros de viaje hubiera terminado de desayunar, el líder bolchevique ya había ido en busca de la sala de conferencias que había sido reservada en el hotel. Lindhagen iba a pronunciar allí un discurso de bienvenida (escogió el tema «La luz del oriente»), y en nombre de los sindicatos suecos se dijeron unas pocas palabras. Lenin escuchó pacientemente, pero lo cierto es que se encontraba allí para aclarar cómo se había desarrollado su viaje. Tenía que decir a los suecos que no había habido ningún tipo de contacto con posibles espías alemanes; tenía que decir a todo el mundo que era la Gran Bretaña imperialista, con su flagrante bloqueo de todas las rutas más lógicas para cruzar Europa desde Suiza, la única responsable de que se hubiera visto obligado a pasar por Alemania. Era verdad, reconoció, que los alemanes esperaban beneficiarse de su regreso a Rusia, pero dijo que estaban equivocándose. «El liderazgo bolchevique de la revolución —añadió para terminar— es mucho más peligroso para el poder y el imperialismo alemán que el liderazgo de Kerensky y Miliukov.»[4]

En las conversaciones privadas que mantuvo con Ström, Lenin dijo más cosas sobre sus planes. Estaba preocupado por el futuro de la izquierda sueca, y le inquietaba que Ström, su aliado, no llegara a estar a la altura de Branting («es más astuto que tú»). Una y otra vez, hacía hincapié en la necesidad de empuñar las armas, cuestión sobre la que siempre discrepaba con los camaradas del país escandinavo: «No puedes enfrentarte al ejército zarista con plegarias —remarcaba Lenin—. Hay que tener armas». Cuando Ström, espantado, preguntó a Lenin qué pensaba hacer para evitar un posible golpe de estado por parte del ejército (esbozó una visión de Kerensky como un Napoleón Bonaparte),

Lenin respondió que la libertad futura dependía exclusivamente de algo que vino a denominar «dictadura del proletariado».[5]

Sus palabras resultaban emocionantes, aterradoras y duras, pero Lenin necesitaba también ayuda. Ya había pedido a la izquierda sueca que aprobara su viaje a través de Alemania, y Ström había percibido el alivio que sintió el líder bolchevique cuanto este recibió la noticia de que Branting había aceptado firmar. En aquellos momentos solicitaba dinero. «Es muy caro viajar por vuestro país», explicó. Esa misma tarde, Ström reunió fondos con la colaboración de los sindicatos locales, y un miembro del Riksdag llamado Fabian Monsson no dudó en pedir dinero suelto a sus compañeros políticos. Se cuenta que el ministro de Exteriores Arvid Lindman, del ala derecha, aceptó efectuar una aportación monetaria con una condición: «Lenin se marcha hoy mismo».[6]

Mientras Monsson pasaba el sombrero entre sus colegas, Radek acompañó a Lenin a las tiendas. Provisto de un dinero en efectivo proporcionado por un sentimiento de caridad que ya despertaban los refugiados rusos locales, el líder fue conducido a un gran establecimiento que satisfacía las demandas de la burguesía. Los almacenes PUB eran famosos: tres años después de la visita de Lenin, en este establecimiento empezó una carrera mucho más elegante y sofisticada que la del líder revolucionario cuando a una recadera llamada Greta Garbo le propusieron trabajar de modelo de sombreros de mujer en la tienda. Para Lenin, había llegado la hora de cambiar aquellas botas con tachuelas. Equipado por fin con un par de zapatos de ciudad, eligió allí también el traje que vestiría en casi todos los actos públicos en los que iba a participar hasta bien entrado 1918. Pero con dos cosas ya tuvo suficiente. Lenin se resistió a la idea de Radek

de adquirir un abrigo nuevo (y también ropa interior limpia), recalcando que iba a Rusia para hacer la revolución, no para abrir una tienda de ropa de caballero.[7]

Los discursos y aquellas compras ocuparon todo el tiempo que había pensado dedicar a Zeth Höglund. En la apretada agenda de Lenin tampoco quedó tiempo para otras llamadas de cortesía, pero el líder bolchevique sabía perfectamente que Parvus se encontraba en la ciudad. El magnate había seguido el desarrollo del viaje de Lenin diariamente, sobre todo porque continuaba considerándolo una idea suya. Anticipándose a la llegada de Lenin (y con la bendición de sus patrocinadores del Ministerio de Exteriores alemán), había recalado en Estocolmo a comienzos de abril.[8] Aunque el líder revolucionario no aceptara reunirse con él, lo cierto es que apenas unas cuantas calles separaron a los dos hombres aquel día. En público, evitando cualquier tipo de contacto, Lenin declaraba que Parvus era un traidor, un individuo poco fiable, un egoísta y un instrumento de los alemanes. Entre bastidores, sin embargo, tenía diversas maneras de conservar un vínculo con el especulador ruso favorito de Alemania. A través de Fürstenberg, había mantenido abiertas las líneas de comunicación durante los dos últimos años. En esa ocasión, el hombre al que decidió enviar (después de prescindir de sus servicios en los almacenes PUB) fue Karl Radek.

Lenin había empezado a sentir apetito, y cuando llegó al restaurante del Regina, se tomó un filete sobre el que molió más pimienta, sin dejar de bromear todo el tiempo con los camaradas suecos que pagaban su cena. Mientras su jefe saboreaba aquel pedazo de carne de ternera, Radek se reunía con Parvus en algún lugar de la ciudad. La conversación que mantuvieron fue totalmente secreta, y no se dejó constancia alguna de ella, pero Lenin no habría permitido nunca

que aquel encuentro se celebrara sin dictar él mismo los temas a tratar. Como había dejado perfectamente claro, lo que sus bolcheviques necesitaban principalmente era algo que el hombre robusto y corpulento sabía muy bien cómo conseguirlo. Gracias a sus contactos en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Parvus, como indicarían sus biógrafos, «estaba en posición de prometer apoyo masivo a los bolcheviques en la inminente lucha por el poder que iba a desencadenarse en Rusia: a Radek le había sido concedida la facultad de aceptar la oferta. Los acontecimientos de los meses siguientes proporcionan suficientes testimonios de que eso es lo que ocurrió precisamente en Estocolmo aquel 13 de abril».[9]

Lenin, por supuesto, lo negaría todo, y con una virulencia que jamás perdería su intensidad. Lo que sí reconocería (porque era cierto) es que había pedido a Radek que se quedara en Estocolmo para trabajar al lado de Fürstenberg. En cualquier caso, como ciudadano austríaco, Radek nunca habría podido esperar que en Rusia se le facilitara la entrada, y la posibilidad de establecerse en un barrio elegante en compañía de un individuo acaudalado compensaba con creces el hecho de que se perdiera una parte de la acción revolucionaria. La tarea que iban a asumir los dos hombres, al menos oficialmente, sería dirigir la sede de los bolcheviques en el extranjero, un centro de publicidad y de recopilación de noticias, embrión de la Internacional Socialista. Sin embargo, la policía sueca recelaría desde un principio, y en poco tiempo los asuntos financieros de Fürstenberg empezarían a ser objeto de un escrutinio minucioso también en Rusia.[10]

Sin Radek, pues, pero descansados, con el estómago lleno y vestidos con una ropa más limpia, los rusos se dirigieron a la estación de Estocolmo para coger el tren a última hora de

la tarde. Ya era prácticamente de noche, pero la noticia de la visita de Lenin había corrido como la pólvora, y un grupo de alrededor de cien admiradores con banderas se congregó en el enorme vestíbulo de la terminal ferroviaria. En la locomotora del convoy, en la que el fogonero cargaba carbón, ondeaban más banderas rojas. Sonó «La Internacional» mientras Lenin y sus compañeros de viaje eran escoltados hasta el tren nocturno de las 18.37 con destino Bräcke.[11] Les aguardaba un viaje de casi mil kilómetros hacia el Círculo Polar Ártico, esto es, la etapa más larga de toda su aventura. Gracias a los buenos oficios de Fürstenberg, por no hablar del dinero que los amigos (y enemigos) suecos les habían dado, los rusos habían podido permitirse reservar una serie de compartimentos, cada uno de ellos equipado con cuatro duras literas (cuyo precio en Suecia, según sus escrupulosas cuentas, fue el equivalente de 424 rublos y 65 kopeks).[12] Una persona entregó a Lenin un ramo de flores, y también hubo más ramos para las mujeres. Y volvió a oírse un pitido, y el líder bolchevique empezó a dejar atrás la capital sueca mientras observaba un paisaje más que iba desapareciendo para siempre entre las nubes del humo de la locomotora.[13]

Fueron despertados poco antes del amanecer. A las 05.30, en Bräcke, había un cambio de ferrocarril. Después de un desayuno entre bostezos por la falta de sueño, los rusos subieron a un tren más lento, rumbo al lejano norte. A lo largo de todo aquel sábado vieron colinas y bosques de un territorio cada vez más gélido e invernal. La nieve iba aumentando de espesor por horas. En algunos lugares, su peso había doblado hileras enteras de árboles jóvenes, retoños que tocaban con su copa el suelo, creando arcos y excéntricas curvas que parecían el costillar de alguna bestia gigante prehistórica. La proximidad del bosque era tal que los rusos que miraban por la ventana probablemente vieran entre la

espesura ciervos y liebres árticas, y quizá incluso un zorro rojo metiéndose en su madriguera. Allí había más alces que personas. Los pueblos aislados por los que pasaba el tren compartían esa apariencia de lugar inacabado propia de todos los puestos fronterizos. Las estaciones de los más grandes parecían demasiado urbanas para aquel territorio tan despoblado, pero al otro lado de ella se alzaban cabañas de madera y depósitos de mercancías: Vindeln, Bastuträsk, Jörn. Pasadas las 22.00 horas, los rusos llegaron a Boden, y aún les quedaba una noche más en territorio sueco. Tras cargar su equipaje en otro tren poco después de la medianoche, partieron con dirección a Haparanda, un pesado viaje que duraría más de siete horas.

El sol salía pronto en esa zona boreal, y fue poco después del amanecer, tras desayunar unos bocadillos y tomar un té, cuando Lenin llamó al orden a sus compañeros, convocándolos a una reunión. No había pasado muy buena noche, pero había encontrado tiempo para la lectura. En Estocolmo había comprado todos los periódicos rusos que pudo encontrar, y se había pasado treinta y seis horas leyéndolos detenidamente. Las noticias giraban en torno a la reciente declaración del Gobierno Provisional sobre los objetivos de guerra y el apoyo triunfal que esta había recibido por parte del Ispolkom del Sóviet. «¡Traidores! —exclamó furibundo Lenin tras leer el artículo—. ¡Qué canallas!» Sentía un odio visceral por los pacifistas socialdemócratas, y especialmente por Chkheidze, Tsereteli y sus amigos.[14] Estuvo refunfuñando y murmurando hasta que cayó dormido, pero en cada parada el líder se despertaba de un humor aún más belicoso y agresivo, y se mostraba brusco y huraño con los pasajeros cuando estos ocupaban su asiento.

Se levantó acta de la reunión. En el orden del día había tres puntos: actitud en la frontera rusa; planes de viaje para Fritz Platten; y las respuestas que los miembros del grupo debían dar si, una vez en Petrogrado, eran interrogados por los agentes del burgués Miliukov. La última contestación que fue preparada puso de manifiesto la experiencia en leyes de Lenin, aunque su cuidadosa declaración de los derechos de inmigración de los rusos no fuera de mucho alivio para los que temían que, al llegar a Rusia, las autoridades tal vez decidieran simplemente ajusticiarlos a todos en la horca. En el caso de que hubiera un interrogatorio, decidió el líder bolchevique, un comité formado por cinco de ellos (que él mismo encabezaría) podía representar a todo el grupo; los otros debían guardar silencio y negarse a firmar cualquier documento que les presentaran.

Pero Petrogrado todavía estaba a más de una jornada de distancia. El puesto fronterizo de Tornio constituía el problema más inmediato. Era harto improbable que Fritz Platten, como ciudadano helvético, fuera autorizado a cruzar la frontera, pero también resultaba sumamente incierto que los rusos pudieran hacerlo. Los bolcheviques no lo sabían, pero la verdad es que aquel mismo día un socialista danés llamado Borbjerg, que llevaba una propuesta de paz para el Sóviet, había tenido que dar media vuelta en Tornio. La orden de no dejarlo pasar, según los agentes alemanes que lo respaldaban, «emanó del Gobierno Provisional de Petrogrado y fue fruto de la acción de los representantes de Inglaterra».[15]

Parecía que los británicos eran los verdaderos enemigos en ese puesto fronterizo. Pero es probable que los viajeros rusos ya hubieran oído ciertos rumores que hablaban de oficiales alemanes, de los que se contaba que habían decidido someter a un baño con productos químicos a todos los que

pretendían cruzar la frontera y resultaban sospechosos para averiguar si en su piel se ocultaban notas escritas invisibles a simple vista.[16] La sensación de que alguien podía estar aguardando en la frontera, quizá oculto, y fácilmente incluso armado, empañó las últimas horas del viaje de los rusos. El tren del grupo de exiliados tomó el nuevo ramal que conducía a Haparanda justo después de las cuatro de la madrugada del domingo, y se dirigió hacia el sur a través de la costa pantanosa. Al cabo de tres horas comenzó a subir lentamente hacia una estación a medio construir que se encontraba en lo alto de un enorme risco. A sus pies, discurrían las grises aguas de un gran río. Congelado, y espolvoreado de nieve, el Tornionjoki marcaba la frontera exterior de un mundo en el que, como comenzaron a darse cuenta los viajeros, todos ellos habían vivido a salvo y más o menos con comodidad. Al otro lado, se elevaba una hermosa iglesia, cuya cúpula era visible por encima de los árboles desnudos. Un poco más allá, se divisaba una bandera roja colocada en la cubierta de la estación de Tornio. Había llegado la hora de abandonar el cálido cascarón. En el exterior, en la improvisada terminal ferroviaria, el frío empezó a helarles los huesos; el único refugio era un quiosco en el que despachaban café y bocadillos. La comida era muy poco apetecible, pero como recordaría Elena Usievich, «no estábamos de humor para comer».[17]

Si los rusos se hubieran tomado un tiempo para explorar lo que había a su alrededor, se habrían dado cuenta de que tenían a los británicos más cerca que nunca. Por alejado y básico que fuera aquel pueblo fronterizo, lo cierto es que constituía un centro estratégico. En una época en la que para los Aliados era vital mantener (y aumentar) su influencia en la política rusa y en las fuerzas armadas rusas, esa localidad seguía siendo el único paso seguro.[18] Usievich recorda-

ría Haparanda como una «aldea de pescadores», pero estaba equivocada. Era un centro de trabajo sumamente atareado. Según estimaciones de 1917, por su puesto aduanero habían pasado veintisiete millones de envíos postales (desde cartas hasta paquetes de distintos tamaños) en solo seis meses.[19] En el supuesto (muy optimista) de que los oficiales de la frontera trabajaran doce horas al día, esto arrojaría una media de tres envíos por segundo, cálculo del que deben quedar excluidos los envíos voluminosos. El depósito existente en el lado sueco estaba lleno de diversas mercancías, algunas con destino a ciudades tan remotas como Tokio o Pekín. Había barriles, cajas grandes y cajas más pequeñas, así como sacos de naranjas que desprendían un aroma incomprensiblemente intenso. Hacía tiempo que las aduanas de Haparanda no podían hacer frente a tanto trabajo, y lo mismo les sucedía a los trineos que se deslizaban por los ríos helados en los meses de invierno. Como aún no había un puente ferroviario, la respuesta fue construir un sistema de cableado aéreo. Se sustentaba sobre torres flotantes, una frágil estructura que se elevaba sobre el río, y que en abril de 1917 estaba en uso permanentemente.[20]

Otro recuerdo del que probablemente se olvidara Usievich era el de la luz crepuscular ártica, que proporcionaba una cobertura perfecta en la orilla del río. Un comercio animado de mercancías de contrabando relacionadas con la guerra era ya muy próspero en esos bosques; y la niebla de la zona, que podía ocultar cajas grandes y pesadas, sin duda resultaba de gran ayuda para que permanecieran invisibles los que se dedicaban a esas actividades clandestinas.[21] También había muchísimos extranjeros, individuos difíciles de identificar. Desde el primer invierno de la guerra, la Cruz Roja Internacional había utilizado el puente peatonal de la frontera para el intercambio de prisioneros de guerra inválidos. En

verano, los enfermos y los heridos eran conducidos al otro lado del río en un barco hospital especial, pero en invierno los que podían caminar (o andar con muletas) se veían obligados a avanzar renqueando por el puente bajo la atenta mirada de los guardias locales. Resulta difícil establecer cuántos hombres vivieron esa experiencia, pero es probable que fueran al menos setenta y cinco mil, principalmente austríacos, húngaros y turcos, los que cruzaron la frontera por ese paso aledaño del norte. No fue nunca la manera más segura de ir de un lado del confín al otro, y en un momento determinado, no mucho antes de la llegada de Lenin y su grupo, se produjo en la zona una epidemia de tifus. Muchos viajeros de por aquel entonces no podrían llegar más lejos. Los muertos seguían amontonándose; las tumbas nuevas no paraban de llenarse, y podía desaparecer un extranjero más, o dos, sin dejar rastro alguno.

Lenin no permitía que las dudas obstaculizaran sus planes. En medio de la espesa nieve, a kilómetros y kilómetros de distancia de la gran ciudad más próxima, y acorralado por un sinfín de contenedores y sacos, el líder bolchevique no pensaba en otra cosa que no fuera la revolución.[22] Sus compañeros eran los que estaban preocupados por su propia seguridad cuando todos fueron conducidos hasta la ribera del río y acomodados, de dos en dos, en quince pequeños trineos. Esos taxis improvisados, y tirados por robustos ponis, se dedicaban todos los años, durante meses, a ir y venir por aquella capa de hielo de dos kilómetros y medio de extensión. Sin embargo, para sus pasajeros, cubiertos con mantas para protegerse del viento ártico, apenas habían pasado seis días desde aquel almuerzo de despedida en el Zähringerhof, seis días desde que habían contemplado por última vez las azules aguas de un lago suizo. A medida que se acercaban al lado ruso, el peligro que habían decidido correr

hizo que varios de ellos (incluida Elena Usievich) empezaran a sentirse invadidos por una sensación muy parecida a la de pánico. En sus memorias, Zinóviev afirma que se sentó en el trineo y se puso a observar el cielo, pero la mayoría de sus compañeros no podían dejar de pensar en la frontera y lo desconocido, esto es, lo que les aguardaba al otro lado del confín.

Los británicos se habían formado una opinión difusa de los bolcheviques de Rusia. En su embajada, durante las semanas posteriores al estallido de la revolución, Frank Lindley había informado sobre su retórica, su programa y su periódico: «El "Pravda"... ha adoptado desde un principio una actitud de hostilidad inflexible hacia el Gobierno Provisional y la guerra —decía a finales de marzo—. Presenta al primero como un grupo de reaccionarios de lo más peligrosos, y a la segunda como el fruto de sus maquinaciones y las de individuos similares en el extranjero ... Es principalmente por culpa de este periódico que en Petrogrado reina una sensación de gran nerviosismo entre la gente de clase media a la que ataca despiadadamente». La única buena noticia era «el oportuno descubrimiento por parte del Gobierno de que uno de sus editores estaba a sueldo de la policía secreta», aunque daba la impresión de que el periódico había logrado sobrevivir a este hecho.[23] Sin embargo, lo que parecía que nadie sabía eran los nombres de sus nuevos editores, o de dónde procedía su dinero.

Esta falta de información detallada constituía un problema constante en aquellos momentos. El único político del Sóviet cuyo nombre podía citar Lindley (aunque escribiéndolo mal) era Chkheidze. No quedaba claro quién era exactamente cada uno de los otros activistas y oradores, y los más escépticos albergaban los peores temores en lo concerniente a todos ellos. No obstante, Lindley creía que se podía

confiar en la solidez del Gobierno Provisional. «Cumple con todas las expectativas», escribía desde Petrogrado a comienzos de abril.[24] Sin embargo, el general Knox, hombre mucho más astuto, no estaba tan seguro de ello, de modo que Londres seguía preguntándose de quién debía fiarse. Los bolcheviques (a los que llamaba «los extremistas» y «los maximalistas») iban a ser claramente algo más que una simple molestia si conseguían que Rusia se volviera contra la guerra.

La cuestión de la solidaridad aliada ya no era una simple especulación el domingo por la mañana cuando se suponía que Lenin debía cruzar la frontera. El inicio de la principal ofensiva de Nivelle en el Frente Occidental estaba programado para el amanecer del lunes. Originalmente, el plan había contemplado que Rusia emprendiera un ataque al mismo tiempo, pero en aquellos momentos Francia y Gran Bretaña ya se habían resignado a posponerlo. Se contentaban con que las tropas rusas se mantuvieran firmes a lo largo del Frente Oriental, inmovilizando divisiones y pertrechos de vital importancia del enemigo. Los Aliados apenas podían pedir menos, y, no obstante, la empresa seguía siendo cuestionada con gran vehemencia por individuos maliciosos de la población civil de Petrogrado. Incluso Kerensky parecía de repente inclinado a complacer a la izquierda radical.[25] El ministro de Justicia había empezado a insistir una y otra vez en que las anexiones y las indemnizaciones eran algo inaceptable, y había desafiado a los Aliados a renunciar a sus preciados objetivos de guerra, recordándoles que el Sóviet estaba en manos de socialistas. La única contrapartida con la que podían jugar Londres o París era la ayuda económica. En abril de 1917, los británicos retuvieron una entrega de artillería pesada, destinada originalmente a Rusia, aduciendo que toda esa maquinaria bélica podía resultar más

útil si entraba en funcionamiento en otro lugar. El gobierno de Estados Unidos, que acababa de entrar en aquel juego, consideró la posibilidad de retener el préstamo de guerra que había prometido, y cuya importancia era aún mayor, si Rusia cedía a las presiones de los pacifistas.[26]

La semana previa a la campaña de Nivelle, el hecho de que la izquierda antibelicista pareciera retirarse había supuesto un gran alivio para todos los observadores aliados que tenían concentrada su atención en Rusia. *Pravda* había modificado su tono (gracias a la influencia de Kámenev), y Tsereteli estaba obrando milagros en el Sóviet. En Moscú, Lockhart seguía considerando a los bolcheviques «el elemento más insatisfactorio», y añadía que en sus filas «parece que hay agitadores alemanes; y es muy posible que estén financiados con dinero germano». Sin embargo, continuaba diciendo que «sería extremadamente precipitado hacer una valoración en una fase tan temprana de la revolución como esta, pero soy de la opinión de que la campaña socialista más bien está perdiendo terreno. Sus periódicos se leen menos que al principio, y cuando pase la novedad de sus ataques, es probable que les cueste obtener los fondos necesarios para su propaganda. Ya ha comenzado una contrapropaganda fuerte, y una de las consecuencias de la campaña socialista ha sido la unión de todos los elementos más moderados de la población».[27] Buchanan, en Petrogrado, parecía estar de acuerdo.[28]

Así pues, la última cosa que necesitaban los Aliados era la aparición repentina del mismísimo Lenin. Whitehall carecía de un retrato consistente del líder revolucionario (una nota informativa lo incluía en el grupo de «sabandijas extranjeras»), pero ciertos archivos británicos, que recogían información de antes de la guerra sobre sus visitas a Londres, hacían alusión a algunos de sus inquietantes talen-

tos.[29] Más recientemente habían empezado a correr rumores muy preocupantes sobre él. Según Herr Stenning, enviado socialista en Copenhague, Lenin había «mostrado una violenta animosidad hacia Inglaterra» durante su estancia de un día en Estocolmo. Su retórica había dado credibilidad a un nuevo relato, que en aquellos momentos estaba divulgándose en Ámsterdam, según el cual «en menos de quince días iba a declararse la paz entre Rusia y Alemania».[30] Por un instante, los británicos consideraron la posibilidad de responder con su propio caballo de Troya. Si los alemanes podían servirse de Lenin, los británicos tal vez podrían enviar a otro activista ruso «para tratar de explicar a Rusia lo que iba a ocurrir si no seguía participando enérgicamente en la guerra». Ya habían dado el visto bueno a Plekhanov, pero algunos consideraron que podrían obtener mejores resultados si recurrían a un antiguo nihilista al que los servicios de inteligencia conocían con el nombre de Alexis Aledin. Sin un grupo de seguidores, sin embargo, Aledin no solo era una bomba de relojería, sino que también carecía de utilidad, y la nota que aparece en su expediente, de fecha 29 de marzo, dice así: «dejad que duerma».[31]

Era una lástima que los miserables suizos hubieran dejado que los bolcheviques se subieran a su tren. Incluso el educado príncipe Lvov había informado a un oficial en Berna que la partida de Zúrich del grupo de Lenin había constituido «molestia considerable».[32] Corría el rumor de que Pável Miliukov había elaborado una lista de nombres, y que intentaba que sus colegas se avinieran a prohibir la entrada en Rusia a todas aquellas personas que figuraban en ella.[33] De ser cierto, Lenin y sus amigos no iban a causar problemas en el Este durante mucho tiempo. Pero la mejor oportunidad que tenían los Aliados de cortarle el paso al líder bolchevique estaba en Tornio. Los británicos disponían de

un agente en activo en esa localidad. El individuo en cuestión podía actuar en secreto, aprovechando el bullicio y el caos, por no hablar de la niebla. Todo lo que tendría que hacer para cubrir el expediente era asegurarse de que un bolchevique en concreto no llegara nunca a su patria.

Los trineos de los rusos en el puesto de vigilancia del lado finlandés. El paisaje allí era uno que los viajeros ya conocían, pues los controles fronterizos —órdenes dadas a gritos, pequeños despachos y rejas metálicas— formaban parte de la vida de todos los revolucionarios de Europa. En el pasado, como había podido comprobar Shlyapnikov, los guardias de Tornio habían sido extremadamente meticulosos en sus funciones, pero en aquellos momentos la bandera roja que ondeaba en la cubierta de su puesto indicaba una cambio de actitud, quizá incluso de personal. Los alemanes también contaban con que el nuevo régimen fuera más laxo. Como constataba uno de sus informes: «Anteriormente en Tornio había sesenta y cinco oficiales que inspeccionaban a todos los viajeros con suma meticulosidad; en la actualidad hay solo dieciséis soldados que agilizan el tránsito efectuando sus labores de control con gran rapidez».[34] Un grupo de personas de la zona ya se había congregado alrededor de la oficina de aduanas finlandesa, deseoso de bombardear a preguntas a los recién llegados. Arrastrando sus enseres, cogiendo de la mano a los dos niños, la comitiva de exiliados entró en fila en las dependencias militares.

Lo que no se esperaban aquellos rusos era que los separaran en un grupo de hombres y otro de mujeres. El interrogatorio del que fueron objeto a continuación fue minucioso y continuo. El registro meticuloso de su equipaje se prolongó durante horas —hasta los libros de los niños fueron inspeccionados—, y a algunos de los viajeros se les requirió que se desnudaran hasta quedarse en ropa interior. En el

pasado, en tiempos de la represión zarista, una revolucionaria probablemente habría llevado documentos secretos cosidos a su corsé, pero se suponía que aquella nueva Rusia era una Rusia libre. Como todos habían imaginado, a Fritz Platten lo mandaron de vuelta inmediatamente. El fiel suizo pasaría en vano tres días en Haparanda, esperando un cambio de actitud que nunca llegaría.[35] Pero los ciudadanos rusos tenían unos derechos distintos. Lenin fue interrogado durante horas, en un proceso que, al parecer, fue intencionadamente lento. Una y otra vez, fue obligado a repetir la historia de que era un periodista que regresaba a la patria. Pasaron horas y horas, pero nadie se atrevió a preguntar qué era lo que estaba ocurriendo. Por otro lado, detrás de una puerta, el telégrafo que comunicaba con Petrogrado había empezado a echar chispas. Un oficial británico destinado en Tornio trataba de ponerse en contacto con Miliukov.

La historia sigue estando llena de sombras; mucha gente afirmaría más tarde que había estado en aquellas dependencias fronterizas. En 1919, en un artículo plagado de contradicciones aparecido en el *New York Times*, un antiguo teniente norteamericano llamado A. W. Kliefoth se hacía responsable de haber autorizado el paso a Lenin. En su país, la hostilidad hacia los soviéticos había aumentado tanto que parecía lógico escribir que el grupo bolchevique «viajó en un tren sellado para que la propaganda de Lenin no se filtrara en Alemania». A pesar de la vaguedad de los hechos de los que habla, Kliefoth afirmaba haber trabajado en Tornio como oficial aliado encargado de pasaportes: «Los primeros que llegaron eran patriotas —contaba—. Venían solos o en grupos de dos o tres, y se unían al ejército para luchar contra los alemanes». Cuando aparecieron Lenin y su grupo, la cosa fue muy distinta. Kliefoth decía que su colega telegrafió a Kerensky en Petrogrado para averiguar si se había

cometido algún error; no podía creer que semejantes individuos pudieran pasar. El ministro de Justicia había contestado (con aquella pomposidad que sería al final su perdición) que la Rusia democrática no negaba la entrada a sus ciudadanos. Ante una respuesta tal, no quedaba más remedio que permitir que los subversivos regresaran a la patria.[36]

Sin embargo, hay otra versión de la historia, en la que el villano es un oficial británico. Según el coronel Boris Nikitin, el jefe del improvisado servicio de contrainteligencia del Gobierno Provisional, su homólogo británico en Rusia, Stephen (en aquellos momentos comandante) Alley, se había entrevistado con él a comienzos de abril para pedir ayuda en lo concerniente a «una lista de treinta traidores, encabezada por Lenin», que iban a cruzar la frontera «en cinco días». Nikitin llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores, con la esperanza de encontrar a Miliukov, que, sin embargo, se hallaba fuera de la ciudad. Su ayudante, Neratov, no quiso firmar la orden solicitada.[37] En aquella situación, a Alley solo le quedaba una opción. Su hombre en Tornio, Harold Gruner, al que sus camaradas llamaban «el Espía», sería el encargado de vérselas con Lenin en la frontera, dijera lo que dijera el ruso.

Gruner hizo todo lo que pudo. Mandó a Lenin que se desnudara para registrarlo y lo sometió a un duro interrogatorio, inspeccionó meticulosamente todos los libros y los papeles para intentar ganar tiempo, pero al final, justo antes de las seis de la tarde, hizo un gesto con la cabeza al oficial ruso cuyo trabajo consistía en empuñar la estampilla de goma. Sus razones fueron que no había podido hacer nada más, pues era un joven asesor y un extranjero en territorio ruso. Pero nunca olvidaría que había sido el hombre que, como decía, había «permitido realmente la entrada de Lenin en Rusia». «De haber sido un japonés», comentaría su ami-

go William Gerhardie, Gruner «se habría hecho el harakiri».[38] La otra persona que tampoco olvidaría nunca aquel episodio fue el propio Lenin, quien, cuando asumió el poder en Rusia, no perdió ni un minuto de tiempo en condenar a muerte a Gruner. Sin embargo, la sentencia nunca se ejecutó, y «el Espía» luego tuvo la posibilidad de unirse a la expedición británica en Siberia contra los bolcheviques. Así pues, Gruner se apuntó no solo uno, sino dos fracasos heroicos, por los que un agradecido Jorge V le concedió una distinción honorífica, la de la Excelentísima Orden del Imperio Británico.[39]

Los bolcheviques no cabían en sí de gozo. Lenin siempre había respirado más tranquilo en Finlandia; en aquellos momentos una multitud se agolpaba a su alrededor para preguntar qué podía esperar su Gran Ducado en aquella nueva era de gobierno poszarista. Unos días antes se había celebrado una sesión especial del Parlamento finés, el Eduskunta. Dominada por los socialistas, sus debates habían despertado grandes esperanzas entre el pueblo finlandés, e incluso en aquellas aldeas del norte los campesinos tenían sed de noticias. Aunque se sentía exhausto, Lenin pronunció un breve discurso de ánimo en el que habló de la libertad de los finlandeses, manteniendo sin duda un silencio táctico en lo concerniente a la cuestión de una guerra civil mundial. Después de la alocución, se abrió paso hasta llegar a la oficina de correos local (oportunamente abierta el Domingo de Resurrección para facilitar el trabajo), desde donde envió un telegrama a sus hermanas en Petrogrado: «Llegada lunes 11 p. m. —decía—. Informad Pravda. Uliánov».

Los rusos rebosaban tanta felicidad que apenas notaron la dureza de sus asientos. Los vagones del ferrocarril no estaban demasiado llenos —en un momento determinado, Lenin estuvo sentado en uno que se encontraba completamente

vacío—, pero eran muy básicos, muy rusos y muy de clase trabajadora. Sin embargo, no habría habido nada que hubiera podido resultar más conveniente para aquel grupo de exiliados. Leer sus relatos del viaje por la costa finlandesa es sentirlos a sus anchas, exhalando el aire que respiraban, casi como si trataran de acostumbrarse al espacio extra que proporcionaba el ferrocarril de vía ancha de Rusia. Avanzaron hacia el sur en medio de la oscuridad durante unas horas, charlando con algunos paisanos y buscando un poco de tiempo para dormir. Al amanecer, ya habían dejado la nieve atrás, aunque en el paisaje predominaban los tonos grises y marrones, a la espera de que llegara la primavera. El triquitraque de las ruedas del tren se vio interrumpido durante una o dos horas cuando cambiaron de ferrocarril, justo al norte de Helsingfors, para coger la línea que conducía a Terijoki, y de allí a Petrogrado. Lenin apenas dejó de leer. Había hablado con unos soldados en cierto momento (su paz en aquel vagón vacío había sido efímera), pero siempre estuvo más interesado en los periódicos que tenía en su regazo.

Una de las primeras cosas que había hecho Lenin a su llegada a Finlandia había sido comprar sus primeros ejemplares de *Pravda*. El periódico resultaba aún difícil de encontrar, especialmente en una región tan alejada de Petrogrado, por lo que aquellos números eran un tesoro, y Lenin había empezado a ojearlos durante la espera en la oficina aduanera de Tornio. En cuanto comenzó a alisar las páginas, se permitió un instante de satisfacción pensando en el periódico de su partido publicado en una Rusia libre, pero de repente (y sin darse cuenta) se dispuso a iniciar la lectura. Como muchos escritores, es muy probable que buscara en primer lugar sus propias contribuciones, pues había enviado dos artículos (sus primeras «Cartas desde lejos») a Rusia,

poniéndolos bajo la custodia de Aleksandra Kollontai. Por mucho que buscó, sin embargo, solo pudo encontrar uno. Había sido publicado (en la parte inferior de las páginas interiores) el 21 y 22 de marzo (3-4 de abril), pero el apartado pidiendo un boicot al gobierno burgués había sido suprimido.[40] Sus sospechas se confirmaron en cuanto empezó a darse cuenta de que el artículo había sufrido más alteraciones; no cabía la menor duda de que los recortes eran sistemáticos y deliberados.

También resultaba evidente (mientras iba leyendo) que en Petrogrado había bolcheviques que veían con muy buenos ojos una alianza con una facción de mencheviques con ideas afines. Un artículo crítico de Mólotov, un bolchevique del ala izquierda, de fecha 28 de marzo/10 de abril no podía ser interpretado de otra manera. Lenin se había preparado para luchar en cuanto llegara a Rusia. No es que no hubiera sabido dejar bien claro cuáles eran sus ideas. Su telegrama de comienzos de marzo había sido perfectamente explícito: ningún apoyo al Gobierno Provisional, ningún tipo de cooperación con otros partidos.[41] Sus «Cartas desde lejos» habían invocado el traspaso del poder de los burgueses «agentes del capital británico» a una milicia de los trabajadores o a los sóviets. Ese proyecto descartaba por completo cualquier tipo de coalición con los mencheviques. La guerra, había insistido el líder bolchevique, era una maldita aventura capitalista, y no lo que en aquellos momentos Kámenev calificaba de lucha por la autodefensa revolucionaria.

Hablando de Kámenev, ni que decir tiene que Lenin enseguida llegó al artículo sobre defender Rusia de los cañones alemanes. Conocía las maneras suaves y profesorales de su viejo amigo, pero Lenin no podía aceptar en ningún caso que el deber de los revolucionarios en tiempos de guerra era ayudar a mantener un frente disciplinado contra los germa-

nos. La política del periódico parecía confusa, y su tono muy poco enérgico. Mientras iba leyendo, el líder bolchevique comenzaba a darse cuenta de cómo se había alejado el partido (o al menos sus propios lugartenientes) de las ideas que había intentado inculcar. Lenin era un comunicador infatigable —todo un maestro a la hora de asestar un golpe mortal—, y en aquellos momentos tenía una obsesión: desautorizar con su retórica y sus escritos a sus seguidores más irresolutos. Daría golpes de puño en la mesa, tacharía frases, reuniría a los fieles, trataría de convencer a Kámenev. Entonces, de repente, se le heló la sangre. Zinóviev recordaría que el rostro del líder empalideció: «Malinovsky —exclamó— ha resultado ser un agitador».[42]

Esta vez el golpe era personal («El canalla —dijo Lenin refunfuñando —se merece algo más que un tiro»). Cuando leyó el mordaz comentario de *Pravda* sobre los turbios negocios de Román Malinovsky con la antigua policía secreta, es probable que el líder bolchevique recordara las denuncias de 1914, los enojosos rumores a los que había hecho oídos sordos en el juicio sumarísimo celebrado en Poronin. Mientras *Pravda* iba distanciándose del traidor, es probable que a Lenin también le viniera a la cabeza una carta que había enviado a Malinovsky hacía apenas unas semanas, en la que lo saludaba en nombre de su esposa y le contaba las últimas noticias desde Suiza.[43] La prueba de la traición del agente doble se encontraba en aquellos momentos ante él en blanco y negro, junto con el caso abierto contra aquel editor de *Pravda* de antes de la guerra, Miron Chernomazov. Los dos habían estado trabajando para la policía secreta zarista durante años. La historia no era una novedad en abril, pero (a juzgar por un artículo de Eremeev aparecido en el número del 29 de marzo/11 de abril), los editores de *Pravda* todavía estaban pagando por ello. En realidad, la situación era mu-

cho peor de lo que Lenin podía imaginar en aquellos momentos. Hilando una sarta de suposiciones, algunos escritores y columnistas habían empezado a hablar de un rumor, según el cual el partido bolchevique y su periódico estaban financiados por los «alemanes», de los que recibían «millones».[44] En Petrogrado corrían muchísimos chistes al respecto, y en algunos círculos el mismísimo *Pravda* había sido calificado de «agitador». No costaba imaginar lo que iba a decirse de la aventura de Lenin en tierras alemanas.

Ya era de noche cuando el tren de Lenin empezó a aminorar la velocidad porque llegaba al puesto fronterizo de Beloostrov. Aunque Finlandia fuera una provincia rusa, lo cierto es que había conservado algunas de sus libertades. La Rusia real, con todas sus prisiones, policías y leyes represivas, comenzaba en Beloostrov, circunstancia que exigía un nuevo control sumamente riguroso gracias a su numeroso personal. Según Nikitin, era allí donde la policía local instaba a los pasajeros patriotas que llegaban en tren a señalar a cualquier viajero que les pareciera sospechoso.[45] Después de leer *Pravda*, Lenin estaba preparado para un largo interrogatorio. Sin embargo, en su tren nadie se sintió amedrentado. Lev Kámenev había avisado a los camaradas de que «Ilich detesta todo tipo de ceremonias».[46] Como siempre, sus palabras no tuvieron el efecto deseado.

Había sido difícil organizar un comité de recepción apropiado. Un telegrama de Fürstenberg que habría debido informar a los bolcheviques de la hora de llegada del tren de Lenin no había sido entregado debidamente, de modo que la noticia llegó tarde, el lunes por la mañana, cuando la hermana de Lenin, Mariya, comunicó al Comité Central el mensaje enviado por su hermano desde Tornio. Con menos de quince horas de tiempo, Shlyapnikov se dispuso a organizar los preparativos de bienvenida en la estación de Fin-

landia de Petrogrado, mientras una pequeña comitiva (en la que figuraba tanto Kámenev como Fiódor Raskólnikov) recorría los cuarenta kilómetros que separaban la capital del puesto fronterizo para recibir al líder. A ella se unió un grupo de trabajadores entusiastas de Petrogrado que llenó el tren nocturno con destino Beloostrov con la esperanza de asistir a todo un espectáculo. No obstante, la mayoría de los individuos que conformarían la multitud congregada en el andén de la estación iba a llegar andando desde la ciudad de Sestroretsk. Esa gente, bolcheviques veteranos de la fábrica de armas local, caminaría unos quince kilómetros para ver llegar el tren de su líder.

En el andén de aquel apeadero aislado reinaba la oscuridad, y mientras esperaban bajo la lluvia, los hombres allí reunidos apenas podían distinguir los rostros de los que tenían al lado, por no hablar de las banderas que habían preparado y traído consigo. «Por fin —recordaría Raskólnikov— las tres luces cegadoras de la locomotora nos deslumbraron, y tras ellas vimos cómo empezaban a centellear las ventanas iluminadas de los vagones del convoy, cada vez con más suavidad y lentitud. El tren se detuvo, y de repente percibimos, por encima de la multitud de trabajadores, la figura del camarada Lenin.»[47]

El conductor había indicado a los obreros de Sestroretsk dónde podían encontrar a Lenin en la hilera de vagones del convoy. Los trabajadores subieron al tren antes de que este se parara definitivamente, y sacaron a hombros al líder bolchevique. Conmocionado, asustado y luego abrumado, Lenin fue conducido al vestíbulo de la estación. Se sentía tan aliviado por estar por fin en casa que se puso a besar a todo el que veía, incluido Raskólnikov (al que no conocía en persona). Como recordaría el joven trabajador del partido, «en ningún momento dejó de sonreír». Poco después, Kámenev

se unió al grupo, cogiendo a Zinóviev de la mano. Cuando todos los exiliados ya se encontraban en el vestíbulo de la estación, Lenin subió a una silla para invitar a los allí presentes a escuchar unas palabras improvisadas. Seguía hablando, sonriendo bajo las luces de la estación cuando sonó la campana que anunciaba la salida del tren con destino Petrogrado.[48] De pronto, todos los camaradas se pusieron a correr y subieron al mismo vagón, hablando unos con otros sin apenas respirar. En cierto momento, Lenin se volvió hacia Kámenev y preguntó: «¿Qué has estado escribiendo en *Pravda*? Hemos leído unos cuantos ejemplares, y te hemos llamado de todo».[49] Por el momento, en agradecimiento por aquella celebración nocturna, la cuestión se planteó sin que pareciera una amenaza.

Lenin ya podía creer a Kámenev. En la estación de Finlandia no iba a haber policías dispuestos a detenerlo. Lo que probablemente Lenin no pudiera imaginar es la espectacularidad de la recepción de bienvenida que sus partidarios habían organizado. El Lunes de Pascua, y sin apenas tiempo para efectuar los preparativos, el partido había hecho que pasaran a la acción todas sus redes locales, incluidos algunos grupos que prácticamente desconocían quién era Lenin. Aquel día de fiesta no había periódicos, pero en los distritos más humildes de Petrogrado empezó a funcionar el boca a boca, y enseguida miles de personas comenzaron a hablar del regreso de aquel nuevo líder. Los comités bolcheviques de las fábricas se reunieron y eligieron delegados para formar una cadena a lo largo del itinerario. Las banderas fueron desplegadas y remendadas, y se escribieron las pancartas de bienvenida. Se llamó a una banda militar, pero como había tocado la misma música tantas veces no fue necesario ensayo alguno. Tras celebrar una reunión improvisada en

su base de Kronstadt, los marineros decidieron enviar un destacamento a Petrogrado para que actuara de guardia de honor.[50]

El Comité Ejecutivo del Sóviet también fue avisado de la llegada de Lenin. Como no quería avalar con su presencia al agitador procedente del extranjero, Tsereteli se negó a ir a la estación a recibirlo. En su lugar, serían Chkheidze y Skobelev —ninguno de los cuales veía con agrado salir tarde de noche el Lunes de Pascua— los que tendrían que abrirse camino entre la multitud y luego aguardar la llegada del líder revolucionario sentados como melancólicas damas de honor en la Sala de Espera Imperial de la Estación de Finlandia. El Ispolkom no se había mostrado contrario al regreso de Lenin. Ni siquiera había puesto objeciones al hecho de que el líder exiliado aceptara la ayuda de los alemanes, aunque esa había sido una decisión más difícil. Pero Chkheidze ya había recibido demasiados varapalos del líder desterrado, y no estaba precisamente deseoso de que le propinaran más. Además, tenía mucho que perder, pues la revolución había llegado a una fase sumamente delicada, las relaciones con Lvov iban mejorando y había la esperanza de que se entablaran conversaciones de paz en Europa. Con la pérdida de su hijo todavía muy reciente, el presidente del Sóviet, sumido en la tristeza, se sentó en la sala de espera y se puso a ensayar un discurso de bienvenida mientras Skobelev no paraba de contar chistes malos para pasar el tiempo.

Aunque no había recibido una invitación específica, Sukhanov también se unió a ellos aquella noche. Tardó mucho en poder llegar al edificio de la estación, y más difícil aún le resultó acceder al interior. La multitud que bloqueaba el paso era enorme, y había soldados, marineros y ruidosos automóviles en fila. Como observaría Sukhanov, no cabía duda de que los bolcheviques, que «brillaron en la organiza-

ción», estaban «preparándose para una llegada verdaderamente triunfal».[51] Aquello era mucho más que una simple recepción de bienvenida con motivo de la llegada de unos viajeros. Los organizadores intentaban también contrarrestar la impresión creada por la decisión de Lenin de aceptar ayuda de Alemania. Aunque hasta entonces había hablado en voz baja de los «millones alemanes» de *Pravda*, la prensa burguesa iba a tener a partir de aquel momento a un traidor en carne y hueso al que denunciar en voz bien alta, a un ruso que acababa de disfrutar de la hospitalidad del káiser. Para los bolcheviques, lograr que su líder pareciera una superestrella que regresaba a la patria, era una forma de responder a una campaña periodística que hasta Sukhanov consideraría «llena de mala fe».

Los bolcheviques de Petrogrado se superaron a sí mismos. Sukhanov se encontró con una estación cuyo andén principal resplandecía de rojo y oro. Las calles estaban adornadas con pancartas invocando la paz y la fraternidad, pidiendo justicia para las clases trabajadoras, y libertad y revolución para el mundo. Arcos triunfales se elevaban sobre la vía. En un extremo, en el lugar en el que se esperaba que el tren fuera a detenerse, aguardaba la banda, y había mujeres con grandes (y caros) ramos de flores. Los organizadores habían sabido incluso sacar provecho de lo tardío de la hora. En dos o tres sitios, comentaría Sukhanov, «las imponentes siluetas de unos carros blindados emergían entre la multitud. Y desde una de las calles adyacentes avanzó hasta la plaza, para luego cruzarla asustando a la multitud, un extraño monstruo: un enorme reflector que, de repente, proyectó en el vacío sin fondo de la oscuridad grandes pedazos de la ciudad viva, los tejados, los edificios de varios pisos, las columnas, los cables, los tranvías y las figuras humanas».[52]

9

Desde la estación de Finlandia

> Los que estrangulan la revolución con frases almibaradas —Chkheidze, Tsereteli, Steklov— quieren hacer retroceder la revolución, alejarla de los sóviets de diputados de obreros y empujarla hacia el poder exclusivo de la burguesía, hacia una república parlamentaria al uso.
>
> V. I. Lenin

El tren de Lenin llegó con retraso. La ilusión se sumó a la excitación cuando la multitud congregada fuera de la estación se incrementó con los transeúntes que pasaban por la zona a aquellas horas tardías. Aunque muchos de los curiosos llegados hasta allí por casualidad casi no sabían quién era Lenin, era evidente que las cosas iban tomando el cariz propio de una típica noche de Vyborg. Eran ya casi las doce cuando alguien divisó las luces de una locomotora que se aproximaba. Solo había un tren previsto para esa hora. La banda atacó los sones de «La Marsellesa» (un error: Lenin prefería «La Internacional») y los marineros se pusieron en posición de firmes. Como había observado en varias ocasiones Sukhanov, siempre se podía confiar en los bolcheviques a la hora de montar un espectáculo.

Se activaron los frenos, la marcha se detuvo, y Lenin apareció en medio de una desagradable nube de humo. Aquel aire tan frío y tan picante supuso un sobresalto después de tanto tiempo encerrado en el tren. Una mujer —¿la Kollontai?— se adelantó y le entregó un ramito de flores de primavera comprado a una florista, un objeto absurdo, en opinión de Lenin, y que por lo demás él no quería.[1] Aquella llamarada de color supuso una nueva sorpresa: sus ojos chocaron

con las banderas rojas, las luces de la estación, más flores, y los destellos deslumbrantes de las cornetas y los trombones. Algo inesperado en aquella marea humana: una guardia de honor de la Segunda Flota del Báltico acababa de presentar armas. Con sus uniformes azules y sus airosas gorras, los chicos aquellos parecían meras reliquias del viejo imperio. Lenin se sintió irritado al contemplar semejante espectáculo, que apestaba a pompa burguesa y a orgullo. Envuelto en un halo de vapor, aprovechó la ocasión para decir a los marineros y a sus amigos leales que habían cometido un error en su análisis de clase. Lo único que podía hacer el Gobierno Provisional, gritó, era traicionarlos. Una vez dicho esto, el líder bajó de un salto de la plataforma, dirigiéndose inmediatamente a la Sala de Espera Imperial. Precipitándose en su interior, escribió Sukhanov, llegó corriendo al interior de la estancia y «se detuvo delante de Chkheidze, como si hubiera chocado con un obstáculo completamente inesperado».[2]

El «obstáculo» se había puesto a hablar con él. El Ispolkom se había comprometido a llevar a cabo un trabajo en equipo de carácter inclusivo, y Chkheidze se disponía a hacerle una oferta que a punto estuvo de atragantársele. «La principal tarea de la democracia revolucionaria —insistió— es en estos momentos la defensa de la revolución frente a cualquier injerencia, tanto desde dentro como desde fuera. Consideramos que ese objetivo requiere no desunión, sino que los demócratas cerremos filas.»[3] Un marinero exclamó que esperaba que Lenin pasara a ser miembro del Gobierno Provisional.[4] El líder de los bolcheviques no respondió. Por el contrario, tras una breve pausa durante la cual estuvo jugueteando un poco con las flores, se volvió hacia el resto de la gente allí congregada (es de suponer que no muy numerosa, pues seguían en la sala de espera) y saludó la revolu-

ción que estaba a punto de barrer el mundo entero: «Esta guerra entre piratas imperialistas es el comienzo de una guerra civil en toda Europa», anunció. Y prosiguió: «… Uno de estos días la totalidad del capitalismo europeo se vendrá abajo. La revolución rusa que vosotros habéis llevado a cabo ha preparado el camino y ha inaugurado una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!».[5]

Aquellas palabras resultaban chocantes y eran completamente nuevas, «un faro luminoso, extraño y deslumbrante», diría Sukhanov, unas palabras salidas «directamente del tren … novedosas, estridentes y en cierto modo ensordecedoras».[6] Por unos instantes, Sukhanov se figuró que estaba en el mes de febrero, sintió todo el ardor de sus primeras esperanzas e incluso vislumbró cuánto ímpetu se había perdido en las maniobras tácticas de las últimas seis semanas. Pero aunque su corazón le decía, según sus propias palabras, que «Lenin tenía razón una y mil veces», se vio obligado a desaprobarlo. Como casi todos los demás aquella noche, no podía permitir dejarse arrastrar por cualquier herejía. Al enfrentarse a semejante desafío a los frágiles compromisos alcanzados por la revolución, la respuesta correcta era sentirse escandalizado.

Lenin quería luchar, eso estaba claro. No había vuelto para unirse a una coalición, y lo que esperaba tampoco eran bonitos discursos y una banda militar. En el tren de Beloostrov lo que más les había preocupado a su esposa y a él había sido encontrar un medio de transporte que los condujera a la ciudad. Siempre práctica, Krúpskaya había comentado que era un día festivo, además de ser ya tarde (pero ninguno de los componentes de su grupo sabía lo que eso significaba en una ciudad en plena revolución). En ese momento la impaciencia sustituyó a su preocupación por los tranvías. El grupo de Lenin no habría salido nunca de la esta-

ción si Shlyapnikov, actuando como maestro de ceremonias, no hubiera abierto camino entre la multitud. Unos metros más allá, había no uno, sino varios automóviles esperando. Confuso, nervioso, entre continuas protestas, Lenin fue levantado en hombros por unos cuantos extraños que no paraban de sonreír y así fue pasando por encima de las cabezas de la multitud hasta ser depositado sobre el deslumbrante capó de un coche. Sencillamente no podía perder una ocasión como aquella, tenía que aprovechar la oportunidad y hablar. Sukhanov, que permanecía un tanto apartado en medio de la multitud, solo pudo captar algunas frases sueltas: «Matanza vergonzosa ... mentiras y engaños ... piratas capitalistas ...».[7]

El carro blindado lo habían llevado para impresionar, pero sus dimensiones y su forma sugerían en aquellos momentos un tipo de uso muy distinto. En medio de la confusión y de las luces deslumbrantes, Sukhanov vio cómo Lenin era acomodado en la torreta. Aquella parte del espectáculo no había sido ensayada, pero el líder bolchevique aprovechó de inmediato la ocasión que le brindaba semejante plataforma. Erguido sobre aquella masa de cabezas, podía proyectar sus palabras hacia todos. Seguía gritando a voz en cuello, como un mesías salvaje con bombín, corbata y gabán largo, cuando el conductor empezó a salir de la plaza de la estación. La procesión continuó por el puente Sampsonievsky hasta el lado del río correspondiente a Petrogrado. Junto a Lenin y su séquito iban caminando cientos de admiradores, y aunque algunos fueran bolcheviques comprometidos, buena parte de los integrantes de la comitiva se habían visto arrastrados por el propio espectáculo y (gracias a los trocitos de discurso captados en medio del aire gélido de la medianoche) por las asombrosas palabras de Lenin.

Por lo que todos podían conjeturar, el hombre que iba montado en lo alto del carro blindado les decía que habían sido traicionados; parecía prometerles la paz ansiada durante tanto tiempo, pero hablaba de lucha de clases y de victoria. Nadie podía entender todos los detalles, pero los eslóganes que repetía caían como una repentina descarga eléctrica después de seis semanas de confusión y compromisos: un llamamiento a la vida, el deslumbrante destello de un futuro del que algunos, en privado, habían empezado a dudar. En cada cruce de calles a lo largo del trayecto, los vehículos hacían una pequeña pausa para que Lenin pudiera lanzar sus bramidos ante nuevos grupos de gente, agitando el sombrero y llamando al proletariado a llevar a cabo su tarea histórica. «El triunfo —reconocía Sukhanov— se ha producido de forma brillante.»[8]

El destino de los bolcheviques era el nuevo cuartel general que ocupaban en la capital. En vez de encaminarse a una sede que en otro tiempo habría sido un piso deprimente, el carro blindado se dirigió a una mansión situada en un distrito elegante, no lejos de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Construida para la bailarina Mathilde Kshesinskaya, antigua amante de Nicolás II, era un palacio *art déco* con un salón espacioso en el que se podían llevar a cabo actuaciones privadas, un exótico invernadero en el que se criaban palmeras subtropicales, y un balcón en el primer piso que daba a una calle ancha. Toda la finca, que contenía además un cenador lo suficientemente amplio como para que cupiera un rinoceronte, estaba más o menos delante de la embajada británica, cuyos balcones daban enfrente de ella en la orilla opuesta del Nevá.

Los diplomáticos ingleses habían visto el alboroto cuando los bolcheviques se habían incautado del lugar. La Kshesinskaya vivía allí por entonces, aunque había buscado refugio

en otro sitio cuando las primeras botas profanadoras habían pisoteado su suelo. No tardó mucho en haber una bandera roja ondeando en todas las ventanas de la fachada, y al cabo de poco tiempo la totalidad del edificio estaba tapizada con banderas rojas. Era un destino muy singular para la residencia de una mujer que, apenas dos meses antes, había protagonizado la sesión de gala de *La bella durmiente* interpretada en honor de la delegación aliada.[9] Los habitantes de la capital creían que los bolcheviques habían puesto en el punto de mira a la Kshesinskaya porque, en una ciudad agobiada por la escasez de combustible, la bailarina disponía de unas gigantescas reservas de carbón, regalo de un gran duque que tenía buenos contactos.[10] Fuera cual fuese el motivo, la mansión, otrora tan elegantemente femenina, servía ahora como local del Comité Central de los bolcheviques. Los muebles antiguos habían sido retirados, las palmeras habían empezado a morirse y el *boudoir* tapizado de seda apestaba a cebolla y a tabaco barato de liar.

La noche que volvió Lenin, cuando los motores de los coches se enfriaron en el patio, se dieron los últimos retoques a un generoso *buffet* nocturno en una sala del primer piso. Mientras tanto, en el salón blanco de los recitales privados de la Kshesinskaya, donde el orgullo del palacio seguía siendo un gran piano traído directamente de Berlín, los viejos amigos se abrazaban y reían, hablando todos a la vez. Un hombre de menos talla quizá se habría unido a sus colegas al lado del samovar, pero Lenin no se quedó en medio del pelotón. Antes bien, subió al piso de arriba y salió al balcón.

Era el único sitio del edificio principal que resultaba visible para los transeúntes que pasaban por delante de las tapias del jardín. El vecino más próximo del palacio de la Kshesinskaya, una simple silueta oscura en medio de la oscuridad a aquellas horas tan tardías, era la mezquita de Petro-

grado, y todo alrededor no había más que un espacio abierto, parques llenos de árboles fantasmales y sin hojas. Apoyándose en la barandilla en medio de la noche, Lenin se dio cuenta de que aquella era una oportunidad perfecta para pronunciar un discurso. «Alemania se encuentra en estado de total conmoción», dijo a la pequeña multitud que seguía congregada a sus pies en medio de la oscuridad. En Gran Bretaña, gritó, John Maclean, el agitador opuesto a la guerra, había sido encarcelado. Aquellos nombres y aquellos detalles quizá sonaran extraños a oídos de los rusos, pero las noticias eran apasionantes y el tono ronco, pero acalorado del orador era totalmente original. Solo cuando Lenin se puso a clamar contra la guerra capitalista fue cuando los ánimos empezaron a caldearse. «Tendríamos que hundir nuestras bayonetas en un tío como ese —gritó un soldado—. Debe de ser un alemán.»[11]

Aunque por fin se metió dentro del palacio, el líder tardaría aún un poco en tomarse su té. Aproximadamente a las dos de la madruga, los anfitriones bolcheviques de Lenin llamaron a los presentes al orden para pronunciar los discursos oficiales de bienvenida. Las intervenciones habían sido cuidadosamente ensayadas y en ellas salieron a relucir todos los clisés típicos acerca de la democracia y la libertad y de los progresos que se habían hecho. «Lenin soportaba toda aquella avalancha de discursos ditirámbicos con la impaciencia con que un transeúnte desazonado espera que deje de llover, refugiado en un portal», escribiría Trotski (aunque no estaba presente).[12] Aquella payasada resultaba tan agobiante como las cortinas blancas plisadas que adornaban las ventanas de la bailarina. Apenas se habían disipado los últimos aplausos cuando Lenin lanzó sobre su auditorio una réplica agresiva y a veces incluso inquietante. Su intervención fue un auténtico prodigio según todos los criterios, pe-

ro para un hombre de mediana edad que acababa de pasarse ocho días con sus noches viajando en unos trenes peligrosos y lentísimos, fue un milagro.

Estuvo dos horas enteras sermoneando a sus camaradas. La única persona que tomó nota de lo sucedido en aquella ocasión fue Sukhanov, que se había colado en la sede acompañado de Kámenev: «Nunca olvidaré aquel discurso atronador —escribiría—. Estoy seguro de que nadie se esperaba algo por el estilo. Daba la impresión de que todos los elementos habían salido de sus moradas, y el espíritu de la destrucción universal, que no conocía barreras ni lo que eran dudas, ni las dificultades humanas ni los cálculos del hombre, planeaba por el salón de las visitas del palacio de la Kshesinskaya sobrevolando las cabezas de unos discípulos hechizados».[13] Posteriormente Trotski intentó reproducir el efecto, imaginándose la esponja húmeda del maestro que borra todo lo escrito en el encerado por el alumno sin preparación.[14]

Los estallidos del trueno continuaron mientras Lenin acusaba a sus antiguos amigos. Arremetió contra el Gobierno Provisional (al que aquellos habían aconsejado a todo el mundo que debían tolerar) y repudió cualquier connivencia con él calificándola como «la muerte del socialismo». Se oyeron más truenos cuando denunció el defensismo revolucionario («una traición al socialismo») y rechazó la idea de una coalición con cualquier partido socialista, especialmente con los mencheviques, pues habían accedido a la continuación de la guerra. Pero su insistencia en que la primera fase de la revolución estaba a punto de acabarse fue el rayo más poderoso de los que lanzó. «La peculiaridad del momento actual», afirmó Lenin, era que la sociedad estaba pasando «de la primera etapa de la Revolución … a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proleta-

riado y de los sectores pobres del campesinado».[15] La idea era tan descabellada que obligó a toda la sala a guardar silencio.

El sentido de todo consistía en entender lo que era la política oculta de clase. La burguesía, aseguraba Lenin, nunca renunciaría a la guerra, pues su futuro estaba vinculado a ella. Además, era un error esperar que abandonara su afán de rapiña y cualquier concesión que pareciera que hacían sería una trampa. Al colaborar con la burguesía, los mencheviques del Ispolkom habían traicionado todo el futuro de la revolución, y cualquier bolchevique que abogara por una alianza con aquella gente hacía lo mismo. «*Pravda* exige al gobierno que renuncie a las anexiones —afirmaba Lenin—. Exigir a un gobierno de capitalistas que renuncie a las anexiones es absurdo, una auténtica burla.»[16] Las reuniones acerca de la formulación de las declaraciones, las pequeñas victorias en lo relativo a los objetivos de guerra, los tratos y las conversaciones telefónicas en plena noche…: todo era repudiado como mera vanidad y pura tontería. Ya era hora de que el proletariado buscara un futuro en el que fuera él el que tomara el poder. Según el testimonio de Sukhanov, el efecto de aquellas palabras no fue sino confirmar «el absoluto aislamiento intelectual de Lenin, no solo entre los socialdemócratas en general, sino también entre sus propios discípulos».[17] Pero aquella misma madrugada alguien oyó decir a la propia Krúpskaya: «Me temo que da la impresión de que Lenin se ha vuelto loco».[18]

Casi nadie podía creer que el pueblo de Rusia estaba preparado para asumir el poder. Cuando indujeron a los políticos de la Duma a que formaran el Gobierno Provisional, los mencheviques (incluido Sukhanov) habían dado un suspiro de alivio. Estaban todos convencidos de que la revolución estaría condenada al fracaso a menos que unas cuantas figu-

ras respetables dieran un paso adelante y se mostraran dispuestas a encabezarla, unos personajes a los que generales y banqueros pudieran ser convencidos de que debían aceptar, unos hombres a los que los ejércitos siguieran sin discusión. Este cálculo se había basado en parte en el temor, por lo demás bien fundado, de la fuerza de los militares contrarrevolucionarios, pero además había otras consideraciones teóricas. Para casi todos los socialistas que habían sido testigos de los acontecimientos, lo que había sucedido en febrero de 1917 era una marcha hacia la democracia y hacia una reforma liberal. El ritmo tal vez fuera un poco brusco para los estándares de la época, pero la tarea que tenía Rusia por delante era seguir la ruta que había abierto Gran Bretaña, que había seguido Francia en su revolución «burguesa» de 1848, la ruta que conducía a los Parlamentos, a los partidos políticos y a la prensa libre. Nadie pensaba que el socialismo, una ideología que exigía que el pueblo se hiciera con el control de todo, desde la vida económica hasta la guerra y la paz, fuera posible en un país de campesinos toscos. Además, en privado muchos socialistas de Petrogrado se habían sentido bastante más que aterrados ante la idea de asumir cualquier tipo de responsabilidad.

Aunque al principio algunos bolcheviques habían mostrado su desacuerdo, esa era la línea que más o menos habían mantenido los líderes de la capital rusa. De hecho, habían empezado a actuar y a pensar más como una oposición leal que como una fuerza revolucionaria. Y ahora Lenin les decía que habían cometido un error. Las confusas disputas y las complejas discusiones de *Pravda* eran irrelevantes. Aunque el recién llegado admitía que el compromiso de febrero había sido un error de todos (un fallo derivado de lo que él llamaba «la insuficiencia de la conciencia de clase y de la organización del proletariado»), ya no cabían excusas. Los

bolcheviques debían preparar a los trabajadores y a los campesinos pobres para un traspaso del poder del Estado. Para la mayoría de sus oyentes, aquello no era solo teoría marxista mala; era, además, una invitación al suicidio político.

El único consuelo, por pequeño que fuera, era que Lenin no reclamaba una acción revolucionaria inmediata. Reconocía que sus ideas estaban en discordancia con la ortodoxia actual, y que sería «necesario» explicárselas a las masas revolucionarias «de un modo particularmente minucioso, con paciencia y perseverancia». La alusión a la paciencia (vocablo que no figuraba demasiado en el léxico de Lenin) indicaba que cuando el recién llegado, por lo demás tan mal informado de lo que estaba ocurriendo, hubiera dormido un poco quizá fuera el momento de hablar con él y de infundirle un poco de sensatez. Pero era una esperanza demasiado frágil, y casi ninguno de los presentes optó por aferrarse a ella. La única persona que defendió a Lenin aquella noche fue Aleksandra Kollontai, cuyos comentarios de simpatía provocaron «burlas, risas y ruido de voces».[19]A Lenin no parecían importarle las críticas ni los desaires. Terminó su larguísimo discurso con una amenaza que su partido ya había escuchado con anterioridad: «Camaradas, tenéis una actitud confiada hacia el gobierno. Si esto es así, nuestros caminos difieren. Prefiero quedarme en minoría».[20]

Durante los días sucesivos (empezando, después de aquella larguísima noche, al día siguiente, 4/17 de abril de 1917, a mediodía), Lenin defendió sus ideas en las reuniones celebradas en las oficinas del Comité Central de los bolcheviques y en el comité local de San Petersburgo. Sus propuestas no fueron aceptadas en ningún momento; el comité de San Petersburgo las rechazó por trece votos a dos.[21] La primera discusión acabó enseguida porque el Comité Central

ya tenía programada una reunión para hablar de una coalición con los mencheviques para primera hora de la tarde. «En aquella conferencia "de unificación" —recordaría Sukhanov—, Lenin fue la encarnación viviente del cisma.»[22] Dio la impresión de que el líder no estaba al corriente de la situación, víctima de su largo exilio. Pero Lenin no renunció a sus ideas explosivas. Poco después del profético discurso pronunciado en la mansión de la bailarina, esas ideas serían resumidas en el tratado más breve que llegó a escribir en toda su vida. Las «Tesis de abril», aparecidas en *Pravda* el día 7 de abril, tenían solo 579 palabras.

Cuando hablan del impacto de Lenin, los manuales acerca de la revolución suelen citar el siguiente breve eslogan: «Pan, paz y tierra». En realidad, esas palabras habían formado parte del padrenuestro bolchevique desde hacía semanas. Lo nuevo, derivado del análisis de clase que hacía Lenin, era la postura adoptada en lo referente a la guerra y a la revolución. Aunque el líder mostró suficiente tacto para no aludir a una guerra civil a escala mundial, su primera tesis era un ataque directo contra la ortodoxia socialista vigente. La guerra actual, insistía, «por parte de Rusia sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña» y por lo tanto era «intolerable la más pequeña concesión al "defensismo revolucionario"». El camino estaba en una revolución contra el capitalismo, pues «sin derrocar el capital es imposible poner fin a la guerra con una paz verdaderamente democrática y no con una paz impuesta por la violencia».[23] La segunda tesis repetía el análisis de la revolución basado en criterios de clase que tanto había chocado a sus camaradas en la noche del 3-4 de abril: «Debemos esclarecer, cuidadosa e inteligentemente la conciencia del pueblo —decía en una nota para sí mismo—, y conducir al proletariado y al

campesinado pobre hacia adelante, alejarlos del "doble poder" y encaminarlos hacia el poder exclusivo de los sóviets de diputados de obreros».[24]

Insistía en que era absurdo esperar que la burguesía se convirtiera en una fuerza revolucionaria. Estaba ya volcada en la defensa de la propiedad, del lucro y de la casta. «Ningún apoyo al Gobierno Provisional», decía Lenin. Había que «explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones». En sus notas particulares en defensa de estas líneas, Lenin repudiaba también a los líderes mencheviques del Ispolkom del Sóviet —los autoproclamados titanes de la izquierda— como «los que estrangulan la revolución». «El "defensismo revolucionario" del Sóviet de Diputados de Obreros, es decir de Chkheidze, Tsereteli y Steklov —garabateó en unas hojas—, es una tendencia chovinista cien veces más perjudicial por encubrirse con frases almibaradas, es una tentativa de conciliar las masas con el gobierno provisional revolucionario.»[25]

El resto de las tesis trataba de la gobernanza de cualquier futuro estado revolucionario. Con una serie de trazos breves, casi frenéticos de su pluma, Lenin esbozaba lo que era un sistema soviético: «No una república parlamentaria ..., sino una república de los sóviets de diputados de obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba. Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia». Lenin proponía también que el sistema bancario debía ser nacionalizado y que la remuneración de los funcionarios debía ser restringida, de modo que los asesores de mayor rango no cobraran un sueldo que excediera el «salario medio de un obrero calificado». En cuanto a las tierras, el asunto que preocupaba a un número mayor de los futuros ciudadanos soviéticos, el plan de Lenin no preveía dárselas a los campesinos. Antes bien, proponía entregárselas al Estado. Como

la limitación de los sueldos de los funcionarios y la supresión de la policía, esta propuesta se revelaría bastante más difícil de llevar a cabo que la propia dictadura del proletariado, pero nadie habría sido capaz de conjeturar algo parecido a comienzos de la primavera. La mayor parte de los lectores estaban demasiado ocupados preguntándose cómo se las había arreglado Lenin para perder la cabeza de esa forma.

Los críticos suscitaron la cuestión de su viaje de vuelta al país. La prensa de derechas fue la más directa, atacando abiertamente al líder bolchevique por haber alcanzado un pacto con la sanguinaria tiranía de Alemania: «Es una verdadera lástima —decía con desdén el periódico de Miliukov, *Rech*— que las circunstancias de la llegada del líder bolchevique sean tales que incluso en el bando socialista lo más que pueden provocar es solo una sensación de consternación … Ni un solo ciudadano de Rusia considera posible manifestar su amor a la paz prestando servicios a un enemigo que está asolando su país».[26] La mancha resultaría imborrable, pero Lenin ya había preparado una respuesta. Publicó un artículo en *Pravda* ese mismo día, en el que se dedicaba a fustigar a los gobiernos británico y francés por negarse, basándose en sus propios intereses militares, a facilitar el paso de todos los ciudadanos rusos que quisieran regresar a su país. En el Ispolkom del Sóviet ya se había planteado un debate en torno a las relaciones de Lenin con el enemigo. «Haremos un informe sobre nuestro viaje al Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados de Obreros y Soldados —continuaba diciendo el líder bolchevique—. Esperamos que este último obtendrá … una autorización para el retorno a Rusia de todos los emigrados y no solo de los socialpatriotas.»[27]

Lenin recibió una respuesta desigual en el Ispolkom. Aunque nadie llegó a condenarlo abiertamente, Tsereteli se las arregló para insinuar que los alemanes tal vez hubieran utilizado al bolchevique exiliado para sus propios fines.[28] El ambiente reinante en la reunión no mejoró debido a la actitud obcecada de Lenin. En vez de explicar con mansedumbre «Cómo regresamos», no tardó en volver al terreno de las «Tesis de abril». Esa sería la línea que adoptaría siempre. «Lenin constituyó ayer un fracaso irremediable en el Sóviet —comunicaba lleno de satisfacción Miliukov—. Sostuvo tan acaloradamente la causa pacifista y con tal desfachatez y falta de tacto, que se vio obligado a parar en seco y a abandonar la sala en medio de una tempestad de abucheos. Nunca sobrevivirá a aquello.»[29] Aunque Miliukov distaba mucho de ser imparcial, parece que todos los socialistas que había por allí se sintieron escandalizados. Un miembro del público calificó el discurso de Lenin de «los desvaríos de un demente», mientras que Fiódor Dan, otro de los mencheviques «siberianos» de Tsereteli, lo describió como «el funeral del partido [bolchevique]».[30] Como confesaría posteriormente Kerensky a un colega del gobierno, Lenin parecía «vivir en una atmósfera completamente aislada, no sabe nada y lo ve todo a través de la lente de sus fantasías, y no tiene quien lo ayude a enterarse un poco de lo que está pasando».[31]

Su partido no se había reconciliado todavía, pero solo Kámenev se atrevió a desafiar las opiniones de Lenin a través de la prensa. La idea de que los obreros tomaran el poder en aquellos momentos, escribió en *Pravda*, «se basa en la hipótesis de que la revolución democrático-burguesa ha llegado a su fin, y se sustenta en la inmediata transformación de esa revolución en una revolución socialista».[32] Se trataba de una crítica que cualquier menchevique habría hecho suya,

una opinión que pedía paciencia, calma, y un trabajo bueno y sólido por parte del Comité. Pero Lenin no exigía la introducción inmediata del socialismo, ni tampoco intentaba crear de buenas a primeras un paraíso terrenal. Una y otra vez, insistía en que la cuestión no radicaba solo en aprovechar las ganancias revolucionarias, sino también en defenderlas de la clase que por naturaleza se oponía a la verdadera democracia y a la paz. La cháchara marxista sobre la revolución democrático-burguesa estaba ya obsoleta, decía: «No vale para nada. Está muerta. Y no vale la pena intentar revivirla».[33]

Si Lenin no hubiera conquistado a su partido, y si además no hubiera conseguido un amplio seguimiento fuera de él durante los dos meses siguientes, las «Tesis de abril» tal vez habrían desaparecido en un rincón polvoriento de cualquier archivo. Uno de los motivos de su triunfo fue la fuerza de su convicción. Mientras que otros se limitaban a hablar y a intercambiarse exquisitas concesiones, abriéndose paso por la senda de la revolución como si fueran esquivando las trampas de un campo minado, Lenin sabía dónde quería llegar y también por qué. Su energía era prodigiosa, escribía y discutía de forma incansable, repitiendo los mismos temas hasta que sus adversarios se hartaban de inventar nuevas refutaciones. «Lenin desplegaba una fuerza tan asombrosa —escribiría Sukhanov—, una capacidad de ataque tan sobrehumana que su influencia colosal sobre los socialistas y los revolucionarios quedaría asegurada.»[34] En primer lugar el partido bolchevique había sido creación suya, y además tenía un largo historial de victorias sobre cualquier rival que pudiera encontrar dentro de él. Por lo demás, sus ideas a veces bastaban, pero era esa energía dinámica la que lograba retener la lealtad de sus seguidores cuando todo lo demás fallaba.

Sin embargo, hubo bastantes más cosas que contribuyeron a la victoria de Lenin, aparte de la pura fuerza bruta. Por encima de cualquier otra consideración, había sabido encontrar un tipo de verdad que la gente no tardaría en querer oír. Los detalles más refinados del cambio constitucional eran irrelevantes para los obreros hambrientos o para las tropas impacientes de la guarnición. Puede que Tsereteli condujera al Ispolkom del Sóviet a unas conversaciones inacabables acerca de los objetivos de guerra, pero la gente de la calle había hecho la revolución para obtener paz, empleo y pan. En cuanto a la euforia de haber derrocado un régimen odioso empezó a disiparse, los problemas que habían impulsado a la gente a arriesgar la vida en aras de la libertad volvieron a replantearse, a menudo con renovada fuerza.

La guerra había arruinado el sistema comercial europeo, y la lucha contra el desastre había agotado las reservas que tenía Rusia de todo, desde alimentos hasta medicinas o combustible. La subida de los precios se incrementó debido a la escasez. Las fábricas cerraron por el mismo motivo, dejando a los trabajadores sin jornal. La crisis del transporte no cesó, los suministros de harina y de carbón siguieron siendo escasos. Aunque los problemas de Rusia no eran únicos (casi todas las economías europeas se enfrentaron a calamidades comparables), resultaba sorprendente que los liberales de Petrogrado no fueran capaces de pensar en nada más imaginativo que en dar otra oportunidad a las normas vigentes antes de la guerra. Querían preservar el orden, la propiedad privada y el proceso legal debido, querían que unos electores cultos crearan un nuevo Estado civilizado, pero la verdad era que estaban en guerra. Cada nuevo día de sangrientos combates contribuía a acabar con las

perspectivas de una democracia nueva. Por mucho que dijera Miliukov, o incluso Tsereteli con su fórmula a favor del compromiso, ya no estaba claro por qué combatía cada uno.

Los problemas eran tan evidentes que Lenin no había sido el único en darse cuenta. En los estratos inferiores del partido bolchevique había elementos que habían empezado a llegar a conclusiones similares sin su ayuda. Al Comité de Vyborg no le había gustado nunca demasiado el concepto de «doble poder», el ala izquierda se mostraba crítica con el *Pravda* de Kámenev, y en Petrogrado había radicales que no podían aguantar la firma de ninguna tregua con los mencheviques. Hasta tal punto que las palabras del líder supieron dar en el blanco porque parte de sus oyentes estaban ya preparados para escucharlas. Pero además en aquellos momentos estaba surgiendo una nueva ola de activistas. De ser un movimiento relativamente pequeño (veintitrés mil seiscientos miembros) en febrero de 1917, el número de los bolcheviques había crecido hasta casi los ochenta mil a finales de abril.[35] A diferencia de los viejos incondicionales del partido, cuyas experiencias les habían enseñado a jugar partidas largas, las nuevas hornadas eran radicales de base que querían algo más que palabrería y promesas.

Jóvenes, más optimistas y a menudo dispuestos a combatir si era preciso (el coronel Nikitin, jefe del servicio de contraespionaje de Petrogrado, los llamaba «la hez de la nación»),[36] los nuevos reclutas sabían poco de ideología y de las sutilezas del internacionalismo de Zimmerwald. Se habían unido al partido bolchevique porque sabían que era el más extremista, el partido de los desheredados, el único cuyos miembros hablaban de adoptar la línea más dura. En abril, algunos habían empezado a sentirse molestos con las vacilaciones de los actuales líderes. En un proceso al que llegan a enfrentarse casi todas las revoluciones, la alegría de

la liberación empezó a dar paso a una impaciencia envidiosa, siempre atenta. «Casi en todas [las provincias] —diría Trotski— había bolcheviques de izquierda acusados de maximalismo e incluso de anarquismo. Lo que les faltaba a los obreros revolucionarios para defender sus posiciones eran recursos teóricos, pero estaban dispuestos a acudir al primer llamamiento claro que se les hiciese.»[37] No se necesitaba un Lenin para incendiar el celo de aquellos individuos. En muchos sentidos, se le adelantaron.

De hecho, tan por delante iban algunos que Lenin no tardó en tener que hacer llamamientos a la calma. El ambiente en Petrogrado era cada vez, casi cada hora, más tenso. «Hemos recibido numerosos informes —comunicaba Lenin a los lectores de *Pravda* el 15/28 de abril— por escrito y en forma oral, acerca de amenazas de violencia, amenazas de bomba, etc. … No solo no hemos sido culpables, ni directa ni indirectamente, de ninguna amenaza de violencia contra ningún individuo, sino que, por el contrario, siempre hemos sostenido que nuestra tarea es explicar nuestras opiniones a todo el mundo.»[38] Las simples explicaciones, sin embargo, habían empezado a parecer demasiado débiles a algunos pobres de Petrogrado obligados a trabajar duro. «La vida se hacía cada vez más difícil —cuenta Trotski—. En efecto, los precios subían de un modo aterrador, los obreros exigían un salario mínimo, los patronos se resistían, el número de conflictos en las fábricas aumentaba sin interrupción. Empeoraba la situación, desde el punto de vista de las subsistencias se reducía la ración de pan, todo se racionaba, hasta el arroz. Crecía también el descontento de la guarnición.»[39] Luego se produjo una pausa. El 18 de abril/1 de mayo, la ciudad volvió a echarse a la calle.

La ocasión vino motivada por una fiesta pública, el Día Internacional del Trabajo, que además se convirtió en una oportunidad (una de las últimas) de celebrar los sueños del mes de febrero. Entre los muchos testigos de los sucesos hubo un político francés, Albert Thomas, que había llegado a Rusia quince días antes. Las anotaciones de su diario correspondientes a esa noche parecen un réquiem por la inocencia perdida:

> Las manifestaciones ... son como procesiones religiosas. La gente congregada es amable, se muestra tranquila y ordenada. Las voces son puras. En la Perspectiva Nevsky, una procesión de prisioneros [de guerra] reparte octavillas solicitando el fin de la guerra contra los alemanes. En la plaza situada ante el Palacio de Invierno, el gentío es enorme. Una multitud de monjas, todas vestidas de blanco, se ha reunido en los balcones del palacio. Por el puente rojo ... pasa una procesión inmensa: está formada por los grupos más heterogéneos: grupos revolucionarios, grupos de aldeanos de los alrededores de Petrogrado, grupos de profesores y estudiantes del Jardín Botánico, con grandes palmas en la mano y grandes guirnaldas adornadas de cruces hechas de siemprevivas rojas. Las pancartas proclaman el acuerdo entre la ciencia libre y el pueblo libre. Grupos de gentes del Turquestán, musulmanes, con pancartas que proclaman la libertad de conciencia, la libertad de religión, la libertad de escribir en cualquier lengua. Por todas partes se oye «La Marsellesa», a ritmo lento. La plaza del Campo de Marte está atestada por doquier de banderas rojas...[40]

Aquel fue el día que Miliukov escogió para hacer pública la «Nota diplomática» que acabó con su carrera. Eligió el momento astutamente, de modo que hasta el 19 de abril/2 de mayo, cuando eran recogidas las palmas y las banderas rojas de la manifestación del día anterior, la prensa no tuvo en su poder el documento final. Toda Petrogrado sabía ya que el Ispolkom estaba presionando al Gobierno Provisional para que aclarara a sus aliados y al mundo entero su nueva política en materia de objetivos de guerra. Pasado algún tiempo, los ministros habían acordado que su Declaración del 27 de marzo, la misma que tanta lucha había costado, debía ser publicada de nuevo en forma de «Nota diplomática» oficial.[41] Un documento vinculante como aquel induda-

blemente pondría fin a cualquier plan de expansión de Rusia por la región del mar Negro, y Miliukov seguía oponiéndose enérgicamente a él. Como recodaría Tsereteli, el ministro de Asuntos Exteriores «recibió nuestras propuestas con evidente desagrado».[42] Pero la presión de sus propios colegas y de Kerensky en particular lo obligó a encontrar una formulación definitiva.

Un pequeño grupo de personas se reunió para examinar el texto. Como Guchkov, el ministro de la Guerra, se hallaba postrado en cama (la tensión de las últimas semanas había afectado a su corazón), el Gabinete acordó celebrar la reunión en su domicilio. «Recuerdo con toda claridad que la primera lectura del borrador de Miliukov impresionó a todo el mundo, incluso a Kerensky», rememoraba Vladímir Nabokov, padre.[43] El propio Kerensky reconocería que la redacción del texto «habría debido satisfacer al crítico más violento del "imperialismo" de Miliukov».[44]

Aquella satisfacción, sin embargo, se tornó en rabia cuando se filtró la noticia de que Miliukov había añadido por su cuenta una explicación aclaratoria, disfrazándola de expresión informal de sus opiniones personales. La idea, afirmaría posteriormente Miliukov, era «eliminar toda posibilidad de interpretar la Declaración en detrimento nuestro». Pero sus palabras sugerían que tenía *in mente* sus propias prioridades. Lo que había hecho Miliukov era reafirmar la «aspiración general de todo el pueblo ruso de llevar la guerra hasta una victoria definitiva». Sus comentarios aclaratorios prometían también que Rusia tenía la intención de «observar plenamente» las obligaciones contraídas en virtud de los tratados existentes, lo que equivalía a reclamar la anexión de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos.[45] Aunque intentó hacer pasar todas aquellas palabras por una mera glosa, daba la sensación de que Miliukov había compro-

metido a Rusia con la misma guerra de siempre, la guerra de anexión y de imperialismo, la guerra a la que el Sóviet había venido defendiendo que era preciso renunciar.

«Esta Nota —tronaba Lenin en un breve artículo de *Pravda* el 20 de abril/3 de mayo— ha tenido la repercusión de una bomba.»[46] Por contundentes que fueran las protestas de los ministros asegurando que habían aprobado todas y cada una de las palabras del documento principal, la noticia de la existencia de desavenencias dentro del Gabinete resultaba estupenda para él. Mejor aún era la perspectiva de que todas aquellas negociaciones de las que tanto presumía el Ispolkom estaban a punto de estallarle en las narices. «Lenin se relamía como Mefistófeles —recordaría un socialista crítico—; no cesaba de cacarear lleno de satisfacción, dándose cuenta de pronto de lo bien que pintaba todo aquello para su propia campaña. Lo vi en aquella ocasión, la misma tarde en que San Petersburgo se convirtió en campo de batalla abierto a los disturbios populares ... ¡Oh, cómo se relamía!»[47]

Gran número de gente se había echado ya a la calle antes de que oscureciera. Sus pancartas decían: «¡Abajo la guerra!», «¡Abajo Miliukov!», e incluso «¡Abajo el Gobierno Provisional!». Las manifestaciones del día siguiente fueron más numerosas todavía, y en ellas participó un nutrido grupo de obreros malcarados que se desplazaron al centro desde el distrito de Vyborg. Una contramanifestación compuesta por partidarios de Miliukov bloqueó la Perspectiva Nevsky.[48] Volvieron a aparecer las armas de fuego que no se habían visto desde el mes de febrero, y los manifestantes que no las llevaban iban armados con porras. Resultó además que todos los ministros habían vuelto a reunirse alrededor de Guchkov, pues el palacio Mariinsky estaba sitiado. Llegaron entonces noticias de que Kornilov, el gobernador

militar de Petrogrado, de filiación derechista, estaba llevando cañones a la plaza del Palacio. La crisis amenazaba con convertirse en una guerra civil en toda regla.

Los dirigentes del Sóviet habían previsto aquello hasta cierto punto. En previsión de un intento de golpe de estado, el Ispolkom había ordenado a los soldados de la ciudad que permanecieran en sus cuarteles a menos que recibieran una orden directa del propio Sóviet. Tras frustrar de ese modo cualquier trama urdida por Kornilov, Tsereteli se reunió con Nikolai Nekrasov, el ministro de Transportes, en casa del príncipe Lvov con el fin de buscar una solución a la crisis de Miliukov. Fuera, los alborotos en las calles eran cada vez más ruidosos, con cantos de himnos, consignas, gritos y el sonido de cristales al romperse. Negándose a ceder ante una demostración ilegal de fuerza como aquella, Lvov decidió que debía ponerse de parte de su fastidioso ministro de Asuntos Exteriores. Mientras tanto, sin embargo, los políticos se habían visto obligados a redactar una nueva nota aclaratoria en lugar de la de Miliukov.

Cuando fue publicada, el 22 de abril/5 de mayo, esta segunda nota sonaba tan desesperada como poco convincente. Su finalidad, explicaba el texto, era aclarar cualquier «malentendido» que pudiera haber surgido a raíz del comunicado anterior. El término «defensa», afirmaba, significaba ni más ni menos que «defensa frente al invasor» (no conquista ni intento de asegurar las fronteras), mientras que lo de «garantías y sanciones» no tenía nada que ver con Constantinopla, sino que debía traducirse por «limitación de armamentos». A medida que iban repasando cada línea y cada coma de la funesta nota, los miembros del Ispolkom se sentían sorprendidos y aliviados, pues lo que significaba era que una vez más iban a librarse de tener que beber la copa envenenada que comportaba asumir el poder real. Otra con-

cesión, tal vez, y otra ronda de chalaneo con el afable príncipe Lvov, y todos podrían dedicarse a pensar en los problemas de los trabajadores y en la lucha por la creación de empleo. Cuando el bolchevique Fedorov sugirió que la nota de Miliukov debería obligar al Sóviet a tomar las riendas del gobierno, recibió una respuesta tan hostil que ninguno de los izquierdistas presentes en la sala se atrevió a volver a tomar la palabra.[49]

Al margen de lo que pudiera decir el príncipe Lvov, probablemente Miliukov llevara algún tiempo planeando dimitir, y en efecto así lo hizo en cuestión de días. Se negó a abandonar su tesis de que Rusia no estaría segura nunca hasta que controlara el pasillo marítimo que va del mar Negro al Mediterráneo. Además, como liberal y patriota de la vieja escuela, no podía soportar la idea de ver a su gobierno secuestrado por los que consideraba una burda pandilla de demagogos malhablados. Como él mismo decía, cuando oía a la multitud airada gritar «¡Abajo Miliukov!», «no tenía miedo por Miliukov. Tenía miedo por Rusia».[50]

Su famosa nota, sin embargo, fue un regalo al que Lenin echó mano de inmediato: «Ningún obrero que tenga conciencia de clase, ningún soldado que tenga conciencia de clase apoyará la política de "confianza" en el Gobierno Provisional un minuto más —escribía el 21 de abril/4 de mayo —. La política de confianza es la ruina … Ni siquiera nosotros esperábamos que los acontecimientos se sucedieran con tanta rapidez … Obreros y soldados, debéis manifestar en voz alta que solamente debe haber un poder en el país: los Sóviets de Diputados de Obreros y Soldados».[51]

Todavía quedaba un largo camino por recorrer. La violencia que había aflorado durante aquellos días tan agitados no había funcionado del todo en beneficio de Lenin. Entre las 21.00 y las 22.30 del 20 de abril, escribía Buchanan, «tuve

que salir por tres veces al balcón de la embajada a saludar a los oradores y a dirigirme a la multitud que se manifestaba a favor del gobierno y de los Aliados. Durante una de ellas tuvo lugar una pelea a brazo partido entre los partidarios del gobierno y los leninistas». Resultó que algunos bolcheviques, actuando sin el beneplácito personal de Lenin, habían empezado a invitar a la insurrección, exigiendo que el Sóviet asumiera el poder de inmediato. Al día siguiente por la noche, según uno de los contactos de Buchanan en el gobierno, los «obreros» se habían mostrado «indignados con Lenin, y este esperaba que lo detuvieran en una fecha no muy lejana».[52] Los soldados heridos en la contienda contribuían a la causa acusando abiertamente a los bolcheviques de trabajar para Alemania.[53] El 25 de abril/8 de mayo, el periódico derechista *Russkie Vedomosti* levantaba el ánimo de todos sus lectores calificando las manifestaciones más recientes de los soldados a favor de la guerra de «voto de confianza en el régimen».

La dimisión de Miliukov había allanado además el camino hacia un cambio de gobierno, y el príncipe Lvov estaba empeñado en formar una coalición. Como dijo a Buchanan, el Gobierno Provisional se había convertido en «una autoridad sin poder», mientras que el «Consejo [Sóviet] de Obreros» era a todas luces «un poder sin autoridad». Había que combinar las dos cosas, no había otra salida. Tras unas cuantas protestas rituales (al fin y al cabo, en febrero los socialistas del Sóviet habían prometido permanecer fuera de cualquier gobierno burgués), se confió a Victor Chernov la cartera de Agricultura y Skobelev fue nombrado ministro de Trabajo. Kerensky sustituyó a Guchkov como ministro de la Guerra. Tsereteli seguía afirmando que una cartera ministe-

rial le habría impedido llevar a cabo sus obligaciones más importantes dentro del Sóviet, pero al final, y aunque a regañadientes, aceptó el Ministerio de Correos y Telégrafos.

Dejando a un lado los insistentes escrúpulos por motivos de ideología y de clase, la coalición habría podido parecer un triunfo del sentido común. Como dijo Kerensky a sus invitados, los socialistas británicos Thorne y O'Grady, en el curso de una cena a finales de abril, «las doctrinas comunistas predicadas por Lenin han hecho perder terreno a los socialistas».[54] No pasaba un día, observaba Paléologue, sin alguna manifestación de cualquier tipo, pero la mayoría eran protestas contra el pacifismo. Los heridos de guerra, los ciegos, los mutilados, todos se habían echado a la calle, muchos llevando pancartas con el eslogan: «¡Abajo Lenin!».[55] Otro miembro del cuerpo diplomático británico, William Gerhardie, daba un rodeo cada noche al volver a su casa para escuchar un rato al pie del balcón de la mansión de Kshesinskaya, pues las peroratas de Lenin se habían convertido en un espectáculo nocturno. «Me entretenía allí un rato, pero no mucho —recordaba—, pues ni en el discurso ni en el aspecto de aquel hombre había nada que diera la menor idea de la que sería su futura carrera.»[56]

No obstante, tanta palabrería y tanta capacidad de persuasión poco a poco fueron dando fruto. El punto de inflexión se produjo en el congreso de primavera de los bolcheviques, inaugurado el 24 de abril/7 de mayo. Las tesis de Lenin siguieron encontrando oposición, pero durante los días sucesivos, el líder comunista siguió afianzando, una a una, todas sus propuestas.[57] El partido rechazó la colaboración con la democracia burguesa, aceptando de hecho la idea de que el poder debía pasar a los sóviets. Se aprobó por unanimidad una resolución que condenaba la guerra imperialista (y, de paso, el defensismo revolucionario por el que

Kámenev y Stalin habían venido abogando en *Pravda*). Basándose en el criterio de que la «unidad con los defensistas» era imposible, el congreso excluyó también cualquier coalición con los mencheviques y con los social-revolucionarios.[58]

Nadie había mencionado ni siquiera la palabra insurrección. Pero Lenin había cosechado dos triunfos. Para empezar, gracias al trabajo duro y a su propio carisma, había recuperado el liderazgo indiscutible dentro del partido (en el congreso de abril fue el que sacó más votos en la elección del nuevo Comité Central). Y para continuar, cosa que era mucho más importante, había definido a los bolcheviques como la única alternativa clara al doble poder. Cuando las masas del pueblo ruso acabaran hartándose del interminable parloteo y las conversaciones bienintencionadas entre el palacio Táuride y el palacio Mariinsky, cuando las privaciones y el agotamiento empezaran a crear una sensación de indignación y de traición, solo un partido podría afirmar que no se había confabulado con las grandes empresas y el capital extranjero, los terratenientes, los generales o los impulsores del patriotismo y de la guerra.

Lenin había logrado además mostrar parte de la paciencia que había defendido en su primer gran discurso. Había insistido en él en que los obreros debían estar bien informados y organizados y se había empeñado en conseguirlo, pasando los días y las noches en un pequeño cuarto en las oficinas del *Pravda* y elaborando millares de palabras. El periódico estaba en todas partes; parecía hablar directamente a los desheredados. Al mismo tiempo fue lanzada una publicación hermana, *Soldatskaya Pravda*, destinada a ser distribuida entre el ejército. «La mayoría de los soldados son campesinos —decía en la primera página—: Todas las propiedades rurales deben ser devueltas al pueblo. Todas las

tierras del país deben pertenecer al pueblo … y para que puedan disponer de ellas como es debido, manteniendo al mismo tiempo el orden y protegiéndolas de cualquier menoscabo, los campesinos deben contar con el apoyo de los soldados … Nadie puede parar a la mayoría, si está bien organizada, si tiene conciencia de clase, y si está armada.»[59]

El tono y las palabras escogidas eran precisamente las adecuadas. El periódico tuvo un éxito enorme. Lo que nadie sabía era de dónde iban a venir los fondos necesarios para costearlo. El 8/21 de abril de 1917, sin embargo, al día siguiente de la publicación de las «Tesis de abril» de Lenin, el oficial del enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores con la corte imperial de Alemania, el barón Von Grunau, había entregado una nota a sus colegas. Procedía de la sección política del Estado Mayor General en Estocolmo, lo que significaba el personal encargado de controlar a los espías, y el mensaje que contenía era de verdadero triunfo: «Entrada Lenin en Rusia todo un éxito. Está trabajando exactamente como desearíamos».[60]

10

Oro

> No corresponde a los socialistas ayudar a un bandido más joven y más vigoroso (Alemania) a desvalijar a otros bandidos más viejos y más cebados. Lo que deben hacer los socialistas es aprovechar la guerra que se hacen los bandidos para derrocar a todos ellos.
>
> V. I. Lenin

Los rumores estaban ya a la orden del día cuando Lenin bajó de su tren. «Lo que Lenin trajo a Rusia —afirmaba el coronel Nikitin— fue odio de clase, dinero alemán y unas obras muy complicadas sobre la aplicación del marxismo en Rusia.»[1] Las opiniones del jefe de la policía eran extremadas, pero no era él el único que abrigaba sospechas de un complot: «Si Lenin no hubiera contado con el respaldo de todo el poder material y técnico del aparato propagandístico alemán y de su sistema de espionaje —escribiría más tarde Kerensky—, no habría conseguido nunca destruir Rusia ... Lenin no solo llegó a Rusia con el conocimiento y el consentimiento del gobierno alemán y aun por deseo de este, sino que incluso en Rusia trabajó con el poderoso respaldo financiero de los enemigos de su país».[2] Ahí estaba el sombrío Greenmantle del norte, el profeta cargado con el siniestro saco de oro alemán.

El único detalle incómodo era que nadie tenía la más mínima prueba. De las ideas de Lenin no cabía la menor duda; lo que no era seguro era el verdadero alcance del respaldo financiero alemán con el que contaba. Durante todo aquel tenso verano su reputación en Petrogrado giraría afectada en torno a ese punto, pues por mucho que un pacifista hubiera podido exigir un alto el fuego inmediato movido por

una profunda convicción personal, fuera esta la que fuese, se decía que las palabras de Lenin habían sido compradas por el enemigo. «Cada día de guerra enriquece a la burguesía financiera e industrial y arruina y agota las fuerzas del proletariado y del campesinado de todos los países beligerantes y, también, de los países neutrales —proclamaba Lenin en una de las resoluciones que preparó para el congreso de abril de su partido—. Además, por lo que a Rusia se refiere, la prolongación de la guerra pone en grandísimo peligro las conquistas de la revolución y su desarrollo ulterior.»[3] Aquellas palabras habrían constituido material inflamable en cualquier momento y en cualquier lugar, pero en Rusia lo que el bando partidario de la guerra deseaba demostrar era que la suya era una traición premeditada.

A finales de abril, la cacería había dado comienzo en serio. Las primeras señales de la posible existencia de pruebas llegaron de los franceses. A primeros de mayo, Albert Thomas, el político recién llegado de París, informó al ministro de la Guerra, Kerensky, y al nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Mijaíl Teréshchenko, de que los servicios de inteligencia de su país estaban tras la pista de ciertos documentos que debían poner punto final definitivamente al asunto. Un capitán de inteligencia de la legación francesa en Petrogrado, Pierre Laurent, se encargaría de mantener informado al gobierno ruso de cualquier novedad. Las sospechas llegaron a oídos de Pável Pereverzev, el ministro de Justicia ruso, y también tuvo conocimiento de ellas Nikitin. Tenían que ver con la interceptación de una serie de telegramas entre el cuartel general de Lenin en Petrogrado y una lista de personajes de Estocolmo a los que la policía sueca llevaba varios meses vigilando.[4]

En secreto, se abrieron de inmediato dos investigaciones, una dirigida por Lvov y Teréshchenko, y otra (más carente de escrúpulos) por el coronel Nikitin. Lvov y sus colegas no tardaron en decidir que había que abandonar el caso, entre otras cosas porque pensaban que la influencia de Lenin, tras los breves destellos de publicidad del mes de abril, era insignificante y además iba de capa caída. Pero Nikitin continuó reuniendo montones de mensajes interceptados, con ayuda de los servicios de inteligencia franceses y de un conjunto de literatos sin empleo de Petrogrado. El ministro de Justicia asignó a sus equipos un nuevo local situado en los dos pisos inferiores de un gran edificio del Muelle Voskresensky (en la actualidad Robespierre), que anteriormente había albergado a la Guardia Imperial. Sin embargo, cuando llegó a su nuevo cuartel general, el coronel descubrió que el piso superior había sido ocupado por un grupo que se denominaba a sí mismo Sección de Combate del Partido Bolchevique del Distrito Liteinyi: «El local lo habían llenado ya con sus banderas, sus carteles, sus panfletos y sus armas —se lamentaba Nikitin—. Podían verse también bayonetas caladas. Por supuesto no cabía esperar que fuéramos a permitir que los individuos cuyas actividades sediciosas estábamos investigando se establecieran codo a codo con nosotros, pues ello habría supuesto exponer las idas y venidas de todos nuestros agentes externos a la curiosidad del enemigo».[5]

Los bolcheviques no se mudaron, y los superiores de Nikitin tampoco le proporcionaron una nueva sede. Lo cierto era que la mayor parte de ellos tenía asuntos más urgentes en los que pensar. Kerensky había aprobado una nueva ofensiva en Galicia, la campaña que los Aliados necesitaban para aliviar la presión que sufrían en el Frente Occidental. Se trataba de una empresa audaz, por no decir descabellada, pues no estaba ni mucho menos claro cómo iba a poder res-

ponder el ejército ruso a las exigencias de una operación ofensiva. Kerensky, sin embargo, tenía una confianza infinita en su capacidad de persuasión. Cambió su traje oscuro por una guerrera de militar (atuendo que acabaría convirtiéndose en una especie de uniforme de las autoridades bolcheviques que lo sucedieran) y marchó al frente en un alarde de pura pose y de retórica. Incluso Sukhanov comentaría el estilo gallardo que adoptó: «Por todas partes era llevado a hombros y todo el mundo le tiraba flores —recordaría el miembro del ala izquierda del Sóviet—. Toda la burguesía se había puesto en pie: en sus narices volvía a sentir el agradable olor de la sangre, y una vez más habían resurgido las ilusiones imperialistas casi abandonadas».[6]

El despacho de Buchanan llevaba tiempo deseando tener alguna buena noticia que comunicar. Con una mezcla de aprensión y alivio, sir George transmitió un informe en el que decía que «los discursos» pronunciados por Kerensky «a lo largo de todo el frente han tenido una acogida entusiasta». Londres estaría encantada: Kerensky era «reconocido a diario como el verdadero líder del movimiento revolucionario».[7] El engreído ministro estaba encantado de ser el foco de atención: «No se derramará ni una gota de sangre por una mala causa —prometía a los soldados rusos—. No es por mor de la conquista o de la violencia, sino por mantener libre a Rusia por lo que seguís adelante y vais adonde vuestros mandos y vuestro gobierno os conducen. En la punta de vuestras bayonetas llevaréis la paz, el derecho, la verdad y la justicia».[8] Sus palabras eran estremecedoras, pero los hombres seguían confusos: «Kerensky recorría el frente —comentaría un Trotski hastiado de la vida—, juraba, amenazaba, se arrodillaba, besaba el suelo, se hartaba de hacer payasadas sin contestar ni a una sola de las preguntas que atormentaban al soldado».[9]

Como observador de las fuerzas armadas rusas, Alfred Knox también abrigaba bastantes dudas acerca de la ofensiva: «El soldado campesino ruso antes peleaba porque temía a los oficiales o al castigo —reflexionaba al tiempo que iba preparándose la campaña—. Ahora ha perdido cualquier respeto por sus oficiales y sabe que no puede ser castigado. Carece de patriotismo y de cualquier fuerza que pueda moverlo al entusiasmo».[10] El pesimismo de Knox no haría más que intensificarse cuando el ejército empezara a desintegrarse: «Ayer tuvieron lugar desórdenes en Kiev cuando los agitadores indujeron a un gran grupo de desertores … a intentar desarmar a la milicia y a los oficiales —cablegrafió a Londres el 30 de mayo—. Cada día se reciben informes procedentes del interior de Rusia acerca de los desertores, que hablan de asesinatos, pillajes y de ocupaciones de tierras por la fuerza».[11] Algunas unidades seguían siendo buenas (incluso para los severos ojos de Knox), pero indudablemente había dado comienzo la batalla por conquistar el corazón y los músculos de las tropas que aún le quedaban a Rusia, y las ideas contrarias a la guerra de Lenin habían empezado a afectar a las probabilidades de éxito de cada bando. «Los soldados rusos y austríacos juegan juntos a las cartas y se visitan unos a otros con toda libertad», añadía Knox. Su contacto, un viejo amigo que tenía en el ejército, seguía pensando que «puede que los hombres ataquen, pero todo es cuestión de propaganda».[12]

La ofensiva de junio se convirtió en la derrota de julio. En una fase como aquella no había jactancia ni retórica que fuera capaz de reconstruir el ejército de Rusia. Como explicaba Trotski (que había de convertirse en un brutal líder de las tropas del Ejército Rojo), «los ministros consideraban aquella masa de soldados, removida hasta el tuétano por la revolución, como una especie de dúctil arcilla con la que

podían hacer cuanto se les antojase».[13] Pero resultaba que aquellos hombres tenían ideas propias. Las noticias acerca del pánico del que eran presa y de su retirada causaban verdadera histeria en Petrogrado. La tensión había venido intensificándose en la ciudad desde hacía semanas, pero fue entonces cuando explotó, y la gente se echó a la calle con banderas rojas, banderas negras, fusiles y cuchillos. Los marineros armados de la base naval de Kronstadt desempeñaron un papel decisivo en todo aquello. Tantos fueron los enormes cañones que aparecieron que la embajada británica, al ver la artillería fuera de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, situada en la orilla opuesta del río, comenzó los preparativos para la evacuación. Durante dos días seguidos los Buchanan se quedaron sin desayuno, prefiriendo estar listos para salir huyendo en cuanto los criados pusieran en marcha el coche. Las fuerzas armadas de la policía encargadas de protegerlos contaban, en algunos lugares, con el respaldo de matones de extrema derecha de las Centurias Negras. En tres días de confusas luchas callejeras, más de setecientos manifestantes perdieron la vida. Las Jornadas de Julio acabaron sin que la clase obrera se hiciera con el poder, pero pusieron al país al borde del abismo.

Los bolcheviques no habían sido los que habían desencadenado las protestas, pero el tenor de su retórica y especialmente sus llamamientos en pro del traspaso del poder a los sóviets, hicieron de ellos el chivo expiatorio más evidente. Kerensky se sentía traicionado y humillado. Además era muy vulnerable, pues aunque el gobierno del príncipe Lvov cayó, permitiéndole a él asumir la presidencia del Consejo, también había quedado abierto el camino hacia un potencial golpe de estado, quizá de los monárquicos que había en el seno del ejército. El 4 de julio, en el momento culminante de la crisis, el ministro de Justicia, Pereverzev, complicó toda-

vía más las cosas tomando una iniciativa personal. Sin contar con aprobación oficial, sacó a la luz parte del material que esperaba que permitiera iniciar un juicio público, que las culpas de todo se echaran a otros, y que acelerara el inmediato encarcelamiento de Lenin. Al día siguiente, la prensa estaba llena de noticias en ese sentido. Se contaba que Lenin era un espía. Que tenía un contrato con el káiser. Que los alemanes le habían pagado y que su misión era cometer una serie de asesinatos y sembrar el pánico en la sagrada tierra de Rusia.[14]

Las acusaciones fueron corroboradas por el testimonio de un tal Ensign Ermolenko, un desgraciado ex prisionero de guerra, que se había entregado en abril y había confesado que recibía dinero de los alemanes para cometer actos delictivos. Según dijo a los encargados de interrogarlo, los detalles de su misión habían sido acordados en una reunión celebrada en Berlín en 1916, en la que también había visto a Lenin. Un tal capitán Stenning, del Estado Mayor General alemán, había redactado supuestamente el contrato de Lenin poco después de las conversaciones que mantuvieron. Ermolenko declaraba que él también había firmado un acuerdo similar, y, aparte de mencionar la voladura de algunas fábricas de municiones consideradas clave, le habían prometido, según su versión, una recompensa de doscientos mil rublos si lograba asesinar a sir George Buchanan. Resultaba que Lenin —esperaban sus críticos y rezaban para que así fuera— se había comprometido por escrito a cometer actos al menos igual de tenebrosos.[15]

El propio Nikitin se plantó ante unos cuentos tan fantásticos como aquellos. Los disparates de Ermolenko eran fruto del más puro terror, y de hecho huyó a Siberia en cuanto la policía acabó con él (lo que no impediría a los bolcheviques deshacerse de él de manera macabra mucho después, en las

mazmorras del Kremlin).[16] Pero Nikitin tenía para entonces en su poder algunos documentos auténticos, un montón de telegramas interceptados, y ese sí era el tipo de pruebas que podía usarse en un tribunal. Una lectura somera de los mismos apuntaba a la existencia de lazos entre los bolcheviques, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y un banco comercial sueco. Los detalles tal vez fueran confusos, pero ahí estaba la dramática historia de espías que todo el mundo, desde Kerensky hasta Buchanan y los servicios de inteligencia aliados, estaban deseando leer. Como presidente del Gobierno Provisional reconfigurado (y armado con un montón de poderes especiales de emergencia), Kerensky abrió un sumario por su cuenta a mediados de julio. Durante su breve período de vida —apenas unos meses—, la investigación logró reunir más de veinte volúmenes de pruebas.

Trotski tendría algo que decir acerca de todo aquello: «Nunca como durante la "gran guerra por la libertad" mintieron tanto los hombres —escribiría—. Si la mentira tuviese fuerza explosiva, nuestro planeta se habría hecho añicos mucho antes de llegar a la paz de Versalles».[17] Ermolenko había mentido por pura desesperación. No había la menor probabilidad de que Lenin hubiera firmado un contrato para entregar el cadáver de Buchanan al general Ludendorff, pero una vez lanzados a esa búsqueda inútil, los responsables de la investigación se pondrían tras la pista de cualquier rumor de forma casi indefinida. Esmé Howard, por ejemplo, había aportado al rompecabezas una pieza muy útil cuando cablegrafió a Londres poco después de que Lenin llegara a Suecia en el mes de abril. Según una historia de tercera mano, comunicaba el embajador destinado en Estocolmo: «Lenin y su pandilla de extremistas rusos habían recibido un salvoconducto del gobierno alemán poco antes de que estallara en Rusia la revolución [de febrero]. Es evidente por

tanto que los alemanes tenían un plan … por si fracasaba Protopopov».[18] Se suponía que la fuente de esta fábula en concreto había sido Nikolai Chkheidze.

Otros agentes secretos de Europa se lanzaron a la búsqueda de noticias, sin que los escandinavos los pusieran nunca en evidencia. En agosto, apareció en Zúrich un americano llamado Frank Chester. Aseguraba que en el mes de abril había sido reclutado bajo presión por unos agentes alemanes en Berna, y que una de sus tareas había sido hacer de enlace con Lenin. El responsable de su seguimiento, un alemán llamado Franken, le había dado unas órdenes muy concretas: «Tiene usted que decirle al señor Lenin que el contrato n.º 55 está perfectamente en regla. Debe usted además ayudar al señor Lenin en la medida de lo posible». Ese mismo Franken, creía Chester, había suministrado a Lenin cuatro millones de rublos en la primavera de 1917. Suponía que el dinero pasaba a través de una línea de intermediarios, uno de los cuales era una mujer de Estocolmo, cuyo nombre, según creía, era Sumenson».[19]

Las divagaciones de Chester acababan ahí, pero era evidente que aquel cóctel de historias de espías y traiciones en plena guerra empezaba a subírsele a la cabeza a un montón de gente. Aleksandra Kollontai, según una fuente británica, «es la que le escribe los discursos a Lenin, pues este es un individuo bastante inculto y depende de ella para todos sus discursos». Otra historia (también de origen británico), sostenía que «la hermana de Lenin se desplazó como espía a Tesalónica, y que … se ha recibido de Alemania la suma de trescientos mil rublos, probablemente con la finalidad de pagar a los agentes de Lenin». En junio, circuló durante un breve período el rumor de que «Nikolai Lenin ha sido asesinado por sus secuaces». Los periódicos no estaban dispuestos a quedarse atrás y entraron también en liza con especu-

laciones de un tipo muy distinto, incluida una buena dosis de auténtico antisemitismo: «El verdadero nombre de Lenin es Zederbluhm —proclamaba el *Morning Post*—, pero durante muchos años ha ido por ahí llevando el apellido Uljanoff». «Se dice —añadía absolutamente cautivado el *Daily Telegraph*— que el verdadero nombre de Lenin es Mytenbladm».[20]

Traición, espionaje y asesinato: eran unos delitos que todo el mundo podía imaginarse por aquel entonces, especialmente si los acusados eran personajes marginales evidentes, como disidentes, refugiados y judíos. La maquinaria de la propaganda de los años de la guerra, que funcionaba ya al rojo vivo, parecía programada para ponerse en marcha a la hora más vibrante, y todo el mundo quería compartir la emoción. «Nuestro éxito —afirmaría posteriormente Kerensky a propósito de la campaña— resultaba una perspectiva sencillamente aniquiladora para Lenin. Sus conexiones con Alemania habían sido corroboradas de manera incuestionable.»[21] Uno de los últimos actos de Pereverzev como ministro de Justicia fue autorizar una redada de la policía en la redacción y en la imprenta de *Pravda*. La imprenta fue cerrada, y los periódicos fueron dispersados. Poco después, Trotski fue encarcelado, junto con Sumenson, por entonces muy famosa, y un abogado y hombre de negocios llamado Kozlovsky. Mientras tanto, Lenin había huido en compañía de su fiel Zinóviev, tras abandonar el 10 de julio Petrogrado en plena noche y refugiarse en una granja cerca de la fábrica de armamento de Sestroretsk.[22] Sin barba y disfrazado con una peluca rubia anaranjada, acabó por irse a esconder a Finlandia, en una desaparición que no venía más que a confirmar lo que todos querían creer. Aquel individuo solo podía ser un traidor. Los marineros que habían formado

parte de la guardia de honor que había ido a recibirlo a la estación de Finlandia afirmaban que la sola idea de que así fuera los ponía malos.

Los detractores de los bolcheviques dispusieron durante varias semanas de campo abierto. El infatigable *Daily Telegraph* proclamaba que Lenin había sido detenido en Finlandia, aunque resultó que no había forma de localizarlo en ninguna parte. Los servicios secretos de Gran Bretaña, Francia y Rusia aprobaron una búsqueda por toda Europa. Algunos pensaban que estaba en Suiza, otros seguían su pista hasta Copenhague, pero el mayor temor era que hubiera ido a Berlín a buscar nuevas órdenes y otro montón de dinero alemán. Como briznas de hierba seca del pajar en el que efectivamente se había escondido Lenin tras huir de Petrogrado, las calumnias se adherían con tenacidad a su nombre. Tres meses después, Lenin tuvo que seguir utilizando un aparatoso disfraz cuando regresó a Petrogrado con el fin de organizar el asalto al poder de su partido. Para entonces eran muchas las cosas que habían cambiado en Rusia, pero los enemigos de Lenin no se habían olvidado de él.

Durante todos los años de crisis que estaban por venir, la búsqueda de pistas del oro alemán del que tanto se hablaba siguió siendo un verdadero afán. En febrero de 1918, cuatro meses después de que los bolcheviques llegaran al poder, una organización llamada Comité Americano de Información Pública envió a un nuevo agente a Petrogrado. Se llamaba Edgar Sisson, y había trabajado oficialmente como redactor jefe de la revista *Cosmopolitan*. Cuando llegó a la capital rusa, Sisson se encontró una ciudad desgarrada por la ira, el miedo y el frío. Como era un hombre que carecía de experiencia de lo que eran las intrigas locales y que tenía muchos dólares que gastar, no tardó en convertirse en un

imán para todo tipo de historias. Se metió además de lleno en la compraventa de cualquier tipo de documentos que le pudieran ser útiles, y en cuestión de semanas había logrado conseguir —a veces a cambio de grandes cantidades de dinero en metálico— una colección de documentos que relacionaban a Lenin y a Trotski con el Alto Mando alemán. Algunos eran copias de telegramas interceptados y filtrados procedentes del sumario abierto por Pereverzev, pero los más controvertidos parecían demostrar que Alemania seguía dictando sus condiciones de paz a los miembros de la élite bolchevique. Trotski salía en ellos tan mal parado como Lenin, pues se decía que los dos esperaban recibir fabulosas sumas de dinero —como recompensa personal— tras firmar la cesión de Ucrania. Sisson se lo creyó todo al pie de la letra. El Comité de Información Pública difundió los llamados «Papeles de Sisson» en forma de panfleto en octubre de 1918, y fue solo la euforia desatada al término de la guerra lo que impidió que el asunto provocara un escándalo de envergadura mundial.[23]

Nadie volvió a revisar los «Papeles de Sisson» durante más de una generación después de aquella fecha (tampoco ayudó mucho el hecho de que toda la colección se perdiera en una cámara de seguridad de la Casa Blanca durante más de tres décadas). Solo tras la muerte de Stalin, el antiguo diplomático y experto en historia de Rusia George F. Kennan encontró tiempo para trabajar en ella. En un artículo aparecido en 1956, sostenía que todo el lote tenía que ser una falsificación, pero con ello no se cerró del todo el caso. Antes bien, el escándalo gozó inesperadamente de una nueva vida fuera del mundo de habla inglesa. A comienzos de los años noventa, en el torbellino que siguió a la caída de la Unión Soviética, un equipo de historiadores rusos obtuvo permiso para trabajar en los archivos de la policía secreta soviética.

Los documentos que encontraron en ellos —copias de los mismos que habían formado parte de la colección de Sisson durante la guerra— eran irrefutables. Los rusos no conocían el trabajo de George Kennan, de modo que no les cabía duda de que toda aquella basura constituía un material susceptible de ser utilizado como arma. Al fin y al cabo los documentos habían sido clasificados, lo que sin duda significaba que eran buenos.

El primer hombre que pudo leer toda esa documentación secreta por aquel entonces fue el coronel general Dmitry Volkogonov, y fue él quien reveló su contenido al resto del mundo. Según explicó, llegó a creer que Lenin era un criminal y que sus fechorías se remontaban a la Gran Guerra. Reveló entonces a los lectores rusos (y a los estudiosos occidentales crédulos que siguen citándolo)[24] que, en cuanto llegaron al poder, los bolcheviques habían organizado una campaña de encubrimiento. En un momento de emergencia nacional, dos camaradas de confianza fueron liberados de todas sus obligaciones para que eliminaran todo el trabajo administrativo del Gobierno Provisional e hicieran desaparecer cualquier cosa que pudiera resultar peligrosa. Se descubrió, decía Volkogonov, que el 16 de noviembre de 1917 la pareja había informado a Trotski de que había eliminado al menos un documento: la Orden N.º 7433 del Banco Imperial de Alemania, de fecha 2 de marzo de 1917. Dicha orden, como algunos otros datos bancarios que habían comprobado, tenía que ver con el pago de dinero por actividades de propaganda en Rusia a favor de la paz y nombraba a «los camaradas Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotski, Sumenson, Kozlovsky y otros».[25]

Volkogonov estaba seguro de que había encontrado la prueba irrefutable. Sin embargo, de haber sabido leer en inglés, habría podido hacer unas cuantas preguntas más espi-

nosas. Tres décadas antes, George Kennan había sido muy exhaustivo en sus investigaciones. Había comprobado los manuscritos conservados en los «Papeles de Sisson», había identificado las máquinas de escribir, había rastreado las filigranas del papel y los sellos de goma para localizar los despachos desde los que habían sido enviados los documentos. Había llegado a la conclusión de que el autor de las falsificaciones más explosivas era un periodista antialemán llamado Anton Ossendowski, personaje asociado por lo demás con el sumario instruido anteriormente por el Gobierno Provisional. Se adujeron varias motivaciones de la actuación de Ossendowski, pero probablemente la primordial fuera su necesidad de dinero. Para el documento más incriminatorio, la orden del Banco Imperial de Alemania citada por Volkogonov, Kennan había recurrido a su propia experiencia como antiguo diplomático: «Es bastante insólito —señalaba— que los gobiernos registren innecesariamente en documentos escritos ... datos que pudieran ser utilizados en su contra». Si el deseo de los líderes soviéticos hubiera sido eliminar ese tipo de pruebas, «lo último que habrían querido hacer habría sido reproducirlas en otro documento oficial».[26]

En realidad los protagonistas de todo aquel episodio habían sido muy cuidadosos. Incluso algunos individuos del bando alemán no siempre estaban del todo seguros de quién ayudaba a quién. En marzo de 1918, cuando los enviados de su país estaban a punto de firmar el ansiado tratado de paz con la Rusia soviética en Brest-Litovsk, un diplomático alemán reflexionaba acerca del proceso de paz que tanto fascinaba a Sisson: «¿Qué queremos en el Este? —se permitía reseñar el secretario de Estado Hintze—. La parálisis militar de Rusia. Los bolcheviques se ocupan de eso mejor que cualquier otro partido ruso, sin que nosotros tengamos que

aportar ni un solo hombre, ni un solo céntimo. No podemos exigir que … nos amen por exprimir a su país como si fuera una naranja … No cooperamos con los bolcheviques, los explotamos. En eso es en lo que consiste la política».[27]

Los telegramas interceptados fechados entre abril y junio de 1917, sin embargo, eran auténticos. Nikitin había colocado un agente en el palacio Táuride en cuanto se había enterado de que un funcionario bolchevique del Sóviet utilizaba en dicha sede un telégrafo para transmitir mensajes destinados al grupo de Lenin.[28] El coronel leía todos los mensajes interceptados, los repasaba rápidamente y sacaba la única conclusión que su imaginación le permitía. Los franceses también estaban interesados en el asunto, lo mismo que los servicios de inteligencia militar británicos, cuyos agentes pasaron el mes de agosto de 1917 elaborando un informe sobre «documentos que claramente demuestran que Lenin estaba implicado en un complot alemán para socavar el prestigio del gobierno ruso. El dinero era enviado desde Berlín a través de un tal Svedson, relacionado con la embajada alemana en Estocolmo, a madame Sumensohn y a Kozlovsky, a través de los cuales era traspasado a Lenin y a otros agitadores alemanes».[29]

Los cables confluían todos en Estocolmo, lo que significaba que Fürstenberg debía de estar involucrado en todo el asunto. El elegante estafador seguía siendo el director general de la sede local de la Handels og-Eksport Kompagniet, pero también seguía siendo uno de los colaboradores más estrechos de Lenin, y desde luego el bolchevique más activo de Suecia. Se sospechaba también que la compañía de importación y exportación para la que trabajaba pertenecía y era administrada por Parvus y Sklarz, ambos conocidos como destacados agentes alemanes. El problema era que el contenido de los telegramas resultaba bastante aburrido y

de carácter mundano. «Madame Sumensohn», por lo demás conocida como Evgeniya Sumenson, era la agente en Petrogrado de una empresa de exportación polaca que se encargaba de algunos negocios de Fürstenberg en el noroeste de Rusia. En otras ocasiones, como demostraba su correspondencia telegráfica, se ocupaba también de importación de productos alimenticios en nombre de la empresa suiza Nestlé. Kozlovsky, un abogado muy próximo a Lenin, era el principal representante de la empresa de Parvus en Rusia, y la mayoría de sus telegramas se limitaban a transmitir noticias de carácter comercial.

La colección de sesenta y seis telegramas no llegó nunca a ser hecha pública por el equipo jurídico de Kerensky, y tras el golpe de estado de Lenin de 1917 el estado Soviético la puso a buen recaudo. En 1991, sin embargo, el expediente pasó a estar disponible para los investigadores. Sumenson telegrafía pidiendo nuevo material, y Kozlovsky lo hace comunicando detalles de pagos y fechas de entrega. Al no encontrar nada más sospechoso cuando examinaron todo aquel material, los agentes de Kerensky decidieron que algunas palabras debían de estar en clave. «Vendidos doscientos cincuenta lápices, treinta y siete cajas», decía un telegrama expedido desde Moscú.[30] En los viejos tiempos de la clandestinidad rusa, se habían utilizado claves para todo, de modo que ¿por qué no ahora, cuando había muchas más cosas que dependían de las palabras? «De instruir el sumario —comentaba furibundo Trotski— se encargaron varios juristas acreditados de zarismo. Estas gentes no estaban acostumbradas a perder mucho tiempo con hechos ni con argumentos.»[31]

En agosto de 1917, el fiscal ruso se declaró satisfecho. La agencia Reuters dio a conocer la noticia en nombre de la prensa mundial. Los líderes bolcheviques, empezando por

Lenin y Zinóviev (en rebeldía), fueron todos encontrados culpables. «El Ministerio Público añade —se enterarían los lectores de los periódicos ingleses— que el sumario ha demostrado la existencia de una amplia organización de espionaje alemán que actuaba por toda Rusia, y que algunos hechos apuntaban de manera inconfundible hacia la conclusión de que el señor Lenin era un agente alemán, cuyo papel consistía en regresar a Rusia y, una vez allí, trabajar para el éxito de la causa alemana.» Según este boletín de noticias, en la red de Lenin aparecían Parvus, Kozlovsky, Sumenson y Fürstenberg. También aparecía en la lista otro nombre, el de un tal Paschal.

El problema era que seguía sin haber pruebas. Nadie había podido averiguar que realmente hubiera llegado dinero alemán a las cuentas de los bolcheviques; nadie podía ni siquiera demostrar una relación directa entre Lenin y Parvus (que sin ninguna duda estaba forrado de dinero alemán). Fürstenberg protestó y dijo que su participación en la empresa de Parvus era puramente comercial y que no tenía ningún interés en la política proalemana. Radek, que seguía compartiendo la hermosa villa de Fürstenberg, estaba muy ocupado escribiendo artículos para la prensa de la izquierda socialista (y contraria a la guerra) alemana. En cuanto al misterioso Paschal, una nota enviada directamente al primer ministro británico David Lloyd George (y de por sí bastante sospechosa) sostenía que en realidad era Frank Paswell, otrora dedicado a hacer anuncios de un jabón norteamericano en Petrogrado, «ambicioso, de carácter emprendedor, conversador plausible», que había aceptado dinero alemán por su cuenta para publicar artículos subversivos en la prensa rusa.[32]

Así pues, en vez de pruebas, lo único que había eran probabilidades y mentiras. Los bolcheviques por supuesto tenían muchas explicaciones que dar. Las modestas cuentas que tenían en 1917 demostraban que sus ingresos, procedentes en parte de las cuotas pagadas por los militantes, habían ido aumentando de forma incesante, pero entre los bienes que declaraban y las operaciones que fueron capaces de costear mediaba un abismo. En abril de 1917 sus ingresos ascendían a unos 11.500 rublos y sus gastos, según sus contables, a poco más de 5.500. En mayo, gracias al aumento de la militancia y al incremento de la venta de sus periódicos, sus ingresos ascendían a 18.000 rublos; en junio llegaban casi a los 30.000.[33] No pagaban alquiler por sus locales, habían requisado una imprenta que estaba ya en funcionamiento, y Lenin había establecido una norma de austeridad en la vida privada, pero con una tirada diaria de 85.000 ejemplares en primera instancia, solo *Pravda* constituía una empresa muy cara, y la impresión y la distribución de los otros periódicos y panfletos, el diseño y la producción de carteles, y los gastos que comportaba gestionar una organización cada vez más numerosa en un país vastísimo y destrozado por la guerra representaban mucho dinero. En su «Propuesta de propaganda en Rusia», informe presentado en julio de 1917, el presupuesto que proponía un emprendedor general británico para hacer frente a la publicidad pacifista de los bolcheviques ascendía a una cifra asombrosa, a saber dos millones de libras esterlinas para los tres primeros meses, y otro medio millón para el siguiente mes.[34]

No cabe duda de que Alemania invertía dinero en Rusia. Por poner solo un ejemplo, el 3 de abril de 1917 el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores aprobó la concesión de cinco millones de marcos para fines propagandísticos, buena parte de los cuales probablemente pasara a Parvus (que

siempre se negó a firmar recibos).[35] Aunque el asiento de clase barata asignado a Lenin en el tren sellado había sido una apuesta hecha por un pequeño grupo integrado en el gobierno civil de Alemania, otros departamentos y agencias gubernamentales disponían de sus propios presupuestos. Puede que el ejército contara con los submarinos para estrangular y derrotar al enemigo, pero durante todo 1917 llevó a cabo una costosa campaña propagandística en el Frente Oriental. Como señalaba el Gabinete de Guerra británico en el mes de abril, «daría la impresión de que los agitadores progermanos y el dinero alemán tienen mucho que ver con los disturbios de Rusia».[36] La idea de una «amplia organización de espionaje» era una pura fantasía, pero con la enorme cantidad de notas extranjeras que había en circulación, muchas de ellas falsas, constituía todo un reto entender quién suministraba fondos a quién.

En Berna los alemanes utilizaron a un agente llamado Karl Moor. Ciudadano alemán, se había establecido en Suiza en la década de 1870. A lo largo de su carrera había ejercido tanto el periodismo como la abogacía, pero más tarde empezó a financiar el nebuloso mundo de la política socialista de la emigración. En marzo de 1917 había accedido además a trabajar para Alemania (y Austria). Su nuevo nombre de guerra era «Bayer», y su principal ocupación consistía en pasar información acerca de la comunidad socialista a su agente en Berna, el doctor Walter Nasse. En el verano de 1917 viajó a Estocolmo varias veces, aunque no tenía tratos con el grupo de Parvus. El alcance de sus actividades sigue resultando oscuro hasta el fin de la segunda guerra mundial, pero algunos autores lo definen en la actualidad como el «intendente n.º 2» (por detrás de Parvus) de los bolcheviques.[37] Algunos documentos desclasificados procedentes de Rusia indican que traspasó por lo menos 230.000 marcos

alemanes a los bolcheviques en agosto de 1917. Sin embargo, para frustración de los que creían que finalmente habían encontrado una prueba, resultó que el dinero no pasó nunca de Estocolmo. Por lo que cabe afirmar, no pasó nunca de Radek, que lo utilizó para financiar un proyecto para la celebración de una conferencia de paz internacional de los socialistas de izquierdas.[38]

Las finanzas ilícitas, por lo demás, eran un juego que podía jugar cualquiera. Un juego, sí, pero un juego cuyos resultados no podía garantizar nunca nadie. En Berna, Walter Nasse se sentía horrorizado por lo que consideraba una auténtica marea de «oro inglés». «La Entente —informaba— gasta enormes cantidades de dinero en apoyar el esfuerzo de guerra y en sobornar a personas influyentes.»[39] Por lo que se refiere a los agentes desplazados sobre el terreno, resultó que incluso los británicos, tan aficionados ellos a jugar al *cricket*, contaban con el valioso capitán Bromhead y sus proyecciones cinematográficas. Los franceses tenían en Petrogrado una oficina de propaganda encabezada por el conde de Chevilly, otro entusiasta promotor del cine, que además era el representante del Banco Privado de Lyon.[40] Los esfuerzos de toda aquella gente, y los panfletos, los regalos y las giras de conferencias que llevaban a cabo, costaban mucho dinero, aunque el «oro inglés» no tardó en ponerse serio. En efecto, en el mes de mayo Buchanan apeló a Londres aduciendo que «el ejército, los obreros y los campesinos son tan ignorantes que no saben nada de los orígenes de la guerra ni de los objetivos por los cuales estamos luchando, mientras que implícitamente se creen todas las mentiras que les cuentan los innumerables agitadores que envenenan sus mentes contra los Aliados y abogan por la

paz en los términos que sean». Después de topar con muchas reticencias, el embajador recibió una cantidad de dinero totalmente inadecuada: diez mil libras esterlinas.[41]

Los ingleses tenían buenos motivos para apretarse el cinturón. En Whitehall, cuando los funcionarios calcularon el dinero gastado en propaganda en Rusia, lo que más los sorprendió fue el enorme porcentaje de fracaso. A Petrogrado habían ido muchísimos individuos, pero quién sabe por qué, casi ninguno de ellos era adecuado para el trabajo. Tal vez no fuera dinero lo que necesitaban, sino un cambio de orientación. En mayo los británicos debieron de llegar a la conclusión de que la llegada de Plekhanov no había tenido el más mínimo impacto sobre el esfuerzo bélico ruso. Su otra propuesta (parecía como si ansiaran tener a alguien que los consolara contándoles un cuento antes de irse a dormir) consistió en enviar a algunos escritores a la refriega, lo que explicaría la presencia de Arthur Ransome y algunos amigos suyos mal afeitados. En julio de 1917, en Estados Unidos el gobierno de Wilson se sumó a la iniciativa y acordó enviar a Somerset Maugham a Petrogrado vía Tokio.[42]

Una vez en la capital rusa, Maugham entablaría una fuerte disputa, como hicieron tantos otros, con el director de la oficina de propaganda británica, el novelista Hugh Walpole. Mientras tanto, ambos escritores reunirían gran cantidad de material para ulteriores libros, pero ninguno de los dos logró hacer demasiados progresos con el público ruso. Como decía Alfred Knox en una carta privada en octubre de 1917, «Walpole, el hombre que ha venido dirigiendo la labor [de propaganda] últimamente, NO es el hombre idóneo para el puesto en este momento, pues no conoce Rusia y es solo un novelista, y lo que se necesita es un hombre que tenga huevos».[43] Nadie diría nada parecido de Lenin. Al margen del respaldo con el que pudiera contar, lo cierto era que su

mensaje había logrado calar realmente en el público. Cualquiera que se diera una vuelta por las líneas del frente podría ver la diferencia que tanto él como sus seguidores marcaban ya a finales de mayo, y frente a ellos todo el oro inglés era inútil en Rusia.

Los alemanes no habían hecho particularmente distingos. Sus agentes se habían mostrado dispuestos a financiar a cualquiera, desde los separatistas finlandeses y estonios, hasta los turkmenos que predicaban la yihad. No obstante, cuando comparaban a Lenin con alguno de estos personajes más disparatados, los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores podían enorgullecerse del riesgo que habían asumido. Los bolcheviques no tenían desde luego el tipo de pedigrí que a ellos les gustaba, ni prometían el envío de cosacos leales al Frente Occidental, pero sus escritos habían dado voz al hastío y al hartazgo de los soldados y su partido era el punto focal de los sueños y del descontento del pueblo. Como todo lo que necesitaban era que Rusia quedara neutralizada, los patrocinadores alemanes de Lenin ni siquiera tenían que pensar en el futuro de su protegido, y menos aún en la viabilidad de su régimen. Los insurgentes de los tebeos llevaban un cuchillo entre los dientes, pero este llevaba a cabo una labor estupenda simplemente con la pluma.

No obstante, enviar a Lenin de vuelta a Rusia había sido una apuesta arriesgada y los costes (especialmente si se incluía la cuenta de Parvus) no eran baladíes. Irremediablemente, el pequeño grupo que había asumido la responsabilidad de la jugada a veces se vio obligado a justificarse. El secretario de Estado Kuhlmann se atrevió a mostrar cierta jactancia cuando escribió al oficial de enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores en el cuartel general de las fuerzas armadas el 3 de diciembre de 1917, menos de un mes después

del triunfo del golpe de estado de los bolcheviques. Su principal objetivo en aquel momento era asegurar que siguiera apoyándose al grupo de Lenin mientras ellos intentaban arreglar los detalles de la firma de una paz por separado. No pensaba que los bolcheviques estuvieran en el poder mucho tiempo, de modo que lo que él deseaba era crear las mejores condiciones para la firma del tratado antes de que Rusia volviera a cambiar de rumbo.

Kuhlmann intentaba sacar el mayor partido de su jugada. «La ruptura de la Entente y la consiguiente creación de combinaciones políticas que nos resulten agradables constituyen el objetivo de guerra más importante de nuestra diplomacia», decía su carta.

> Rusia parecía el eslabón más débil de la cadena enemiga. La tarea consistía por tanto en hacer que fuera soltándose poco a poco y, cuando fuera posible, eliminarlo. Esa era la finalidad de la actividad subversiva que provocamos que se llevara a cabo en Rusia por detrás del frente: en primer lugar la promoción de las tendencias separatistas y el apoyo a los bolcheviques. Hasta que los bolcheviques no recibieron un torrente continuo de fondos a través de diversos canales y bajo diferentes marcas, no estuvieron en condiciones de sacar adelante su principal órgano, *Pravda*, para que encauzara una enérgica campaña de propaganda y ampliara de manera apreciable la base de su partido, originalmente bastante pequeña.[44]

Cómo fluyó exactamente ese torrente de dinero hacia el Este sigue siendo objeto de especulación. Es perfectamente razonable suponer que parte de los millones obtenidos por Parvus de los alemanes llegara a la caja de resistencia de Lenin. Es posible que el gran hombre utilizara a su grupo de búsqueda destinado en Dinamarca para canalizar el dinero hacia los bolcheviques, vía que habría podido organizar con Radek en la entrevista secreta que mantuvieron en abril. Algunos investigadores han dado nombre al operador encargado de la misión y que probablemente fuera un agente confidencial llamado Vladislav Shatsenstein.[45] La otra ruta a través de la cual Lenin habría podido pasar el dinero quizá

fuera Estocolmo. El intermediario más conveniente habría sido la empresa que administraba Fürstenberg para Parvus y su amigo alemán Georg Sklarz, que reinvertía parte de sus beneficios en el comercio, pero que quizá utilizara el resto de sus ganancias para llevar a cabo operaciones políticas en Rusia.[46] El archivo está abierto, aunque muchos de sus documentos han desaparecido. Lo que está totalmente fuera de duda es que Lenin aceptó dos mil rublos de Fürstenberg en abril de 1917 cuando planeaba efectuar el viaje a Rusia, y que cogió otros ochocientos para Zinóviev.[47] No puso reparos al dinero alemán en ninguna de sus variedades. Para los que siguen negándose a admitir que el mayor socialista del mundo hubiera podido mentir acerca de un buen fajo de billetes alemanes, la alternativa es reconocer que se subvencionó con los beneficios del mercado negro de lápices y de condones (rematados en punta) propiciado por la guerra.

No era evidente que Lenin tuviera que permanecer oculto para siempre. Al principio tuvo miedo, por supuesto; no podía saber cómo iban a salir sus planes, y aunque la Rusia libre había renunciado a la horca, en el verano de 1917 tenía motivos más que suficientes para temer que se le abriera un juicio por alta traición. Pensaba también que podía ser objeto de un asesinato; donde quiera que fuese llevaba siempre una guardia de hombres armados.[48] No obstante, un hombre con más confianza en el pueblo habría pensado tal vez que podía ganar la disputa final, pues la idea clave de las «Tesis de abril» era que las leyes y la justicia burguesas estaban a punto de caer. Un líder más valiente tal vez habría acabado jactándose de todo aquel dinero alemán, pues no tardaría en utilizarlo para ayudar al proletariado alemán a derrotar al káiser. El frente interno alemán llevaba bastante tiempo siendo frágil; la gente tenía hambre, y la marca revolucionaria de Lenin había empezado ya a amenazar la paz

en las calles de Berlín. La situación era incluso más crítica en Austria.[49] El llamamiento de Lenin a la revolución mundial iba dirigido tanto a las fuerzas armadas de Alemania como a las de su propio país, y como repetía una y otra vez, «consideramos a los capitalistas alemanes tan bandidos como los capitalistas rusos».[50] Incluso la confraternización que preconizaba era un proceso de doble sentido. Si, según la expresión usada en cierta ocasión por Churchill, Lenin era un «bacilo», entonces, como verdadero elemento patógeno, podía infectar a más de una víctima cada vez.

Habría podido darle la vuelta a la tortilla y atacar de frente a sus acusadores. Al fin y al cabo, si aceptar dinero de los alemanes era una especie de crimen, pisotear los sueños del pueblo, hacer luchar a la gente contra su voluntad e incluso matarla de hambre, eran sin duda crímenes aún peores. Un hombre que confiara auténticamente en el sentido de la justicia del pueblo ruso habría podido hablar de la poesía que comportaba el hecho de aprovecharse del dinero de los que robaban a los pobres, independientemente de qué país viniera. Desde el imprudente apego de Miliukov a los territorios de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos hasta la malhadada ofensiva de Kerensky en el frente, desde los cierres patronales y las largas jornadas de trabajo hasta el racionamiento del pan, la burguesía rusa parecía empecinada en seguir un rumbo de renovada opresión. Estaban también las aportaciones realizadas por sus homólogas del extranjero; pocas influencias externas fueron tan dañinas para el frágil estado democrático Ruso como las presiones de Londres y París. En contra de los consejos de sus propios agentes, los adalides de la guerra de Gran Bretaña y Francia continuaron insistiendo en que Rusia se atuviera al pie de la letra a las obligaciones contraídas en virtud del tratado de la Entente.

Aquella era una política que Arthur Ransome encontraba odiosa. En julio, tras la derrota de los ejércitos rusos, escribió una carta a su madre diciendo que la actitud de Gran Bretaña hacia Rusia se parecía a «la de un hombre hacia una herramienta que se ha estropeado por el uso». El resultado era una dureza autodestructiva y contraproducente. «Por una razón o por otra la guerra no duele tanto en Inglaterra a todos, hombres, mujeres y niños, de una forma tan continuada y permanente como a los habitantes de los países de la Europa continental, y sobre todo a los de Rusia —le comentaba—. Tú no ves por las calles caballos con los huesos que sobresalen por encima de la piel. Tú no tienes a la mujer de tu portero suplicándote que le des una parte de tu ración de pan porque ella no puede conseguir lo suficiente para dar de comer a sus hijos … Es por el hecho de que aquí estén así las cosas por lo que los agentes alemanes y los extremistas que prometen el cumplimiento inmediato del milenio logran entusiasmar al soldado ruso, absolutamente ingenuo … no tardará en llegar el día en que Inglaterra sea el país más odiado en Rusia.»[51]

Declarando públicamente que se había quedado con parte del oro del káiser, Lenin tal vez habría subrayado más todavía la perfidia británica en este sentido. Los alemanes habían sido malísimos; pero los ingleses eran voraces. «Con todo respeto —decían O'Grady y Thorne en el informe que presentaron en Londres a su regreso de la capital rusa—, insistimos en que Rusia es un imperio de una extensión grandísima, con una población de 180 millones de personas, y con unas posibilidades enormes no solo de ser un gran mercado, sino de desarrollarse hasta convertirse en la mayor potencia económica del mundo. Sus recursos en minerales, petróleo y alimentos procesados están todavía prácticamente sin explotar. Cuando acabe la guerra, la lucha por la ex-

plotación de esos recursos, si Gran Bretaña no hace ahora ningún esfuerzo, será materia de conquista entre Norteamérica y Alemania, con ventaja a favor de esta última.»[52]

Más descarada todavía era la codicia de un hombre de negocios itinerante inglés llamado William Henry Beable. Según él, el fin del zarismo había creado un mercado enorme. Mientras Alemania pudiera ser excluida, los británicos tenían la posibilidad de forrarse a costa de la clase media rusa, una clientela virgen que todavía ni siquiera sospechaba que pudiera necesitar bicicletas, cámaras fotográficas o vino tónico Sanatogen. En un informe publicado en los momentos más sombríos de 1918, cuando empezaban a llegar noticias de los niños que se morían de hambre en las estepas rusas asoladas por la guerra civil, Beable enumeraba las oportunidades comerciales más proficuas, que incluían productos farmacéuticos, instrumentos científicos y aparatos ópticos, material fotográfico y «como el afeitado está poniéndose de moda», navajas de afeitar y jabón de marca patentada. «El comercio de pianos —proponía Beable— es uno de los campos en los que Rusia ofrece unas oportunidades magníficas.»[53]

En teoría, pues, si hubiera citado cualquiera de estos datos, los argumentos de Lenin acerca del carácter imperialista y capitalista de la guerra habrían resultado perfectamente claros para cualquiera. Habría podido incluso sacar más partido de la negativa británica a permitir a otros exiliados rusos regresar a su país, una medida que demostraba una vez más lo que era la burguesía. Como habría podido señalar luego, él era el único que se había arriesgado a regresar a la patria, y lo había hecho a pesar de tenerlo todo en contra. No podía decir cuánto tardaría en venir al mundo el socialismo, pero estaba seguro de que el proyecto iba a salir adelante, y entonces todas las deudas desaparecerían y de

paso toda la corrupción. El hecho de que su viaje en tren les viniera bien a los alemanes, habría podido añadir, tal vez fuera lamentable, pero desde luego era irrelevante. Como diría más tarde Trotski: «Para Ludendorff, esto era una pequeña aventura que le dictaba el interés de Alemania en su situación militar difícil. Lenin se aprovechó de los cálculos de Ludendorff para ponerlos al servicio de los suyos propios».[54]

El problema quizá fuera que al final (como demostraría luego la historia), lo más probable es que la mayoría de los rusos prefiriera una de las bicicletas del señor Beable —o incluso unas gotas de su vino tónico— antes que los placeres de la versión de la lucha de clases que ofrecía Lenin. Este, por supuesto, ya lo sospechaba; «falsa conciencia» era el término que algunos marxistas utilizaban para el apego de la gente a la simple comodidad. También sabía que los campesinos de verdad solo querían justicia y un poco de tierra. Para imponer su revolución por la fuerza frente a tales desventajas, el líder tenía que acorazarse y estar dispuesto a desempeñar el papel de Robespierre. Si la gente no podía ver dónde estaba su verdadera libertad, él impondría una dictadura revolucionaria hasta que todos estuvieran preparados para entender las cosas. Mientras tanto, tenía que ponerse por encima de la gente del montón, convirtiéndose en el instrumento ideal de la Historia con mayúscula, en un hombre nuevo, incorruptible y libre de pecado. Como decía Paléologue en abril de 1917, Lenin parecía ser «una mezcla de Savonarola y Marat».[55] En la vida real, combinaba esos ideales insostenibles con la probidad y la laboriosidad de un maestro de escuela y con el control de las pasiones de un hombre que guardaba sus lápices ordenadamente en fila, y cuyas lámparas tenían pantallas con un ribete cosido a mano.

Una financiación ilícita es un delito menor un poco sucio, sí, pero mentir resulta verdaderamente corrosivo a la larga. En vez de confiar a las masas la verdad acerca de los fondos recibidos de los alemanes, Lenin prefirió darles lecciones. En vez de confiar en ellas, les mintió. Ese era el precio que pagó a corto plazo —todo era por su bien, claro está—, por salvarlas de sus propias debilidades. Y de ese modo procedió a liberar (o eso fue lo que dijo) a ciento cincuenta millones de personas sometiéndolas a una élite política despiadada.

Durante los años venideros, los miembros del partido bolchevique estarían obsesionados por la idea de que entre ellos hubiera espías extranjeros y traidores. Sus activistas tenían que parecer perfectos. Aquella era una carga imposible con la que empezar a reconstruir cualquier imperio, y menos aún el primer imperio proletario de la historia. Por otra parte, las condiciones existentes a finales de 1917 no podían ser peores. «No estábamos seguros —comentaba Trotski rememorando aquellos meses terribles— de que aquel país agotado económicamente, devastado, desesperado, tuviera fuerzas bastantes para sostener el nuevo régimen, ni siquiera para salvar su independencia.»[56] El secreto más oscuro de todos era que, en su fuero interno, los hombres que estaban al mando de todo aquello tenían dudas. Aunque predicaban el dogma a todo el mundo, ellos mismos no creían en él.

11

Compañeros de viaje

> Los jacobinos del siglo XX no llevarían a la guillotina a los capitalistas: seguir un buen ejemplo no significa copiarlo.
>
> V. I. LENIN

San Petersburgo tiene numerosos santuarios revolucionarios. Entre los más curiosos, accesible solo para grupos previa reserva, está una pequeña vivienda situada en un piso alto. Abierto en 1938 (el año más negro del terror político de Stalin), fue instalado en el piso en el que los Alliluev, la familia de la segunda mujer de Stalin, tuvieron su hogar durante las dos primeras décadas del siglo XX. Aunque fue Stalin quien visitó más a menudo aquella casa, también Lenin buscó refugio en ella en julio de 1917, y ese simple hecho hizo de la vivienda un lugar sagrado durante los años del poder soviético. El museo ha sufrido muchas transformaciones desde entonces, pero ha sobrevivido un cuadro muy sorprendente, que sigue colgado en el diminuto espacio destinado a exposición. La pintura es obra de un artista soviético llamado Mijaíl G. Sokolov (1875-1953), y el tema que trata es la llegada de Lenin a la estación de Finlandia el 3 de abril de 1917. En tres habitaciones, pequeñas y atestadas de cretona, ese es el objeto expuesto que más llama la atención con diferencia.

Un experto en historia del arte reconocería la pintura como una obra del realismo socialista, estilo casi universal en la Unión Soviética durante los años treinta. Como muchas composiciones de su misma especie —todas llenas de músculos, mandíbulas cuadradas y luminosidad— tiene más de socialista que de realista, pero la figura de Lenin en el punto focal está bastante clara. Vestido con un traje negro y corba-

ta y enarbolando su característico sombrero, el líder bolchevique aparece bajando de un vagón marcado claramente con un rótulo que reza: «III clase». Su expresión en general es bastante acartonada, pero quizá esa fuera la forma que tenía el artista de darle el mismo aspecto que daban a sus santos los pintores de iconos. Por lo demás, es una obra de una época secular. Mientras los músicos de una banda se las ven y se las desean para sujetar sus partituras (resulta difícil entender cómo el trombonista que está en primer plano podrá mover los brazos), todos los demás personajes están apiñados junto a la portezuela de color verde oscuro del vagón, algunos agitando sus gorras y otros levantando pancartas sobre sus cabezas. Los rostros brillan, los colores resplandecen y todo el mundo parece estar pasando un buen rato.

Aparte de Lenin, solo se ha permitido a un personaje mirar de cara al espectador. Desde el fondo oscuro del convoy, sus ojos atraviesan a quien lo contempla y su bigote negro resulta inequívoco (como su ceño torcido). Saltándose a la torera la cruda realidad, Sokolov ha situado a Stalin entre los pasajeros ilustres del tren. De hecho, aunque aquel hombre nunca estuvo en el vagón ocupado por Lenin, Sokolov ha situado a Stalin un peldaño por encima del líder difunto, dando a entender que quizá fuera su mentor o que hiciera para él las veces de carabina. Mentiras como aquella no eran raras en los años treinta. En abril de 1937, por ejemplo, cuando la Unión Soviética celebró el vigésimo aniversario del triunfo de Lenin en la estación de Finlandia, *Pravda* se sintió en la obligación de fingir que Stalin había sido el verdadero empresario del espectáculo de Petrogrado.[1] Sokolov fue incluso más allá, creando un cuento de hadas visual, un anticipo de lo que serían los placeres comunistas por venir. Un simple vistazo al cuadro basta para demostrar que un día los ramos de flores y los destellos del acero iban a ser

para Stalin. Y con razón. La sucesión es directa y está claramente asegurada. Puede que Lenin fundara la inquebrantable Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, pero Stalin, su heredero y fiel discípulo, será el hombre que la convierta en el país más grande, más libre y más feliz que haya visto el mundo.

El antídoto contra esa idea acecha en otro rincón de la misma habitación, en una vitrina de cristal situada a la altura de la cintura. Suprimida durante los años de la tiranía de Stalin, en su interior se encuentra una lista mecanografiada en caracteres cirílicos de los personajes que efectuaron el viaje en el famoso tren sellado.[2] Esta vez Stalin no figura en absoluto entre ellos. Muchos de los nombres no resultan conocidos, especialmente cuando los individuos en cuestión cambiaron posteriormente su pseudónimo, y los de Fritz Platten y Karl Radek faltan porque no pudieron entrar en Rusia en compañía de los demás. La exposición no proporciona comentario alguno, pero este documento no debería tomarse a la ligera, pues en otro tiempo habría sido un detalle raro y secreto. La mayoría de los nombres que figuran en él fueron censurados en los libros de historia soviéticos, y para cuando se produjo la muerte de Stalin la vida de los que un tiempo los llevaron había sido prácticamente olvidada. Sabían demasiado; ese era el problema. Sabían que Lenin no había pensado en Stalin como heredero. Sabían cuáles habían sido las alternativas. Tenían incluso alguna idea acerca del tipo de Estado que habían esperado construir en los días lejanos previos a que todos aquellos sueños fascinantes se disiparan.

Hace ya cien años que el tren sellado cruzó Europa bajo vigilancia alemana, y sin embargo el episodio sigue teniendo resonancias importantes, incluso perturbadoras. En Rusia, donde los momentos de esperanza y de participación

masiva en la vida nacional han sido tan lamentablemente raros, esas resonancias tienen una viveza especial. La sola idea de tomar el poder espantaba a los políticos que fueron empujados a asumir sus cargos a comienzos de la primavera de 1917. Mejor dicho, en vez de abordar las reivindicaciones que los habían llevado al gobierno, las utilizaron más bien para manipular a las masas. Los periódicos nacionalistas se apropiaron de los veteranos hambrientos y desfigurados para chantajear a una opinión pública exhausta y obligarla a aceptar otro año de guerra. Los derechistas echaron la culpa de todo a los judíos y a los socialistas, los izquierdistas pusieron a todo el mundo en contra de los que ellos mismos decidieron denominar burgueses, y al final la democracia solo podría merodear por los márgenes de la revolución como un perro sarnoso. En cambio, las respuestas de Lenin debieron de resultar atractivas durante un tiempo, pero las personas no son liberadas por las dictaduras, y la violencia no es la manera de darles la paz.

Aquel drama tuvo también papeles fascinantes para algunos extranjeros. Un episodio que empezó siendo una gran aventura para personajes como Hoare y Knox no tardaría en convertirse en una tragedia para todos los que se vieron envueltos en él. Del mismo modo, en tiempos más recientes ha habido muchas primaveras esperanzadas, y no solo en el mundo eslavo, y todas han visto a multitudes entonando himnos, portando flores, banderas y velas para los sagrados difuntos. Cuando las tiranías modernas son suprimidas (y todos los corazones decentes se alegran de ello), los servidores sagaces de las grandes potencias mundiales continúan proponiendo planes de intervención, medios para impulsar, manipular y patrocinar unas facciones que apenas comprenden. En 1917, sus predecesores de la Europa occidental tenían una serie de objetivos muy claros en los que Rusia se

veía afectada. Querían que la fuerza militar fuera la que ganara la guerra, y querían que su influencia global perdurara. Querían además ser los vencedores en la paz, acaparar los minerales de Rusia y vender sus jabones de afeitar de marca a los comerciantes de las ciudades más pujantes. Puede que el orden de sus prioridades haya cambiado desde entonces, pero no el carácter de los asesores gubernamentales ni sus objetivos básicos. En 1917, los planes de todos los actores extranjeros que intervinieron en la tragedia de Rusia fallaron. Mientras tanto, las potencias europeas lograron, unas por otras, destruir la primera y la única oportunidad de ver la creación en Rusia de un Estado libre y democrático que cualquiera hubiera podido esperar.

La lección más desagradable para esos actores europeos que intervinieron en el drama fue el precio final que hubo que pagar. Puede que el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán pusiera el grito en el cielo en un momento dado ante las descaradas exigencias de Parvus, pero después del golpe de estado de Lenin los gastos del gran hombre acabarían por parecer mera calderilla. En mayo de 1918, con Rusia convertida en un campo de batalla entre todas las tonalidades del rojo y el blanco, los agentes secretos de todas las potencias europeas beligerantes tuvieron que hacer frente a unas facturas elevadísimas. En un comunicado enviado desde Moscú, convertida en la capital del nuevo estado Soviético, el embajador alemán, el conde Von Mirbach, solicitaba la orientación de Berlín: «Intento contrarrestar los esfuerzos de la Entente y apoyar a los bolcheviques —explicaba—. No obstante, agradecería que se me enviaran instrucciones sobre si la situación general justificaría o no el empleo de grandes sumas de dinero en nuestro interés, en caso de que fueran necesarias». La respuesta era absolutamente inequívoca: «Por favor, utilice grandes cantidades de dinero —de-

cía la orden recibida—. Si se necesita más dinero, telegrafíe por favor especificando la cantidad». Mirbach creía que necesitaría unos ingresos mensuales de tres millones de marcos alemanes. Dos semanas más tarde, un informe secreto alemán incrementaba esos cálculos y los cifraba en unos cuarenta millones o más. Entre otras razones estaba la competencia de las presiones ejercidas por Gran Bretaña y Francia.[3]

Lo peor, sin embargo, no eran los gastos. Otro descubrimiento desagradable fue que Lenin y sus secuaces tenían unos planes que ni siquiera los oficiales alemanes podían controlar. Menos de dos meses después de la ascensión al poder de los bolcheviques, el centro de Radek en Estocolmo había iniciado las labores de agitación dentro de Alemania, invitando a las tropas germanas a deponer las armas, incitando a la revolución y (según un memorándum de enero de 1918) atacando a los leales servidores del káiser. «Somos presentados como traficantes de esclavos y opresores de los obreros —se lamentaba indignado un subsecretario de Estado en Berlín—. Se afirma que metemos a los líderes de los obreros en campos de concentración y que calmamos el hambre de las mujeres y los ancianos con plomo y pólvora.»[4] A medida que los sufrimientos de la población civil alemana iban intensificándose durante el último invierno de la guerra, era inevitable que semejante propaganda (expresada en la fluida prosa alemana de Radek) encontrara una audiencia bien dispuesta.

La verdad más cruel sería que ningún subterfugio en territorio ruso podría bastar nunca para salvar al estado Alemán. El Ministerio de Asuntos Exteriores había planeado aprovecharse de Lenin solo hasta que el ejército ruso sucumbiera; en cuanto hubiera cumplido con su cometido, lo echarían a los lobos. Semejante artimaña estaba plenamente

justificada con tal de ganar la guerra, y se suponía que nadie iba a llorar por los daños colaterales que comportara. «En manos de los bolcheviques —escribía Von Mirbach en abril de 1918— Moscú, la ciudad sagrada ... representa lo que tal vez sea la destrucción más flagrante del gusto y de la elegancia que ha provocado la revolución rusa.» «Eso no es asunto nuestro —comentó el káiser Guillermo II—. También la guerra carece de elegancia.» Dos semanas después, al leer el sombrío informe elaborado por Mirbach de una entrevista que había mantenido en el Kremlin, Guillermo concluyó que «ese hombre [Lenin] está acabado».[5] En realidad, al cabo de seis meses el que resultaría que estaba acabado era el propio Guillermo.

La derrota acarreó la catástrofe para el gobierno de Alemania y la miseria para la mayor parte del pueblo alemán, pero todo el mundo había sufrido a medida que la presión había ido aumentando. «Si logro volver a casa —decía Arthur Ransome en una carta a su madre en el verano de 1917 —, beberé muchísima cerveza, y rechazaré el trato con cualquiera que conozca la diferencia entre un liberal y un conservador ... No volveré NUNCA a leer un periódico.»[6] La salud de sir George Buchanan se vino abajo en varios momentos, pero eso mismo les pasó a casi todos los funcionarios extranjeros destacados en Petrogrado. Cuando Harold Williams rememorara el año de la revolución de Rusia, sus primeros pensamientos serían de alegría y felicidad: «Había muchísimas emociones —escribía—. Reinaba una alegría muy honda y jubilosa, y también una amarga desesperación, y cólera y desprecio y respeto, y al margen de todo eso, la pura y constante diversión que la situación comportaba». Pero incluso Williams acabaría decepcionado: «A ve-

ces tenía uno la sensación de que demasiadas ilusiones habían sido hechas añicos —concluía—, de que había visto uno cosas que no era bueno ver en esta vida».[7]

Buchanan no podía permanecer en Rusia una vez que los bolcheviques tomaron el poder. Abandonó el país en enero de 1918, a punto casi del más absoluto agotamiento. No se había cumplido ni uno solo de los objetivos de Londres. La Entente en su conjunto se desintegró. En 1921 se firmó un acuerdo comercial anglo-soviético, pero las relaciones entre los dos países fueron siempre hostiles y el sueño de un comercio pujante que algunos habían abrigado durante la guerra no se materializó nunca. A pesar de sus notables diferencias ideológicas, los alemanes fueron los principales socios de los soviéticos durante las décadas de entreguerras, entre otras cosas porque los vencedores de la primera guerra mundial se las arreglaron para excluir a ambos países de la corriente principal de la política europea. Moscú seguía manteniendo una alianza táctica con Berlín la noche de verano de 1941 en la que la Luftwaffe se internó sin encontrar oposición en el espacio aéreo soviético y destruyó mil doscientos aviones militares de Stalin en el curso de un ataque sorpresa que llevaba largo tiempo siendo planeado.

Sir Samuel Hoare abandonó Rusia sin ver la revolución. A este respecto, no tuvo la oportunidad de aprender de los errores que todos los demás habían empezado a cometer cuando el zarismo se desintegró. En el nuevo puesto al que fue destinado en Italia a finales de ese mismo año, sin embargo, siguió jugando al mismo juego de los espías. El agotamiento de la guerra estaba poniendo a prueba a todos los aliados de Gran Bretaña en el continente, incluida Italia, y la moral se vio igualmente menoscabada por las actividades de los pacifistas de izquierdas, que encontraron su inspiración en el Sóviet de Petrogrado. En un intento por neutrali-

zar a los italianos que protestaban a favor de la paz, Hoare autorizó el pago de cien libras mensuales a un prometedor periodista italiano. A sus treinta y cuatro años, Benito Mussolini había empezado ya a destacar como un tipo persuasivo y vigoroso. Hoare y él volverían a encontrarse unos años después. Como secretario del Foreign Office, Hoare fue el arquitecto del pacto Hoare-Laval de 1935, un acuerdo verdaderamente escandaloso, aunque nunca llegó a ponerse en vigor, cuya finalidad era dejar manos libres a Mussolini para que utilizara sus tanques y su gas venenoso en algunas zonas de Abisinia.[8]

La cuenta a pagar por el imperio alemán vencido llegó en 1919. Cuando entraron en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles, los diplomáticos germanos podían contar con pocos de sus antiguos amigos. El líder de la delegación alemana era el patrocinador de Parvus en la Copenhague de los años de la guerra, Ulrich von Brockdorff-Rantzau. Como Parvus, había conocido otros tiempos más felices y creativos. Lenin no reconoció ninguna de las deudas contraídas con sus patronos del pasado, y la mayoría comprendería lo que iba a pasar solo cuando fuera demasiado tarde.

Finalmente nacionalizado alemán, Parvus quedó horrorizado al oír las noticias procedentes de Versalles: «Si destruís a Alemania —advirtió a los vencedores desde su nueva base en las afueras de Berlín—, haréis de la nación alemana la organizadora de la próxima guerra mundial».[9] El gran hombre se había convencido de que el único futuro —para sí mismo, para Europa y para la humanidad— estaba en una Alemania fuerte y en una Europa occidental unida. No se hacía ningún tipo de ilusiones respecto a la Rusia de Lenin; a su juicio, el país había asumido las siniestras proporciones de un zarismo reencarnado. Tampoco ayudó el hecho de que Lenin no se atreviera a recompensarle, ni de que el estado So-

viético lo tachara de traidor, excluyéndolo de un drama que en otro tiempo había soñado con orquestar. Más cerca de él, la policía suiza tenía órdenes de detenerlo debido a los delitos económicos que había cometido durante la guerra.[10] Frustrado, pero todavía con ganas de pelea, utilizó una parte de su riqueza para construirse una mansión en Schwanenwerder, a las afueras de Berlín. El Wannsee tenía su lado romántico, pero tenía poco que ver con el Baur au Lac: «Esto es horrible —escribía a un joven amigo—. Necesito un cambio y vida, y lo único que veo aquí es decadencia, fango, trastornos … Quiero creatividad intelectual, la alegría de la esperanza, el triunfo de los logros espirituales, la alegría de nuevos descubrimientos. Me gustaría sentir de nuevo el latido de la civilización».[11]

Esa alegría se le había escapado para siempre. Parvus murió en 1924, a los cincuenta y cinco años. «La generación más joven conoce su nombre como el de un traidor de la clase obrera, el de un socialpatriota —escribió Radek—. Combinó en una sola persona el espíritu de un socialdemócrata alemán y el de un especulador.»[12] Procediendo como procedían de su antiguo amigo, aquellas palabras eran ya de por sí bastante crueles, pero otras peores estaban por venir. Stalin añadió rápidamente el nombre de Parvus a la lista de enemigos y antiguos aliados. El socialista millonario no volvería a ser mencionado en Moscú; no habría placas ni estatuas en su honor ni notas a pie de página que hablaran de él en los manuales soviéticos. Como si hubiera adivinado aquella oscuridad, Parvus había destruido la mayor parte de sus papeles durante el último mes de su vida. Su fortuna también desapareció —quemada, enterrada, dilapidada— y con ella se borraron las últimas huellas de su notable carrera.

Parvus había subestimado el carácter despiadado de Lenin y los alemanes no supieron darse cuenta a tiempo de que estaban apadrinando a un hombre cuyo sentido personal de tener una misión que cumplir parecía —a él desde luego se lo parecía— justificar cualquier tipo de violencia. La que más sufrió las consecuencias, sin embargo, fue la propia sociedad de Lenin. Los odios de los viejos tiempos no habían tenido ocasión de sanar, mientras que los nuevos, atizados por el lenguaje de clase, se llevaron por delante a las masas como una llamarada. «Un líder que no sea hasta cierto punto un tirano es imposible —escribió Maxim Gorki con el talante psicopático de su vejez—. Probablemente fueran asesinadas más personas en tiempos de Lenin que en tiempos de Thomas Müntzer, pero de no ser por eso, la resistencia a la revolución cuyo líder era Lenin habría sido más amplia y habría estado mejor organizada.»[13]

Aunque no había sido testigo de primera mano de ninguna batalla, Lenin accedió al poder en un mundo trastornado por la impresión de las matanzas mecanizadas. Con el pretexto de acabar con ellas, el líder bolchevique utilizó las nuevas tecnologías de la guerra, mientras que en el curso de los tres años de conflicto interno su pueblo no dudó en emplear bieldos, picos, cuchillos y dientes para arrancar la carne de sus semejantes. No había refugio para la compasión ni el remordimiento. En la lucha por la supervivencia, el baño de sangre fue justificado (por todos los bandos) con eslóganes, mentiras e ideología: «¡Revienta, / descuartiza / el viejo mundo! —se exhortaba en un poema de la época—. ¡Sé / despiadado, / estrangula / el cuerpo huesudo del destino!».[14]

Como camaradas fieles y expertos, los camaradas que acompañaron a Lenin en el tren sellado estaban condenados a ser arrastrados por las tormentas revolucionarias. Grigori Usievich fue el primero en morir: cayó en una de las prime-

ras batallas de la guerra civil. Como nuevo comisario de Banca, en cambio, un economista llamado Grigori Sokolnikov encontró otras formas de devolver el coste del asiento de tercera en el tren que lo llevó a Petrogrado. En 1918, cuando el gobierno de Lenin se hallaba desesperadamente necesitado de efectivo utilizable, fue él el que dirigió la expropiación largo tiempo prometida de los bienes de los bandidos capitalistas de Rusia, lo que supuso abrir decenas de millares de cajas de seguridad privadas y robar («revisar») su contenido. Al término del primer año, este atraco masivo produjo quinientos millones de rublos zaristas (equivalentes a unos doscientos cincuenta millones de dólares).[15] Al mismo tiempo, el leal Fürstenberg tuvo que ponerse a trabajar en el campo del comercio y el aprovisionamiento, área en la que por lo demás estaba especializado. Pasó varios meses comprando botas al por mayor antes de ser ascendido a la dirección de la Banca Nacional Soviética, papel en el que pudo aprovechar los contactos financieros que tenía en Estocolmo.

No fue fácil para todo el mundo. Tras años de infatigable labor en la clandestinidad, Shlyapnikov cometió el error (en términos políticos) de mantener una asociación directa con los obreros de las fábricas de Petrogrado. Pensaba que no podía hacer otra cosa, pues eran sus camaradas, sus compañeros de armas y, como tornero cualificado que era, se identificaba con sus intereses. Igual que ellos, pues, solo pudo contemplar con horror cómo el gobierno de Lenin se volvía tan dictatorial y despiadado como cualquier barón industrial del pasado. A partir de 1920 el grupo de Shlyapnikov empezó a chocar con Lenin en cuestiones relacionadas con el control de los obreros y los derechos de los sindicatos, pero fue la introducción de la economía mixta, la llamada «Nueva Política Económica», con sus concesiones a las

prácticas capitalistas, lo que impulsó a su Oposición Obrera a encabezar una rebelión en toda regla. En 1921, Lenin se refirió a esta nueva facción como al «mayor peligro para la continuación de nuestra existencia».[16] De nada sirvió la escasa lealtad prerrevolucionaria de Shlyapnikov cuando las pistolas cargadas se pusieron a dispersar a sus seguidores y sus ideas. A partir de ese momento, la actividad de las facciones de cualquier tipo fue prohibida para siempre. En el lapso de apenas cuatro años, el partido bolchevique había dado la espalda a la verdadera fuente de dinamismo que había impulsado a Lenin hacia el poder.

La dictadura soviética, un gobierno que prometía la libertad para todos los trabajadores, había creado una tiranía. Pero aquel sueño seguía teniendo mucha fuerza, y cuando murió Lenin en 1924, el país lo sintió realmente. Stalin era otra cosa. «Tu socialismo —informaba Raskólnikov, el antiguo activista de Petrogrado, en una carta abierta al caudillo del pueblo en 1939— puede tener cabida para los que lo construyeron solo tras los barrotes de una cárcel … Tu dictadura personal no tiene absolutamente nada en común con la dictadura del proletariado.»[17] Poco después de escribir estas palabras, y aunque logró escapar a Francia, Raskólnikov había muerto, muy posiblemente envenenado. Sin embargo, nadie encontró nunca al culpable, y muy pocos se atreverían nunca a buscarlo. El problema era que los comunistas en general eran muy precavidos a la hora de asignar culpas. Su ideología les había enseñado que ningún individuo podía poner nunca en entredicho la causa colectiva. Las futuras víctimas de Stalin se aferraron a la retórica marxista de Lenin en su intento de justificarse a sí mismas, renunciando a la idea de maldad individual mediante la referencia a los conceptos de fuerzas sociales y de lucha de clases.

Nadie puso nunca en entredicho lo deseable de la revolución como objetivo. Antes bien, todos se dedicaron a pensar en los muchos motivos por los que, en una u otra ocasión, Rusia había podido no dar la talla. Cuando acabaron de echar la culpa a los campesinos (algo que recordaba al viejo deporte nacional de Rusia), recurrieron a un autoanálisis muy dañino. Al fin y al cabo, la historia no podía estar equivocada, de modo que las personas a las que ella misma había llamado para que se pusieran a su servicio debían de haber fallado de algún modo. Durante décadas, los comunistas, fueran del tipo que fueran, se dedicarían a arremeter contra los bordes desgastados de su ideología, definiendo y denunciando cada uno de los errores de los otros. En sus debates se oían en cierto modo ecos del Sóviet de 1917, pues eran abstractos y bien intencionados, rezumaban cultura y estaban condenados al fracaso. «Habiéndonos criado en las condiciones de la lucha revolucionaria contra el Antiguo Régimen —escribiría un contemporáneo—, todos nos habíamos educado en la psicología del opositor, del inconformista irreconciliable … En definitiva, todos éramos críticos, destructivos, no constructivos.»[18]

A finales de 1927, justo diez años después del triunfo del golpe de Lenin, Stalin era más o menos omnipotente en el Kremlin. Cuando el comunista francés Victor Serge visitó a Radek en su apartamento del Kremlin en diciembre de ese mismo año, encontró al político caído en desgracia haciendo el equipaje a punto de marcharse. En vez de riquezas, todos los frutos que podía mostrar de su carrera eran unas grandes pilas de libros. «¡Hemos sido unos idiotas redomados! —borbotó Radek—. ¡No tenemos ni un céntimo, cuando habríamos podido quedarnos con unos cuantos despojos de la guerra para nosotros! Un día de estos van a quitarnos de

en medio por falta de dinero. Con nuestra cacareada honradez revolucionaria, no hemos sido más que un hatajo de intelectuales con demasiados escrúpulos.»[19]

El «hatajo de intelectuales con demasiados escrúpulos» había perdido. Trotski había sido desterrado a Asia Central. Zinóviev y Kámenev habían sido expulsados del partido y eran acosados por la policía de Stalin. Radek fue despachado a Tobolsk, una ciudad de Siberia. Incluso Krúpskaya, que había formado parte de su misma línea de oposición a Stalin, fue objeto de una obscena campaña de rumores. «Dentro del aparato burocrático —escribiría Trotski—, se dedicaron sistemáticamente a comprometerla, a denigrarla y degradarla.» Se hizo correr el rumor de que el verdadero amor del líder había sido Inessa Armand, que Krúpskaya había sido siempre un peso muerto, una mujer anticuada y absurda. En un momento dado, Stalin murmuró que «podía hacer de otra la viuda de Lenin».[20] El chantaje y la brutal intimidación entre bastidores aseguraron el silencio de la achacosa mujer a partir de 1926. Durante los años por venir (Krúpskaya murió en 1939), aquella conspiradora infatigable en la clandestinidad y socialista de toda la vida permaneció amordazada, pues compartir con alguien su rica experiencia con Lenin resultaba ahora demasiado peligroso. No consiguió que se publicaran sus memorias hasta que no fue expurgado de ellas el nombre de Trotski.

Zinóviev fue fusilado junto con Kámenev en 1936. Su hijo Stefan —que, siendo todavía un niño en Suiza había hecho las delicias de Lenin, hasta tal punto que el líder intentó una vez adoptarlo— fue fusilado en 1937. La segunda esposa de Zinóviev y compañera de viaje en 1917, que había sido desterrada a una de las colonias de trabajo situadas más al norte, fue fusilada en 1938. Su primera esposa, Olga Ravich, la mujer que había irritado a Lenin con su risa chillona, fue

detenida por su participación en la supuesta oposición y pasó veinte años en los campos de trabajo del Ártico. Ni la edad ni el sexo significaban defensa alguna, como tampoco los achaques de la edad. El tormento de Shlyapnikov fue particularmente cruel. En 1935 el antiguo sindicalista escribió personalmente a Stalin, alegando que se había quedado casi completamente sordo y que deseaba retirarse a su mundo de absoluto silencio. Al año siguiente, por toda respuesta, Stalin mandó que lo juzgaran y que lo desterraran a la península de Kola, uno de los lugares más fríos del planeta. Fue mandado traer de vuelta varios meses más tarde, humillado y asustado, antes de ser puesto en libertad, detenido y juzgado de nuevo. En ninguna de las experiencias que había tenido con la policía zarista había visto ni de lejos un grado semejante de sadismo y de gratuidad. En septiembre de 1937, y siempre protestando su inocencia, fue fusilado por su supuesta participación en la llamada «conspiración de Zinóviev».[21]

Si Shlyapnikov, sordo y achacoso, había sido marcado para el cadalso, Sukhanov, que había sido menchevique y autor de la mejor crónica de la breve primavera revolucionaria de Petrogrado escrita por un testigo ocular, estaba condenado a acabar en el punto de mira del Kremlin. Mordaz como siempre había sido, se había quedado en Rusia para participar del futuro que había vislumbrado con tanto arrobamiento desde la escalinata del palacio Táuride. La ambición acabó convirtiéndose en una trampa. «¿Cómo describir la situación de las personas que sintieron con todo su ser la aproximación de un desastre terrible —se preguntaba el escritor Boris Yefimov— y no supieron cómo huir de él, cómo salvarse, y se quedaron encadenadas y desamparadas en medio de una pesadilla?»[22] Sukhanov fue detenido en una primera redada en 1931. Cuando llegó al campo de trabajo

de Verkhne-Uralsk, intentó escapar a su destino recordando a sus captores que había colaborado voluntariamente durante las semanas previas a su juicio. Había traicionado a un montón de amigos, de modo que se había hecho acreedor a una recompensa. La policía secreta lo sacó de la pobladísima galería en la que dormían los condenados y nadie más volvió a tener noticias suyas en el mundo exterior.[23]

La táctica empleada por Karl Radek fue más o menos la misma. Su destierro en Tobolsk resultó insoportable, de modo que en la primavera de 1929 escribió a Stalin aceptando la nueva línea del partido, denunciando a Trotski y acusándolo de terrorista, y pidiendo que se le permitiera regresar y seguir prestando servicio en Moscú. El tirano se sintió lo suficientemente complacido como para acceder a sus deseos, y durante varios años Radek actuó como portavoz servil de Stalin. Pero ya le habían avisado de que tenía un ingenio demasiado desenfrenado. Los moscovitas bromeaban diciendo que Radek era la fuente de todos los chistes contra Stalin que se hacían en Rusia. «En la mayoría de los hombres la cabeza controla su lengua —comentó en cierta ocasión Stalin—. En Radek la lengua controla su cabeza.»[24] Radek fue detenido en octubre de 1936 acusado de traición, y en el mes de enero siguiente fue juzgado. Entre los acusados en el juicio se encontraba también Grigori Sokolnikov, el banquero y economista, otro veterano del tren de Stalin. Lo insólito fue que ninguno de los dos fue condenado a muerte: Radek compró su miserable indulto implicando a algunos antiguos camaradas suyos en una nueva (e imaginaria) red de terroristas. La traición lo libró de las balas, pero no por mucho tiempo. Aunque su asesinato fue hecho pasar por el resultado de una pelea accidental, tanto Radek como

Sokolnikov murieron a consecuencia de las palizas recibidas en sus respectivos campos de trabajo a distancia de unos pocos días uno de otro.[25]

Como polaco y hombre de negocios, eficaz y vestido siempre con un flamante traje de chaqueta, Fürstenberg no tenía ni la menor idea de que sus cartas también habían sido marcadas. Bien era verdad que no había mantenido su primitivo empleo en el mundo de las finanzas. Con la absurdidad característica de aquellos tiempos, había sido trasladado a la Dirección Estatal de Música y Espectáculos y luego, en el curso de otra remodelación, había asumido la administración de los circos y los conciertos públicos de Moscú. Su danza macabra terminaría en julio de 1937. Cuando la policía entró en su piso, intentó garabatear una nota para Stalin, agarrando el lápiz con tanta fuerza que lo rompió. «Ha sucedido un accidente trágico, de pesadilla —escribió—. ¡Esta noche me han detenido! ¡Ya me han empezado a llamar enemigo! ¿Qué está pasando? ¿Cómo ha podido cometerse un error tan espantoso?»[26]

Naturalmente nunca se cometían errores. La policía se incautó de un montón de libros «comprometedores» en el piso de Fürstenberg, incluidas las obras de muchos de los camaradas a los que había ayudado cuando era un hombre de negocios: Radek y Trotski, Zinóviev, Kámenev y Shlyapnikov. Los agentes encargados de su detención quizá se guardaran un recuerdo o dos antes de escribir su informe, pero en él se insistía en que el antiguo banquero de Rusia no poseía ningún objeto de valor que mereciera la pena citar aparte de dos dólares americanos y una colección de revólveres antiguos. Los siguientes pasos fueron los habituales: un interrogatorio breve, pero cortés, una paliza, súplicas llorosas y humillación en una habitación salpicada de sangre. Sus torturadores se sintieron más molestos que de cos-

tumbres (el partido no deseaba llamar la atención sobre aquellos viejos traspasos de dinero alemán), pero Fürstenberg acabó siendo fusilado, lo mismo que su esposa y su hijo, al término de un juicio de quince minutos de duración.[27] Su hija pasó varios años en campos de trabajo, convencida de que su madre y su hermano seguían vivos. En cuanto a Fritz Platten, el socialista suizo e intermediario oficial a bordo del tren, había cruzado la frontera y había entrado en Rusia muchas veces tras su fallido intento de 1917. Tras pasar casi dos décadas al servicio del estado Soviético, fue detenido en 1939 y condenado al destierro en la región de Arcángel, donde murió en 1942.[28]

Los verdaderos adversarios de Lenin a menudo salieron mejor parados. En el breve intervalo durante el cual todavía fue posible la huida (la ruta a través de Finlandia volvió a estar muy transitada), varios ex miembros del Gobierno Provisional y del Comité Ejecutivo del Sóviet huyeron a Francia (en Alemania, al fin y al cabo, no cabía ni pensar). Durante los años veinte, hubo en París una colonia rusa muy viva y peleona. Chkheidze y Tsereteli vivieron en la capital francesa, y compartieron el exilio con una gran variedad de antiguos adversarios, incluidos el príncipe Gueorgui Lvov, Mijaíl Teréshchenko y Pável Miliukov. Aunque siempre dispuestos a discutir mientras fumaban sus largos y fragantes puros, aquellos caballeros solían utilizar el tiempo libre del que ahora gozaban para justificarse a través de la imprenta. Muchos colaborarían en los periódicos publicados en ruso, las nuevas rotativas surgidas en la tradición de los emigrados que había florecido en Francia antes de la guerra. Los más resueltos, sin embargo, escribirían libros de memorias. Miliukov siguió obsesionado con los asuntos de política exterior y de reforma liberal que habían inspirado su brevísima carrera política, mientras que Tsereteli (que escribi-

ría sus memorias más tarde, ya en Nueva York) se esforzó en reconstruir los angustiosos compromisos de aquella primavera fatal.

Ninguno gozó de la celebridad de Kerensky. El drama lo persiguió hasta el final. La mayor parte de los miembros de su último Gabinete fueron detenidos en octubre de 1917 (todos se habían dirigido al Comedor Blanco del Palacio de Invierno), pero él logró escapar en un coche de la embajada americana.[29] Tenía un plan para organizar una sublevación contra los leninistas, que, sin embargo, no logró materializarse. Meses más tarde, Robert Bruce Lockhart (por entonces jefe de la legación británica) lo ayudó a emigrar con un visado falso. Kerensky, en otro tiempo adorado y ensalzado, a menudo agasajado con incontables ramos de flores, tendría que vivir al principio muy modestamente, uniéndose a la comunidad rusa de Francia y denostando en todo momento a los bolcheviques. Volvió a escapar por segunda vez cuando las tropas de Hitler estaban ya en las cercanías de París en 1940. Su futuro se encontraba en Estados Unidos.

Lenin siguió siendo su espíritu vengador. Mientras otros pasaban de soslayo sobre el drama del tren sellado, Kerensky se explayaría sobre él, lamentando siempre el hecho de no haber tenido tiempo suficiente (según afirma) para demostrar la relación de Lenin con el gobierno alemán. Culpar a Lenin, pues, se convirtió en la forma de librarse de toda responsabilidad; le permitió además afirmar que quizá Rusia no estuviera condenada al fracaso, ni en el campo de batalla ni el frente interno, a pesar del inagotable montón de pruebas que sugerían lo contrario. No obstante, pese a deplorar todas aquellas tragedias, Kerensky no tardó en reconciliarse con el Nuevo Mundo y su vejez fue una agradable mezcla de erudición y pequeña celebridad. Publicó varias versiones de sus memorias y contribuyó a editar una selección clásica de

documentos primarios de 1917 en varios volúmenes.[30] «Aunque Kerensky pudiera resultar a veces un poco estirado —recordaba un compañero suyo de la Universidad de Stanford—, desarrolló un numeroso círculo de amigos académicos, le encantaba asistir a una buena fiesta y era muy sociable, especialmente con las señoras.»[31]

En 1937, según cierto observador ruso, el pueblo soviético estaba «completamente harto de política» y lo único que quería era «que lo dejen en paz y ser capaz de vivir en paz».[32] Era un grito que todo el mundo había oído ya con anterioridad, y el régimen soviético maduro necesitaba desde luego algo más que violencia para seguir teniendo a la gente esclavizada. Como había dicho Trotski, en un contexto distinto, «es una quimera pretender que se pueda lanzar a muchedumbres de hombres a la muerte si la pena capital no figura entre las armas de que disponen los mandos militares … Y, sin embargo, no es el miedo lo que hace los ejércitos».[33] La propaganda de los años treinta estableció la norma en su género. Mezclando la diversión de los actos multitudinarios con mensajes conmovedores de esperanza, en lugar de comodidad privada y de comunidad tradicional ofrecía a los ciudadanos un sueño esplendoroso. Ese sueño era falso: los líderes del partido eran una camarilla malévola y carente por completo de encanto, pero Lenin estaba siempre con ellos (ese, en cualquier caso, era el eslogan), y no era el tipo de hombre capaz de defraudarlos.

El culto de Lenin era una mentira flagrante. Simplificando todo lo que tenía de falso, reducía a su héroe a un santo de cartón piedra muy poco convincente, a una especie de Tío Vladímir de tebeo. Lenin era más y menos que eso a un tiempo; no había estatua, canción ni fiesta capaz de captar la ambición de su sueño, y por otra parte nadie podía borrar las manchas de sangre que la ejecución de ese sueño había

provocado. Aquel querido tío había enviado a la muerte a decenas de miles de personas; el sistema que había creado era agobiante, cruel y estéril, un verdadero taller de décadas de tiranía. Y, sin embargo, su culto era todo lo que se interponía entre la gente y el miedo de esta al caos y a otra guerra civil. La idea de convertir su cadáver en una exhibición permanente fue desarrollándose lentamente a lo largo de varios años, pero en la década de 1930 su mausoleo y la momia encerrada en su interior se habían instalado en la Plaza Roja para quedarse.

Ese mausoleo era un insulto para los innumerables cadáveres que Lenin había eliminado, y no había excusa para conservar sus despojos dentro de él como no fuera para poner de manifiesto sin lugar a dudas que el monstruo efectivamente había muerto. Aunque Stalin era perfectamente capaz de formular esas ideas en privado, de cara al exterior explotó aquella momia como si fuera una reliquia sagrada. Las elevadas esperanzas de 1917 habían empezado a languidecer cuando Stalin llegó al poder; el culto a la muerte de Lenin volvió a potenciarlas invocando el fantasma de unas ideas que habían incendiado el mundo durante los años de la guerra. Un Lenin inmortal ponía en evidencia cualquier duda; su sepulcro recordaba a todo el mundo que los rusos eran los pioneros del progreso de la humanidad hacia el socialismo. En vida, el más grande de los bolcheviques habidos sobre la faz de la tierra había conducido a su pueblo en su sagrada lucha, tan significativa para la historia mundial; con fe y con la ayuda del héroe, proclamaba la propaganda en su manifestación más audaz, los rusos seguirían luchando y morirían, si fuera necesario, en aras de un destino humano colectivo. Mientras tanto, para evitar cualquier distracción y cualquier debilidad, el pueblo soviético necesitaba liderazgo, y mira por dónde ese era el fuerte de Stalin.

Ese culto sobrevivió sesenta años porque mantuvo intacto un estado en bancarrota. Lenin seguía muerto; pero siempre estaba ahí, al alcance de la mano, resultaba útil y era fiable. Porque mientras perdurara el imperio soviético, las estatuas de Lenin podrían ser objeto de burla, pero no serían nunca derribadas. Los chistes en contra de Lenin resultaban graciosos precisamente porque Lenin estaba ahí, tan anticuado, tranquilizador e inamovible como una vieja cocina económica de chapa negra. «¡El año del jubileo! —rezaba *Pravda* el 16 de abril de 1967, quincuagésimo aniversario del regreso de Lenin y de su llegada a la estación de Finlandia—. ¡Empecémoslo bien!» Las palabras carecían de significado, y en unas pocas horas el periódico acabaría hecho pedazos, colgado del clavo del papel en cualquier retrete rústico, pero Lenin mantenía el universo en pie, y la alternativa (como los líderes se atrevían de vez en cuando a insinuar) era casi una catástrofe garantizada. Como por arte de magia, se conseguía que una de las revoluciones más épicas de la historia se desdoblara como sermón sobre el valor de un estado fuerte y siempre vigilante.

El momento más peligroso fue el final de los años ochenta, cuando Mijaíl Gorbachov proclamó su política de *glasnost*. Durante los años siguientes, los historiadores fueron arrancando una tras otra todas las mentiras de la mitología soviética, empezando por el Gulag, y poco después volcándose en octubre de 1917. Entretanto, casi todos los héroes soviéticos fueron desenmascarados como meros canallas o como ladrones, pero aunque recibió unos cuantos golpes a regañadientes, Lenin salió mejor librado que todo el resto. Su relación con Inessa distrajo a muchos lectores y les impidió fijarse en los episodios auténticos que hablaban de su crueldad. Durante algunos años a comienzos de la década de 1990, el gobierno retiró las subvenciones al equipo en-

cargado del mantenimiento de la momia del líder, pero la cercanía del nuevo milenio trajo tiempos mejores e incluso sobres de dinero más gruesos. «Ni siquiera los escritorzuelos mercenarios lograron vilipendiar su nombre», escribía un comunista de última hora en *Pravda* en abril de 1997.[34] Se trataba de otra afirmación falsa, pues los investigadores habían encontrado abundantes pruebas de Lenin como asesino de masas, pero bien es verdad que su culto —como sus restos momificados— había logrado sobrevivir sano y salvo a la época postsoviética.

Vladímir Putin fue nombrado presidente en el año 2000, y por algún tiempo las autoridades de Rusia decidieron fijar su atención sobre una victoria incontestable —el triunfo en la que ellos llaman la Gran Guerra Patriótica—, en vez de reflexionar demasiado sobre cuestiones controvertidas relacionadas con la revolución. La celebración pública del golpe de estado de Lenin (revivida anualmente el 7 de noviembre) fue sustituida en 2005 por una cosa llamada el «Día de la Unidad Nacional» (celebrado el 4 de noviembre), en alusión a los acontecimientos que tuvieron lugar en un siglo ya olvidado (el XVII) y cuyos héroes no se parecen en absoluto a nadie que ande por la calle hoy día. Pero a medida que se acercaba el centenario del año de la revolución de Rusia, era evidente que el papel de Lenin tendría que ser conmemorado. El Estado necesitaba tomar la iniciativa, hacerse con el control para que otros no lo hicieran. Los obispos fueron convocados al Kremlin. Los historiadores, con las mandíbulas desentrenadas después de años y años de eufemismos, se reunieron en los sillones que tenían reservados. Fueron colocados micrófonos, y el cálido vino espumoso aguardaba a que los discursos agotaran y aun sobrepasaran, como suele ocurrir, el tiempo asignado a cada uno.[35] El presupuesto para los actos del centenario de Rusia en 2017 era extraordina-

rio. En general, el mensaje (aunque las transcripciones utilizan otras palabras además de esta) era que hubo muchas personas que sufrieron y que los rusos de la actualidad no lo olvidarán.

La técnica consistía en que las cosas siguieran siendo anodinas. Largos discursos en diversas salas con la calefacción echando bombas eran un método excelente para ello, mientras que los dibujos de tebeo podían contar al público unas historietas que ya aburrían a todo el mundo de una forma agradablemente nostálgica.[36] Costara lo que costase, la imagen de Petrogrado tal como había sido en una primavera ya lejana, con multitudes airadas y tropas abandonando su puesto, tenía que permanecer firmemente anclada en el pasado, pues las recientes repeticiones de esos hechos, las primaveras del pueblo más cercanas, habían resultado desastrosas para los intereses de Rusia en el Báltico, Georgia y Ucrania. «Conmemoraremos el cuarto centenario de los Romanov —observaba en 2015 Kirill Martynov, de la *Novaya Gazeta*— e inmediatamente después el centenario de la Revolución de Octubre. Celebraremos el día de la Checa [la policía secreta de Lenin] y luego, sin demora, el día en recuerdo de las víctimas de la represión política … Putin, Stalin, Lenin y Nicolás II, dándose la mano unos a otros, llevan a Rusia de victoria en victoria.»[37] Como brotes precoces cubriendo una superficie de hormigón, la fiesta desalentaría cualquier curiosidad incómoda antes de que llegara a ser manifestada. Como decía el ministro de Cultura Vladímir Medinsky, una serie de conmemoraciones del centenario en 2017 animaría a la gente a «comprender la importancia que tiene para Rusia un poder estatal fuerte, apoyado por todos los estratos de la población».[38]

Si la momia de Lenin sobrevive a todo esto, no será por casualidad. Mantenerla como nueva requiere muchísima pericia. Cada año, poco después de las vacaciones de Navidad, los moscovitas atentos esperan la llegada de una ambulancia que atraviesa a trompicones la Plaza Roja. En su interior va Lenin, al que se llevan para asegurar su conservación. En 2015, cuando estaba a punto de producirse el 145.º aniversario del nacimiento del líder, alguien con la influencia necesaria decidió que también merecía un traje nuevo. El personal experto de unos laboratorios especiales retiró los pantalones y la chaqueta que vestía, la camisa vieja, la corbata y los calcetines de lana. Debajo de la ropa, el cadáver llevaba, como siempre, un *body* de doble capa de látex claro cuya finalidad es recubrir una película de fluidos que permiten mantener el embalsamamiento, dispuesta sobre lo que queda de la piel. La retirada del *body* requiere un toque muy delicado, pero hay manos expertas a las que recurrir, pues la capa embalsamadora —una especie de horrible *body*— ha tenido que ser cambiada regularmente a lo largo de los últimos noventa años. Mientras está fuera del mausoleo, el cuerpo desnudo, con parches de cera aquí y allá, debe ser revitalizado mediante una serie de baños químicos, todos ellos mezclados con un cóctel de conservantes todavía más siniestro. Luego se le coloca una película de látex completamente nueva que sella el fluido que se le ha aplicado debajo. Una vez hecho todo esto, se permite entrar a los sastres para que tomen medidas.[39]

Pese a estar muerto, este Lenin resulta una presencia incómoda en la Rusia de Vladímir Putin, que es a su vez un artefacto cuya cubierta aceitosa oculta abismos insondables de podredumbre. El régimen actual sigue el ejemplo de los antiguos zares de Rusia. El presidente ha tomado prestadas muchas cosas del estilo pseudobizantino de los Romanov

(los dorados, los uniformes, todos esos desfiles imperiales), y, como ellos, hace amplio uso de la Iglesia ultranacionalista de Rusia. En enero de 2016, tal vez para probar el deseo que tiene el público de deshacerse del carísimo cadáver expuesto en la Plaza Roja, Putin se atrevió a acusar a Lenin de socavar la unidad de Rusia —y, lo que es más importante, el férreo control de Rusia sobre Ucrania— fomentando la aparición de movimientos en pro de la autonomía nacional en el viejo imperio zarista. Ideas como esa, hizo saber Putin en un congreso científico, «pusieron una bomba atómica debajo de la casa que llamamos Rusia, hasta que esta finalmente se vino abajo».[40] El alboroto provocado dio lugar a una retractación, y el secretario de Prensa de Putin tuvo que apresurarse a declarar que las palabras del presidente eran solo una «opinión personal».[41] Tal vez resulte nocivo y tal vez cueste millones de rublos mantenerlo en forma, pero Lenin posee un carisma que sigue manteniendo hechizados a muchos rusos.

«Estamos muy agradecidos a Lenin —me explicaba la directora del museo del *Pravda*—. Es por Lenin por quien tenemos todo esto, por quien hemos sobrevivido.» Nos encontrábamos en un hermoso edificio a orillas del Moika, y la buena señora había estado mostrándome el piso en el que había sido escrito y producido el *Pravda* desde febrero a julio de 1917. Durante muchos años, gracias al dinero del Estado, ha podido conservarse buena parte del viejo caos de la redacción, incluido el pequeño despacho de Lenin (un escritorio grande con tapete de cuero y lámparas con pantallas verdes, papeles, un teléfono de baquelita) y la sala del personal en la habitación contigua (sillas alabeadas, mesa redonda, periódicos viejos diseminados aquí y allá, más libros). Luego está la imprenta, espaciosa e inundada de luz. Son pocas las rotativas originales —las que producían el

Pravda se han perdido—, y la estancia, cuyo pavimento de baldosa la mantiene siempre fría, fue utilizada durante muchos años para almacenar canales de reses muertas, pero los conservadores del museo la han restaurado como sala de exposiciones de la historia de la imprenta, y resulta bastante hermosa.

El problema, cosa que sucede con todos los lugares relacionados con Lenin, es que el número de visitantes ha disminuido enormemente desde 1991. El hundimiento del estado Soviético fue una mala noticia para la industria de la revolución en general, y además últimamente hay pocos rusos que tengan mucho tiempo que perder lejos de los comercios y las pantallas de los ordenadores. El museo del *Pravda* ya no figura en el programa de excursiones de las escuelas de Rusia, y la publicidad política negativa en la prensa extranjera ha hecho que en los últimos años desciendan también las visitas turísticas de gentes de otros países. Para salvar sus empleos, por no hablar de su legado, el personal del museo se ha visto obligado a adaptarse a las circunstancias. Mi guía reanudó su relato mientras íbamos recorriendo las salas: «Estas habitaciones —me dijo— se llaman ahora Museo de la Tolerancia». Como efectué mi visita durante una guerra de sanciones, encontré la idea bastante sorprendente, y probablemente también a Lenin lo indignara, pues la «tolerancia» no fue nunca su punto fuerte. En el nuevo plan de estudios de las escuelas, sin embargo, el módulo pertinente es obligatorio. «La exposición nos muestra todo lo que Rusia debe a Europa —me explicó (mientras hablábamos, toneladas de queso europeo eran arrojadas a un vertedero en algún lugar próximo a la frontera entre Rusia y Bielorrusia)—. El piano es inglés, por ejemplo, y la máquina de escribir fue fabricada en Alemania antes de 1914.»

No puede culparse de nada al personal del museo. Son personas con inventiva y energía, están muy comprometidas, y hacen lo que pueden por mantener vivo el interés. Pero mientras el electorado ruso siga evadiendo la responsabilidad sobre lo que su gobierno decide hacer, invirtiendo en un conjunto de fantasías tan descabelladas como tantas otras de la época de Lenin, no se permitirá que la luz ilumine las difíciles cuestiones del pasado. Hay demasiadas realidades inquietantes, especialmente cuando la estrategia de los medios de comunicación de Putin se basa tanto en la capacidad que tiene el presidente de acallarlas. Mantener a Lenin muerto, esa es la idea. Si la gente no puede vivir sin sus reliquias, entonces almacénense todas como los desperdicios nucleares: conténgase la lluvia radioactiva, y asegurémonos de que todo el mundo permanece tranquilo. Una piel de látex sobre toda la superficie mantendrá la savia vital y la descomposición fuera de la vista. La historia del tren de Lenin debe ser preservada, pero tampoco debe permitirse que se mueva. Todo es sagrado, pero nada debe tener ninguna significación.

Recuerdo mi primera visita al museo del apartamento, el piso en el que Lenin vivía con sus hermanas. La pieza más importante de las allí expuestas era una de las sillas de ruedas de Lenin (irónicamente de fabricación inglesa), que alguien había rescatado cuando un museo situado en las inmediaciones de Moscú cerró sus puertas durante los tiempos duros de la década de 1990. Aquel objeto resultaba del todo improcedente en San Petersburgo, especialmente en un piso que el líder no había vuelto a pisar durante los años de su invalidez. La directora del local, sin embargo, estaba encantada de tenerla y más orgullosa incluso de que se moviera y de dejarme que la tocara. Pero entonces se puso a hablarme del reloj: «No podemos repararlo —me dijo cuan-

do me vio levantar la ceja ante el péndulo inerte—. Ya estaba aquí cuando vivía Lenin en el piso, por eso es demasiado valioso para mandarlo a un taller de reparación fuera de aquí. Pero no podemos permitirnos el lujo de hacer venir a un experto. Todo lo que podemos hacer es conservarlo aquí. Debemos cuidarlo». El reloj estaba parado en todos los sentidos, y el efecto resultaba sofocante.

En otro tiempo hubo otro Lenin que no era anodino ni estaba muerto. Ese hombre pertenece a la primavera de la esperanza, y fue la revolución lo que definió su vida. El único monumento vivo a Lenin es también uno de los primeros, obra de alguien que conoció al personaje real. La estatua se encuentra en el exterior de la estación de Finlandia de San Petersburgo y fue erigida en 1926, dos años después de la muerte del líder. Pese a su tamaño descomunal y a su peso monstruoso, este Lenin tiene toda la energía del original. Se yergue sobre la torreta de un carro armado, va calzado con unos zapatos suecos comprados, y mientras la mano izquierda agarra la solapa de su chaqueta de bronce, la derecha se levanta tendida hacia delante: un Lenin enfático, fuerte, siempre al mando.

Por lo que a los británicos se refiere, sir Samuel Hoare es un buen punto de partida, especialmente si se piensa en el trasfondo de los servicios secretos y el progresivo incremento de la situación revolucionaria en Petrogrado. Su libro *The Fourth Seal* (Londres, 1930) sigue siendo un clásico, que debe complementarse con J. A. Cross, *Sir Samuel Hoare: A Political Biography* (Londres, 1977). Para los servicios de inteligencia británicos, la mejor obra es la historia oficial de Keith Jeffery, *MI6: The History of the Secret Intelligence Service, 1909-1949* (Londres, 2010), que tiene una fuerza especial por lo que se refiere a estos primeros años. Entre otros libros útiles cabría citar Michael Smith, *Six: The Real James Bonds, 1909-1939* (Londres, 2011) y Keith Nielson, *Strategy and Supply: The Anglo-Russian Alliance, 1914-17* (Londres, 1984).

Las memorias de sir George Buchanan (*My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, 2 vols., Londres, 1923) son exactamente lo mismo que el hombre que las escribió: sobrias, secas e impecables. El segundo volumen cubre los acontecimientos de 1917. El equivalente de Maurice Paléologue, *An Ambassador's Memoirs* (3 vols., Londres, 1923-1925), permite entender lo que era la política francesa, pero al mismo tiempo no deja al lector ningún género de duda sobre la opinión que tenía el embajador de todo aquel que estaba a la izquierda del más amable de los conservadores. Más entretenidos todavía son Robert Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent* (Londres, 1974) y Arthur Ransome, *Autobiography of Arthur Ransome* (Londres, 1976), que pueden complementarse con Hugh Brogan, *Signalling from Mars: The Letters of Arthur Ransome* (Londres, 1998). Sir Alfred Knox escribió también unas memorias de sus aventuras en Rusia, *With the Russian Army, 1914-1917* (2 vols., Lon-

dres, 1921), que rastrea la decadencia que el autor tanto deploraba. Para Escandinavia, véase el segundo volumen de la obra de lord Esmé Howard, *Theatre of Life* (2 vols., Londres, 1935-1936). Para la labor diplomática británica en Rusia en general, una buena introducción es Michael Hughes, *Inside the Enigma: British Diplomats in Russia, 1900-1939* (Londres, 1997).

Para la política de reformas de Rusia, el lector podría empezar por William J. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921* (Princeton, 1974). Paul Miliukov escribió su propio libro de memorias, *Political Memoirs* (editadas por Arthur P. Mendel, Ann Arbor, 1967). La bibliografía sobre la política rusa durante este período, incluso en inglés, es muy voluminosa, y los lectores que deseen seguirle la pista tal vez podrían consultar J. D. Smele, *The Russian Revolution and Civil War: An Annotated Bibliography* (Londres, 2003), que es una excelente guía de las obras escritas en inglés sobre este tema y sobre otros muchos asuntos abordados en mi relato.

Por lo que se refiere a la clandestinidad rusa antes de la guerra y durante la propia contienda, hay también muchísimo donde elegir. Parvus recibe un tratamiento verdaderamente digno de un rey en Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution: The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924* (Londres, 1965). Para Fürstenberg, hay pocas fuentes en inglés, aparte de los últimos capítulos del libro de Michael Futrell, *Northern Underground: Episodes of Russian Revolutionary Transport and Communication through Scandinavia and Finland, 1863-1917* (Londres, 1963). Alfred Erich Senn estudió la comunidad de exiliados rusos en *The Russian Revolution in Switzerland, 1914-1917* (Madison, 1971), mientras que la biografía de Yuly Martov escrita

por Israel Getzler (Cambridge, 1967) se fija en la sección menchevique de esa comunidad con una mirada particularmente benévola.

La política seguida por Alemania es analizada a través de los documentos pertinentes en Z. A. B. Zeman (ed.), *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918: Documents from the Archives of the German Foreign Ministry* (Londres, 1958). Por esa misma época apareció una auténtica marea de publicaciones que hizo uso de lo que quedaba de los archivos alemanes más relevantes (se había producido un incendio en el Ministerio de Asuntos Exteriores antes de que estallara la segunda guerra mundial, y luego, en 1945, Berlín quedó prácticamente arrasada). El relato más fácil de leer es Alan Moorehead, *The Russian Revolution* (Londres, 1958), encargado por la revista *Life* en un intento por demostrar las vinculaciones de Lenin con las finanzas alemanas. Para un estudio más reciente de la política de Alemania respecto a Rusia, véase Wayne C. Thompson, *In the Eye of the Storm: Kurt Riezler and the Crises of Modern Germany* (Iowa City, 1980).

Existen innumerables biografías de Lenin. Disponemos de una breve introducción en Robert Service, *Lenin: A Biography* (Londres, 2000), que condensa (y a veces desarrolla) temas ya tratados en su anterior obra en tres volúmenes. La biografía de Dmitry Volkogonov, basada en materiales de archivo hasta entonces secretos, aunque curiosamente sigue teniendo muchísimos defectos, fue traducida al inglés por Harold Shukman con el título *Lenin: Life and Legacy* (Londres, 1994). Todos los admiradores de Lenin deberían esforzarse, por supuesto, en leer la totalidad de los cuarenta y cinco volúmenes de las obras completas del gran líder en su versión inglesa, *Collected Works* (por mucho que les moleste que en ruso haya cincuenta y cinco volúmenes), pero los

que se contenten con menos quizá disfruten con el brillante libro de Marcel Liebman, *Leninism under Lenin* (Londres, 1975) o con la obra en dos volúmenes de Neil Harding, *Lenin's Political Thought: Theory and Practice in the Democratic and Socialist Revolutions* (Basingstoke, 1977 y 1981). Una selección más reciente de escritos relevantes, con comentario, es la que proporciona Slavoj Žižek, *Revolution at the Gates: A Selection of Writings from February to October 1917* (Londres, 2002). Para la vida de Lenin como activista en Europa, un relato muy fácil de leer es el que ofrece Helen Rappaport, *Conspirator: Lenin in Exile* (Londres, 2009).

El libro *Memories of Lenin* de Nadezhda Krúpskaya (Londres, 1970) nos proporciona una visión bastante sentimental del líder bolchevique, pero en cualquier caso es fundamental para los detalles que solo ella podía conocer. La propia Krúpskaya es el tema de una biografía bastante benévola escrita por Robert H. McNeal, *Bride of the Revolution* (Londres, 1973). La biografía de R. C. Elwood, *Inessa Armand: Revolutionary and Feminist* (Cambridge, 1992) es excelente, a pesar de que, cuando ya estaba acabada, se produjo la apertura de los archivos soviéticos más importantes. Para subsanar las carencias que pudiera tener su libro, Elwood publicó varios artículos, reunidos en un solo volumen bajo el título de *The Non-Geometric Lenin: Essays on the Development of the Bolshevik Party, 1910-1914* (Londres y Nueva York, 2011), que son un modelo de elegancia y de investigación. Radek, mientras tanto, es el protagonista del libro de Warren Lerner, *Karl Radek: The Last Internationalist* (Stanford, California, 1970). Otros pasajeros del tren y agentes en la sombra de Lenin esperan todavía que alguien escriba sus biografías en inglés, pero la historia autobiográfica en dos volúmenes (en ruso) de Alexandr Shlyapnikov ha aparecido resumida en una edición en inglés (aunque por desgracia faltan mu-

chas de las secciones más interesantes) bajo el título *On the Eve of 1917: Reminiscences from the Revolutionary Underground* (Londres y Nueva York, 1982).

Hay mucho donde escoger entre las excelentes historias que se han escrito de la Revolución de Febrero. El primero y el más detallado de los estudios basados en materiales de archivo sigue siendo Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution: Petrograd, 1917* (Seattle y Londres, 1981), que está previsto que se reimprima en 2017. Además, las obras más generales de Richard Pipes (*The Russian Revolution, 1899-1919*, Nueva York y Londres, 1990) y Orlando Figes (*A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, 1996) cubren todo el período que nos interesa desde múltiples perspectivas. El relato más atractivo en el que participa un testigo directo de los hechos es el libro de Nikolai Sukhanov, *The Russian Revolution, 1917: A Personal Record* (editado, resumido y traducido [al inglés] por Joel Carmichael, Londres, 1955).

El viaje de Lenin era el tema del libro de Michael Pearson, *The Sealed Train* (Newton Abbot, 1975), mientras que Edmund Wilson lo utilizó como pretexto para escribir un artículo ampliado sobre el pensamiento revolucionario: *To the Finland Station: A Study in the Writing and Acting of History* (Nueva York, 1941). Aparte de las memorias de Shlyapnikov, los demás relatos de testigos directos siguen sin traducir [al inglés], pero la historia de los bolcheviques en Rusia es tratada en el libro de Alexandr Rabinowitch, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising* (Bloomington, Indiana, 1968).

Para la guerra de Rusia, una obra clásica es Norman Stone, *The Eastern Front, 1914-1917* (Londres, 1975). La política del ejército es examinada en Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army* (Princeton, 1980) y (desde una

perspectiva muy diferente) en Joshua A. Sanborn, *Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire* (Oxford, 2014). Para la situación de Alemania durante todo el período de la guerra, véase Alexander Watson, *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary at War, 1914-1918* (Londres, 2014); para Francia, se recomienda Elizabeth Greenhalgh, *The French Army and the First World War* (Cambridge, 2014). La angustia de las políticas pacifistas es examinada en Rex A. Wade, *The Russian Search for Peace, February-October 1917* (Stanford, California, 1968). Más animadas, en cambio, son las versiones salidas de la pluma del mismísimo A. Kerensky, «el Rápido», por ejemplo en *The Catastrophe: Kerensky's Own Story of the Russian Revolution* (Nueva York, 1927) y *The Kerensky Memoirs: Russia and History's Turning-Point* (Londres, 1966).

Hay innumerables versiones de las peripecias de los bolcheviques después de julio de 1917, pero pertenecen ya a otros relatos y a diferentes tipos de bibliografía. Para el ambiente reinante en aquella tensísima primavera, época en la que Inglaterra seguía pensando que tenía todos los ases en la manga, pocos libros puedo recomendar más entretenidos que el de John Buchan *Greenmantle* (Londres, 1916), obra del director de propaganda de Gran Bretaña durante la guerra, y la colección de relatos semiautobiográficos de W. Somerset Maugham, *Ashenden, or, The British Agent* (Londres, 1928).

Como el de Lenin, mi viaje ha sido obra de numerosos amigos. Puede que todavía siguiera yo en el muelle de Trelleborg si un domingo lluvioso por la noche no hubiera aparecido Christina Haugenhad para llevarme a Malmö, mientras que Lena Amuren, su colega en Historiska Media, me ayudó con las presentaciones en Tornio. Yulia Matskevich fue la mejor anfitriona posible en Petrogrado, y John Nicolson me proporcionó un alojamiento magnífico en el hostal Academy Garden, en la isla Vasílievski.

Mi guía en Estocolmo fue Lars Ericson Wolke, que además me ayudó en algunos de los archivos suecos más importantes. Estoy también muy agradecida a Christina Engström, del Museo de los Ferrocarriles Suecos en Gävle, por exhumar entre otros tesoros de archivo los horarios de la semana de la odisea sueca de Lenin. Durante mi visita a Tornio, el personal del Museo del Valle del Tornio, y especialmente Riikka Pyykkö, fue generosísimo con su tiempo y me ayudó a reproducir varias de las fotografías de archivo que he utilizado. También deseo dar las gracias a los directores y conservadores de numerosos museos de Lenin en San Petersburgo y sus alrededores, que no dudaron en compartir conmigo su experiencia, mostrándomelo todo con un humor excelente y de forma exhaustiva, y ayudándome a comprender lo que fue la vida de Lenin durante la guerra. Aprendí muchísimas cosas de cada uno de ellos, y pude además hacerme una idea de la reputación que tiene hoy día Lenin en Rusia. Para las presentaciones iniciales, debo dar otra vez las gracias a Yulia Matskevich y también a Natalia Sidlina y a Aleksandra Smirnova.

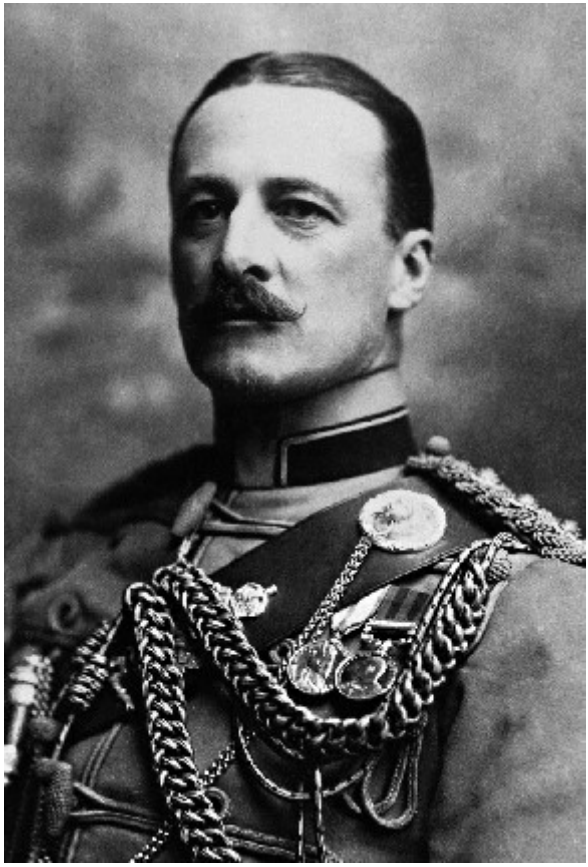
En Gran Bretaña, he tenido el caluroso apoyo y los sabios consejos de Gill Bennett, Victoria Bull, Valerie Holman, Sue Levene, Anne McIntyre, Nicola Miller, Anna Pilkington, Donald Rayfield, Ian Thomson, Alexandra Wachter y Mark White. Los participantes en el primer curso de historiografía de la Fundación Arvon, celebrado en The Hurst en noviembre de 2015, me enseñaron por lo menos tanto como yo fui capaz de enseñarles a ellos; un premio añadido fue poder pasar algún tiempo en compañía de Miranda France y de Giles Milton. Deseo dar las gracias por su hospitalidad académica al Institute for Historical Research de la Universidad de Londres, y especialmente a David Cannadine y a Lawrence Goldman, y también estoy muy agradecida al Centre for History and Economics de Magdalene College, Cambridge. Mi agradecimiento especial, como siempre, para Emma Rothschild y para Inga Huld Markan.

De leer la totalidad del manuscrito se encargó Jon Smele, un hombre que ha dedicado la mitad de su vida al estudio de la revolución rusa. Sus puntuales comentarios, siempre llenos de tacto, resultaron especialmente llamativos al producirse en medio del ajetreo del curso académico. Por su tacto y por su impecable dominio del contexto histórico estoy también en deuda con mi editor, Simon Winder, que me animó a escribir este libro desde el primer momento. Fue un placer, como siempre, trabajar con el equipo de Penguin, y deseo dar las gracias en particular a Maria Bedford, Richard Duguid y Peter James por su trabajo con el texto definitivo, y a Penelope Vogler por su diestro manejo de la publicidad. Tuve además la suerte de contar con la ayuda de Cecilia Mackay, que logró seguir la pista de muchas fotografías con un delicioso sentido de lo que podía funcionar mejor. Mientras tanto, casi no habíamos tenido tiempo de ordenar las ilustraciones antes de que los traductores que se habían en-

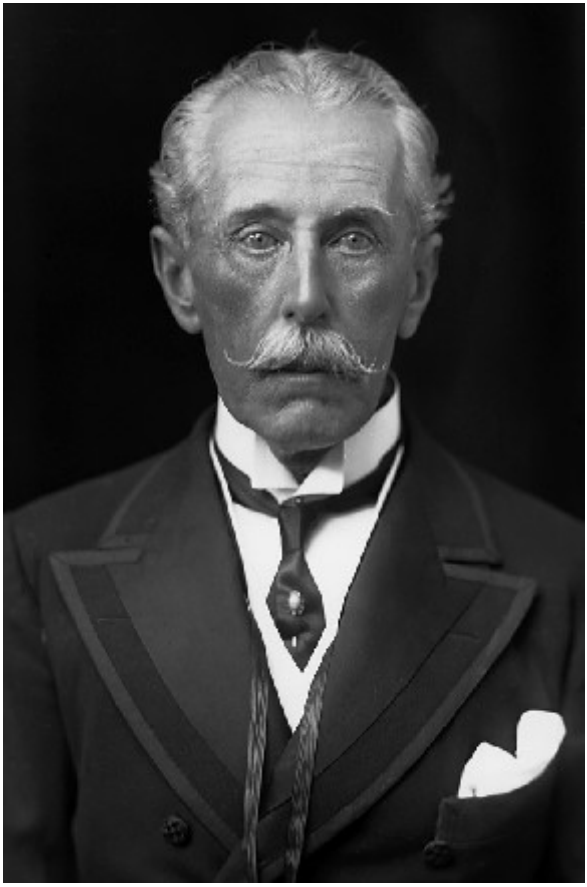
cargado de verter mi original inglés a un alemán, sueco y holandés legibles se pusieran a trabajar bajo la presión de unos plazos ajustadísimos. Deseo dar las gracias a todos ellos, especialmente a Bernd Rullkotter, y también a la agente especial en Nueva York Melissa Chinchillo. Como siempre estoy muy agradecida a Peter Robinson, el agente literario con más recursos del mundo, por su indefectible apoyo y su constante buen humor.

Los mapas incluidos en el libro son obra del maravilloso Frank Payne, lo mismo que muchas de las fotografías. Deseo darle las gracias por su asombrosa pericia con las lentes y la pantalla, y le agradezco también su paciencia y su capacidad de iniciativa. Pero por encima de todo ello y, como siempre, le agradezco la aventura que hemos compartido: almiares, *grechka*, guantes de reno y todo lo demás. La próxima vez, de verdad, que pasaremos más tiempo en el Hermitage.

1. Sir Samuel Hoare en 1917.



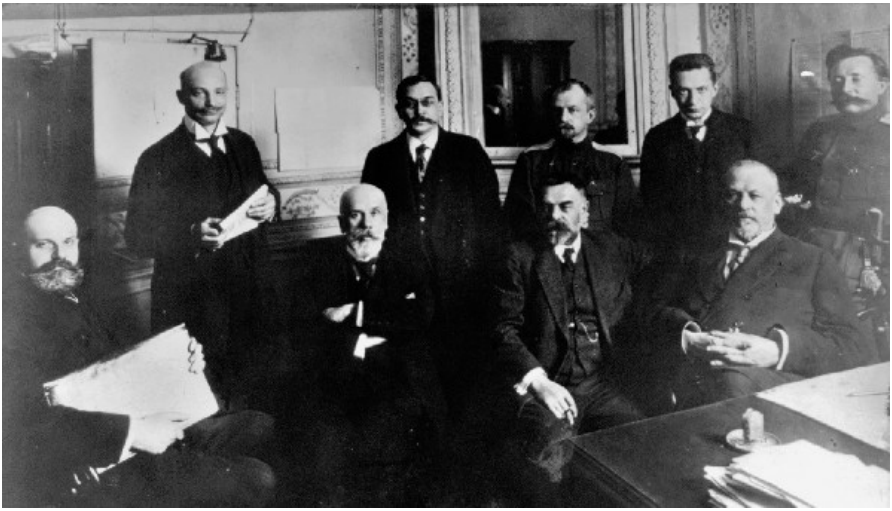
2. General de división sir William Fortescue Knox.



3. Sir George William Buchanan, fotografiado por Walter Stoneman en 1918. Se hallaba conmocionado, envejecido y agotado por las terribles experiencias por las que había pasado en Rusia.

4. El embajador francés Maurice Paléologue.

5. Barricadas en Petrogrado: Perspectiva Liteiny, 27 de febrero/12 de marzo de 1917.



6. El Comité Ejecutivo Provisional de la Duma Estatal, febrero de 1917. Mijaíl Rodzianko aparece sentado ante su escritorio, acompañado de Aleksandr Guchkov, justo a su lado. En la fila de atrás Aleksandr Kerensky es el segundo por la derecha, y Pável Miliukov es el que está en el centro.

7. Aglomeración de revolucionarios delante del palacio Táuride el 1/14 de marzo de 1917.

8. El palacio Táuride en la actualidad, con sus dos alas y su imponente salón central.

9. El salón de columnas del palacio Táuride fue construido para dar cabida a cinco mil personas, bailando todas a la vez, pero en la primavera de 1917 a menudo se llenó a rebosar de gente. Aquí vemos a una multitud de soldados y marineros reunidos para escuchar a Mijaíl Rodzianko.

10. El solemne funeral celebrado en Petrogrado por las víctimas de la revolución el 10/23 de marzo de 1917. Aquí vemos el cortejo pasando por la Perspectiva Nevsky.

11. Aleksandr Helphand, más conocido como «Parvus», fotografiado en 1906.

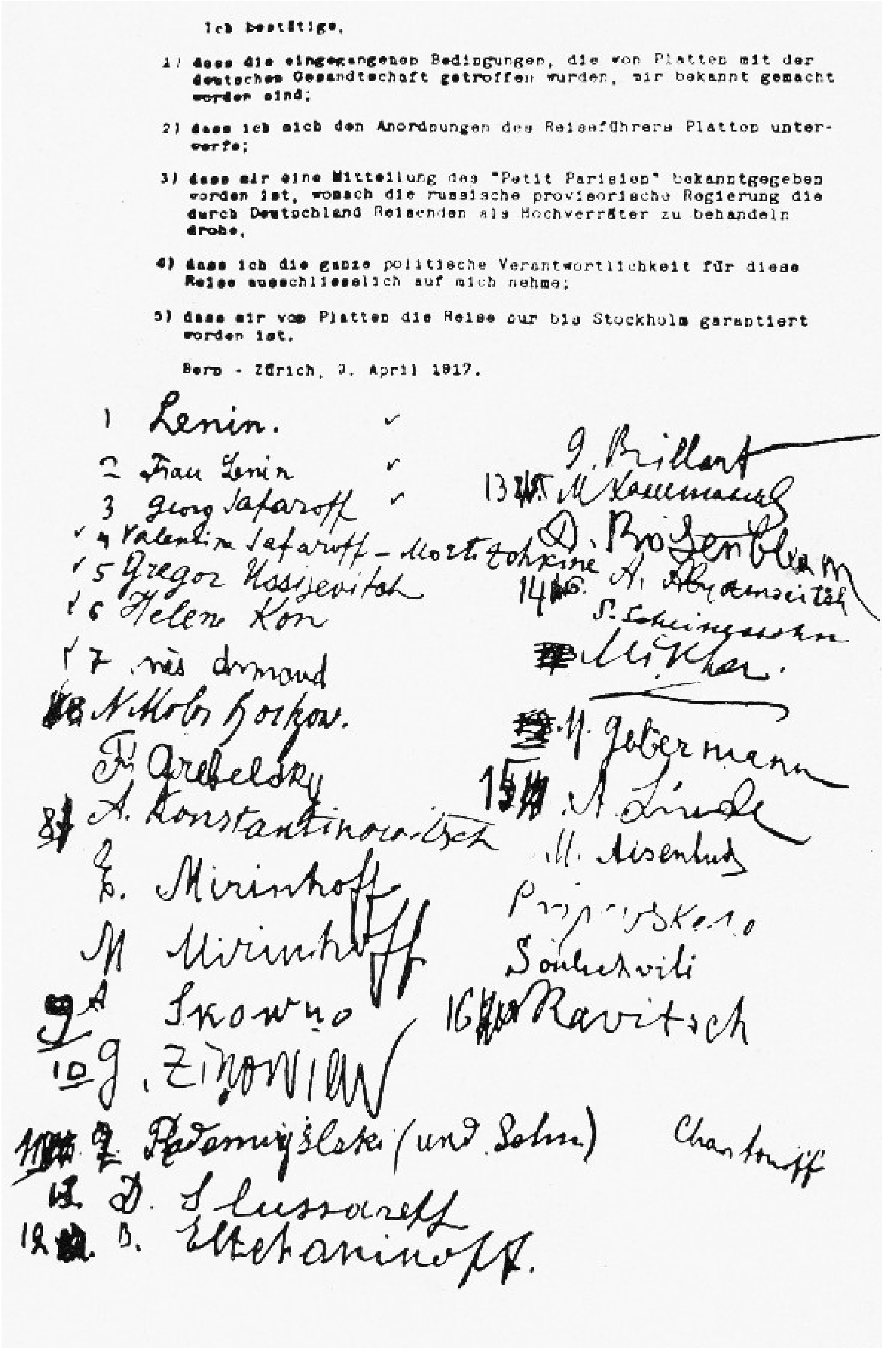
12. El maestro de la astucia y la conspiración, Arthur Zimmermann, fotografiado durante uno de los últimos años de paz.

13. Fritz Platten, fotografiado alrededor de 1920.

14. Karl Radek, fotografiado en Berlín, diciembre de 1919.

15. Lenin paseando con su esposa, Nadezhda Krúpskaya.

16. La Zúrich vieja: vista de la Spiegelgasse desde la escalera del edificio en el que estuvo viviendo Lenin en febrero de 1917.



Ich bestätige,

1) dass die eingegangenen Bedingungen, die von Platten mit der deutschen Gesandtschaft getroffen wurden, mir bekannt gemacht worden sind;

2) dass ich mich den Anordnungen des Reiseführers Platten unterwerfe;

3) dass mir eine Mitteilung des "Petit Parisien" bekanntgegeben worden ist, wonach die russische provisorische Regierung die durch Deutschland Reisenden als Hochverräter zu behandeln drohe;

4) dass ich die ganze politische Verantwortlichkeit für diese Reise ausschliesslich auf mich nehme;

5) dass mir von Platten die Reise nur bis Stockholm garantiert worden ist.

Bern - Zürich, 9. April 1917.

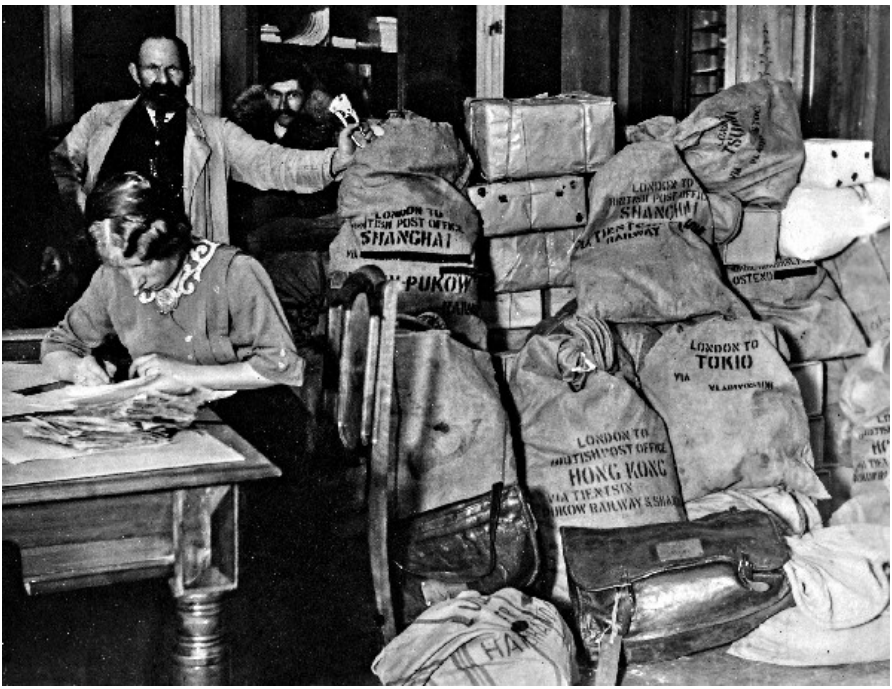
1 Lenin.
2 Frau Lenin
3 Georg Safaroff
4 Valentin Safaroff
5 Gregor Ussijevitsch
6 Helene Kon

17. Salida de Zúrich: lista definitiva de las condiciones de los viajeros rusos, dirigida al Estado Mayor del ejército alemán, con fecha 9 de abril/27 de marzo de 1917. El primero en firmar, naturalmente, fue el propio Lenin.

18. Lenin en Estocolmo, 31 de marzo/13 de abril de 1917. El líder conversa con Ture Nerman; Krúpskaya, con sombrero de alas anchas, va detrás de ellos.

19. El río Tornionjoki entre Suecia y Finlandia, fotografiado por Mia Green en 1915.

20. Barriles a la espera de ser transportados a través de Haparanda-Tornio durante la primera guerra mundial. Aunque se decía que contenían alquitrán, otros similares se utilizaban para pasar de contrabando artículos prohibidos a través de Suecia.



21. Sacos de correo internacional en Tornio. Durante la guerra la oficina de correos de esta localidad fue fundamental para las comunicaciones entre Europa, Rusia y el Extremo Oriente.

22. Lenin camino de Petrogrado en el tren sellado. Visión romántica del pintor soviético P. V. Vasiliev (1899-1975). El vagón real era demasiado pequeño para dar cabida a tanta gente, y la sección rusa no llevaba soldados armados.

23. La aduana de Tornio durante la primera guerra mundial.

24. Llegada de Lenin a la estación de Finlandia, abril de 1917, en un cuadro de M. G. Sokolov (1875-1953). Haciendo caso omiso a la historia (pero haciendo gala de un notable instinto de conservación), el pintor añadió a Stalin a la escena.

25. La estación de Finlandia en la década de 1910.

26. Lenin hablando desde el balcón de la mansión de la Kshesinskaya la noche del 3/16-4/17 de abril de 1917. Cuadro de A. M. Lyubimov (1879-1955).

27. La mansión de Mathilde Kshesinskaya y su balcón en la actualidad.

28. El salón en forma de proa del piso de los Elizarov en San Petersburgo, posteriormente convertido en museo.

29. Aleksandr Fedorovich Kerensky en el culmen de su fama.

30. La muerte disfrazada de caballero inglés: portada de la revista satírica alemana *Kladderadatsch* del 8 de abril de 1917, víspera de la salida de Lenin de Zúrich.

31. Cuadro del pintor de época soviética Isaak Brodsky (1883-1939) en el que aparece Lenin hablando a los obreros de la fábrica Putilov de Petrogrado en mayo de 1917.

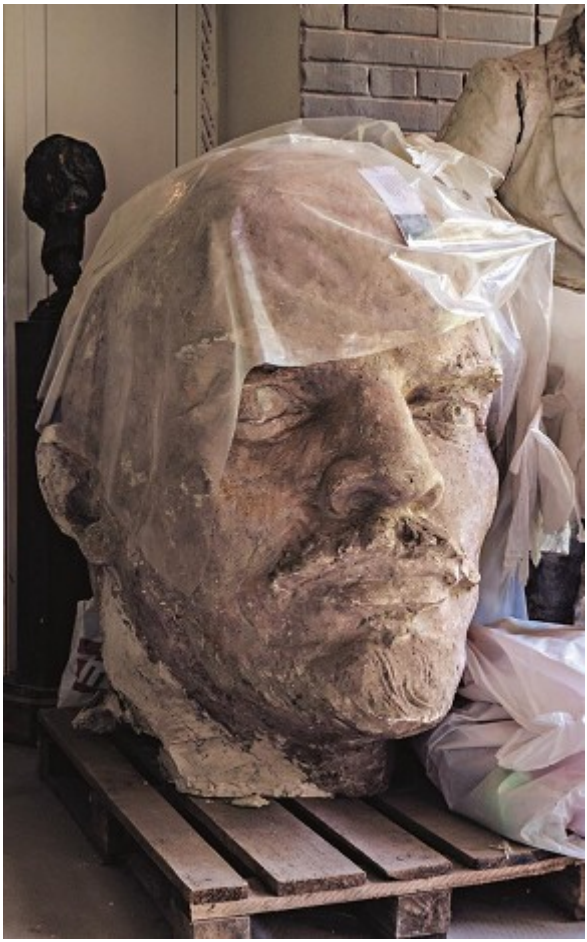
32. Petrogrado el 1 de mayo de 1917. Concentración en la plaza del Palacio. Las pancartas piden una república, tierra y libertad.

33. Despacho de Lenin en el cuartel general de *Pravda*, abril-julio de 1917. La habitación fue recreada para adecuarla al cuadro exhibido al fondo.

34. Locomotora de vapor de los Ferrocarriles Finlandeses n.º 293. La máquina que encabezaba el convoy en el que llegó Lenin en abril de 1917 no se ha conservado, de modo que en su lugar gozó de todos los honores esta otra, que es la que le permitió huir a Finlandia en el mes de julio.

35. Las memorias de Fritz Platten sobre el viaje del tren sellado fueron publicadas en 1924, el mismo año de la muerte de Lenin.

36. Monumento conmemorativo de Sassnitz. En la imagen, el Vagón de la Emperatriz, construido en 1912. Aunque no es el coche «sellado» propiamente dicho, esta reliquia fue el principal objeto de interés del pequeño Museo Lenin de la localidad durante todo el tiempo que existió la República Democrática Alemana.



37. Lenin en el armario: modelo en yeso posteriormente descartado procedente del Museo del Taller del escultor M. K. Anikushin (1917-1997), San Petersburgo.

38. Lenin desnudo: modelo en yeso realizado para inspirar y guiar la obra del escultor M. K. Anikushin.

39. Lenin triunfante: estatua del líder realizada por Sergei Evseev en 1926 y erigida delante de la estación de Finlandia, San Petersburgo.

Notas

Abreviaturas

LCW Lenin: *Collected Works* (edición en inglés, 47 vols., Moscú, 1960-1980).

PSS Lenin: *Polnoe sobranie sochinenii* (55 vols., Moscú, 1958-1965).

TNA The National Archives, Londres.

VoVIL G. N. Golikov *et al.* (eds.), *Vospominaniia o Vladimire Il'iche Lenine v piati tomakh* (5 vols., Moscú, 1979).

Introducción

1. Para este episodio y algunas fotos del tren, véase http://www.historiskt.nu/normalsp/staten/sb_bd_haparanda/haparanda_station_07.html (página visitada en enero de 2016).

2. Al menos, en principio. En el otoño de 2015, cuando los nacionalistas finlandeses iniciaron el pánico general por el número de nuevos emigrantes que podían inundar el país a través de Haparanda, volvieron a aparecer controles aduaneros esporádicos.

3. John Buchan, *Greenmantle* (Londres, 1916), capítulo 3.

4. F. W. Heath (ed.), *Great Destiny: Sixty Years of the Memorable Events in the Life of the Man of the Century Recounted in his own Incomparable Words* (Nueva York, 1965), pp. 388-389.

5. El principal culpables es Martin Gilbert, *Russian History Atlas* (Londres, 1972), cuyo mapa (p. 87) señala una ruta alrededor del Báltico desde Estocolmo a través de Hangö hasta Petrogrado, recortando así en más de mil quinientos kilómetros la verdadera ruta seguida por Lenin. El mismo mapa fue reproducido en posteriores versiones del libro (*The Routledge Atlas of Russian History*, Londres, 2002 y 2007). Siguiendo a Michael Pearson (*The Sealed Train*, Newton Abbot, 1975), casi todos los demás historiadores envían a Lenin por la costa de Suecia arriba a lo largo de una vía férrea que ni siquiera fue puesta hasta los años veinte.

6. Edmund Wilson, *To the Finland Station: A Study in the Writing and Acting of History* (Nueva York, 1940).

7. Alan Moorehead, *The Russian Revolution* (Londres, 1958).

8. Pearson, *Sealed Train*.

9. Marcel Liebman, *Leninism under Lenin* (Londres, 1975), p. 22.

10. Citado en Maksim Gorki, *Days with Lenin* (Londres, 1932), p. 52.

Capítulo 1: Fuerzas oscuras

1. Para más detalles sobre el reclutamiento de Hoare y su primera misión, véase J. A. Cross, *Sir Samuel Hoare: A Political Biography* (Londres, 1977), pp. 39-40.

2. Keith Jeffery, *MI6: The History of the Secret Intelligence Service, 1909-1949* (Londres, 2010), pp. 30 y 103; Samuel Hoare, *The Fourth Seal* (Londres, 1930), p. 31.

3. Hoare, *Fourth Seal*, p. 184.

4. Jeffery, *MI6*, p. 96.

5. Keith Neilson, *Strategy and Supply: The Anglo-Russian Alliance, 1914-17* (Londres, 1984), p. 312; Michael Smith, *Six: The Real James Bonds, 1909-1939* (Londres, 2011), p. 187.

6. Hoare, *Fourth Seal*, p. 30; véase asimismo Michael Hughes, *Inside the Enigma: British Diplomats in Russia, 1900-1939* (Londres, 1997), pp. 55-57.

7. Hoare, *Fourth Seal*, p. 34.

8. Ingvar Andersson, *A History of Sweden* (Londres, 1956), pp. 426-427; A. Nekludoff, *Diplomatic Reminiscences* (Londres, 1920), pp. 332-334.

9. Hugh Brogan (ed.), *Signalling from Mars: The Letters of Arthur Ransome* (Londres, 1998), p. 18.

10. Hoare, *Fourth Seal*, p. 40.

11. *Ibid*, pp. 277-281.

12. Arthur Ransome, *The Autobiography of Arthur Ransome* (Londres, 1976), p. 172.

13. Paul Miliukov, *Political Memoirs, 1905-17*, editado por Arthur P. Mendel (Ann Arbor, 1967), p. 342.

14. Hoare, *Fourth Seal*, p. 41.

15. Ransome, *Autobiography*, p. 145.

16. Hoare, *Fourth Seal*, p. 43.

17. Nekludoff, *Reminiscences*, p. 386 (realizó el mismo viaje en 1916).

18. Para estas cifras, véase T. Hasegawa, *The February Revolution: Petrograd, 1917* (Seattle y Londres, 1981), pp. 66-70.

19. Robert B. McKean, *St Petersburg between the Revolutions: Workers and Revolutionaries, June 1907-February 1917* (New Haven y Londres, 1990), p. 40.

20. Meriel Buchanan, *The Dissolution of an Empire* (Londres, 1932), p. 5.

21. Anthony Cross, «A Corner of a Foreign Field: The British Embassy in St Petersburg, 1863-1918», en Simon Dixon (ed.), *Personality and Place in Russian Culture: Essays in Memory of Lindsey Hughes* (Londres, 2010), pp. 345 y 353.

22. Hoare, *Fourth Seal*, p. 237.

23. Robert Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent* (Londres, 1974), p. 117.

24. W. Somerset Maugham, *Ashenden, or, The British Agent* (Londres, 1928), p. 209; Mayhew, citado en Hughes, *Enigma*, p. 20.

25. Hoare, *Fourth Seal*, p. 243.

26. Alan Moorehead, *The Russian Revolution* (Londres, 1958), p. 183.

27. Lockhart, *Memoirs*, p. 116.

28. Hoare, *Fourth Seal*, p. 48.

29. *Ibid*, pp. 50-52.

30. Citado en Jeffery, *MI6*, p. 102.

31. Smith, *Six*, pp. 187-196.

32. William Gerhardie, *Memoirs of a Polyglot* (Londres, 1990), p. 115.

33. Hughes, *Enigma*, p. 55; Jeffery, *MI6*, p. 99.

34. Smith, *Six*, p. 196.

35. Ransome, *Autobiography*, p. 167.

36. Hoare, *Fourth Seal*, pp. 58, 82.

37. M. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs* (Londres, 1923-1925), vol. 3, p. 44.

38. Meriel Buchanan, *Petrograd: The City of Trouble, 1914-1918* (Londres, 1918), p. 77.

39. Miliukov, *Memoirs*, p. 362.

40. Hoare, *Fourth Seal*, p. 242; Ransome, *Autobiography*, p. 167.

41. Miliukov, *Memoirs*, p. 362.

42. Hoare, *Fourth Seal*, p. 105.

43. Charlotte Alston, *Russia's Greatest Enemy?: Harold Williams and the Russian Revolution* (Londres, 2007), p. 112.

44. Miliukov, *Memoirs*, p. 334.

45. Hoare, *Fourth Seal*, p. 105.

46. William G. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921* (Princeton, 1974), pp. 20-21.

47. Para las demandas de los «kadetes», véase Melissa Kirschke Stockdale, *Paul Miliukov and the Quest for a Liberal Russia* (Ithaca, NY, 1996), pp. 224-225.

48. Miliukov, *Memoirs*, p. 317.

49. Para los rumores, véase Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 63.

50. Stinton Jones, *Russia in Revolution: By an Eye-Witness* (Londres, 1917), p. 60.

51. Sir George William Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories* (2 vols., Londres, 1923), vol. 2, p. 56, citando su informe de 18 de febrero de 1917.

52. Nekludoff, *Reminiscences*, p. 447; Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 46; Stockdale, *Miliukov*, p. 232.

53. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 111.

54. *Ibid*, p. 49.

55. The National Archives (TNA) FO 371/2995 (informes de Buchanan y de John F. Douglas, noviembre y diciembre de 1916).

56. Hoare, *Fourth Seal*, p. 109.

57. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 41. Véase asimismo M. V. Rodzianko, *Krushenie imperii: gosudarstvennaia duma i fevral'skaia 1917 goda revoliutsiia* (Moscú, 1986), p. 210.

58. Para el discurso propiamente dicho, véase V. D. Karpovich (ed.), *Gosudarstvennaia duma, 1906-1917: stenograficheskie otchety* (4 vols., Moscú, 1995), vol. 4, pp. 43-48.

59. Citado en Stockdale, *Miliukov*, p. 236.

60. Alexandr Rabinowitch, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising* (Bloomington, Ind. 1968), p. 20; Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 74; sir Alfred Knox, *With the Russian Army, 1914-1917* (2 vols., Londres, 1921), vol. 2, p. 515.

61. Hoare, *Fourth Seal*, pp. 117-118 (en cursiva en el original).

62. Citado en Jeffery, *MI6*, pp. 106-107.

63. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 135.

64. Hoare, *Fourth Seal*, p. 147.

65. Smith, *Six*, pp. 199-200.

66. Lockhart, *Memoirs*, p. 100.

67. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 44; Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 515.

68. Para la misión de Milner, véase Elizabeth Greenhalgh, *The French Army and the First World War* (Cambridge, 2014), p. 181; Hoare, *Fourth Seal*, p. 201.

69. Lockhart, *Memoirs*, p. 162.

70. Meriel Buchanan, *Petrograd*, pp. 89-90; Hoare, *Fourth Seal*, pp. 204-205.

71. Lockhart, *Memoirs*, p. 107.

72. Jeffery, *MI6*, p. 104. Entre los dieciocho hombres que menciona Jeffery estaba el propio Hoare.

73. Neilson, *Strategy*, p. 243.

74. Lockhart, *Memoirs*, p. 163.

75. Meriel Buchanan, *Petrograd*, p. 90.

76. Alexandr Kerensky, *The Kerensky Memoirs: Russia and History's Turning-Point* (Londres, 1966), p. 182.

77. TNA FO 371/2995, 14 de febrero de 1917.

78. TNA CAB 24/3/42, David Davies, «Notas sobre la situación política», 10 de marzo de 1917.

Capítulo 2: Mercados negros

1. A. Scherer y J. Grunewald (eds.), *L'Allemagne et les problèmes de la paix pendant la première guerre mondiale: documents extraits des archives de l'Office allemand des Affaires étrangères* (3 vols., París, 1962-1976), vol. 1, p. 37 (Bethmann-Hollweg a Ballin, 25 de diciembre de 1914).

2. Para los ejemplos, véase *ibid*, p. 68 (Bethmann-Hollweg a Copenhague con información para Scavenius que debía transmitir al zar, 6 de marzo de 1915); p. 70 (Brockdorff-Rantzau a Bethmann-Hollweg acerca de la información de Scavenius, 10 de marzo de 1915); p. 416 (Jagow a Brockdorff-Rantzau, 26 de julio de 1915).

3. *Ibid*, p. 45 (Brockdorff-Rantzau a Bethmann-Hollweg, 8 de enero de 1915).

4. Para Brockdorff-Rantzau, véase Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution: The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924* (Londres y Nueva York, 1965), p. 166.

5. Scherer y Grunewald, *Documents*, vol. 1, pp. 166 y 150-151.

6. Rosenberg, *Liberals*, p. 11.

7. George Katkov con ayuda de Michael Futrell, «German Political Intervention in Russia during the First World War», en Richard Pipes (ed.), *Revolutionary Russia* (Cambridge, Mass., 1968), pp. 63-96.

8. *Ibid*, p. 71.

9. Michael Futrell, *Northern Underground: Episodes of Russian Revolutionary Transport and Communications through Scandinavia and inland, 1863-1917* (Londres, 1963), p. 112.

10. Alfred Erich Senn, *The Russian Revolution in Switzerland, 1914-1917* (Madison, 1971), pp. 63-64.

11. Wayne C. Thompson, *In the Eye of the Storm: Kurt Riezler and the Crises of Modern Germany* (Iowa City, 1980), p. 97.

12. Para Irlanda, véase Reinhard R. Doerries, *Prelude to the Easter Rising: Sir Roger Casement in Imperial Germany* (Londres, 2000). Para el este, véase A. Will: *Kein Griff nach der Weltmacht: Geheime Dienste und Propaganda im deutsch-österreichisch-turkischen Bundnis 1914-18* (Colonia, 2012).

13. El tratado de 23 de diciembre de 1914 que los obligaba a hacer eso no fue ratificado nunca por la autoridad republicana irlandesa. Véase Doerries, *Prelude*, p. 10.

14. Para algunos testimonios, véase TNA CAB 24/143/2 (Informe del Este, 4 de febrero de 1917).

15. El equipo encargado de trabajar sobre Ucrania, por ejemplo, estaba encabezado por un tal Dr. Zimmer. Véase Z. A. B. Zeman (ed.), *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918: Documents from the Archives of the German Foreign Ministry* (Londres, 1958), p. 1 (documento de 9 de enero de 1915).

16. Anthony Curtis, *Somerset Maugham* (Londres, 1977), pp. 94-95; Jeffery, *MI6*, p. 90.

17. León Trotski, *My Life: An Attempt at an Autobiography* (Harmondsworth, 1984), p. 245.

18. Para la misión de Maugham, véanse el comentario incluido en Curtis, *Maugham*, pp. 94-95, y el relato novelado que contiene su colección de relatos *Ashenden*.

19. Senn, *Switzerland*, p. 14.

20. Alexandr Shlyapnikov, *On the Eve of 1917: Reminiscences from the Revolutionary Underground* (Londres y Nueva York, 1982), pp. 47 y 120.

21. Nekludoff, *Memoirs*, p. 383.

22. Moorehead, *Revolution*, p. 129.

23. Boris I. Nikolaevsky, *Tainye stranitsy istorii* (Moscú, 1995), pp. 271-272.

24. Véase Lockhart, *Memoirs*, pp. 144-145; Keith Neilson, «Joy Rides? British Intelligence and Propaganda in Russia, 1914-1917», *Historical Journal*, 24:4 (1981), p. 894.

25. Senn, *Switzerland*, pp. 60-61 y 73.

26. Fritz Platten, «Revoliutsionery vostoka», en G. N. Golikov *et al.* (eds.), *Vospominaniia o Vladimire Il'iche Lenine* (5 vols., Moscú, 1979; en adelante Vo-VIL), vol. 5, p. 90; Trotski, *My Life*, pp. 257-258.

27. Para Zivin/Weis, véase Zeman, *Documents*, pp. 18-23 (embajador en Berna al canciller, 24 de agosto de 1916).

28. Nikolaevsky, *Tainye*, pp. 269-281.

29. Zeman, *Documents*, p. 1 (Berlín, 9 de enero de 1915).

30. Zeman y Scharlau, *Merchant*, pp. 20 y 29.

31. Trotski, *My Life*, p. 172.

32. Zeman y Scharlau, *Merchant*, pp. 55-58.

33. Trotski, *My Life*, p. 172.

34. Zeman y Scharlau, *Merchant*, pp. 98-99.

35. *Ibid*, p. 128.

36. Dmitry Volkogonov, *Lenin: Life and Legacy* (trad. [ing.] de Harold Shukman, Londres, 1994), p. 112.

37. Hay alusiones en ese sentido en el informe de Wangenheim de 9 de enero de 1915 (Zeman, *Documents*, pp. 1-2). Para más detalles acerca de los trapicheos financieros de Parvus en Turquía durante la guerra, véase M. Asim Karaömerlioglu, «Helphand-Parvus and his Impact on Turkish Intellectual Life», *Middle Eastern Studies* 40:6 (noviembre de 2004), p. 158.

38. Zeman, *Documents*, p. 2.

39. *Ibid*, pp. 140-152; el documento no llevaba fecha, pero aparecía en el registro correspondiente al 9 de marzo de 1917. Para otros comentarios, véase Moorehead, *Revolution*, p. 132; Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 149.

40. Zeman, *Documents*, p. 3 (Fröhlich a Diego von Bergen, Berlín, 26 de marzo de 1915 y notas).

41. *Ibid*, p. 4 (Rantzau, 14 de agosto de 1915); para el dinero en el mes de julio, véase *ibid*, pp. 3-4 (Jagow al secretario de Estado del Tesoro, 6 de julio de 1915).

42. Curt von Westernhagen, *Wagner: A Biography* (Cambridge, 1981), p. 222.

43. Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 156.

44. Zeman, *Documents*, pp. 140 y ss. (memorándum del Dr. Helphand).

45. Zeman y Scharlau, *Merchant*, pp. 157-159.

46. Volkogonov, *Lenin*, p. 113.

47. V. I. Lenin, *Collected Works* (47 vols., Moscú, 1960-1980; en adelante LCW), vol. 21 (Londres, 1964), pp. 421-422 (*Sotsial-Demokrat*, n.º 48, 20 de noviembre de 1915).

48. Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 164.

49. *Ibid*, p. 199.

50. Para su falta de atractivo, véase Futrell, *Northern Underground*, p. 193; para lo de la flor, Pearson, *Sealed Train*, p. 101.

51. W. H. Beable, *Commercial Russia* (Londres, 1918), p. 215.

52. Futrell, *Northern Underground*, pp. 192-194.

53. *Ibid*, p. 181.

54. Llegó en abril de 1916. Véase Semion Lyandres, «The Bolsheviks' "German Gold" Revisited: An Inquiry into the 1917 Accusations», *Carl Beck Papers in Russian and East European Studies*, n.º 1106 (febrero de 1995), p. 22.

55. Futrell, *Northern Underground*, p. 191.

56. Citado en Volkogonov, *Lenin*, p. 114.

57. *Ibid.*

58. Para la dirección, véase Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 198.

59. Thompson, *Riezler*, pp. 132-133.

60. Futrell, *Northern Underground*, p. 145.

61. Nekludoff, *Memoirs*, pp. 490-492.

62. Futrell, *Northern Underground*, p. 145. El relato de Futrell se basaba en una entrevista al anciano Kesküla realizada años después, pero aparece una versión diferente en Moorehead, *Revolution*, p. 136.

63. Shlyapnikov, *On the Eve*, pp. 51-52.

64. Zeman, *Documents*, p. 7 (Romberg al canciller, 30 de septiembre de 1915).

65. El intermediario debió de ser Alexandr Kesküla. Para el documento, véase *ibid*, pp. 6-7 (Romberg al canciller, 30 de septiembre de 1915); Futrell, *Northern Underground*, p. 100.

66. Zeman, *Documents*, pp. 11-12 (Steinwachs a Diego von Bergen, incluida una carta de «Stein» [Kesküla] de 9 de enero de 1916).

67. *Ibid*, pp. 17-18 (Steinwachs a Diego von Bergen sobre el presupuesto destinado a los agentes, 8 de mayo de 1916); Futrell, *Northern Underground*, p. 148.

68. Futrell, *Northern Underground*, pp. 17-18.

1. Carter Elwood, «Lenin on Holiday», *Revolutionary Russia*, 21:2 (diciembre de 2008), p. 122.

2. Nadezhda Krúpskaya, *Memories of Lenin* (Londres, 1970), p. 284.

3. Ivan Babushkin, citado en Helen Rappaport, *Conspirator: Lenin in Exile* (Londres, 2009), p. 8.

4. LCW, vol. 22, pp. 184-304.

5. Senn, *Switzerland*, p. 151.

6. Rapport, *Conspirator*, pp. 255 y 201.

7. Citado en Volkogonov, *Lenin*, p. 83.

8. Véase Neil Harding, *Lenin's Political Thought* (Basingstoke, 1986), vol. 1, p. 194.

9. Gorki, *Days with Lenin*, p. 12; VoVIL, vol. 5, p. 69 (Feliks Kon).

10. Valeriu Marcu, «Lenin in Zurich, a Memoir», *Foreign Affairs* 21:1 (1943), p. 550.

11. *Ibid.*

12. M. I. Vasil'ev-Iuzhin, en VoVIL, vol. 2, p. 185, refiriéndose a una entrevista mantenida en 1905.

13. Citado en Richard Pipes, *The Russian Revolution, 1899-1919* (Londres, 1990), p. 348.

14. N. L. Meshcheriakov, citado en VoVIL, vol. 2, p. 91; Gorki, *Days with Lenin*, pp. 5 y 23.

15. VoVIL, vol. 2, p. 185 (M. I. Vasil'ev-Iuzhin sobre Lenin en 1905).

16. Citado en Volkogonov, *Lenin*, p. xxxvi.

17. Kharitonova, en VoVIL, vol. 2, pp. 362-363; Krúpskaya, *Memories*, p. 272; Rappaport, *Conspirator*, p. 252.

18. Nikolai Sukhanov, *The Russian Revolution, 1917: A Personal Record* (editado, resumido y traducido [al inglés] por Joel Carmichael, Londres, 1955), p. 281.

19. Marcu, «Lenin», pp. 554-555.

20. LCW, vol. 23, p. 81 («Programa Militar de la Revolución Proletaria», septiembre de 1916).

21. Marcu, «Lenin», p. 556.

22. LCW, vol. 21, pp. 30-34 («La guerra y la socialdemocracia rusa», septiembre de 1914).

23. Marcu, «Lenin», p. 556.

24. Citado en Futrell, *Northern Underground*, p. 65.

25. Trotski, *My Life*, p. 167.

26. Citado *ibid*, p. 157.

27. Krúpskaya, *Memories*, p. 239.

28. *Ibid*, p. 241.

29. Senn, *Switzerland*, p. 33.

30. *Ibid*, p. 22

31. LCW, vol. 21, pp. 15-16; para la cautela de los bolcheviques a la hora de publicar en Suiza, véase Krúpskaya, *Memories*, p. 250.

32. Volkogonov, *Lenin*, p. 79.

33. Warren Lerner, *Karl Radek: The Last Internationalist* (Stanford, California, 1970), p. 31.

34. Citado en Krúpskaya, *Memories*, p. 252.

35. *Ibid*, p. 67.

36. Rhiannon Vickers, *The Labour Party and the World*, vol. 1: *The Evolution of Labour's Foreign Policy, 1900-1951* (Manchester, 2004), pp. 56-58.

37. Merle Fainsod, *International Socialism and the World War* (Cambridge, Massachusetts, 1935), p. 42.

38. Senn, *Switzerland*, p. 21.

39. Miliukov, *Memoirs*, p. 305.

40. Brogan, *Signalling from Mars*, p. 15.

41. Fainsod, *International Socialism*, p. 42.

42. Lerner, *Radek*, p. 33.

43. Fainsod, *International Socialism*, p. 50.

44. LCW, vol. 21, p. 163.

45. *Ibid*, p. 192.

46. *Ibid*, p. 299.

47. *Ibid*, p. 382 («La derrota de Rusia en la crisis revolucionaria»).

48. *Ibid*, pp. 196-198 (*Sotsial-demokrat*, n.º 42, 21 de mayo de 1915).

49. Trotski, *My Life*, p. 257.

50. Senn, *Switzerland*, p. 91; Rappaport, *Conspirator*, p. 247.

51. Senn, *Switzerland*, p. 91.

52. Fritz Platten, citado en VoVIL, vol. 5, p. 90.

53. Senn, *Switzerland*, p. 94.

54. Lerner, *Radek*, p. 13.

55. Para la biografía de Radek, véase *ibid*, y el excelente libro de Jean-François Fayet, *Karl Radek: biographie politique* (Berna, 2004); para los rumores sobre Parvus y el instituto, véase Volkogonov, *Lenin*, p. 114.

56. R. C. Elwood, *Inessa Armand: Revolutionary and Feminist* (Cambridge, 1992), pp. 167-169.

57. Robert Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 2: *Worlds in Collision* (Basingstoke, 1991), pp. 134-136.

58. VoVIL, vol. 5, p. 66, memorias de Feliks Kon.

59. Marcu, «Lenin», p. 559.

60. LCW, vol. 23, p. 132 (*Sotsial-demokrat*, n.º 56, 6 de noviembre de 1916).

61. *Ibid*, p. 79 (Programa Militar de la Revolución Proletaria).

62. Service, *Lenin*, vol. 2, p. 129.

63. Marcu, «Lenin», p. 558.

64. Sukhanov, *Revolution*, p. 44.

65. Victoria E. Bonnell, *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizations in St Petersburg and Moscow, 1900-1914* (Berkeley y Londres, 1983), pp. 436-437.

66. A. G. Shlyapnikov, *Kanun semnadtsatogo goda: semnadtsatyi god*, vol. 1 (Moscú, 1992), p. 274.

67. M. A. Tsiavlovskii, *Dokumenty po istorii bol'shevizma s 1903 po 1916 god byvshego Moskovskago Okhrannago otdeleniia* (Moscú, 1918), p. ix.

68. Simon Sebag Montefiore, *Young Stalin* (Londres, 2007; hay trad. cast.: *Llamadme Stalin*, Crítica, Barcelona, 2010), p. 229.

69. Service, *Lenin*, vol. 2, p. 122.

70. McKean, *St Petersburg*, p. 145; para el *Pravda*, véase R. C. Elwood, «Lenin and *Pravda*, 1912-1914», *Slavic Review*, 31:2 (junio de 1972), pp. 355-380.

71. Kerensky, *Memoirs*, pp. 134-135.

72. Futrell, *Northern Underground*, p. 112; véase asimismo Shlyapnikov, *On the Eve*, pp. 19, 92 y 106.

73. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 1, p. 308.

74. *Ibid*, vol. 2 (Moscú, 1992), p. 22.

75. Service, *Lenin*, vol. 2, p. 123.

76. Shlyapnikov, *On the Eve*, p. 62.

77. Para el tamaño de las organizaciones, véase Hasegawa, *February*, p. 117.

78. A. Kondrat'ev, citado *ibid*, p. 108.

79. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 118.

80. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 1, pp. 274-276.

81. Kerensky, *Memoirs*, p. 184.

82. McKean, *St Petersburg*, p. 108.

83. Citado en Elwood, «Lenin and *Pravda*», p. 364.

Capítulo 4: Cintas escarlatas

1. A. I. Savenko, citado en Hasegawa, *February*, p. 182.

2. M. V. Rodzianko, *Krushenie imperii i Gosudarstvennaia Duma i fevral'skaia 1917 goda revoliutsiia* (Moscú, 1986), p. 222.

3. Sukhanov, *Revolution*, p. 5.

4. Informe de la Okhrana, citado en Hasegawa, *February*, p. 201.

5. *Ibid*, pp. 217 y 201.

6. *Ibid*, p. 199.

7. Rabinowitch, *Prelude*, p. 24; Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 65; Jones, *Russia in Revolution*, pp. 119-120.

8. TNA CAB 24/143/5 («Informe del Este», 28 febrero de 1917).

9. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 42; McKean, *St Petersburg*, p. 409.

10. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 213.

11. Kerensky, *Memoirs*, p. 170; Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 51; Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 215.

12. Hasegawa, *February*, p. 161.

13. *Ibid*, p. 160.

14. Véase Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 140.

15. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 516; Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 80.

16. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 60.

17. *Ibid*, vol. 1, p. 308; véase asimismo Hasegawa, *February*, pp. 215-216.

18. Hasegawa, *February*, pp. 217-219.

19. Citado en D. A. Longley, «The Mezhraionka, the Bolsheviks and International Women's Day: In Response to Michael Melancon», *Soviet Studies*, 41:4 (octubre de 1989), p. 632.

20. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 70.

21. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 527.

22. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 78.

23. Véase I. Iurenev, «Mezhraionka, 1911-1917gg», *Proletarskaia revoliutsiia,* 1924, n.º 2, p. 139.

24. Hasegawa, *February*, pp. 238 y 248.

25. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 103.

26. Hasegawa, *February*, pp. 253-254.

27. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 528.

28. Sukhanov, *Revolution*, p. 24.

29. V. Iu. Cherniaev, «Vosstanie Pavlovskogo polka 26 fevralia 1917», en O. N. Znamenskii (ed.), *Rabochii klass Rossii: ego soiuzniki i politicheskie protivniki v 1917 godu* (Leningrado, 1989), p. 156.

30. F. F. Raskólnikov, *Kronstadt and Petrograd in 1917* (Nueva York, 1982), pp. 4-7.

31. Cherniaev, «Vosstanie», pp. 157-158.

32. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 110; Hasegawa, *February*, p. 220.

33. Sukhanov, *Revolution*, p. 28.

34. Cherniaev, «Vosstanie», pp. 157-158.

35. Sukhanov, *Revolution*, p. 36; Hasegawa, *February*, p. 282.

36. Jones, *Russia in Revolution*, pp. 119-120.

37. Knox, *Russian Army*, vol. 2, pp. 353-354.

38. Jones, *Russia in Revolution,* p. 127.

39. *Ibid*, p. 120.

40. D. A. Longley, «The Divisions in the Bolshevik Party in March 1917», *Soviet Studies*, 24:1 (julio de 1972), p. 64.

41. Sukhanov, *Revolution*, p. 46.

42. Miliukov, *Memoirs*, p. 391.

43. Hasegawa, *February*, p. 357.

44. Miliukov, *Memoir*s, p. 393.

45. Hasegawa, *February*, p. 355.

46. Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 11.

47. Sukhanov, *Revolution*, p. 41.

48. *Ibid*, pp. 38-39.

49. Kerensky, *Memoirs*, p. 232.

50. Lockhart, *Memoirs*, p. 176.

51. Sukhanov, *Revolution*, p. 31.

52. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 167.

53. Sukhanov, *Revolution*, p. 52.

54. Kerensky, *Memoirs*, p. 232.

55. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, p. 135.

56. Sukhanov, *Revolution*, p. 74.

57. *Ibid*, p. 98.

58. Hasegawa, *February*, p. 374.

59. Sukhanov, *Revolution*, pp. 103-104.

60. Citado en Liebman, *Leninism*, p. 121.

61. Sukhanov, *Revolution*, p. 171.

62. *Ibid*, pp. 104-105.

63. Miliukov, *Memoirs*, p. 402.

64. Sukhanov, *Revolution*, p. 145.

65. Miliukov, *Memoirs*, p. 406.

66. Sukhanov, *Revolution*, p. 141.

67. *Ibid*, p. 143.

68. Trotski, *My Life*, p. 300; Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 671.

69. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 70.

70. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 239.

71. Para los poderes del Gobierno Provisional, véase el análisis realizado en los últimos capítulos de F. A. Gaida, *Liberal'naia oppozitsiia na putiakh k vlasti: 1914-vesna 1917g.* (Moscú, 2003).

72. Sukhanov, *Revolution*, p. 148.

Capítulo 5: Mapas y planes

1. Meriel Buchanan, *Petrograd*, pp. 95-98.

2. TNA FO 371/2995.

3. Hughes, *Enigma*, p. 88.

4. TNA FO 371/2995 (telegrama cifrado para Buchanan, 16 de marzo de 1917).

5. *Ibid.*

6. TNA FO 371/2996 (carta de Frank Lindley al señor George Clark, 20 de marzo de 1917).

7. Citado en Vickers, *Labour Party*, vol. 1, p. 64.

8. Alston, *Harold Williams*, p. 115.

9. Raymond Pearson, colaboración incluida en Edward Acton, Vladímir Iu. Cherniaev y William G. Rosenberg (eds.), *Critical Companion to the Russian Revolution, 1914-1921* (Bloomington, Ind., 1997), p. 170.

10. Miliukov, *Memoirs*, pp. 396-397.

11. Hoare, *Fourth Seal*, p. 256.

12. TNA CAB 24/143/8 («Informe del Este», 22 de marzo de 1917).

13. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 108.

14. Miliukov, *Memoirs*, p. 436.

15. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, pp. 263-265.

16. *Ibid*, p. 269; Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 109.

17. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 270.

18. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 577; véase asimismo TNA CAB 24/143/8 («Informe del Este» de 22 de marzo de 1917).

19. Knox, *Russian Army*, vol. 2, pp. 576-578.

20. Kerensky, *Memoirs*, p. 220.

21. Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army* (Princeton, 1980), p. 260.

22. TNA FO 371/2996 (telegramas de sir George Buchanan [cifrado], 9 de abril/27 de marzo de 1917).

23. Kerensky, *Memoirs*, p. 243.

24. Citado en Robert P. Browder y Alexandr Kerensky (eds.), *The Russian Provisional Government, 1917: Documents* (3 vols., Stanford, California, 1961), vol. 1, p. 157.

25. Miliukov, *Memoirs*, p. 433.

26. Kerensky, *Memoirs*, p. 199.

27. Sukhanov, *Revolution*, p. 222.

28. *Ibid*, p. 221; véase asimismo el excelente resumen por su claridad incluido en Rex A. Wade, *The Russian Search for Peace, February-October 1917* (Stanford, California, 1969), p. 15.

29. Sukhanov, *Revolution*, p. 218.

30. Citado en Miliukov, *Memoirs*, p. 434.

31. *Izvestiia*, 15 de marzo de 1917 («K narodam vsego mira»).

32. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 275.

33. *Izvestiia*, 16 de marzo de 1917.

34. Citado a partir de la memoria de 1924 de Siefeldt incluida en Futrell, *Northern Underground*, p. 154.

35. Volkogonov, *Lenin*, pp. 106-107; V. V. Anikeev, *Deiatel'nost' TsK RSDRP(b) v 1917 godu: khronika sobytii* (Moscú, 1969), vol. 1, p. 15.

36. N. K. Krúpskaya, «Iz emigratsii v Piter», en F. Platten, *Lenin iz emigratsii v Rossiiu: Sbornik* (Sostavitel' A. E. Ivanov, Moscú, 1990), p. 117.

37. V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii* (en adelante PSS), vol. 49 (Moscú, 1962), p. 346.

38. Véase Elwood, *Inessa Armand*, p. 200.

39. Senn, *Switzerland*, pp. 222-223.

40. *Ibid*, pp. 5 y 12.

41. El manifiesto del Gobierno Provisional, telegrafiado a Londres por Reuters, se encuentra reproducido en inglés en TNA CAB 24/143/8. Para Kerensky y las primeras reformas, véase S. V. Tiutiutkin, *Aleksandr Kerenskii: stranitsy politicheskoi biografii (1905-1917)* (Moscú, 2012).

42. Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 842.

43. Volkogonov, *Lenin*, p. 107.

44. LCW, vol. 23, pp. 297-308 (primera «Carta desde lejos», escrita el 7/20 de marzo de 1917).

45. *Ibid*, p. 292.

46. *Ibid*, p. 325 (tercera «Carta desde lejos», 11/24 de marzo de 1917).

47. Pável Moskovskii, *Lenin v Shvetsii* (Moscú, 1972), p. 86.

48. V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty, 1891-1922* (Moscú, 1999), p. 209.

49. Moskovskii, *Lenin v Shvetsii*, p. 87; Anikeev, *Deiatel'nost' TsK*, vol. 1, p. 19.

50. Krúpskaya, *Memories*, p. 288.

51. Fayet, *Radek*, p. 205.

52. Pearson, *Sealed Train*, p. 62.

53. Jeffery, *MI6*, p. 115.

54. Alexander Watson, *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary at War, 1914-1918* (Londres, 2014), p. 341.

55. Lieutenant A. Bauermeister («Agricola»), *Spies Break Through: Memoirs of a German Secret Service Officer* (Londres, 1934), p. 123.

56. Scherer y Grunewald, *Documents*, vol. 2, p. 46 (nota de Lucius al Ministerio de Asuntos Exteriores, 9/22 de marzo de 1917).

57. Knox, *Russian Army*, vol. 2, pp. 600-601; véase asimismo el informe de Lucius en Iu. G. Fel'shtinskii (ed.), *B. I. Nikolaevskii: tainye stranitsy istorii* (Moscú, 1995), p. 285.

58. Véase Zeman, *Documents*, p. 25 (embajador en Copenhague al Ministerio de Asuntos Exteriores, 21 de marzo de 1917); Volkogonov, *Lenin*, p. 120.

59. Zeman, *Documents*, pp. 25-26 (secretario de Estado al oficial de enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores con el Cuartel General, Berlín, 23 de marzo de 1917).

60. Volkogonov, *Lenin*, p. 119.

61. Futrell, *Northern Underground*, p. 157.

62. VoVIL, vol. 5, p. 380.

63. Zeman, *Documents*, p. 34 (embajador en Berna al Ministerio de Asuntos Exteriores, 3 de abril de 1917).

64. Volkogonov, *Lenin*, p 120.

65. Para la correspondencia de Romberg, véase Scherer y Grunewald, *Documents*, vol. 2, pp. 72 y 78.

66. La lista de las condiciones fue enviada para su aprobación el 5 de abril de 1917 (embajador en Berna al canciller, 5 de abril de 1917) y aparece reproducida en Zeman, *Documents*, pp. 38-39. Véase asimismo la versión de Fürstenberg, VoVIL, vol. 5, pp. 380-381.

67. Zeman, *Documents*, p. 31 (embajador en Copenhague al Ministerio de Asuntos Exteriores, 2 de abril de 1917).

68. Anthony D'Agostino, *The Rise of Global Powers: International Politics in the Era of the World Wars* (Cambridge, 2012), p. 93.

69. Senn, *Switzerland*, p. 227.

70. Zeman, *Documents*, p. 41 (embajador en Berna al Ministerio de Asuntos Exteriores, 8 de abril de 1917; enviado el 9 de abril).

71. N. Krutikova, *Na krutom povorote* (Moscú, 1965), pp. 53-61; Zeman, *Documents*, pp. 39-341 (documentos relativos a los planes definitivos, 6-8 de abril de 1917).

72. A. V. Maskuliia, *Mikhail Grigorevich Tskhakaia* (Moscú, 1968), p. 124.

73. Lenin, *Neizvestnye dokumenty*, p. 211; véase asimismo Carter Elwood, *The Non-Geometric Lenin: Essays on the Development of the Bolshevik Party, 1910-1914* (Londres y Nueva York, 2011), p. 116.

74. LCW, vol. 23, pp. 371-373 (Carta de despedida a los obreros suizos, leída el 26 de marzo/8 de abril de 1917).

75. La versión de Kharitonova está en VoVIL, vol. 2, p. 368.

76. Una copia de la declaración aparece reproducida en Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 148.

77. Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 58.

78. Rappaport, *Conspirator*, p. 270.

Capítulo 6: El tren sellado

1. Pearson, *Sealed Train*, pp. 81-82.

2. Karl Radek, «V plombirovannom vagone», en Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 129.

3. Fritz Platten, «K istorii vozvrashcheniia v Rossiiu v 1917 godu russkikh emigrantov, zhivshikh v Shveitsarii», en Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 56.

4. Radek, «V plombirovannom vagone», pp. 129-130.

5. *Ibid*, p. 130.

6. Sokolnikov, citado en Pearson, *Sealed Train*, p. 94.

7. E. Usievich, «Iz vospominanii o V. I. Lenine», en Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 149.

8. Platten, «K istorii», p. 57; Radek, «V plombirovannom vagone», pp. 30-31. Para el historial de Radek antes de la guerra, véase Lerner, *Radek*, pp. 13-21.

9. Para los desertores, véase Wildman, *Imperial Army*, p. 235.

10. TNA CAB 24/11/77, p. 2 (Knox al Director del Servicio de Inteligencia Militar, 15 de abril de 1917); Sukhanov, *Revolution*, pp. 170-171.

11. I. G. Tsereteli, *Vospominaniia o fevral'skoi revoliutsii*, vol. 1 (París, 1963), p. 15.

12. *Ibid*, p. 24.

13. Esa era también la orden oficial, dictada por Rodzianko el 28 de febrero/13 de marzo, aunque puede que en Irkutsk Tsereteli no se enterara de su existencia. Para el «telegrama de Bublikov» sobre el transporte ferroviario, véase Wildman, *Imperial Army*, p. 207.

14. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 24.

15. *Ibid*, p. 23.

16. *Ibid*, p. 30; véase asimismo *Izvestiia*, 16/29 de marzo de 1917.

17. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 31; *Izvestiia*, 17/30 de marzo de 1917.

18. Usievich, «Iz vospominanii», p. 150.

19. Para un análisis, véase Service, *Lenin*, vol. 2, p. 152.

20. Pearson, *Sealed Train*, p. 102.

21. Platten, «K istorii», p. 58; Radek, «V plombirovannom vagone», p. 131. El instinto de Radek no se equivocaba. Véase Zeman, *Documents*, p. 44 (memorándum de Ow-Wachendorf, Berlín, 11 de abril de 1917).

22. Esta alegación aparece en Pearson, *Sealed Train*, p. 103.

23. Zeman, *Documents*, p. 45 (memorándum de Ow-Wachendorf, 11 de abril de 1917).

24. Jeffery, *MI6*, p. 108. Véase asimismo TNA KV 2/585 (informes de 13 y 21 de abril de 1917).

25. Maugham, *Ashenden*, p. 120.

26. Trotski, *My Life*, pp. 290-291.

27. Jeffery, *MI6*, p. 108.

28. Se informa de la conversación de Kesküla con Howard en una nota enviada desde Estocolmo, TNA KV 2/585 (19 de mayo de 1917).

29. Zeman, *Documents*, p. 45 (memorándum de Ow-Wachendorf, Berlín, 12 de abril de 1917).

30. Platten, «K istorii», p. 59.

31. Radek, «V plombirovannom vagone», p. 131; Maskuliia, *Tskhakaya*, p. 124.

32. Otto Grimlund, «Na perevale», en VoVIL, vol. 5, p. 93; *Izvestiia*, 13 de septiembre de 1963.

33. Para el trasfondo, véase Ingvar Andersson, *A History of Sweden* (Londres, 1956), pp. 417-419.

34. Zeman, *Documents*, p. 62 (embajador en Estocolmo al secretario de Estado, 15 de junio de 1917).

35. Grimlund, «Na perevale», VoVIL, vol. 5, p. 94.

Capítulo 7: Falta de liderazgo

1. *Pravda*, n.º 16, 23 de marzo de 1917.

2. TNA FO 317/2996 (informe de Lindley sobre 1-16 de abril de 1917).

3. Citado en Harvey Pitcher, *Witnesses of the Russian Revolution* (Londres, 2001), p. 70.

4. Sukhanov, *Revolution*, p. 246; León Trotski, *The History of the Russian Revolution* (Londres, 1934), p. 345.

5. TNA FO 317/2996 (informe de 16 de abril de 1917); diario citado en Pitcher, *Witnesses*, p. 71.

6. Meriel Buchanan, *Petrograd*, p. 113.

7. TNA FO 317/2996 (informe de 16 de abril de 1917).

8. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 107; Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 285.

9. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 59.

10. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 575.

11. Wade, *Search for Peace*, pp. 22-24.

12. Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 1043 (entrevista de Miliukov de 23 de marzo de 1917).

13. TNA FO 371/2996 (informe de Buchanan al Foreign Office, 8 de abril de 1917).

14. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 60.

15. TNA FO 371/2996 (informe de Buchanan al Foreign Office, 8 de abril de 1917).

16. TNA FO 371/2996 (telegrama de Buchanan de 9 de abril de 1917).

17. W. H. Roobol, *Tsereteli: A Democrat in the Russian Revolution* (La Haya, 1976), pp. 96-97.

18. Esta era la versión de Sukhanov. Sukhanov, *Revolution*, p. 240; véase asimismo Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 45.

19. Sukhanov, *Revolution*, pp. 247-248.

20. Miliukov, *Memoirs*, p. 442.

21. Texto en Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 1045; véase asimismo Tsereteli, vol. 1, p. 69; Kerensky, *Catastrophe*, p. 245.

22. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 72; Sukhanov, *Revolution*, p. 251.

23. Sukhanov, *Revolution*, p. 253.

24. V. B. Stankevich, citado en Roobol, *Tsereteli*, pp. 94-95.

25. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 569.

26. Citado en Neilson, *Strategy*, p. 269.

27. Citado en Liebman, *Leninism*, p. 125.

28. TNA FO 371/2996 (telegrama *en clair* elogiando a la guarnición de Petrogrado por su resolución a favor de la guerra de 10 de abril de 1917).

29. Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 860; véase asimismo Wildman, *Imperial Army*, p. 254.

30. Véanse la carta de Alexeyev y los informes enviados desde el frente citados en N. E. Kakurin, *Razlozhenie armii v 1917 godu* (Moscú y Leningrado, 1925), pp. 25-33.

31. TNA CAB 24/10/89.

32. TNA CAB 24/12/35.

33. TNA FO 371/2996; TNA CAB 24/11/77.

34. Bernard Pares, *My Russian Memoirs* (Londres, 1931), p. 442.

35. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 582.

36. Kakurin, *Razlozhenie*, p. 33; véase asimismo Wildman, *Imperial Army*, p. 333.

37. TNA CAB 24/11/77; véase asimismo Wildman, *Imperial Army*, p. 309.

38. Wildman, *Imperial Army*, pp. 235, 347 y 365-366; TNA CAB 24/15/1 («Informe desde el Frente Norte», 18 de abril/1 de mayo de 1917).

39. Watson, *Ring of Steel*, p. 462.

40. TNA CAB 24/11/29 («Informe de Knox», 10/23 de abril de 1917).

41. Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, pp. 526-527.

42. Kakurin, *Razlozhenie*, p. 49.

43. Para los ánimos en las zonas rurales, véase Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924* (Londres, 1996), pp. 363-365.

44. Raskólnikov, *Kronstadt*, pp. 22-23.

45. Trotski, *My Life*, p. 181.

46. Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 26.

47. *Pravda*, n.º 1, 5 de marzo de 1917, p. 1.

48. Sukhanov, *Revolution*, p. 224.

49. Longley, «Divisions», p. 63.

50. *Ibid*, pp. 68-69.

51. *Ibid*, p. 68.

52. Sukhanov, *Revolution*, p. 226.

53. *Pravda*, n.º 9, 15 de marzo de 1917, pp. 2-3. Citado también en Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 868, donde se menciona como autor a Stalin.

54. Shlyapnikov, *Kanun*, vol. 2, pp. 448-452.

55. *Ibid*, p. 443.

56. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 297.

57. TNA CAB 24/143/9 (informe de nota de Balfour a Buchanan).

58. Sukhanov, *Revolution*, p. 259.

59. *Ibid*, p. 261.

60. Lockhart, *Memoirs*, p. 120.

61. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 116.

62. *Ibid*, p. 132; Harold Williams, citado en Pitcher, *Witnesses*, pp. 82-83.

63. Sukhanov, *Revolution*, p. 263.

64. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 299.

65. Rowland Smith, citado en Jennifer Siegel, *For Peace and Money: International Finance and the Making and Unmaking of the Triple Entente* (Oxford, 2014), p. 165.

Capítulo 8: Lenin en Laponia

1. El informe de la policía secreta lleva fecha de 16 de abril de 1917. Archivo Nacional, Estocolmo, Departamento de la Policía del Estado para la supervisión de los extranjeros del reino, vol. E3:2, VPM 1916-1917. Deseo expresar mi agradecimiento al profesor Lars Ericson Wolke por proporcionarme una copia de este informe.

2. *Bradshaw's Continental Railway Guide and General Handbook* (Londres, 1913), p. 1042.

3. Ström, VoVIL, vol. 5, p. 100.

4. Futrell, *Northern Underground*, p. 155, citando el diario sueco *Politiken*.

5. Las memorias de Ström utilizaban esa frase, aunque sigue sin estar claro si Lenin la empleó en abril de 1917.

6. Ström, VoVIL, vol. 5, p. 102.

7. Grimlund, en VoVIL, vol. 5, p. 94.

8. Para la petición de Parvus de entrevistarse con Lenin, véase Zeman, *Documents*, p. 42 (embajador en Copenhague al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, 9 de abril de 1917).

9. Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 217.

10. Véase más abajo.

11. Deseo dar las gracias a Christina Engström, del Museo de los Ferrocarriles Nacionales Suecos en Gävle, por suministrarme copias de los horarios conservados en el archivo del ferrocarril de la semana en la que tuvo lugar el viaje de Lenin en 1917. Las horas no solo coinciden con los comentarios incluidos en las memorias de los participantes, sino que además demuestran cuál era la única ruta posible y los trenes que Lenin y sus acompañantes habrían podido tomar.

12. Anikeev, *Deiatel'nost' TsK*, vol. 1, p. 97.

13. Versión de Hugo Sillen en VoVIL, vol. 5, p. 97.

14. Pável Moskovskii, *Lenin v Shvetsii* (Moscú, 1972), p. 131.

15. Las actas de la reunión celebrada en el tren siguen estando en el principal archivo del Partido Comunista en Moscú. Esta versión es citada a partir de Moskovskii, *Shvetsii*, p. 133. Para Borbjerg, véase el telegrama de Brockdorff-Rantzau a Berlín, 13 de abril de 1917, en Zeman, *Documents*, pp. 45-46. El danés llegó finalmente a Rusia, aunque su misión fracasó.

16. Boris Nikitin, *The Fatal Years: Fresh Revelations on a Chapter of Underground History* (Londres, 1938), p. 27.

17. Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 153 (versión de Usievich).

18. Los suecos y los alemanes también contaban con eso. Véase Zeman, *Documents*, p. 70 (secretario de Estado Kuhlmann al oficial de enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores con el cuartel general, 29 de septiembre de 1917).

19. Información procedente del museo municipal de Torne.

20. Para una fotografía (que muestra además la iglesia de Alatornio), véase http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tornio-Haparanda-ilmarata.JPG

21. Hecho confirmado por Boris Nikitin. Véase Nikitin, *Fatal Years*, p. 113.

22. Zinóviev, escrito incluido en Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 124.

23. TNA FO 371/2996 (informe de Lindley, expedido por Buchanan el 1 de abril de 1917).

24. *Ibid.*

25. Para el Gabinete de Guerra y el apoyo de Rusia durante la ofensiva de Nivelle, véase TNA CAB 23/2/40; Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 109.

26. TNA CAB 23/2/40 (sobre la artillería). Para el préstamo de guerra, véase Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 1053 (Lansing al embajador Francis, 8/21 de abril de 1917).

27. TNA FO 371/2996.

28. *Ibid.*

29. Para las primeras impresiones, véase Rappaport, *Conspirator*, p. 61.

30. TNA CAB 24/146/12.

31. TNA FO 371/2995.

32. Embajador alemán en Berna al Ministerio de Asuntos Exteriores, 16 de abril de 1917, citado en Zeman, *Documents*, p. 49.

33. Esa es, al menos, la versión que aparece en A. M. Sovokin, «Mif o "nemetskikh millionakh"», *Voprosy istorii KPSS*, n.º 4, abril de 1991, p. 70.

34. Informe citado en TNA KV 2/265 (18 de junio de 1917).

35. Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 60.

36. *New York Times*, 4 de diciembre de 1919, p. 7.

37. Nikitin, *Fatal Years*, p. 54; para las responsabilidades de Alley, véase TNA CAB 24/3/37.

38. Gerhardie, *Memoirs*, p. 130; véase asimismo Rappaport, *Conspirator*, pp. 275-276.

39. https://www.thegazette.co.uk/London/issue/31843/supplement/3999

40. Rabinowitch, *Prelude*, p. 36; véase asimismo Elwood, *The NonGeometric Lenin*, p. 55.

41. Véase más arriba.

42. Platten, *Lenin iz emigratsii*, p. 124.

43. Lenin, *Neizvestnye dokumenty*, p. 190 (Lenin y Krúpskaya a Malinovsky, agosto de 1916).

44. *Pravda*, n.º 20, 29 de marzo de 1917.

45. Nikitin, *Fatal Years*, p. 28.

46. Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 68.

47. *Ibid*, p. 71.

48. A. M. Afanas'ev, «Vstrecha na stantsii Beloostrov», en VoVIL, vol. 2, p. 388; Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 70.

49. Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 71.

50. Anikeev, *Deiatel'nost' TsK*, vol. 1, p. 57.

51. Sukhanov, *Revolution*, p. 270.

52. *Ibid*, p. 269.

Capítulo 9: Desde la estación de Finlandia

1. E. D. Stasova, en VoVIL, vol. 2, p. 409.

2. Sukhanov, *Revolution*, p. 272.

3. *Ibid*, p. 273.

4. Trotski, *Revolution*, p. 311.

5. Sukhanov, *Revolution*, p. 273.

6. *Ibid*, p. 274.

7. *Ibid.*

8. *Ibid*, p. 275.

9. Pares, *My Russian Memoirs*, p. 235.

10. Sukhanov, *Revolution*, p. 210; para el carbón, véase Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, pp. 229-230.

11. Woytinsky, citado en Rabinowitch, *Prelude*, p. 38; Sukhanov, *Revolution*, p. 276; Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 74 (que señala que al final Lenin no tomó ese té).

12. Trotski, *Revolution*, p. 312; véase asimismo Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 76.

13. Sukhanov, *Revolution*, p. 280.

14. Trotski, *Revolution*, p. 319.

15. Traducción por cortesía de Liebman, *Leninism*, pp. 129-130.

16. Sukhanov, *Revolution*, p. 281; Lenin citado en Liebman, *Leninism*, p. 130.

17. Sukhanov, *Revolution*, p. 288.

18. Citado en Liebman, *Leninism*, p. 129.

19. Sukhanov, *Revolution*, p. 288.

20. Liebman, *Leninism*, pp. 130-131.

21. Para los detalles de las reuniones, véase Anikeev, *Deiatel'nost' TsK*, vol. 1, pp. 57-60; Liebman, *Leninism*, pp. 131-132.

22. Rabinowitch, *Prelude*, p. 40; Sukhanov, *Revolution*, pp. 286-287.

23. Todas las citas del texto proceden de LCW, vol. 24, pp. 21-26.

24. *Ibid*, pp. 32-33 («Notas en defensa de las "Tesis de abril"»).

25. *Ibid.*

26. *Rech*, 5/18 de abril de 1917; citado en Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 1093.

27. *Pravda*, n.º 24, 5/18 de abril de 1917.

28. Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, pp. 1094-1095.

29. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 302.

30. Sukhanov, *Revolution*, pp. 286-287; Service, *Lenin*, vol. 2, p. 166.

31. Volkogonov, *Lenin*, p. 129.

32. *Pravda*, n.º 27, abril de 1917, citado en LCW, vol. 24, p. 50.

33. LCW, vol. 24, pp. 50-51 («Respuesta al camarada Kámenev»).

34. Sukhanov, *Revolution*, p. 290.

35. Liebman, *Leninism*, p. 158.

36. Nikitin, *Fatal Years*, p. 25.

37. Trotski, *Revolution*, p. 339.

38. *Pravda*, n.º 33, 15 de abril de 1917, «Contra los provocadores de disturbios», citado en LCW, vol. 24, p. 127.

39. Trotski, *Revolution*, p. 347.

40. I. Sinanoglou (ed.), «Journal de Russie d'Albert Thomas, 22 avril-19 juin 1917», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, 14:1-2 (1973), p. 123.

41. Sobre la discusión, véase Wade, *Search for Peace*, pp. 34-35; Rosenberg, *Liberals*, p. 105.

42. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 85.

43. V. D. Medlin y S. L. Parsons (eds.), *V. D. Nabokov and the Russian Provisional Government, 1917* (New Haven, 1976), p. 122.

44. Stockdale, *Miliukov*, p. 254.

45. Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 2, p. 1098; Wade, *Search for Peace*, p. 38; Miliukov, *Memoirs*, p. 446; Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 86.

46. LCW, vol. 24, p. 183, «¿Bancarrota?», publicado en *Pravda*, n.º 36, 20 abril/3 de mayo de 1917.

47. G. A. Solomon, *Vblizi vozhdia: Svet i teni. Lenin i ego sem'ia* (París, 1931: reimpreso Moscú, 1993), p. 45.

48. Véase Miliukov, *Memoirs*, p. 448.

49. Tsereteli, *Vospominaniia*, vol. 1, p. 97.

50. Miliukov, *Memoirs*, p. 448.

51. LCW, vol. 24, pp. 190-191, «La Nota del Gobierno Provisional», publicado en *Pravda*, n.º 37, 21 de abril/4 de mayo de 1917.

52. Buchanan, *Mission*, vol. 2, pp. 124-125.

53. Rosenberg, *Liberals*, p. 107.

54. Buchanan, *Mission*, vol. 2, p. 117.

55. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 321.

56. Gerhardie, *Memoirs*, p. 130.

57. Service, *Lenin*, vol. 2, p. 171.

58. Liebman, *Leninism*, pp. 132-134; Service, *Lenin*, vol. 2, pp. 171-177.

59. LCW, vol. 24, pp. 137-138 («Los soldados y la tierra», *Soldatskaia pravda*, n.º 1, 15 de abril de 1917).

60. Zeman, *Documents*, p. 51 (oficial del enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores en la Corte Imperial al Ministerio de Asuntos Exteriores, 21 de abril de 1917).

Capítulo 10: Oro

1. Nikitin, *Fatal Years*, p. 273.

2. Kerensky, *Catastrophe*, p. 127.

3. LCW, vol. 24, p. 270 («Resolución sobre la guerra»).

4. Para un resumen, véase Lyandres, «Inquiry», pp. 1-10.

5. Nikitin, *Fatal Years*, p. 33.

6. Sukhanov, *Revolution*, pp. 362-363.

7. TNA CAB 24/15/36.

8. Discurso de Kerensky al Ejército y a la Armada, 12 de mayo de 1917, Browder y Kerensky, *Documents*, vol. 1, p. 936.

9. Trotski, *My Life*, p. 323.

10. Knox, *Russian Army*, vol. 2, p. 606.

11. TNA CAB 24/15/20; véase asimismo el informe de la delegación laborista a su regreso, TNA CAB 24/3/56, junio de 1917.

12. TNA CAB 24/15/20.

13. Trotski, *My Life*, p. 323.

14. Lyandres, «Inquiry», p. 11.

15. TNA KV 2/585 («Lenin Nikola»), y véase asimismo Trotski, *My Life*, p. 314.

16. Nikitin, *Fatal Years*, pp. 109-110; véase asimismo Katkov con la colaboración de Futrell, «German Political Intervention in Russia», p. 74.

17. Trotski, *My Life*, p. 295.

18. TNA KV 2/585 (telegrama de sir E. Howard a Londres, 16 de abril de 1917).

19. Informe archivado en TNA KV 2/585.

20. Todos estos extractos se conservan en TNA KV 2/585.

21. Citado por Trotski, *My Life*, p. 315.

22. Los interesados en los movimientos concretos de Lenin desde Petrogrado hasta Razliv y luego hasta Helsingfors quizá deseen consultar T. P. Bondarevskaia *et al.* (compiladores), *Lenin v Peterburge-Petrograde: Mesta zhizni i deiatel'nosti v gorode i okrestnostiakh 1890-1920* (Leningrado, 1977), pp. 279-289 y 359.

23. Para esos papeles y su historia, véase George F. Kennan, «The Sisson Documents», *Journal of Modern History*, 28:2 (junio de 1956), pp. 130-154.

24. La «prueba» de Volkogonov vuelve a salir a relucir, por ejemplo, en la obra de Sean McMeekin, por lo demás cuidadosa, *History's Greatest Heist: The Looting of Russia by the Bolsheviks* (New Haven, 2009), p. 102.

25. Volkogonov, *Lenin*, p. 121.

26. Kennan, «Sisson», p. 138.

27. Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 254.

28. Nikitin, *Fatal Years*, p. 55.

29. Informe de los servicios de inteligencia de Petrogrado, 20 de agosto de 1917, TNA KV 2/585.

30. Telegrama 17, citado en Lyandres, «Inquiry», p. 41.

31. Trotski, *My Life*, p. 312.

32. TNA KV 2/585.

33. Cifras tomadas de Anikeev (*Deiatel'nost' TsK*, vol. 1), citado en Sovokin, «Mif o "nemetskikh millionakh"», p. 75.

34. Keith Neilson, «Joy Rides? British Intelligence and Propaganda in Russia, 1914-1917», *Historical Journal* 24:4 (1981), p. 895.

35. Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 219.

36. TNA CAB 24/11/29 (23 de abril de 1917).

37. A. G. Latyshev, «Nemetskoe zoloto dlia Lenina», en su obra *Rassekrechennyi Lenin* (Moscú, 1996), p. 97; véase asimismo H. Schurer, «Karl Moor-German Agent and Friend of Lenin», *Journal of Contemporary History* 5:2 (1970), pp. 131-152.

38. Lyandres, «Inquiry», p. 104; véase asimismo Iu. G. Fel'shtinskii, *Germaniia i revoliutsiia v Rossii, 1915-1918: sbornik dokumentov* (Moscú, 2013), p. 304.

39. Memorándum del agregado militar de la legación en Berna, 9 de mayo de 1917, citado en Zeman, *Documents*, p. 55.

40. Sinanoglou, «Journal de Russie», p. 94.

41. TNA FO 295/105.

42. Curtis, *Maugham*, pp. 109-112.

43. Citado en Neilson, «Joy Rides?», p. 902.

44. Zeman, *Documents*, p. 94 (secretario de Estado Kuhlmann al oficial de enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores, 3 de diciembre de 1917).

45. Lyandres, «Inquiry», p. 103.

46. Véase Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 220, y también, por ejemplo, Helena M. Stone, «Another Look at the Sisson Forgeries and their Background», *Soviet Studies*, 37:1 (enero de 1985), p. 92.

47. Lyandres, «Inquiry», pp. 66-67 (telegrama de abril de 1917).

48. Detalle que señala Michael Pearson, *Sealed Train*, p. 148.

49. Para las respuestas británicas a la huelga del pan de Berlín de 1917, véase TNA CAB 24/146/12. Para el panorama general, véase Watson, *Ring of Steel*, pp. 341-345, 477-479.

50. LCW, vol. 24, p. 270 («Resolución sobre la guerra»).

51. Arthur Ransome a su madre, 23 de julio de 1917, citado en Brogan, *Signalling from Mars*, p. 49.

52. TNA CAB 24/3/56 («Informe de la delegación laborista», junio de 1917).

53. W. H. Beable, *Commercial Russia* (Londres, 1918), pp. 162-165.

54. Trotski, *My Life*, p. 322.

55. Paléologue, *Memoirs*, vol. 3, p. 304.

56. Trotski, *My Life*, p. 411.

Capítulo 11: Compañeros de viaje

1. *Pravda*, n.º 105, 16 de abril de 1937.

2. Existen numerosas listas. Hay una del Sóviet en la que figuran treinta y cuatro nombres, pero el Gobierno Provisional tenía otra (que daba los nombres y las fechas de nacimiento de solo veintinueve adultos), y los suizos y los suecos tenían cada uno la suya. Para la lista del Gobierno Provisional y un análisis de

su uso posterior, véase V. A. Posse, *Vospominaniia, 1905-1917gg.* (Petrogrado, 1923), p. 124. Mi agradecimiento al Dr. Robert Henderson por esta referencia adicional.

3. Zeman, *Documents*, pp. 128-133 (el embajador en Moscú al Ministerio de Asuntos Exteriores, 16 de mayo de 1918; el secretario de Estado al embajador en Moscú, 18 de mayo de 1918; el embajador en Moscú al Ministerio de Asuntos Exteriores, 3 de junio de 1918; el secretario de Estado de Asuntos Exteriores al secretario de Estado del Tesoro, anexo de 5 de junio de 1918).

4. Zeman, *Documents*, pp. 112-113 (subsecretario de Estado al embajador en Estocolmo, 4 de enero de 1918).

5. Zeman, *Documents*, pp. 120-121 y 126-127 (embajador en Moscú al canciller, 30 de abril de 1918; embajador en Moscú al canciller, 16 de mayo de 1918).

6. Citado en Pitcher, *Witnesses*, p. 118.

7. Harold Williams, «The Furnace of Democracy», citado en Alston, *Williams*, p. 131.

8. http://www.theguardian.com/world/2009/oct/13/benito-mussolini-recruited-mi5-italy (página visitada el 25 de julio de 2015).

9. Zeman y Scharlau, *Merchant*, p. 271.

10. *Ibid*, p. 266.

11. Citado *ibid*, p. 267.

12. Karl Radek, *Portrety* (Letchworth, 1979), p. 127.

13. Gorki, *Days with Lenin*, p. 34. Thomas Müntzer (*c.*1489-1525) fue un predicador alemán, crítico con Martín Lutero cuya incitación a la rebelión dio lugar a la muerte de decenas de millares de campesinos antes de ser ejecutado en 1525.

14. V. Aleksandrovich, «Sev», citado en Mark D. Steinberg y Vladímir M. Khrustalev, *The Fall of the Romanovs: Political Dreams and Personal Struggles in a Time of Revolution* (New Haven y Londres, 1995), p. 282.

15. McMeekin, *Heist*, pp. 21 y 91.

16. Para un relato muy animado, véase *Izvestiia Tsentral'nogo Komiteta KPSS*, 1989, n.º 10, pp. 60-63.

17. Raskólnikov, *Kronstadt*, p. 345.

18. [B. Nicolaevsky], *The Letter of an Old Bolshevik: A Key to the Moscow Trials* (Woking, 1938), p. 70.

19. Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Oxford, 1980), p. 228.

20. Robert H. McNeal, *Bride of the Revolution: Krupskaya and Lenin* (Londres, 1973), p. 259.

21. *Izvestiia Tsentral'nogo Komiteta KPSS*, 1989, n.º 10, pp. 71-75.

22. Citado en Roy Medvedev, *Let History Judge* (Nueva York, 1989), p. 631.

23. Ante Ciliga, *The Russian Enigma* (Londres, 1979), p. 227.

24. Lerner, *Radek*, p. 154.

25. Fayet, *Radek*, p. 719.

26. Volkogonov, *Lenin*, p. 127.

27. Lyandres, «Inquiry», p. 22.

28. Platten, *Lenin iz emigratsii*, nota, p. 157.

29. Kerensky, *The Catastrophe*, p. 322.

30. Véase la obra clásica en tres volúmenes de Browder y Kerensky, *Documents*. Para una reseña, véase Boris Elkin, «The Kerensky Government and its Fate», *Slavic Review*, 23:4 (diciembre de 1964), pp. 717-736.

31. Cf. http://alumni.stanford.edu/get/page/magazine/article/?article_id=38883 (página visitada el 23 de julio de 2015).

32. [Nicolaevsky], *Letter of an Old Bolshevik*, p. 13.

33. Trotski, *My Life*, p. 427.

34. *Pravda*, n.º 15, 18 de abril de 1997.

35. Para un acto de ese estilo (y una galería de fotografías de sus principales estrellas) visité el sitio web del Museo de la Revolución de Moscú en http://www.sovrhistory.ru/events/action/5562e87845bc1d0f74adceb4

36. Para los dibujos y viñetas, véase http://vm.sovrhistory.ru/sovremennoy-istorii-rossii/specproekt-semnadcatiy-god/#/; para una breve explicación sobre los acontecimientos de 1917, se recomienda visitar la página http://vm.sovrhistory.ru/en/sovremennoy-istorii-rossii/interaktivniyurok/1917/ y disfrutar con sus fotografías y recortes. La entrevista hecha en 2016 a Aleksei Levykin, el director del Museo Estatal de Historia de Moscú, constituye un auténtico modelo del arte de escurrir el bulto en todas las cuestiones espinosas relacionadas con Lenin. Véase http://www.kommersant.ru/doc/2922745 (página visitada en marzo de 2016).

37. *Novaia gazeta*, 25 de marzo de 2015, «Biudzhet na revoliutsionnoe primirenie».

38. Citado *ibid.*

39. http://www.scientificamerican.com/article/lenin-s-body-improves-with-age1/

40. http://grani.ru/Politics/Russia/President/m.247897.html (visitada en enero de 2016).

41. Véanse los comentarios de Igor Chubais en el debate colgado en http://www.svoboda.org/content/transcript/27504159.html (página visitada en enero de 2016).

* Nombre de dos personajes de una canción infantil inglesa, tomados quizá de un epigrama escrito por el poeta John Byrom (1692-1763), y que aparecen también en la novela de Lewis Carroll *A través del espejo*. Representan a dos individuos que se pelean enconadamente por naderías y no cejan en sus ridículas disputas hasta que se presenta un verdadero peligro. (*N. del t.*)

El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa
Catherine Merridale

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos, en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos, y no comerciales.

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Título original: *Lenin on the train*
© Catherine Merridale, 2016
© de la traducción, Juan Rabasseda, 2017
© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Everett Collection Inc / Alamy Stock Photo/ACI
© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017
ISBN: 978-84-16771-61-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

ÍNDICE

Una nota sobre el texto 3
Lista de ilustraciones 6
Introducción 10
1. Fuerzas oscuras 35
2. Mercados negros 66
3. Lago rojo 93
4. Cintas escarlatas 121
5. Mapas y planes 151
6. El tren sellado 179
7. Falta de liderazgo 205
8. Lenin en Laponia 232
9. Desde la estación de Finlandia 261
10. Oro 289
11. Compañeros de viaje 318
Otras lecturas recomendadas 348
Agradecimientos 354
Galería de imágenes 357
Notas 387
Créditos 414